



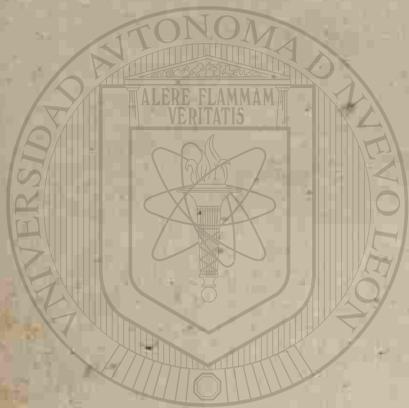
UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SENATE
SERMONES
PANEGORIC
I.

BN1756
.S45
1784
v.1
c.1

132603



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS CON LICENCIA.

SERMONES PANEGYRICOS

DE LOS SANTOS MAS CELEBRADOS
EN LA IGLESIA,

COMPUESTOS POR EL R. P. JUAN FRANCISCO
SENAULT, PRESBITERO DEL ORATORIO DE JESUS
DE LA CORTE DE PARÍS.

TRADUCIDOS DEL FRANCES AL CASTELLANO

POR EL R. P. FR. ISIDRO ANTONIO HURTADO,
Agustino Calzado, Maestro en Sagrada Teología de los
del Número de esta Provincia de Castilla, Procurador
General de ella, Visitador que ha sido de los Conventos
de Castilla la Nueva, Exáminador de la Sacra Asamblea,
y Consultor del Serenísimo Señor Infante D. Gabriel, &c.

CON UNA TABLA DE LOS PENSAMIENTOS,
y materias contenidas respectivamente en cada tomo, para
uso de los Predicadores, hecha por el Autor de la
Obra, y acomodada por el Traductor.

TOMO PRIMERO.

DEDICADO AL SERENISIMO SEÑOR
DON LUIS ANTONIO JAYME, INFANTE
DE ESPAÑA, &c. &c. &c.



®

En Madrid: Por Blas Román, Impresor de la Real Academia de
Derecho Español y Público. Año de M DCC LXXXIV.

Se hallará en la Librería de Manuel Godos, en las Gradas de San Felipe el Real.

46157

Bx/756

.545

1784

v. 102

c-1



1080046105



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CATEDRA ALFONSO DE BARRAL
MICROFILMADO Rollo-5

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

132603



DEDICATORIA.

SERENISIMO SEÑOR:

COMO en la tierra no hay cosa alguna que sea digna de V. A. se ven precisados, los que le han de hacer algun Presente, irle à buscar al Cielo. En esta inteligencia, y en la de que las heroicas virtudes de los Santos, que reynan con Dios, estimulan visiblemente los deseos que animan à V. A. para conseguir su imitacion, y acrecentar su numero; no solamente no he dudado del acierto, por lo respectivo al Dón que en esta Obra le consagro; sino que estoy viendo ya los sazoadisimos frutos, que el tierno corazon de V. A. como Abeja laboriosa, ha de sacar

a 2 de

de este copiosísimo pensil de las virtudes christianas. A esto se añade, que el mismo Presente, y con la misma satisfaccion, y confianza consagró el Autor de estos Panegyricos à la Reyna Christianísima, Augustina Abuela de V. A. quando, por la vez primera, salieron à ver la luz pública en el Idioma Francés, por lo que no debían, ni podían volverla à ver en el Castellano, sino baxo la proteccion de sus Augustísimos Nietos. Y como V. A. hallandome de Visitador en ese Convento de la Villa de Arenas, me honró varias veces, con la permission de ponerme à sus Reales Pies, franqueandome privadamente unos favores que no se podían borrar de mi memoria, no hallé otro medio de satisfacer en públi-

blico la obligacion que habia contrabido en secreto, que la de presentarle un Dón, que por tantos titulos le es debido. Mirele, pues, V. A. como suyo, para que el Público no repare en los defectos que tiene como mio.

Serenísimo Señor:

A los Reales Pies de V. A.

Fr. Isidro Antonio Hurtado,
del Orden del gran Padre San
Agustin.

AD-

ADVERTENCIA AL LETOR.

LOS Panegyricos de este Sabio y eloquentísimo Predicador, que floreció en España en el Siglo diez y siete, pasando à Francia fue Predicador ordinario de la Reyna Christianísima; tienen en su propio y solidísimo merito toda la recomendacion que puede acreditar una obra de esta naturaleza. Los argumentos de sus Discursos son naturales, sencillos, y solidos; porque ò son las palabras mismas del thema que se propone, ò de él se deducen inmediatamente: pero las sentencias, la erudicion, la abundancia de pensamientos, y la gracia con que los vierte, son muy singulares. Los Santos que elogia, son aquellos, que se celebran con visible pompa en toda la Catholica Iglesia; por lo que interesa mucho esta obra à todas las Naciones. Lleva asimismo en toda ella el orden que observa la misma Iglesia en la celebracion de sus Santos segun el año Eclesiastico. Por manera, que atendida la gran copia de sus Sermones; la uniformidad con que se celebran en todos los Reynos los Santos que en ellos se elogia; las innumerables pinturas de las virtudes christianas que contienen; las sentencias frequentissimas del texto sagrado y de los Santos Padres, con qué corrobora sus multiplicados pensamientos; y el copioso indice de todas estas preciosidades, que facilita su aplicacion à toda clase de Oraciones asi panegyricas como morales; constituyen esta obra de mucha utilidad para toda clase de personas;

pe-

pero en particular para los Parrocos, y demás Predicadores Evangelicos, que en sola ella hallarán quanto puedan desear, para desempeñar su obligacion, con visible utilidad de sus auditorios. En la traduccion, se ha procurado no defraudar al original de cosa alguna substancial; pero se le añaden algunas voces, que en él no se hallan, para hacer mas naturales las ilaciones, transiciones, propuestas de pensamientos, y principios de narraciones. Pero reducido todo ello à una voz, à un adjetivo, adverbio, ilacion ò particula, con el fin de acomodar mejor su elocucion à nuestro Idioma. VALE.

INDICE

DE LOS SERMONES DE ESTE

primer Tomò:

Sermon de Jesu Christo, dia de la Encarnacion.....	Fol. 1.
Sermon de la Virgen , dia de la Anunciacion.....	30.
Sermon de San Andrés.....	60.
Sermon de San Nicolás de Bari... ..	83.
Sermon de Santo Tomás.....	106.
Sermon de San Estevan.....	129.
Sermon de San Juan Evangelista..	152.
Sermon de los Santos Inocentes..	175.
Sermon de San Francisco de Sales.	199.
Sermon de Santa Genoveva.....	224.
Sermon de San Antonio Abad.....	248.
Sermon de San Mauro.....	273.
Sermon de Santa Ines.....	303.
Sermon de San Vicente Martyr....	331.
Sermon de la Conversion de San Pablo.....	357.
Sermon de Santa Escolastica.....	383.

DE-

DEDICATORIA

DEL AUTOR

A LA REYNA CHRISTIANISIMA.

SEÑORA:

YO emprendo en esta Obra dos cosas, tan justas , como dificiles : una es , formar el Panegyrico de los Santos , publicando las virtudes de estos grandes hombres , que vivieron con nosotros. en la tierra , y al presente reynan con los Angeles en el Cielo : la otra es , bolver à vuestra Magestad lo que la debo, y cumplir con un solo presente todas mis obligaciones. Estos dos proyectos son igualmente justos ; porque si debo yo dar alabanzas à mis Protectores, tambien debo ofrecer obsequios à mi Soberana. Mas la justicia de estas dos obligaciones no disminuye su dificultad. Y

Tom. I.

A

asi

asi como es casi imposible à un miserable viador descifrar la felicidad de los bienaventurados , asi tambien es dificilissimo à un vasallo satisfacer lo que debe à la Magestad de una Reyna. Los Santos son tan elevados por su condicion sobre los demás fieles , que por mas esfuerzos que estos hagan , no pueden , ni declarar su merito , ni representar su dicha. Los Soberanos son tan realzados por su qualidad sobre sus vasallos , que por mas cuidados que estos empleen , ni pueden publicar su grandeza , ni reconocer su bondad. Sin embargo , Señora , yo he intentado allanar aqui estas dos dificultades. He buscado , digo , pensamientos y palabras para formar Panegyricos à los mas illustres de nuestros Santos ; y arreglandome por la piedad de la Iglesia , he compuesto el elogio de estos Heroes , à quienes ella solemniza. Qualquier suceso , pues , que pueda tener tan ardua empresa , creo será siempre glorioso à estos valerosos Soldados , que han triunfado del

demonio y del pecado. Y si yo huviese logrado la dicha de descubrir sus virtudes , y notar el caracter que distingue à unos de otros , havré sin duda , contribuido à su honor , y satisfecho mi obligacion y mi deseo. Mas si mis talentos (como justamente puedo temer) se huviesen agoviado con el peso de tan gran proyecto ; en tal caso ensalzaré la grandeza de los Santos por mi propia incapacidad , y pequenez para elogiarlos ; sacrificando mi reputacion à su gloria , y haciendo ver à todo el mundo , que sus merecimientos exceden todas mis alabanzas. Despues de haverme desembarazado de esta primera deuda , trabajo , Señora , para dar satisfaccion à la segunda ; y empleo todas las virtudes de estos mismos Santos , para debolver à V. M. lo que le debo. Confieso , que hay pocas personas en Francia , que sean tan deudas como yo à V. M. : porque la Providencia Divina , que arregla todos los movimientos y sucesos de nuestra vida , me hizo na-

cer en los Estados del difunto Rey Felipe vuestro padre, y si mi nacimiento me obliga à veneraros como à la hija de mi Soberano, haviendome la misma providencia conducido desde mi cuna à Francia, me ha hecho segunda vez vasallo vuestro; pues me ha dado al difunto Rey vuestro esposo y al actual Rey vuestro hijo por mis legitimos Soberanos. Pero sin haceros presente las obligaciones que me son comunes con Franceses y Españoles, tened à bien refiera otras que me son particulares; y que os diga aqui con todo el reconocimiento de que soy capaz, que vos me haveis honrado con vuestra proteccion; que haveis apreciado oir la palabra de Jesu-Christo en mi boca; que haveis oido parte de los Panegyricos que os ofrezco; y que por un exceso de bondad les haveis vos misma dado la aprobacion. Permitid, Señora, los emplee en reconocimiento de esta gracia, y que me valga de los merecimientos de todos estos Santos, para satisfacer lo que debo à V. M. Me atrevo à

de-

decir, que no se os puede o récer cosa mas excelente; y que en los elogios de estos Santos hallará V. M. todos los preceptos de la Moral, y todos los secretos de la Política christiana. Verá en ellos al Santo de los Santos Jesu-Christo, que para honrar à su Padre, y salvar à los hombres, se hace su esclavo y su víctima. Verá à la Reyna de los Santos, que consagra à Dios su virginidad; y que por un milagro que admira la tierra, une la qualidad de Madre con la de Virgen. Verá al gran Bautista, que enseña à todos los Reyes à humillarse ante el Hijo de Dios, y à sacrificar toda su gloria à la gloria de este Señor. Verá à los Apostoles que fundan la Iglesia con sus trabajos, que la instruyen con su predicacion, y que contra las leyes de la naturaleza, la fecundizan con su muerte. Verá à los Martyres, que vencen los tormentos con su paciencia; y con su valor; que rubrican la confesion de la Fé con su sangre, y que pierden su vida por la gloria de su Soberano.

Ve-

Verá á los Doctores , que defienden la verdad , que combaten la mentira , y que vengan á la Iglesia de las heregias que han intentado dividirla. Verá á los Patriarcas , que han establecido las Ordenes sagradas , y que por una extraña maravilla han hermanado la penitencia con la inocencia, la soledad con la sociedad, y la pobreza misma con la abundancia. Verá , en fin , á las ilustres Santas, que han superado la debilidad del sexo por la fuerza de la caridad ; que han menospreciado las ventajas de su espíritu y de su cuerpo , por hacerse humildes esclavas del Hijo de Dios ; y que han llegado á tan subido punto de perfección , que han hecho ver á todo el mundo , que todo lo puede emprender la flaqueza , quando es fortificada por la gracia. Estos son , Señora , los ricos tesoros , y éstas las preciosas reliquias , y éstas las resplandecientes virtudes que ofrezco á V. M. la fin de que todo lo mas grande y mas ilustre que hay en la Iglesia , sirva para

publicar mi gratitud y fidelidad. Pero por mas desvelos que ponga , por más esfuerzos que haga para dar cumplimiento á una obligacion tan justa ; creo se me diga , que nada doy á V. M. que no le pertenezca : porque V. M. no ha esperado á leer estos Panegyricos , para tratar con los Santos. Los tiene á la vista continuamente en su Oratorio. Los venera , y se encomienda á su proteccion en los Templos , imita en todas las acciones sus virtudes ; y siendo la hija primogenita de la Iglesia , tiene derecho sobre todos los bienes de su madre. Mas quando yo no ofrezca otra cosa , que la que ya posee , no dexaré de hacer un presente digno de V. M. y de imitar en esto á la Religion , que no dá á Dios cosa alguna, que no haya recibido de él. No hay , Señora , cosa que pertenezca mas al Padre Eterno , que su hijo. El esta siempre procediendo de su Padre , y siempre residiendo en su seno. El es la expresion de sus grandezas , y el carácter de su substancia.

tancia. Y esto no obstante, todos los dias le ofrecemos este Hijo unico sobre sus Altares. De su persona hacemos nuestra victima y nuestra ofrenda; y empleamos todos sus merecimientos para aplacar la paternal indignacion. Y asi, permitid, Señora, que siguiendo el exemplo de la Iglesia, os ofrezca aquello mismo que os pertenece; que presentandoos las virtudes de todos los Santos, à quienes he elogiado, os ofrezca una cosa que es mayor que vuestro Reyno; y que explicandome por aquellas bocas, que han sido interpretes del Espiritu Santo, os diga con respeto y verdad, que tanto por mi inclinacion, como por mi obligacion y nacimiento soy,

Señora, de V. M.

muy humilde, muy obediente, y muy fiel servidor y vasallo,

Senault, Presbitero del Oratorio de Jesus.

PRE-

PREFACIO.

NADIE ignora que el Panegyrico es la obra principal de la eloquencia, y que el Orador hace su elogio siempre que hace con felicidad el de los otros. Plinio se adquirió tanta reputacion en el Panegyrico que formó de Trajano, como la que en esta pieza dió à la memoria de este gran Príncipe. Y siempre que vemos este precioso monumento de la eloquencia Romana, no veneramos menos al Autor que al Eroe. Yo descubro con tanta claridad en esta pieza el genio de Plinio, como el genio de Trajano, y no manifiesta aquel Sabio alguna virtud de este Emperador, sin que al mismo tiempo señale alguna de las suyas. Ciceron no trabajó menos para su gloria, que para la de Cesar, en aquellas dos Arenas, en que dió tantas alabanzas à este Conquistador, y donde para ensalzar su clemencia, persuadió con la posible eficacia, que havia sido vencedor hasta de sí mismo, por haver perdonado à sus

Tom. I.

B

ene-

enemigos. Estos dos Panegyricos miro yo como à los triunfos de Ciceron; y me persuado que este Orador excelente consigue en ellos la victoria sobre aquel que acababa de domar à Roma, y sujetar à su Imperio el Universo.

Y pasando de Oradores profanos à sagrados; jamás sin admiración; let los divinos elogijs que dá el Eclesiástico à los Profetas, y à los hombres grandes que le havian precedido. Me parecen sus invenciones tan ricas, sus expresiones tan nobles, y sus figuras tan juiciosas y valientes, que no halló dificultad en creer que era un Dios el que se explicaba por la boca de un hombre mortal. No ha distribuido en su obra alabanza alguna, que no resalte sobre él; y yo admiro su eloqüencia siempre que admiro la virtud del sugeto à quien elogia. No sé si es efecto de la debilidad de mi entendimiento, ó de la fuerza de la eloqüencia de este insigne hombre: pero me es preciso confesar que no me parece Moyses tan poderoso quando despre-

cia la grandeza de Faraon, quando subleva toda la naturaleza contra él, quando arma à las moscas contra sus soldados, y quando manda à las langostas destruir à todo Egipto, como quando veo en este divino Panegyrista lo brillante y pomposo de sus escritos. Josué no es para mi gusto tan maravilloso quando detiene el Sol, que declinaba à su Occidente, obligando à este hermoso Astro à prestarle su luz para finalizar la derrota de sus enemigos; como el Eclesiástico quando nos representa este prodigio, y emplea su eloqüencia para describir este milagro. Elias, y su discipulo Eliseo, no me admiran tanto quando caminan sobre las aguas, quando cierran los Cielos, y suspenden sus influencias, ó quando abren los sepulcros, y sacan de sus entrañas los cadáveres; como este Orador incomparable quando nos pinta todas las bellezas, y todas las maravillas de estas acciones milagrosas.

San Juan Chrysostomo, digno Panegyrista de San Pablo, me ha comunica-

do, con la admiracion, el amor à este Santo Apostol. Y aunque las epistolas de éste me huviesen arrebatado por la profundidad de los Mysterios que contienen, confieso no haver conocido à San Pablo hasta que leí los elogios que hace de él esta Boca de oro. Por lo que es preciso decir, que San Juan Chrysostomo se dibujó à sí mismo retratando à este Apostol; y que nos dexó imágenes tan vivas de su eloqüencia, como del zelo y del amor que San Pablo tenia por el Hijo de Dios. Pero hablando de Oradores, no olvidemos à San Cipriano; y confesemos que aunque no hizo el mayor aprecio de su eloqüencia despues de su conversion, se ven no obstante hermosísimas reliquias de ella en sus escritos. Solamente la epistola à Donato, nos obliga à juzgar lo grande que era en la Oratoria este insigne Maestro: alaba la virtud en esta carta con tanta gracia, y con tal fuerza, como vitupéra el vicio. Me admiro cómo, esta eloqüente pieza no convirtió desde aquel punto toda el Africa,

Aunque San Agustin sea mas docto que eloqüente, y tenga mas de Filosofo que de Orador; sin embargo, quando quiere hace ver que havia enseñado la Retórica en Cartago, en Roma y en Milan; y que no havia olvidado esta Arte victoriosa, quando la hacia triunfar de la libertad de los oyentes. Y asi es muy cierto, que en los fragmentos que aun conservamos de los excelentes Panegyricos que hizo de los Santos, hallamos tanto artificio y hermosura como en los Panegyricos que en otro tiempo hicieron Ciceron y Plinio de Cesar y de Trajano. Concluyamos, pues, de este razonamiento, que no hay cosa mas hermosa que el Panegyrico; que es el ultimo esfuerzo de la eloqüencia; y que el Orador se corona à sí mismo quando compone guirnaldas para otros.

¶ Pero confesemos al mismo tiempo, que el Panegyrico es un escollo donde la eloqüencia y la reputacion del Orador padecen freqüentemente un triste naufragio: que muchas veces se vitu-

péra à sí mismo queriendo alabar à otros: que descubre sus defectos, quando procura manifestar sus virtudes, y se dá la muerte el mismo que les intenta dar la vida. Las causas de estas desgracias son tan multiplicadas como evidentes: cada uno sabe muy bien que todo lo bueno es arduo; y que es necesario ser grande Orador para ser dichoso en la composicion de aquellas piezas, que son las capitales obras de la eloquencia. El vituperar es mas facil que el aplaudir; y los hombres son ingeniosos en las invectivas, y estériles en los Panegyricos. Las injurias por otra parte son mejor recibidas que las alabanzas, y casi todos nos persuadimos luego, de que aquellas son verdaderas, y estas falsas. La envidia, que nació en el hombre con la miseria, nos persuade que la reprehension que se dá à los otros, ensalza nuestra virtud; y que el aplaudirlos es lo mismo que obscurecer y deprimir nuestro merito; y como tenemos cerrados los ojos para ver el merito ageno,

asi

asi tenemos tambien obstruidas las orejas para escuchar sus alabanzas. Todo lo que honra al proximo nos hiere; y como si fuéramos tan avarientos de gloria como de los otros bienes, juzgamos que se nos quita todo lo que à él se le dá; y que no se le puede hacer un obsequio, sin que se nos haga una injusticia. No digo mas, porque uno de los hombres mas eloquentes de este Siglo ha explicado este punto admirablemente en un Prefacio, en el qual se ha hecho à sí mismo un eterno Panegyrico, manifestando las razones que hacen el Panegyrico difícil. Sin embargo, es necesario confesar que en los Panegyricos de los Santos no se hallan todas estas dificultades; porque como nosotros no tenemos para con éstos Heroes de la Iglesia sino una continua veneracion, no nos chocan sus elogios, antes bien los escuchamos con respeto; la piedad patrocina entonces la eloquencia, y nos persuade que los hombres que reynan con Dios son superiores

à

à las alabanzas. La muerte, que los ha separado de nosotros, los ha hecho esentos de la envidia; y el Cielo que los ha hurtado à la tierra, nos ha inspirado la veneracion à sus personas. Honramos sus virtudes à manera de unas reliquias vivientes: los tomamos por nuestros modelos: los elegimos por nuestros abogados y protectores: y la fé que cautiva nuestro entendimiento, nos obliga à reverenciar sus merecimientos, como à adorar nuestros Misterios.

Pero si la disposicion de nuestros oyentes hace el Panegyrico de los Santos mas facil que el de los Principes, la misma disposicion le hace al mismo tiempo mas dificil; porque como los que nos escuchan saben que los Santos han vencido al demonio y al pecado, que han sujetado sus pasiones, que han huido de los honores y de las delicias, y que por recompensa de todas estas acciones heroicas, gozan al presente de la gloria, esperan ver unas alabanzas extraordinarias, y no se ofenden tanto de nuestra

abun-

abundancia, como de nuestra esterilidad, ni de nuestro exceso, como de nuestra moderacion. Por cuyo motivo nos vemos obligados à buscar nuevos artificios, y figuras desconocidas, à los antiguos Oradores, para aplaudir à los Santos, los quales, no teniendo nada humano, ni de mortal, deberian antes ser tratados como Dioses, que como hombres. Añadid à todas estas dificultades que la mayor parte de nuestros Santos no nos son desconocidos; que han vivido en unos siglos muy distantes del nuestro; que siempre se ocultaron cuidadosamente à los ojos del mundo; que la gracia que obra su merito, reside en el interior, y no siempre se manifiesta por defuera; que el caracter que los distingue entre sí es dificultosísimo de descubrir; y que las acciones que ellos hacian en público eran casi todas semejantes.

Y si remontandonos desde la tierra al Cielo, intentamos hablar de su gloria; su resplandor nos ciega, su grandeza nos espanta, y la Escritura misma, que

Tom. I.

C

ha-

hábala de ella con tanta admiracion, nos cierra la boca. Porque en acordandonos que expresamente dice, que el espíritu del hombre no puede comprehender lo que Dios tiene preparado á los que le sirven; es necesario que recarremos al espanto y al silencio; y que confesemos que solamente aquel que hace los Santos, puede alabarlos dignamente. Por esto me veo precisado á reconocer, que en los Panegyricos que ofrezco al Público no pretendo añadir alguna cosa á la gloria de los que la tienen en el mismo Dios. Ni deseo que se juzgue de su merito por las débiles alabanzas que yo les doy; pues no soy tan temerario que juzgue poder producir alguna cosa que sea igual, ó que se acerque á su virtud.

Mi designio ha sido imitar la piedad de la Iglesia, que celebrando sus festividades, nos obliga á formar sus Panegyricos; y dandoles alabanzas en su Oficio, nos convida á darselas también en nuestros discursos. He intentado buscar sus diferencias; y el carácter que

distingue á unos de otros, en quanto me lo han permitido las tinieblas de la tierra; pues como sé que las Estrellas son diferentes en influencia y en luz; así tambien he creído, que los Santos eran diversos en gracias y en mérito; y que alabandolos por lo que tenían de particular, sería manifestar sin injusticia lo que les dá la ventaja que unos tienen respecto de otros; y que ha obligado á la Iglesia á decir de cada uno de ellos: *Non est inventus similis illi.* Mas por quanto las alabanzas de los Santos deben ser mas sólidas que las de los Principes; he puesto mas cuidado en ensalzarlos por medio de las razones, que de las figuras; y he sido mas atento á buscar buenos pensamientos, que hermosas palabras. Sin embargo, no he menospreciado todos los ornatos, pues arreglándome á los Padres de la Iglesia, á quienes he tomado por modelos, me he servido algunas veces de aquellos mas bellos rasgos de los Profanos, y he dedicado estos despojos á los Altares de estos

ilustres vencedores, cuyo triunfo descri-
bia. Si he sido dichoso en obra tan difi-
cil, no es mia la gloria, sino de Dios
que me ha inspirado el deseo, y de los
Santos que han subministrado la mate-
ria. Si por el contrario me hubiese ago-
viado el peso de una obra tan grande,
tendré la satisfaccion (como ya he dicho
en otra parte) de que mi pequenez y de-
bilidad haya contribuido de algun modo
al honor de los Santos, persuadiendo á
todo el mundo que sus merecimientos
son superiores á todos los esfuerzos de la
eloqüencia. Si huviere en fin intentado
inútilmente dar á los Santos alabanzas,
havré á lo menos ensalzado su gloria
por la pérdida de mi reputacion.

SER-

S E R M O N
DE JESU-CHRISTO

EN EL DIA DE LA ENCARNACION.

*Verbum caro factum est, & habitavit in
nobis. Joannis cap. I. v. 14.*



ODOS los Mysterios que venera
nuestra Christiana Religion son tan
superiores al humano entendimiento,
que para manifestar sus excelencias,
y explicar sus maravillas, no tene-
mos otro medio que el de la admiracion, y el del
silencio. Mas como el de la Encarnacion es su-
perior, y aun origen de todos los demás, juzgó
San Agustín, que para explicar debidamente sus
grandezas, era necesario que el mismo Verbo, que
havia encarnado en el casto seno de la Virgen,
encarnase de nuevo en el corazon, y en la boca
de los Predicadores, purificando sus labios, y ele-
vando sus pensamientos, para que pudiesen ha-
blar divinamente de un Mysterio todo divino. Con
que si esta condicion es necesaria; si es necesari-
o,

ilustres vencedores, cuyo triunfo descri-
bia. Si he sido dichoso en obra tan difi-
cil, no es mia la gloria, sino de Dios
que me ha inspirado el deseo, y de los
Santos que han subministrado la mate-
ria. Si por el contrario me hubiese ago-
viado el peso de una obra tan grande,
tendré la satisfaccion (como ya he dicho
en otra parte) de que mi pequenez y de-
bilidad haya contribuido de algun modo
al honor de los Santos, persuadiendo á
todo el mundo que sus merecimientos
son superiores á todos los esfuerzos de la
eloqüencia. Si huviere en fin intentado
inútilmente dar á los Santos alabanzas,
havré á lo menos ensalzado su gloria
por la pérdida de mi reputacion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS
SER-



SERMON DE JESU-CHRISTO

EN EL DIA DE LA ENCARNACION.

*Verbum caro factum est, & habitavit in
nobis. Joannis cap. I. v. 14.*



ODOS los Mysterios que venera
nuestra Christiana Religion son tan
superiores al humano entendimiento,
que para manifestar sus excelencias,
y explicar sus maravillas, no tene-
mos otro medio que el de la admiracion, y el del
silencio. Mas como el de la Encarnacion es su-
perior, y aun origen de todos los demás, juzgó
San Agustín, que para explicar debidamente sus
grandezas, era necesario que el mismo Verbo, que
havia encarnado en el casto seno de la Virgen,
encarnase de nuevo en el corazon, y en la boca
de los Predicadores, purificando sus labios, y ele-
vando sus pensamientos, para que pudiesen ha-
blar divinamente de un Mysterio todo divino. Con
que si esta condicion es necesaria; si es necesari-
o,

rio, digo, que el Hijo de Dios descienda en mi corazón para hablaros por mi boca: ¿de quién podría yo, Señores, esperar mejor esta gracia que de su Madre? ¿Ni por qué palabras podría mas presto conseguirla, que por aquellas que la consiguieron el honor que yo la pido, y que la llenaron del Espíritu Santo, quando el Angel la intituló llena de gracia? Repítamola, pues, esta salutación, diciendola rendidamente:

AVE MARIA.

Si la semejanza es causa y efecto del amor, no debemos extrañar que siendo Dios tan amante de los hombres, haya querido hacerse su semejante, y dexar, digamoslo así, su grandeza y felicidad, por vestirse de las baxezas y miserias humanas en la Encarnacion. Y ved aquí lo que obligó à decir à S. Pedro Chrysologo, que el Verbo tomó formas diversas para tratar con los hombres; entregándose à ellos, no como pedia la Divina Magestad, sino como podía sufrirlo la debilidad humana. (a)

Qui tibi nunquam, tibi toties immutatur propter te, varias monstratur in formas qui manet unica suae Majestatis in forma. Quid plura? Dat se tibi Deus ut ferre potest, quia ut est, non tu potes sustinere. Y à la verdad, si huviera venido con aquella pompa que manifestará quando venga à juzgar vivos y muertos, huviera dexado atonitos à los hombres; y antes que de amor, huviera

(*) Serm. 19. : *... quia ut est, non tu potes sustinere.*

infundido en sus corazones sentimientos de temor. Si huviera aparecido en la tierra con aquella Magestad que descubre à los Angeles en el Cielo, no huvieran podido los hombres soportarla, y ofuscados sus débiles ojos con el resplandor de la gloria; lo huviera cegado en vez de iluminarlos. Por cuyo motivo, para satisfacer su amor, y acomodarse à nuestra flaqueza, fue necesario se hiciese el Verbo Divino semejante à nosotros; y pasando por todos los grados de nuestra humildad, de Dios que era se hiciese hombre, de Soberano esclavo, de Juez reo en la apariencia. Y así fue en la realidad. De Dios se hizo hombre, y tomando la humana naturaleza con todas sus miserias, hizo alianza con los hombres, y quiso tener madre en el mundo: *Verbum caro factum est.* De Soberano se hizo esclavo, quedando sujeto al Padre desde el momento de su Encarnacion, sin poder obrar cosa alguna sino por su mandado, y para su gloria: *Formam servi accipiens.* De Juez se hizo reo cargando con nuestros delitos, y sufriendo la pena que merecian sobre la Cruz. *In similitudinem carnis peccati.* Todo lo explicó discretamente San Pedro Chrysologo por estas palabras: *De Deo convertitur in hominem; de domino in servum; de ju- dice in reum.* Y esto mismo es lo que yo os declararé en este discurso, para hacer el Panegyrico del Verbo encarnado. Mirad:

PUNTO PRIMERO.

Los milagros que obra Dios para gloria suya, ò para nuestra salud, nunca parecen mas extraños, que

que quando une cosas entre sí infinitamente distantes, ò quando para cùmplir sus designios, y manifestar su omnipotencia, conueerda dos contrarios, pacificando sus discordias: y asi la creacion del Uniuerso es el mayor de sus prodigios, no solamente por haver unido la nada con el todo, sino porque de los estériles abismos de aquellos caos sacó la tierra con todos sus montes y campiñas; el Cielo con sus Estrellas y Luceros; y el mar con sus escollos y sus monstruos. La produccion del hombre es asimismo reputada por la principal obra de sus manos; porque en su persona solamente une el Cielo con la tierra, el espiritu con la carne, y el Angel con la bestia; recogiendo las cosas que distan mas en el mundo para formar la mas noble de todas las criaturas. Mas el Misterio de la Encarnacion excede à todo; porque uniendo Dios inmensas dificultades, unió el Verbo Divino con la humana carne; la fuerza con la debilidad; la sabiduria con la ignorancia; y para decirlo de una vez, el Hijo de Dios con el hijo del hombre: *Miscet in se hominem & Deum; in virtutibus Deum; in pusillitatibus hominem, ut tantum homini conferat quantum detrahit Deo.* (a)

Con efecto este Misterio es, al parecer, tan arduo de parte del mismo Dios, y tan difícil de entender de parte del hombre, que (si es licito decirlo así) tuvo que ensayarse varias veces el primero, para executar lo, y que preparase por las

(a) Tertul. lib. aduers. Marcionem. in editione anj. 6
299

mucho tiempo el segundo para entenderlo. Vemos, sin duda, que los Profetas para persuadirnos esta portentosa obra, se han visto precisados à suponer en Dios pies y manos, y aun nuestros naturales sentimientos; haciendole parecer, ya ocupado de la piedad, ya poscido de la ira, y ya penetrado del arrepentimiento y desagrado. Hasta los Angeles han encarnado en alguna manera, para disponernos à creer la Encarnacion del Verbo; tomando cuerpos aéreos, y de fuego, para persuadirnos, que Dios podria tomar otro de carne. Pero si hemos de dar credito à Tertuliano, el mismo Verbo trató con los Patriarcas bajo la figura de un cuerpo prestado, como para ensayarse à tomar el que le havia de dar su Madre, y acostumbrarse para esta alianza eterna por un comercio pasajero. *Ideoque & ipse cum Angelis tunc apud Abraham in veritate quidem carnis apparuit, sed nondum natæ, quia nondum morituræ; sed & jam discentis inter homines conuersari.* (a) Y sin embargo de tantas preparaciones y preludios, apenas pudo este misterio hallar creencia en los hombres; y los Filósofos que havian concedido bastante bien la eterna generacion del Verbo, no pudieron comprehender su temporal generacion. Ni aun imaginar pudieron, que aquel que era igual al Padre, se huviese querido hacer semejante à los hombres.

Mas aunque es tan prodigiosa esta union de las dos naturalezas, que parece haver agotado

Tom. I.

D

la

(a) Tert. lib. 3. aduers. Marc. in editione anj. 6

la Omnipotencia Divina, y excedido la creencia de los hombres; con todo eso, es preciso reconocer, que nunca fue tan admirable, como en aquel momento en que se obró: la razon es, porque el Verbo, no solamente se hizo hombre, sino que se dignó pasar por todos los estados y edades de los hombres. Y en esta su posicion, si en el momento de su Encarnacion le contemplamos infante, le hallaremos en estado tan humilde, que parece haver perdido quanto por su eterna generacion havia alcanzado. La Teologia nos enseña, que el Verbo Eterno es la palabra del Padre; que esta palabra divina explica todas sus perfecciones, declara todas sus grandezas; y es el panegyrico eterno de aquel que le engendró. *Filius sapiens gloria Patris*. Pero en este misterio es infante, y no puede hablar. Tiene conceptos, mas no puede explicarlos. Su lengua balbuciente como la de los otros infantes, no puede darse à entender, sino por los suspiros y las lagrimas. En su eterno nacimiento es el brazo de su Padre; y asi como todo lo inventa con él por su infinita sabiduria; asi todo lo executa con él por su poder infinito. *Portans omnia verbo virtutis sue*. El gobierna, además de esto, todas las criaturas que ha producido; y asi como manifestó su omnipotencia, sacandolas de la nada, asi tambien muestra su inmensa sabiduria, impidiendoles volver à ella. *In creando ex nihilo eduxit, in gubernando, ne ad nihilum redeant continet*. (a) Pero en su Encarnacion

(a) Ambros. in 1. Hæbreos. c. 1. v. 11. (6)

cion está sujeto à nuestras debilidades. Tiene brazos, y no puede obrar: tiene pies, y no puede caminar: y reducido à las humanas miserias, no puede servirse ni de sus ojos, ni de sus oidos. Por su eterno nacimiento está en el seno de su Padre como en un Trono. *Tronus tuus Deus in sæculum sæculi*. (a) Desde alli gobierna los Angeles; dá ordenes al Cielo y à la tierra; y à su placer forma el destino de todas las criaturas. Pero en su Encarnacion está encerrado en las entrañas de una muger, como en una obscura carcel. Se reduce à ser cautivo, desde el punto en que se digna ser infante; y para manifestar que es hombre verdadero, permanece como los demás por espacio de nueve meses en esta horrible prision. Es verdad, que despues del adorable seno de su Padre, no hubo morada mas digna de este Señor, que la de las purisimas entrañas de su Madre; y que no viendo en ella ni aun la sombra del pecado, no vé por consiguiente cosa que le desagrade; pero sin embargo de esto, quando su Esposa la Iglesia le contempla en el seno de Maria, no puede contener su admiracion; y espantada de humildad tan prodigiosa, le dice: *Tu ad liberandum suscepturus hominem non borruisti virginis uterum*.

La Escritura santa queriendo ensalzar el poder de nuestro Dios, nos hace reparar, que S. M. trata al mar, como si fuera un esclavo, ò un infante. Como à esclavo, pues le tiene prisionado;

D 2 y

(a) Psalm. 44. v. 7.

y le prescribe límites, que aun quando está enflorado, no puede traspasar: *bucusque ventes, & ibi confringes tumentes fluctus tuos.* (a) Hasta aqui llegarás, y no pasarás mas adelante. Y obedeciendo mis ordenes, romperás sobre la playa tus olas, cambiando en espumas tu furor. *Et ibi confringes tumentes fluctus tuos.* Trátale tambien como à un infante; pues parece que el dilatado lecho en que se estiende, es para el mar una cuna; el confuso ruido de sus olas, una especie de gemido; y las nubes que le rodean, unos pañales que le embuelven. *Ubi eras cum ponerem nubem vestimentam ejus, & illud caligina, quasi pannis infantie ovolverem?* (b) Confieso, Señores, que la sagrada Escritura no podia ensalzar con mas nobleza el poder de nuestro Dios, que haciendonos ver, que este elemento, que no recibe ley de nadie, respeta sus ordenes, y le obedece como si fuera un esclavo, ò como si fuera un niño. Pero con todo eso, es indubitable, que su poder resplandeció mucho mas, quando reduxo à su Unigenito à los abatimientos de la Encarnacion; porque haciendole hombre, le ha hecho esclavo, y le ha hecho infante; y si como à esclavo le ha encerrado en una obscura prision, como à infante le ha embuelto entre pañales, haciendole pasar por todos los grados de nuestras humillaciones. *Et verbum caro factum est.*

Y asi os confesaré con San Cypriano (c), que

(a) Job 38. v. 21. (b) Idem ibidem. v. 4. y 5.
(c) Cyp. Ser. de Nat. Christ.

el Verbo humillado es todo el objeto de mi admiracion; y que todo quanto hay de raro y de estupendo en la naturaleza, no me admira tanto, como el Mysterio de la Encarnacion. *Non miror*, dice este Padre, tan docto, como eloquente, *stabilitatem terræ, non volubile firmamentum.* No admiro, que la tierra sea fundada sobre su misma pesadéz; y que sirviendo de centro à toda la naturaleza, permanezca inmoble en medio de las dilatadas campiñas que la rodean. *Non miror Lunæ defectum & incrementum; non Solem semper integrum, & laborem ejus perpetuum.* No admiro, prosigue, la inconstancia de la Luna, que jamás permanente en un estado, muda de semblante à todas horas, y à todos los momentos crece y mengua, comunicando sus defectos à todos sus inferiores. No admiro al Sol, siempre lleno, y siempre sin mutacion, y que infatigable en su carrera, camina por los Cielos à manera de Gigante, conduciendo su luz y su calor à todos los lugares de la tierra. *Non miror temporum vicissitudines, in quibus quæ mortua videbantur reviviscunt.* No admiro la variedad de estaciones que causan en la naturaleza una mutacion continua, y que en la Primavera resucitan las cosas que el Invierno havia hecho morir. Pues gran Santo, ¿qué admirais? Admiro, dice, un Dios que se ha hecho hombre. Admiro al Verbo Eterno hecho carne en el seno de una Virgen. Admiro al Omnipotente en una cuna. *Miror Deum hominem; miror Deum in utero Virginis; miror Omnipotentem in cunabulis.* En las otras maravillas hallo algunas razones que me aquietan, y satisfacen.

facen; y quedo convencido de que las criaturas no pueden resistir à la voluntad del Criador. Pero en este mysterio no hallo otra cosa que el espanto; y me veo precisado à exclamation con el Profeta Abacue, consideré, Señor, vuestras obras, y me llené de espantosa admiracion. *In cæteris quedam rationes satisfaciunt, hic solus me complectitur stupor. & cum Abacue cano: consideravi opera tua, & espavi.*

Pero si esta union es portentosa, por haver juntado con tanta estrechez cosas tan separadas, no es menos admirable, por haverlas unido para siempre; siendo así que la muerte y el pecado separan, cada uno en su linea, todo lo que está unido en el mundo. El pecado por su parte, separa al alma de Dios, con quien mediante la gracia estaba unida. La muerte por la suya, divide el alma del cuerpo, aunque ligados con cadenas naturales. Pero ni el pecado, ni la muerte pueden separar al hombre de Dios en la persona de Christo. No el pecado, porque siendo bienaventurada su alma, es impécable. Y como el Verbo es el principio de todas sus acciones, ni puede hacer cosa alguna la humanidad contra aquel que la gobierna, ni desunirse de aquel, en quien, y por quien subsiste. No la muerte, porque no se extiende su imperio sobre la Divinidad; y por consiguiente no puede romper un nudo, que existirá eternamente. Bien pudo dividir al alma del cuerpo, poniendo à éste en el sepulcro, y à aquella en el Limbo; pero ni éste quando yacia en el Sepulcro, ni aquella quando triunfaba en los infernos, se separaron de la persona del Verbo.

Pe-

Pero mirad, sin embargo de ser tan prodigiosa esta union; ni hay mezcla, ni hay confusión alguna en las dos naturalezas. Ni la divina se convierte en la humana, ni ésta se muda en aquella. Ambas conservan perfectamente sus derechos. Y aunque el admirable compuesto que resulta de las dos, es Dios y hombre à un tiempo mismo, nunca las dos naturalezas se confunden, ni mezclan, como sucede en los compuestos naturales. El electo, por exemplo, es una mezcla de oro y plata; pero tan confundidos entre sí, que lo que resulta de los dos, ni es plata ni oro. Tiene visos de lo encendido de este, y de la blancura de aquella; pero aunque tenga las qualidades de ambos, de ninguno tiene la substancia: porque la naturaleza que es mas poderosa que la chimica, los ha mezclado en tal manera, que el uno se ha perdido dichosamente en el otro. *Eiectrum ex auro & argento resultat: & incipit nec aurum esse neque argentum, dum alterum altero mutatur, & tertium quid efficitur.* (a) Pero no sucede así con la divinidad y con la humanidad en la persona de Christo. Son estas dos naturalezas inseparablemente unidas; pero sin alteracion. Y aunque subsisten en una misma persona, de tal manera conservan sus propiedades, que la humana manifiesta sus flaquezas, quando la divina hace brillar sus prodigios. *Videntur duplicem statum, non confusum, sed conjunctum in una persona Deum & hominem Jesum. Et aded salva est utrius-*

(a) Tertul. lib. adv. Praxed.

Dicitur (a)

utriusque proprietatis substantiæ, ut & spiritus res suas egerit in illo, id est, virtutes, & opera, & signa, & caro passiones suas functa sit. (a)

Es de fé, pues, que el Verbo Divino se hizo hombre; que sin perder cosa alguna de sus grandezas, se hizo participante de nuestras humillaciones: que sin confundir las dos naturalezas, las unió eternamente en su Persona: que sin dexar de ser Dios, como su Padre, comenzó à ser hombre, como lo son sus hermanos. ¿Pero sabeis, Christianos, por qué hizo esta union tan milagrosa? Pues mirad, fue para conseguir por este medio otra mas grande: se hizo participante de nuestra flaqueza, para hacernos participantes de su poder: descendió à la tierra, para que fuésemos elevados al Cielo: en suma, se hizo hombre, para hacernos dioses. No frustremos pues un designio, que nos es tan ventajoso: no nos opongamos à nuestra gloria: es decir, que pues Dios nos quiere asociar à su grandeza, no tengamos sentimientos indignos de nuestra feliz condicion: no pensemos en la tierra, sino en el Cielo: no obremos como hombres, sino como dioses. Acordemonos, en fin, de nuestra elevacion; y no pronunciemos palabras, no practiquemos acciones, que puedan profanar su santidad.

Pero si el Verbo Eterno para comunicarnos su Divinidad, de Dios que era, se hizo hombre, como habeis oido; para elevarnos à su soberania, de Señor absoluto se hizo esclavo; que es el

(a) Idem ibid.

el segundo punto de este discurso. Y así mirad:

PUNTO SEGUNDO.

De quantas perfecciones atribuye à Dios la Religion, ninguna le conviene, al parecer, con mas justicia que la de Señor. Por lo que juzgo que Augusto tuvo razon en no admitir este titulo, que aun los Reyes no pueden legitimamente poseer. Fundome en que su Magestad toma este titulo frecuentemente en la Sagrada Escritura; empezando por él todas sus alabanzas, y todas nuestras reprehensiones y advertencias. Y así vemos, que jamás habló con Moysés, ó con su Pueblo; que no le dixese; *Ego sum Dominus Deus tuus*. Yo soy el Señor tu Dios; y quando estableció la Religion sobre la tierra, dando ley à los Israelitas, tomó este titulo augusto, mandando à sus vasallos le adorasen, porque él era el Señor. *Dominum Deum tuum adorabis.*

Y à la verdad, era muy justo el intitularse de este modo; pues hay entre otras muchas, quatro poderosas razones, que convienen ser Dios unicamente nuestro legitimo Señor: la primera, porque su poder impellido de su bondad, nos ha criado, y extrahido de la nada en que yaciamos: la segunda, porque sosteniendonos con aquel mismo brazo, con que nos formó, nos conserva, y nos defiende para no caer en la misma nada de que fuimos extrahidos: la tercera, porque nos puede aniquilar en el momento que le agrade, sin necesitar para esto de rayos, ni de centellas, sino solamente con apartarse de nosotros; la quarta

ty principalísima razon de pertenecer solo à Dios el titulo de Señor, consiste, en que su Magestad no tiene necesidad de sus inferiores ò vasallos, y que así los Angeles, como los hombres le son igualmente inútiles. *Dixi Domino Deus meus es tu, quoniam honorum meorum non egess.* (a) Por cuyo motivo, aunque los Reyes de la tierra son imagenes de Dios, que representan su autoridad y su persona, no pueden pretender el atributo de Señor; porque, (como notó San Agustín) son vasallos. La razon es, porque ni son tan profundamente ilustrados en los asuntos de un Gobierno tan basto, que no necesiten de consejeros y ministros; ni su espíritu es tan extenso, que no tenga necesidad de Gobernadores, que hagan respetar su autoridad en las Provincias lejanas; ni su valor tan crecido que puedan dar y ganar las batallas sin soldados. Y así, no menos los vasallos tienen necesidad de un superior que los gobierne, que los Reyes de inferiores que les sirvan y defiendan: pero Dios es en todo tan grande, que todos sus vasallos le son inútiles. Gobierna el mundo (que es su estado) sin necesitar de consejeros. Se halla presente en todas partes sin emplear Gobernadores. Gana las batallas sin soldados: y quando para executar sus decretos emplea, ò bien à los Angeles, ò bien à los hombres, no es para alivio suyo, sino para honor de ellos: pues siempre obra con ellos en todo quanto executan; y tambien sin ellos en todo quanto le agrada.

(a) Psal. 119. v. 1. *non obestitque non circumibit*

Y así no me puedo acomodar al parecer de Tertuliano, quien juzgó ser el nombre de Dios primero que el de Señor. Fundabase en que Dios (como él decia) era Dios desde la eternidad; pero que no fue Señor, sino en tiempo. Era Dios, prosigue, antes que huviese Angeles que le adorasen, ni hombres que le conociesen. Pero no fue Señor hasta que tuvo vasallos que obedeciesen sus preceptos. No puedo, buelvo à decir, acomodarme à esta opinion: porque si Dios, como dice la Escritura Sagrada, tan absolutamente obra sobre la nada, como sobre lo que ya existe; respetando sus ordenes las cosas que no son, no menos que las que son; es claro que Dios fue verdadero Señor antes de crear el mundo, y lo será despues de su consumacion: y que este atributo que no depende ni de lugares, ni de tiempos, no es menos eterno que el mismo Dios.

Confesemos, pues, que de quantos titulos atribuye à Dios la Religión, ninguno le pertenece con mas propiedad que el de Señor: pues habiendo criado nuestra alma y nuestro cuerpo, mantiene su Magestad este titulo con mayor razon que los padres naturales. Le pertenece asimismo con derecho mas legitimo que à los Reyes de la tierra; porque nosotros tenemos necesidad de su gobierno, y su Magestad no la tiene de nuestro servicio. *Non indiget*, dice San Agustín, *nostra servitute; nos indigemus ejus dominio.* Con mas justicia, en fin, que los Señores, que nos han adquirido, ò por compra ò por conquista; pues pertenecemos à su Magestad por nuestro mismo nacimiento, y llevamos gravada

en lo mas intimo de nuestro sér la eterna marca de nuestra servidumbre.

Sin embargo, aquel que por su esencia es nuestro soberano, se hizo esclavo nuestro por su amor. Aquel que nos ha criado por su poder, quiso redimirnos por su abatimiento. Aquel que nació en la Eternidad igual à su Padre, quiso nacer esclavo suyo en el tiempo. *De Domino convertitur in servum.* Explicuemos esta verdad tan sensible, y veamos los grados por donde descendió el Hijo de Dios desde la soberania à la servidumbre; y como aquel que no dependia de nadie, empezó à depender de su padre, de su madre, y aun de sus mismas criaturas.

Mirad : si es cierto , que el atributo mas natural de Dios es el de Soberano, es preciso confesar , que la qualidad mas natural de la criatura es la de sierva. Y à la verdad , su servidumbre constituye una parte de su esencia. El criador que la dá el sér, la imprime la dependencia : y sin que sea necesario llevar sobre sus vestidos , ò en su frente la marca de su esclavitud , la lleva gravada en lo profundo de su naturaleza. Digamos mas : su servidumbre , si bien se mira , precede à su mismo nacimiento ; viniendo à ser esclava de Dios , antes de ser su criatura. Parece paradoxa, y es una clara verdad ; porque si Dios manda en la nada con el mismo imperio que en el sér ; si la nada es el teatro mas noble y convincente de su poder , porque las criaturas que encierra en su esteril seno reciben y executan las ordenes de Dios con el mismo respeto que las que ya han salido de él, *vocat ea que non sunt tanquam ea que sunt,*

sunt ; òno debemos asegurar , que las criaturas son esclavas de Dios antes de ser ; y que desde que tienen potencia para existir , están obligadas à obedecerle ? Pues siendo como es constante esta verdad , es preciso decir , que desde que el Hijo de Dios formó el designio de hacerse hombre, se miró ya como esclavo de su Padre , y le reverenció como à Soberano , no por razon de la naturaleza divina è increada que poseía , sino por razon de aquella naturaleza humana y criada que en el tiempo havia de tomar. Y de aqui viene, sin duda , que quando antes de encarnar , se explicaba el Eterno Verbo por boca de sus Profetas , tomaba ya este atributo de siervo : y sin derogar à su grandeza en que es igual à su Padre, protesta ser su esclavo, por razon de que algun dia será hijo de su sierva. *Ego servus tuus, & filius ancillæ tuæ.* (a)

Pero sin sacar la consecuencia de principio tan distante , es preciso à lo menos confesar , que desde el momento dichoso de su Encarnacion en las castas entrañas de Maria se hizo esclavo de su Padre ; y que los primeros pensamientos que ocuparon su alma , mas fueron de siervo , que de hijo , como nos lo asegura el mas ilustrado de los Apostoles. El primer sentimiento del Verbo hecho carne , dice San Pablo , fue el de la obediencia. Y tan presto como su alma fue infundida en el cuerpo que el Espiritu Santo formó de la purissima sangre de la Virgen, comenzó à usar el

(a) Psalm. 115. v. 16.

lenguage de un esclavo, y à protestar que no havia venido al mundo, sino para obedecer à su Soberano, que era Dios. *Ecce venio ut faciam Deum voluntatem tuam.* Pero el Espíritu Santo que hizo que un mismo idioma fuese entendido de naciones muy diversas y distantes; hizo tambien, que un mismo pasage de la Sagrada Escritura experimentase muchas explicaciones; y que sirviesen todas ellas para hacernos conocer las admirables disposiciones del Eterno Hijo, como hecho en tiempo el esclavo de su Padre. Y asi donde la version comun dice: *Corpus aptasti mihi*; me haveis dado un cuerpo, y me haveis hecho vuestro esclavo; otra version lee: *auris perfecisti mihi*; me haveis comunicado oídos para que reciba vuestras ordenes, y executandolas, dé pruebas de mi servidumbre; y otra finalmente pronuncia: *auris autem perforasti mihi*; me haveis oradado las orejas, esto es, me haveis hecho vuestro esclavo, no por tiempo determinado, sino por la eternidad. De modo, que renunciando los privilegios legales que permiten à los esclavos recobrar su libertad, pasados de servicio siete años; è imitando à los que para hacer su servidumbre vitalicia les oradaban las orejas; uso al presente con vos este lenguaje para testificar à todo el mundo que soy vuestro esclavo eterno. *Aures autem perforasti mihi.*

Mas no olvidemos el notar, que quien le inspira estos sentimientos es su Madre; y que con toda propiedad no es esclavo de su Padre, sino por ser hijo de Maria. La razon es, porque la servidumbre nunca es mas verdadera, que quan-

do

do es natural; y nunca es natural, sino quando precede ò acompaña el nacimiento. Y asi, los que son esclavos por haver sido vencidos, pueden quejarse à la fortuna, que decidiendo los combates de los hombres, dá la victoria muchas veces al partido que menos la merece. Pero los que por nacimiento son esclavos, por traer su origen de una Madre que no tiene libertad, no pueden quejarse con justicia; pues la misma naturaleza ha concurrido à su desgracia. Y esto me obliga à decir, que el Verbo encarnado es esclavo verdadero de su Padre, porque nació de una Madre que era sierva, por haver renunciado su libertad quando dió su consentimiento à la Divina Encarnacion. *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum.* Concibió, digo, Maria al Hijo de Dios en el momento mismo en que perdió su libertad, inspirele tambien el deseo de la servidumbre; y protestando que era sierva del Señor, obligó à su hijo à ser esclavo. Los Naturalistas nos intentan persuadir, que las madres tienen un poder maravilloso sobre el cuerpo de sus hijos en el momento de su concepcion; y que les imprimen sus movimientos y deseos, de que nos dan testimonio muchas veces las señales que se advierten en los recién nacidos infantes; pero la Virgen, mas dichosa y poderosa que todas las demás madres, no solamente causa impresion en el cuerpo de su hijo, sino en su espíritu; porque como le concibe al mismo tiempo que hace voto de servidumbre, declarandose sierva del Padre al mismo tiempo que vá à ser Madre de su Hijo; imprime en el alma de este

te

te sus votos y sentimientos; è inspirandole los sentimientos de esclavo, le obliga à renunciar su libertad, apenas le dá la vida. Y este hijo aprovechandose de las lecciones de su madre junto con las inclinaciones que con el sér recibe, declara, que es esclavo del Señor, por ser hijo de su sierva. *Ego servus tuus & filius ancillae tuae.* (a); Qué prodigio, Señores, que el Hijo sea esclavo de su Padré; que el heredero pierda los derechos que le dá su nacimiento; que para conseguir à los hombres libertad, se empeñe el hijo de Dios en la esclavitud!

Pero lo que mas admira, si bien lo considerais, es, que no solo es esclavo de su Padre, sino tambien de su Madre; pues vemos que la obedece mientras su menor edad, sin dispensarse de esta obligacion, sino una vez, que fue quando se quedó en Jerusalem; y por cuya inocente falta se sujetó despues à sus ordenes, hasta que las de su Padre le obligaron à dexar su casa, y empezar la predicacion del Evangelio. *Et erat subditus illis.* Mas si este prodigio de obediencia os espanta, como es regular; qué direis, Señores, al ver que Jesu-Christo se dignó hacerse por nuestro amor, no solamente siervo del Eterno Padre, y de Maria, sino esclavo de los hombres? ¿que renunció su libertad por sacarnos à nosotros de la esclavitud? ¿que no vino à la tierra para ser servido, sino para servir à todo el mundo? *Non veni ministrari, sed ministrare?* Yo

ten-

(a) Psalm. 113, v. 16.

tendria verdaderamente gran dificultad en comprehender, cómo los Angeles, siendo criaturas tan nobles, se intitulan en la Escritura vasallos; y que siendo puros espiritus, no se contenten con servir à Dios, sino que sirvan à los hombres, haciendose sus ministros. Pero viendo que el Dios de los Angeles se ha hecho siervo de los hombres, y que sin atencion, al parecer, à su grandeza, abrazó este abatimiento, sacrificando por nuestro bien su libertad, no es difícil de percibir aquel mysterio. Y asi siendo de fé, como lo es, este portentoso abatimiento de Jesus, ¿qué dificultad, Señores, tendremos en someternos à Dios, quando se le ha sometido tambien su mismo Hijo? Un exemplo de sumision como éste; no nos inspirará el amor à la obediencia? ¿Omitiremos asimismo el honrar à Maria, quando vemos que se dignó honrarla y servirla el Verbo Eterno? ¿Dexaremos de servir à Jesu-Christo, haviendonos su Magestad servido à nosotros à expensas de su honor y de su vida? Pues no pongais en esto duda: Jesu-Christo, buelvo à decir, nos sirvió à expensas de su honor; porque despues de haver humillado su grandeza, entregó por nosotros su inocencia; y no solo, como haveis oido, de Soberano se hizo esclavo, sino que de Juez supremo se hizo reo, como pretendo hacerlos ver. *De Judice convertitur in reum.*

PUNTO TERCERO.

Si la Sagrada Escritura es regla de nuestra fé, nos vemos obligados à creer, que la primera qualidad que exerció Dios en el mundo es la de

Tom. I. F Juez

Juez; porque en donde la Vulgata lee: *In principio creavit Deus*; el original Hebreo dice: *In principio creavit Judices*; en que hay dos cosas muy dignas de reparo. La primera, que Moyses, hombre tan sabio, y que con toda la posible perfeccion sabia la lengua Hebrea, quiso cometer un solecismo en el principio de su obra, para declararnos el mas admirable, y el menos comprehensible de todos nuestros mysterios: porque como el humano entendimiento no puede percibir, que tres personas realmente distintas no tengan mas que una numero esencia; este doctisimo Escritor quebrantando los preceptos de la Gramática, juntó un singular con un plural, para darnos algun conocimiento de este mysterio, en donde la unidad de la esencia no confunde la trinidad de las personas, y donde la trinidad de las personas no divide la unidad de la esencia: *In principio creavit Judices*. La segunda cosa que se debe notar es, que el texto nos enseña, que Dios es nuestro Juez, y que en calidad de tal crió el mundo, y por consiguiente, que no solamente fue obra de su sabiduria y de su poder, sino tambien de su justicia. Y ved aqui porque dixo Tertuliano; que asi como la bondad hizo salir à Dios fuera de sí, para comunicarse à sus criaturas en la creacion del Universo; así la justicia fue la que arregló esta obra, y le dió este orden admirable, que constituye la parte principal de su belleza: *Sicut omnia bonitas concepit, ita justitia distinxit.* (a) La justitia

(a) Tertul. lib. 2. adv. Marcion. *bonitas concepit, ita justitia distinxit.*

ticia fue, dice este Sabio, la que separó el Cielo de la tierra; y la que sembró aquel de Estrellas y de Luceros, y á esta de flores y de frutos. La justicia fue la que hizo division entre la noche y el dia, manteniendo esta agradable alternativa, que hace suceder el reposo á la fatiga. La justicia fue la que dió madre à las aguas, permitiéndolas à veces salir de ella, para llevar à las riveras y llanuras la fertilidad y abundancia. El ornamento, en fin, y disposicion que tienen los elementos; el giro y las influencias de los Cielos, y el nacimiento y ocaso de los Astros son otras tantas sentencias, que pronunció el Supremo Juez quando crió el Universo: *Omnes situs, habitus elementorum, ortus, occasus Caelorum, judicia sunt Creatoris.* (a) Y así, segun el sentir de Tertuliano, Dios era Juez antes que el hombre fuese reo; y havia formado juicios antes que éste huviese cometido delitos. *Non putes eum exinde iudicem desintendam, quod malum cepit.* (b)

Mas sin oponerme al parecer tan justo como verdadero de este Sabio y juzgo, que no solamente quiso Dios manifestar su justicia, al mismo tiempo que hizo resplandecer su poder; sino que quiso manifestar al hombre, que aunque le havia constituido soberano de la tierra, no dexaba por eso de tener un Juez que era superior à él, y que examinaría sus acciones, recompensando las buenas, y castigando las malas. Esta conjetura ó adición, al parecer de Tertuliano, está apoyada

(a) Idem ibidem. (b) Idem ibid.

en lo que nos refiere el mismo texto: porque despues de haver formado Dios al hombre; despues de haverle introducido en el Paraíso terrenal, y constituido Señor de toda la redondéz, le prohibió la fruta de cierto arbol, y amenazó con la muerte si quebrantaba su precepto, manifestandole en esta ley primitiva que era su Juez y su Señor. De donde se sigue claramente, que la primera qualidad que Dios toma en su Escritura es la de Juez. Mas como esta qualidad es comun à todas las tres Personas por razon de la esencia; yo hallo en el Hijo algun titulo, por donde parece que le es propia la judicatura sobre los hombres y los Angeles. Notad bien esto.

La Teologia nos enseña que el hijo por su eterna generacion es la imagen de su Padre, el caracter de su substancia, y la expresion de sus grandezas. *Totum in se monstrans genitorem*, como dice San Gregorio Niseno. De modo que él solamente puede asegurar, que en virtud de su nacimiento es semejante al Altísimo: *Ego sum similis Altissimo*. Pues ahora: la misma Teologia nos dice, que el delito del primer hombre y el del Angel consistió en pretender la semejanza con Dios: *Similis ero Altissimo. Eritis sicut Dei*; y por consiguiente que su culpa fue un atentado de rechamente contra la Persona del Verbo, à quien le intentaban usurpar el derecho de semejanza con su Padre. Como este delio, pues, era con particular razon contra él, le dió, al parecer, mas derecho para castigarle; haciendo al hombre y al Angel como reos del Verbo, à quien competia el pronunciar su sentencia. Esto sin duda quiere de-

no-

notar la Escritura quando dice, que el Padre dió à su Hijo el derecho de juzgar, depositando en sus manos esta qualidad, que como à Criador le pertenece: *Omne iudicium dedit Filio. Pater non iudicat quemquam*.

Si esta máxima, buelvo à decir, es verdadera, se sigue que el Hijo es nuestro Juez; y que nosotros no podemos evitar el comparecer ante su trono, para dar cuenta de todas nuestras acciones. Somos, pues, sus subditos y sus reos; y estas dos qualidades le dan un doble derecho de examinar nuestra causa, y pronunciar nuestra sentencia. Mas (¡quién lo dixera!) esta misma circunstancia de ser el Hijo de Dios el principal ofendido por el hombre, fue la que le inspiró el deseo de encarnar, y de morir por libertarle de la pena. El haver sido él la inocente ocasion de nuestra ruina, le impelió à ser la causa de nuestra redencion: y así como su Padre para vengarle de la ofensa que le havian hecho, intentó perder todos los hombres; así él para librarlos de esta universal desgracia, cargó con los delitos de estos mismos hombres, y quiso padecer la pena que ellos merecian. *Propter me perdidit multos Angelos*, le hace decir San Bernardo, *propter me perdidit homines universos; propter me tempestas orta est; tollite me, & mittite in mare; per me recipiat Pater, quos quodammodo propter me amisisse videtur*. (a) Mi Padre, en atencion mia, ha perdido una parte de los Angeles, y toda la especie de los hom-

(a) Bernard. Sermon. 1. de Advent. *novemb. die 2. 4*

hombres. La tempestad se ha levantado por mi ocasion; pues echese mano de mí; arrojese me en el mar de los tormentos, y recobre mi Padre por mi medio à los que perdí por mi ocasion.

En efecto, Señores, el Hijo de Dios no quedó contento con hacerse hombre, ni con hacerse esclavo; sino que para satisfacer à su Padre se dió en caucion, ó en prenda de los mismos peccadores, cargandose con sus delitos, y obligandose à sus penas. Y esto es lo que ensalza tan altamente el Apostol quando dice: *Hum qui non noverat peccatum, pro nobis peccatum fecit.* Aquel que no conocia el pecado, se hizo el mismo pecado por nosotros. Y así tan presto como fue formado en las castas entrañas de su madre, usó del language de una víctima que se obliga à la muerte; y el mismo texto que nos señala la servidumbre, nos representa su sacrificio; porque considerandose el Hijo de Dios revestido de nuestra carne, y cargado con nuestros pecados, le dice al Padre que él viene al mundo para sacrificarse y para satisfacerle. Las hostias del antiguo Testamento, le dice, ni han sido agradables à vos, ni utiles à los hombres. Y así veisme aquí vestido de un cuerpo, à fin de que yo sea vuestra víctima, y pierda la vida por vuestra gloria, y por la salud de los hombres. *Holocaustum & oblationem nolisti, corpus autem aptasti mihi.* (a) Esto es lo que San Pedro Chrysologo nos obliga à meditar, quando dice: *Quid homini negare potuit, qui totum quod erat*

(a) S. Pabl. Hebreor. 10. v. 5. *thelimus baptis. (C)*

hominis, etiam peccatum, suscepit & martem. (a) ¿Qué es lo que puede negaros Jesu-Christo, dice, quando nada de quanto havia en el hombre rehusó recibir; llegando, por un exceso de su amor, hasta recibir en sí el pecado y la muerte? Sí, Señores: Jesu-Christo tomó nuestro pecado; pues se hizo nuestra caucion, y nuestro fidejuszor en el purísimo seno de Maria; y ofreciendose à su Padre como víctima pública, se halló cargado de nuestros delitos en el momento mismo en que se vistió de nuestra naturaleza. Bien se que San Agustín, para vindicar su honor, dice, que Jesu-Christo es en la realidad inocente, y en la apariencia reo; y que siendo Santo por su persona, solo por su amor es pecador: *Damnavit reos veros, qui factus est falsus reus.* Mas respecto de que su Magestad quiere ocupar nuestro lugar, puede asimismo llevar nuestro nombre. Respecto de que padece por los peccadores, puede ser intitulado pecador. Y así sin duda sucedió en este Misterio; pues aquel que era Juez fue tratado como reo, à quien sentenció su mismo Padre, pronunciando contra sí mismo, por no perder à los hombres, la sentencia que en otra ocasion havia fulminado contra ellos. *Et ne peccatores perderet,* añade San Pedro Chrysologo, *in se sententiam suam Juxta retorsit; ut amasse se peccatores prederet, magis solvendo debitum, quam dando.* (b) ¿Qué os parece, Señores? ¿Direis que no os ha amado Jesu-Christo, quando para aseguraros y convenceros de su amor, se ha hecho hombre

(a) Chrysol. Serm. 70. in Orat. Dom. *etiam amol. (S)*

como vosotros; se ha hecho esclavo con vosotros; se ha hecho pecador por vosotros; y constituyéndose fiador vuestro ante su Padre, mas ha querido pagar vuestra deuda, que perdonarla? ¡Ah!

Confesemos, Señores, que el amor divino no podía ascender mas; que se agotó en la Encarnacion, y que excedió nuestros deseos, y vuestras esperanzas. *Exinanivit semetipsum*; pues no contento el Verbo Eterno con haverse hecho de Dios hombre, y de Soberano esclavo; quiso hacerse tambien, por nuestro amor, de Juez, criminal ó reo; *De Judice in reum*. Mas para que esta infinita bondad no nos haga ingratos, y aun insolentes, nunca dexéis de temer al mismo que tanto se quiere hacer amar.

No imaginéis que por haver tomado la qualidad de reo, ha perdido la de Juez. Ahora la posee con nuevo titulo, y tiene mas derecho para juzgarnos que antes; pues si el Eterno Padre le ha hecho Juez de los hombres, es unicamente por haverse hecho el hijo del hombre. *Omne iudicium dedit filio, quia filius hominis est.* (a)

Temblad, quiero decir, por lo mismo que es vuestro fidejuszor; por lo mismo que ha tomado vuestro lugar; por lo mismo que se ha cargado con vuestros pecados: pues este mismo amor que os ha mostrado, este mismo favor que os ha hecho, esta misma humildad, abatimiento y bajeza à que se ha querido reducir por redimirnos, esta misma es la que le dá un nuevo derecho para juzgaros y perderos. Y así temblad y temed que

(a) Joann. c. 5. v. 22. y 27.

que este amor se mude en furor: que Jesu-Christo se arme contra vosotros, por lo mismo que se ha sacrificado por vosotros; y que sea un Juez severo, por lo mismo que ha sido un fiador caritativo.

Y así para impedir estas desgracias, conformemonos con los deseos de Jesu-Christo, que no ha encarnado con el fin de hacerse temer, sino con el fin de hacerse amar. De Dios que era se hizo hombre, para que el hombre llegase à ser Dios, y pudiese sin delito alguno conseguir aquel deseo criminal, que fue el primero de todos los delitos. Elevemonos sobre nosotros mismos. Desprendamonos de la carne, y vivamos segun las leyes del espiritu. Obremos como dioses, no teniendo en adelante sentimientos, ni inclinaciones de hombres. De Señor se hizo esclavo para enseñarnos que si la desobediencia y orgullo nos reduxeron à la clase de las bestias; la obediencia y la humildad nos deben elevar à la naturaleza de Dios. Conservemos, pues, estas dos virtudes, de que depende nuestra felicidad. Acordemonos que el mismo Dios nos ha dado exemplo de ellas; y que, como dice San Agustin, si es una gran miseria la de un hombre soberbio, es una gran misericordia la de un Dios humilde y obediente. *Magna miseria homo superbus, magna misericordia Deus humilis.* En fin, el Verbo Eterno se hizo de Juez reo, para descargarnos de nuestros pecados, y vestiros de su inocencia. Muramos, pues, Señores, al pecado. Vivamos à la justicia. Expliquemos en la nuestra la vida de Jesu-Christo; y seamosle semejantes en la tierra, para poder ser sus semejantes en el Cielo. Así sea,

S E R M O N
DE LA VIRGEN,

PREDICADO

DELANTE DE LA REYNA
el dia de la Anunciacion en el gran Con-
vento de las Carmelitas de Paris.

*Missus est Angelus à Deo ad Mariam
Virginem. Lucae cap. 1. v. 26.*

SEÑORA:

Pareceme que la Festividad que hoy celebra-
mos es la fiesta de la Virginitad; y que este
gran mysterio, origen fecundo de todos los demás,
no se trata sino entre personas virgenes. El que le
anuncia es un Angel; y ningun christiano ignora
que los Angeles son las Virgenes del Cielo, asi
como las Virgenes son los Angeles de la tierra;
como tampoco que estos Bienaventurados, siendo
como son inmortales, no necesitan de desposo-
rios para conservar su especie: *Missus est Ange-
lus.* Quien le envia es el Padre Eterno, que engen-
drando à su Hijo en su propio seno, y de su mis-
ma

ma naturaleza, une en su Persona desde la eter-
nidad la qualidad de Padre con la de la Virgen:
Missus est à Deo. A quien le envia es à Maria,
quien no solamente por voto ha consagrado à
Dios su virginitad, sino que por la virtud admira-
ble del Espiritu Santo vendrá luego à ser madre,
sin dexar por eso de ser Virgen: *Missus est ad
Virginem.* El Hijo que la promete debe ser Virgen
como ella; y quando desplegue sus labios llenos
de oraculos para instruir à sus Discipulos les aconse-
jará la imitacion de la pureza de los Angeles,
y la preferencia de la virginitad al matrimonio.
Y así mi Evangelio, que no respira mas que pu-
reza, me obliga à formar el Panegyrico de ésta,
y à elogiar aquella diehosa madre, que consa-
gró en su persona esta virtud, quando por obra
del Espiritu Santo halló la fecundidad. Mas có-
mo podré yo hablar de este milagro, si el mismo
Divino Espiritu que le obró no me anima? ¿ni
cómo podré esperar esta gracia, si el Angel que
predixo à Maria sus grandezas, no me presta las
palabras para implorar su socorro, y decir la:

AVE MARIA.

SEÑORA:

Bien que las virtudes honran à los hombres,
y estos nobles habitos sean los mas bellos adorno-
s de sus almas; se encuentran no obstante al-
gunos sujetos que dan mas lustre à las mismas
virtudes, que el que reciben de ellas. Seneca ima-
ginó, que la constancia era: mas bella en Caton
que

que en sí misma; y que este generoso Romano la había comunicado nuevas hermosuras que antes no poseía. San Juan Chrysostomo creyó que la penitencia había recibido mas honor en San Juan Bautista, que este Santo de ella; porque siendo inocente el Precursor de Jesu-Christo había quitado à la penitencia la vergüenza que contrahe por el pecado, de quien no es otra cosa que un arrepentimiento y un castigo. Pero sin empeñarme en una question mas curiosa que útil, puedo decir, que la virginidad es mas deudora à Maria, que Maria à la virginidad; porque aunque esta virtud la preparó à la mas eminente de todas sus grandezas; aunque es cierto que no fue Madre de Dios, sino por haver sido Virgen; sin embargo, la virginidad la debe todas sus glorias, y estaria aun cargada de oprobio y de vergüenza, si Maria no la huviera librado dichosamente de ella.

Mas para comprehender esta verdad, que à primera vista nos parecerá estraña, es necesario advertir que no hay en el mundo cosa alguna tan ilustre y perfecta, que no padezca sus sombras y sus defectos. Los Angeles, que son las nobles obras de Dios, y los mas ilustres efectos de su poder, han cometido culpas que le han obligado à castigarlas: *In Angelis suis reperit pravitatem*. Los hombres, que son sus imágenes, y que parece rean en su persona todo quanto bueno hay esparcido en el Universo, están sujetos à mil defectos; para cuya comprehension basta saber nacen de muger; que es abreviada su vida, y está llena de miserias: *Homo natus de muliere brevi vivens tempore, repletur multis miseriis*. El Sol à quien

la hermosura ha conseguido tantos adoradores, recibiendo todavia incienso de la porcion mas bella de la tierra, padece eclipses, y vé su luz obscurecida y detenida por un Astro menor que él. Mas qué mucho? La virtud siendo tan bella tiene sus imperfecciones; y la Moral, que con tanto cuidado la cultiva, no ha podido hasta ahora destruir la pureza que el pecado la usurpó. Y así se vé que la clemencia es indulgente con exceso; pues favorece los delitos por perdonar à los delinquentes. La misericordia es interesada; porque, como dice Seneca, se condele de la agena infelicidad, por tener presente la propia. *In alieno malo sui quisque miseretur*. La justicia es demasiado severa, y el deseo que tiene de conocer el mal para castigarle, le ha hecho inventar torturas, que obligan à los infelices à hacer traicion à su inocencia. La virginidad finalmente, no era de mejor condicion que las otras virtudes; porque aunque en sí propia era tan pura, era acompañada de defectos, de que no se vió libre, hasta que Maria la consagró en su persona. Y así debe à esta criatura todo su merito; y no es agradable à Dios, ni útil à los hombres, sino porque Maria, quitandole quatro defectos, la ha dado quatro perfecciones, cuya manifestacion será el fin de mi discurso, y el objeto de vuestra atencion; conviene à saber, la quitó la impiedad, y la hizo santa; la quitó el orgullo, y la hizo humilde; la quitó la esterilidad, y la hizo fecunda; la quitó la dificultad, y la hizo facil. Dadme atencion.

PUNTO PRIMERO.

Es una cosa deplorable que no, haya Dios recibido algunos honores en el mundo, de que el demonio no haya sido tambien participante. Si Dios tuvo templos y altares en Judea, el demonio los tuvo tambien en toda la tierra; y esta Simia de la divinidad se ha hecho adorar de todos los Pueblos. Si la Religion nos ha enseñado à ofrecer à Dios sacrificios, y satisfacer à su justicia con victimas inocentes; el demonio ha hecho que le ofrezcan hombres miserables, y aun ha obligado muchas veces à los padres à que le sacrifiquen sus propios hijos. Si Dios ha tenido Profetas y Martyres, de los quales los unos vaticinaron la verdad, y los otros dieron su vida por ella; el demonio encontró hombres que han divulgado sus mentiras, y que han perdido la vida por defenderlas. Pero lo mas injusto y mas horrendo es, que hubiese tambien virgenes consagradas à su culto, antes que el Espiritu Santo hubiese inspirado este designio à las mugeres feles. Juno tenia Sacerdotisas en Achaya que no tenian comercio alguno con los hombres. Phebo no daba sus oraculos en Delfos sino por boca de virgenes: *Quæ Delphis insantunt, nubere nesotunt.* (a) Minerva y Diana en muchos Lugares eran servidas por doncellas que jamás se desposaban. Y la Diosa Vesta tenia entre los Romanos sus Vestales, que la consagraban su pureza.

(a) Tertul. lib. 1. ad uxorem.

za. Por manera, que el demonio, que no busca sino la perdicion de los hombres, y à quien nada le importa que se condenen, ò por la virtud, ò por el vicio, encontró medio de perderlos, tanto por la castidad como por la incontinencia: *Nihil enim refert apud eum alios luxuria, alios continentia occidere,* dice Tertuliano. (a) Y por eso este mismo Autor añade graciosamente, que la pudicia que debia conducir los hombres al Cielo, los conducia à los infiernos por artificio del espiritu maligno: y que la que debia ser Sacerdotisa de Dios, habia venido à ser Sacerdotisa del demonio: *O continentiam gebenne Sacerdotem!* (b); Así era profanada la virginidad! y una de las mas hermosas virtudes de la Moral havia caido en la impiedad, por ser infelizmente empeñada en la supersticion.

Mas la Virgen la liberto de este ultraje; pues consagrandola al verdadero Dios, por medio de un voto público, enseñó à todas las Virgenes christianas el modo de hacerla ilustre y religiosa. Ella les quitó à los demonios, que se lo havian apropiado, este glorioso despojo en señal de la victoria que havia conseguido contra ellos: y comenzó en esta ocasion à manifestarnos, que era esta hija generosa que nos debia vengar de nuestros enemigos; porque ella fue la primera que, segun el parecer de San Ambrosio, (c) levantó el estandarte de la virginidad: *Egregia Maria, que signum sacre virginittatis extulit, & intemerata virgi-*

(a) Tertul. lib. 1. ad uxorem. (b) Idem libid.

(c) Ambros. de iustic. virg. cap. 5.

nitatis plium Christo vexillum levabit. Solamente el Espíritu Divino, que la debía hacer Madre, fue quien la inspiró el deseo de permanecer siempre virgen. En todo el antiguo Testamento no habia visto ella precepto alguno que la obligase á esta virtud; no habia hallado consejo que la exortase á la virginidad; ni exemplo que la pudiese estimular. Y así solamente su piedad la habia inspirado esta oblacion: *Oblatio mea virginitas mea.* Esta era la invencion que por su amor habia hallado para honrar á su Criador, mientras que los pecadores pensaban todos los dias en otras nuevas para ofenderle. Dixe *invencion*, porque si bien se mira:

La religion no es menos ingeniosa que la impiedad; y así como ésta produce monstruos que inventan delitos inauditos; así aquella produce Santos que inventan virtudes desconocidas. Unos han hallado la soledad, para no tratar sino con Dios, sin ser interrumpidos de las criaturas en este sagrado comercio. Otros han inventado la abstinencia para macerar su cuerpo, y sujetarle al espíritu. Otros han encontrado la pobreza para tener mas libertad de pensar en su salvacion. Otros han inventado la penitencia para satisfacer á la justicia de Dios, y apaciguar esta perfeccion divina, que la culpa habia irritado. Mas la Virgen se puede gloriarse de haver hallado la virginidad; de haver inventado esta nueva virtud; y de haver la hecho de profana santa; quitandola al demonio, y consagrandola al verdadero Dios. Porque sea el que fuere el precio que pueda tener la virginidad; lo cierto es, que no es digna de consi-

deracion por ser pura, sino por ser santa. Y así su merito no está anejo á su excelencia; sino á su consagracion. Por sí misma es indiferente en las mugeres christianas, respecto de que tienen libertad para casarse. Es profana en las infieles, porque todas sus virtudes son falsas: y es impía en las consagradas al demonio, porque éste todo quanto se le ofrece, lo corrompe. Mas en las Virgenes consagradas á Dios, es santa, porque todo quanto á su Magestad le pertenece, es sagrado, como dice San Agustin: (a) *Neque quia virginitas est, sed quia Deo dicata est honoratur.* Pues ahora, ¿quién la ha procurado, ó conseguido este honor sino la Virgen? Ella, á la verdad, la ha sacado de la indiferencia, á que las mugeres christianas la havian reducido, de la profanacion en que las infieles la havian detenido; y de la impiedad en que las consagradas al demonio la havian empeñado; ella, en fin, es la que la ha consagrado á Dios, dandola el merito, con darla la santidad. Veamos ahora, cómo la quitó el orgullo, y la enseñó la humildad.

PUNTO SEGUNDO.

De todos los pecados del mundo, el mas peligroso y obstinado es el orgullo ó la soberbia. Es el mas obstinado, porque no hay cosa alguna que le pueda curar: ni aun la miseria á que está condenado, ha podido rebatir su insolencia. El hombre soberbio vé menospreciada su auto-

Tom. I.

H

ri-

(a) S. Augst. lib. de sancta virginitate. cap. 8.

ridad en su persona y en su estado ; no tiene sentido que no le engañe , ni pasión que no le turbe : no hay inferior suyo , que no le menosprecie , y le haga guerra : y sin embargo , no es capaz para humillarle esta general revolución : él pretende el cetro del mundo , aunque se halla esclavo de todas las criaturas : es asimismo el orgullo el mas peligroso de todos los pecados , porque introduciéndose hasta en las buenas obras , halla asilo hasta en las mismas virtudes , y saca fuerzas de la misma humildad que le combate : y jamás este monstruo es tan temible , como quando está mas abatido , y parece haver perdido su vigor con los esfuerzos de su enemigo ; porque entonces se levanta mas vigoroso , como el Antheo de la Fabula , y se sirve de las ventajas que la humildad ha conseguido sobre él para deshacerla. *Omnia vitia malefactis tantum valent ; sola superbia etiam in recte factis cavenda est.* (a) Pero si este pecado insolente hace alianza con alguna virtud , es preciso confesar que particularmente es con la virginidad ; porque jamás tiene mas poder , ni es mas peligroso , que quando se funda en ella , y se sirve de su hermosura , de su esplendor y de su dificultad para ensalzarse de nuevo ; pues cree que su insolencia es la mas justa del mundo , quando está afianzada sobre los merecimientos de la virginidad : y no es extraño ; porque como las Virgenes son los Angeles de la tierra , están sujetas sin duda á su pecado ; y así como estos pu-

(a) August. de natura & gratia , cap. 27.

pios espiritus se dexaron arrastrar de la vanidad , así tambien las Virgenes que se les parecen , se dexan sorprender de ella facilmente. El orgullo , dice San Gerónimo , no es nacido entre los hombres ; se gloria de un origen celestial , y pretende que trae su nacimiento de los Angeles , que fueron los primeros orgullosos. *Superbia natione celestis.* Y como las Virgenes imitan á los Angeles en la pureza , los imitan tambien frequentemente en su vanidad ; y no siendo comprendidas en la flaqueza de los hombres , son partícipantes de la insolencia de los Angeles. La dificultad misma en conservar esta virtud fomenta su orgullo : y como es preciso sufrir muchos combates para mantenerla , jamás es su victoria esenta de vanidad. Las alabanzas que por otra parte recibe , la hacen proseguir con su defecto ; porque viéndose estimada de todo el mundo , le cuesta gran pena el conservar su humildad en medio de los aplausos. San Bernardo dixo con mucha razon , que era muy dificultoso ser humilde , siendo honrado ; porque aunque sea el honor la recompensa de la humildad , es al mismo tiempo su mayor enemigo ; y es una especie de milagro hallarse un hombre modesto entre las alabanzas y grandezas. *Rara virtus humilitas honorosa.* (a) Ahora pues ; como la virginidad es aplaudida de todos los pueblos , admirada de aquellos mismos que la persiguen , y adorada de los profanos que han llegado á hacer de sus Virgenes

H 2

fal-

(a) Bern. Serm. 4. super Cant.

virginidad, que no es humilde, consiga aprobacion entre los hombres, no puede tener la de Dios; antes bien, si está acompañada del orgullo, pasa ante sus divinos ojos por un pecado, que le es tanto mas desagradable, quanto mas procura ocultarse bajo la capa de virtud. *Virginitas sine humilitate gratiam habet apud homines, sed non apud Deum*, dice San Bernardo: (a) y es esto tan verdadero, que aunque el estado de las virgenes sea mas perfecto que el de las casadas; con todo eso las casadas humildes son mas agradables à Dios, que las virgenes soberbias. *Melius est humile conjugium, quam superba virginitas*, (b) como dice San Agustin: y la razon que alega es, porque à una doncella la es permitido desposarse; pero no la es prohibido desvanecerse: y por consiguiente es culpable, quando no haciendo lo que la es permitido, hace lo que la es prohibido. (c) *Nubere noluiti quod licet: extollere te vis quod non licet*. Por cuyo motivo la Virgen ha libertado, sin duda, à la virginidad de un gran pecado, librandola de la soberbia, ò del orgullo, como haveis visto. Veamos ya cómo la librò tambien de la esterilidad, haciendola fecunda.

PUNTO TERCERO.

Entre los muchos males que el pecado nos ha hecho, no es de los menores la division que ha causado entre las cosas mas perfectas de este mundo.

(a) Bern. Sermon. super missus est. (b) August. lib. de virginitate. (c) Idem ibid.

mundo: porque si bien se reflexiona, parece que las virtudes no pueden hermanarse entre sí mismas. La clemencia, por exemplo, y la justicia no pueden reynar sin pena en el corazon de un mismo Monarca; porque segun el temperamento de que la naturaleza le haya dotado, será ò mas dulce, ò mas severo para sus vasallos. La magestad misma y el amor, que son dos prendas igualmente necesarias de un Principe; son casi siempre incompatibles; y desde que él se hace sensible al amor, renuncia su grandeza, y se despoja de la magestad. La fecundidad y la virginidad son dos excelentes perfecciones; pero tan opuestas, que la una excluye siempre à la otra, sin que jamás la naturaleza las haya podido unir.

La fecundidad puebla al mundo, dá vasallos al Rey, Ministros à su Consejo, y soldados à sus armadas; pero es mezclada de impureza, y aunque puede estar de acuerdo con la continencia, no puede estarlo con la virginidad; y una muger pierde la qualidad de virgen, luego que tiene la de madre. Ni el estado mismo de la inocencia que unia todas las virtudes en un solo corazon, y que terminaba dichosamente sus diferencias para hacer perfecto al hombre, fue bastante poderoso para hermanar estas dos dichas. Por lo que San Ambrosio tuvo razon para decir, que aunque el matrimonio sea santo, no dexa de causar alguna confusion en las personas casadas. *Nam utique nunc licet bona sint conjugia, tamen habent quod inter se ipsi conjuges erubescant.* (a)

Tom. I.

I

La

(a) Ambros. exortat. ad virg. (b) Idem ibid.

La virginidad es aun mas excelente que la fecundidad, porque es atributo de las almas mas elevadas; es una copia de la pureza de los Angeles, y aun del mismo Dios; y es una excelencia por sí misma tan grande, que no à todo el mundo le es permitido aspirar à ella; pero es esteril; nada produce en el mundo, y este defecto la hace odiosa y menos preciable en los estados. Los Romanos prohibieron el celibato à sus vasallos, temiendo que la esterilidad que le acompaña traxese perjuicio à la Republica: los Judios que debian conocer mejor su merito, siendo como eran ilustrados con la luz de la fé, la havian desterrado de su estado. Y sea que fuesen ellos todavia empeñados en la carne y en la sangre, ò porque tuviesen el designio de multiplicarse para defenderse de sus enemigos; ò que por un interés de religion creyesen, que no se podía esperar al Mesias, sino por la fecundidad del desposorio; ellos havian concebido cierto menosprecio de la virginidad por ser esteril. Huvo doncella entre ellos, que siendo sentenciada à muerte, no sintió tanto el morir joven, como el morir virgen; y pidió tiempo à su Padre para llorar su virginidad. *Flebat virginitatem suam.* (a) Lo que obligò à decir à San Bernardo: *Gravo jugum super omnes filias Eve: Et si partunt, cruciantur; & si non partunt, maledicuntur. Et dolor prohibet parere, & non parere maledictio.* (b)

En fin la esterilidad está tan bien unida à la

(c) *Virginitas est...* vir-

(a) Judic. c. 11. v. 38. (b) Berni. hom. 7. super missus est.

virginidad, como que son inseparables; y los pueblos mas ilustrados jamás juzgaron que la naturaleza las pudiese concordar. Los Romanos creyeron que su Imperio sería eterno; porque les havian profetizado, que entonces se acabaría, quando una virgen pariese. Estos mismos eligieron las virgenes para custodiar el fuego, bajo el nombre de la Diosa Vesta; ò porque este elemento era esteril, ò porque era, en su parecer, justo que hubiese alguna relacion ò conveniencia entre la divinidad, y las personas dedicadas à su culto. Nosotros tenemos tres elementos que son fecundos, y la palabra que Dios pronunció en la creación del Universo, les imprimió una fecundidad perpetua. La tierra no cesa de llevar frutos, y producir animales; el agua es aun mas fecunda que la tierra, y nutre monstruos, cuyo numero y grandeza son igualmente admirables. Parece que su fertilidad sea una impresion del Espíritu Santo, que la escogió en algun tiempo por trono. *Spiritus Dei ferebatur super aquas.* (a) ò como dice otra version, *incubabat aquis.* El ayre no cede en fecundidad à los referidos, y las aves que produce, pueblan las Ciudades y los campos. Pero el fuego es siempre esteril, y aunque su calor contribuye à la fecundidad de todas las criaturas, es en sí mismo tan ardiente y tan activo, que consume todo quanto se le acerca. Por eso el Pueblo Romano dispuso que este elemento fuese honrado de las Virgenes, para que se confirmase todo el

-111-

I 2 mun-

(a) Gen. c. 1. v. 2. *Et spiritus Dei...* (b) *Incubabat...*

mundo en la creencia, de que así como era estéril el fuego, así las Virgenes que le servían eran también infecundas. *Nec tu aliud Vestam quam vivam intellige flammam: nataque de flamma corpora nulla vides.* (a) Este error, dice San Agustín, se fue conservando en el mundo, y este defecto hubiera sido inseparable de la virginidad, si el Hijo de Dios para destruir à ambos, no hubiera nacido de una Virgen, y unido dichosamente en la persona de su Madre la fecundidad con la virginidad. *Vestæ serviebant virgines,* dice admirablemente San Agustín, (b) *quia sicut ex virgine ita nihil ex igne nascatur, quam totam oboliri vanitatem, & extingui utique ab illo oportuit qui est natus ex Virgine.*

En efecto esta es una de las mas bellas ventajas que la virginidad ha recibido de Maria. Este es uno de los mayores milagros que Dios ha obrado en el mundo; y este es uno de los mas raros privilegios con que el Hijo de Dios honró à su santa Madre. Expliquemos sucintamente estas tres verdades. Es un privilegio para Maria el ser Madre y Virgen; porque viene por este medio à ser la imagen del Padre Eterno, por ser pura y fecunda como él. Toda la Teologia nos enseña, que Dios es simple, y que en su simplicidad une todas las perfecciones que no se pueden hermanar en las criaturas. El es justo y misericordioso; y está tan lejos que su justicia se oponga à su misericordia, ó su misericordia à su justicia, que estos dos

-num

e l

atri-

(a) Ovid. e. Fastorum. (b) August. de Civ. Dei lib. 1. c. 40.

atributos no son en Dios mas que una sola cosa. Es inmenso y es santo; llena todo el Universo con su inmensidad; encierra el Cielo y la tierra en sí mismo; y al paso que los Reyes no ocupan, ni en vida, ni en muerte mas que siete pies de tierra, Dios contiene en sí mismo à todos sus inferiores. *In quo omnis locus, non ipse in loco, qui universitatis extrema linea est.* (a) Y esto no obstante él se encierra en sí mismo, y habita en su propia esencia. El mismo es su Trono, su Templo, y su mundo, dice Tertuliano. *Ipsè sibi & mundus, & locus & omnia.* (b) Y así como está en los pecadores y aun en los demonios por su inmensidad, así tambien está infinitamente apartado de su malicia por su santidad. Es puro y fecundo juntamente: produce un hijo; però sin corrupción y sin confusion: es siempre Padre, y siempre Virgen; y por una maravilla que el entendimiento humano no puede comprehendér, su fecundidad procede de su pureza, y su pureza se deriva de su fecundidad. Pues ahora, Maria es una imagen del Padre Eterno. Su pureza es una imitación de la de Dios. Su fecundidad es una emanación suya; y por un milagro que admira à todos los hombres, es Madre y Virgen como él. Porque no hay duda que la unión de estas dos qualidades siempre pasó por un prodigio; y aun el mismo Dios nos la señala como uno de los mayores efectos de su poder. *Propter hoc Dominus dabit vobis signum: Ecce virgo concipiet & pariet filium.* (c) Y así, des-

(a) Tert. advers. Praxed. (b) Idem ibid. (c) Luc. 1. v. 34. lat. sup.

pues que el Profeta declaró el objeto de su embajada ; despues que hizo ver al Rey Achaz , que el poder de Dios no tiene termino ; que puede extraer las almas de los infernos , y derribar los Angeles desde el Cielo ; despues , en fin , de la repulsa que dió à este Príncipe , que le pedia un milagro , añadió , que vendria tiempo , en que Dios para hacerse admirar en todos los Pueblos del mundo , haria nacer à su Hijo de una Madre Virgen , y uniria en su persona cóntra el orden natural estas dos incompatibles qualidades. Es pues una de las raras perfecciones que la virginidad ha recibido de Maria , haberla libertado del oprobio de la esterilidad ; pues ya no es esteril como antes , sino que haciendose fecunda , produjo un hombre Dios , libertador del Universo.

Però lo que hay de mas extraño en este prodigio es , que no es tan singularmente de la Virgen , que su Hijo no lo comuniquè tambien à sus esposas ; y que para hacerlas imagenes de su Madre , no las dé la fecundidad sin menoscabo de su virginidad : pues como advierte San Agustin , las esposas del Señor , no solamente son fertiles en buenas obras y fecundas en virtudes , sino que tienen tambien la ventaja de concebir à Jesu-Christo en sus almas ; y por consiguiente , de ser madres de aquel mismo de quien son esposas. Por este motivo , el mismo Santo , consolando en otro tiempo à las Virgenes consagradas al Hijo de Dios , les decia : que no debian juzgarse personas esteriles por razon de que eran Virgenes ; pues la pureza de su cuerpo contribuía à la fecundidad de su alma ; y por lo mismo que no habian que-

querido ser madre de un pecador , havian logrado como Maria ser madre de un hombre Dios. *Nec propterea vos steriles deputatis ; quia virgines permanetis. (a) Nam & ipsa integritas carnis ad fecunditatem pertinet mentis.* Y asi , si las Esposas de Jesu-Christo no pueblan la tierra como las casadas , tienen , en sentir de San Gerónimo , la ventaja de poblar el Cielo , reemplazando las gerarquias de los Angeles , y completando el numero de los elegidos. En cuya suposicion no es ya esteril la virginidad , despues que pasó por la persona de Maria ; y como si huviera mudado de naturaleza , se ha buuelto milagrosamente fecunda. Però Maria huviera honrado inutilmente à la virginidad , si dandola todos estos titulos gloriosos , no la huviera ultimamente quitado aquella dificultad , que aunque aumentaba , à la verdad , su precio y estimación , disminuía su deseo y esperanza en el corazon de los hombres. Hizo , pues , Maria à la virginidad una virtud facil , de ardua que era y dificultosa , como por ultimo direis.

PUNTO QUARTO.

La naturaleza , al parecer , se complace y regocija en ensalzar el merito de las cosas grandes por la dificultad de conseguirlas ; queriendo hacerlas raras , haciendolas mas dificiles. No hay cosa en el mundo mas ilustre que salie ganancioso en las batallas ; que conseguir completamente

(a) August. Sermon. 60. de diversis. & de civitate dei. al. 1. 1. 1.

las victorias; que conquistar Reynos, y merecer triunfos. Pero no hay cosa mas ardua, que un arte, ò una ciencia, en donde por adquirir honor se pierde la vida, y donde viene el hombre à ser esclavo, quando intenta ser conquistador. No hay asimismo cosa mas noble, que gobernar un estado; que conducir à los pueblos, y que hacerse dueños de sus corazones, sin oprimir su libertad. Pero no hay cosa al mismo tiempo mas penosa, que un exercicio en que todas las reglas son inciertas, donde los sucesos son tan dudosos, y donde los mayores proyectos, por la mayor parte, son recompensados con ingratitud. Vos lo sabeis, Señora, y los gloriosos trabajos que haveis sufrido en el tiempo de vuestra feliz regencia, os han enseñado, que si no hay cosa mas bella, tampoco la hay mas difícil, que la de tener en las manos las riendas de un grande Imperio. Verdad es, Señora, que vuestra prudencia ha dissipado todos los artificios de nuestros enemigos; que vuestro valor ha triunfado de todos sus esfuerzos; y que à pesar de su furor y de su malicia, haveis dado paz à la Francia. No hay cosa mas augusta, que perorar publicamente, que reynar sin armas sobre los espiritus de nuestros oyentes, que excitar y calmar sus pasiones, y hacerlas abrazar el partido que deseamos. Pero tampoco hay cosa mas difícil, que la de hablar à hombres libres, que son nuestros jueces y nuestros censores; y que segun los intereses que los animan, aprueban ò condenan nuestra eloquencia.

Siguiendo el mismo principio, la virginidad es la mas hermosa y la mas difícil de las virtudes chris-

chistianas. Ella tiene mas de Cielo, que de tierra. Convierte à los hombres en Angeles, y su belleza engendra la admiracion en el corazon de sus mismos enemigos. Pero tampoco hay cosa mas delicada y mas difícil. Todas las cosas del mundo la hacen guerra. Las bellezas la tientan, los placeres la irritan, las diversiones la corrompen, y quanto alaga nuestros sentidos la seduce y la engaña. Ella es tan ardua, que el mismo Hijo de Dios, que mandó la práctica de las otras virtudes, se contentó con aconsejar ésta; y quando habló de ella fue con tales precauciones, que dió bien à conocer tanto su dificultad como su merito: *Qui potest capere capiat.* (a) Sobre lo que San Bernardo dixo con mucho juicio, que Jesu-Christo havia convidado con esta virtud à sus Discipulos, pero no obligado: *Non est precepta, sed monita; quia nimis est excelsa.* (b) Y la Sagrada Escritura, que sabe apreciar las cosas, y nos descubre sus perfecciones y sus fatigas, jamás se portó con mayor eloquencia, que quando hizo la pintura de la virginidad. Unas veces dice que es una azucena, à causa de su blancura, de su pureza y de su fragancia; pero al punto añade, embuelta entre las espinas; para hacernos conocer su dificultad: *Lilium inter spinas.* (c) Otras, que esta virtud no depende de la fuerza, sino de la gracia. Otras, que despues de la corrupcion de la naturaleza por el pecado, no hay otro sino Dios à quien los milagros no euesten mas que palabras; y que solamente

Tom. I.

K

te

(a) Math. 19. v. 12. (b) Bernard. de modo bene vivendi Serm. 27. (c) Cantic. cap. 2. v. 2.

te su Magestad es el unico que puede conservar la pureza en la impureza de la carne. *Quis potest facere mundum de immundo conceptum semine? Nonne tu qui solus es?* (a)

Por lo que respecta à los Padres de la Iglesia, no hay uno que no haya playado su eloquencia para hacernos entender, que asi como esta virtud es la mas resplandeciente, asi es tambien la mas penosa del Christianismo. San Agustin dice, que ésta es una guerra que dura toda la vida, y en que siendo frequentes los combates, es muy rara la victoria. *Ubi quotidiana pugna, & rara victoria.* (b) San Juan Chrysostomo asegura, que es una especie de sacrificio, donde la victima no puede hallar su salud sino en la muerte. San Bernardo nos intenta persuadir, que es un martyrio, no tan cruel, pero mas enojoso y tetrico que el que han sufrido los Martyres en la persecucion de la Iglesia. Tertuliano, con aquella austeridad que acompaña à su eloquencia, añade, que es mas facil morir una vez por la castidad, que ser casto toda la vida; y que es menos dificil sostener el choque del dolor, que el de la voluptad: *Majus est in castitate vivere, quam pro ea mori.* (c) Y asi, à juicio de este grande hombre, que era apasionadísimo de esta virtud, es mas arduo ser continente, que ser martyr; y es necesaria mayor gracia para conservar la virginidad, que para triunfar de los Tiranos hasta en la muerte.

Mas aunque todas estas razones parezcan concluir,

(a) Doh. 14. (b) Aug. Sermon. de temp. 250.

(c) Tertul. exhort. ad cast.

eluir, que la virginidad no es la mas hermosa de las virtudes christianas, respecto de ser la mas dificil; sin embargo, parece que estos Padres mas la consideraron en el estado en que la Virgen la halló, que en aquel en que la dexó. Porque, à la verdad, esta virtud ha venido à ser tan comun entre los fieles, que se puede creer justamente, que ha perdido toda su dificultad; y que se ha hecho facil, despues que Maria la consagró en su persona; pues estamos viendo que todas las doncellas instruidas con su exemplo, hallan dulzura en esta austera virtud. En ella tienen sus inocentes delicias; y renuncian todos los placeres del matrimonio por gozar de los que encuentran en la virginidad. Los Monasterios están llenos de Virgenes, que militan baxo la bandera de Maria, enseñando à todo el mundo, que esta virtud ha conservado todo su merito; y solo ha perdido la austeridad.

Las que al presente rodean à V. M.; Señora, son pruebas irrefragables de la verdad que yo predico. Ellas han renunciado el siglo con todos sus placeres, por abrazar la pureza. Han menospreciado generosamente todas las delicias que él ofrece à las que le siguen, y usurpan à vuestra Corte todos los dias doncellas ilustres, que enamoradas de las bellezas que se hallan en la virginidad, renuncian las esperanzas del matrimonio, y publican altamente, que esta virtud tiene mas de dulzura que de dificultad.

El Profeta lo havia anunciado ya en el Epithalamio del Esposo. Y previniendo que su Madre debia ser Virgen, tuvo por cierto que à su imitacion todas las Esposas de su Hijo serian vir-

genes, viniendo en tropas à consagrarle su pureza: *Adducuntur regi virgines post eam.* (a) En fin, esta que las dió el exemplo, las alcanzó la gracia y el valor para vencer las dificultades que acompañan à la virginidad. Por cuyo motivo, puedo decir de la Virgen lo que San Agustin dixo en otra ocasion de Jesu-Christo: *Que præbuit exemplum, præbuit auxilium.* (b) Pues vemos que las doncellas pleytean hoy dia contra el parecer de sus madres, por ofrecer su castidad al Hijo de Dios; y que hay mas dificultad para apartarlas de la Religion, que havia otras veces para consagrarlas al servicio de Diana ò de Minerva. Y asi la Madre de Dios ha hecho un milagro en nada inferior al de su Hijo. Este Señor separó de la Cruz todo lo que tenia de ignominia y de pena, y la hizo gloriosa y agradable. Y Maria ha separado la pena de la virginidad; y la ha hecho con su práctica tan facil como santa con su consagracion à Dios.

De todo este discurso es facil de inferir, que la virginidad ha recibido mayor honor de la Virgen, que la Virgen de ella; y que si es gloria para Maria el haver sido Virgen, mayor gloria es para la virginidad haver sido santificada en la persona de Maria; pues repitiendo en pocas palabras lo que he dicho con extension en este discurso, la virginidad ha sido vengada de todos sus ultrajes por Maria. No es ya profana, ni impia, pues es consagrada al verdadero Dios. No es insolente,

(a) Psalm. 44. v. 15. (b) Aug. in Psalme 56.

te, ni orgullosa; pues se ha hermanado con la humildad; sabiendo muy bien las virgenes christianas, que no las es licito gloriarse sino en aquel Señor, que es el principio y la recompensa de su pureza: *Qui gloriatur in Domino gloriatur.* No es ya estéril, pues ha llegado à ser fecunda en la persona de Maria; y las Virgenes que la imitan tienen parte en esta fecundidad de la Señora que es mas dichosa por haver concebido à Jesu-Christo en su corazon que en su vientre: *Beatior Maria percipiendo fidem Christi, quam concipiendo carnem Christi.* Y finalmente, la virginidad ya no es difícil, pues es tan comun entre los christianos; y aun las doncellas, que son tan débiles, consiguen tantas victorias sobre los enemigos de esta virtud.

Pero por mas facilidad que la haya adquirido el exemplo de Maria, es necesario confesar, que no todas las doncellas pueden pretender conseguirla; y que un privilegio tan raro solamente se concede à las que el Cielo quiere honrar con él. Y como no cae baxo de algun mandamiento, sino de un puro consejo; à no ser que se hallen movidas por una gracia extraordinaria, no les es permitido colocarse en el numero de estas esposas gloriosas, que del todo se han consagrado à Jesu-Christo.

Mas como la Virgen es una Santa universal, no hay muger alguna entre todas las Christianas, que en Maria no encuentre virtudes que imitar; pues siendo tan humilde como pura, las que no pueden guardar la virginidad, pueden practicar su humildad: *Audis virginem, audis humilem,* dice San

San Bernardo. (a) Vosotras sabeis para vuestro consuelo, que Maria es Virgen, y que tambien es humilde. Si no podeis imitar la virginidad de la que fue humilde, imitad la humildad de la que fue Virgen: *Si non potest virginitatem humilis, imitare humilitatem virginis.* Y si esta segunda imitacion no os fuere tan decorosa, os será mas util que la primera; porque la virginidad es gloriosa, pero la humildad necesaria. Aquella nos es aconsejada, ésta mandada. Y para decirlo en una palabra, nosotros nos podemos salvar sin la virginidad, pero no sin la humildad: *Laudabilis virginitas, sed necessaria humilitas; illa consuevitur, ista precipitur.* (b)

Venga, pues, la continencia à reemplazar la virginidad, para que aquellos que no pueden ser virgenes, sean castos en el mismo matrimonio. Y nadie en este particular se juzgue dispensado; porque el precepto tanto se hizo para los hombres, como para las mugeres. Ni se alegue por excusa la dificultad, respecto de que se puede pedir la gracia para vencerla. Den asimismo los hombres en este punto exemplo à las mugeres, y sean ellos castos, si quieren que ellas sean continentes: *Vir à femina exigit castitatem: praebe illi exemplum.* (c) Sirvanse ellos de su valor en esta ocasion; y acuerdense que si la castidad es un combate, no deben dexarse vencer, respecto de que sus mugeres salen vencedoras: *Pugna est, bellum est; tu fortior, femina vincit, & tu succumbis hosti. Pa-*
ram

(a) Bernard. hom. 1. super missus est. (b) Idem ibi.

(c) Aug. Serin. 46. de verb. Dom.

ram queris? non esse impurus. (a) ¿No tenéis vosotros verguenza, dice San Agustin à los hombres, de dexaros vencer de vuestras mugeres, de pedirles una virtud que vosotros no praticais? porque si ella es imposible, ¿por qué se la pedis à ellas? y si es posible, ¿por qué la quebrantais vosotros? *Non enim illa potest, & tu non potest: si fieri non posset, nec illa posset.* (b) Y asi nadie puede dispensarse de la continencia. Los hombres y las mugeres están igualmente obligados à guardarla. Pero las Virgenes que son consagradas à Jesu-Christo, deben caminar sobre los pasos de la Virgen. Deben ofrecer su virginidad à Dios, para que no sea profana. Deben acompañarla con la humildad, para que no sea orgullosa. Deben enriquecerla de buenas obras, para que no sea estéril. Deben, en fin, conservarla cuidadosamente, respecto de que ya no es difícil, para que segun las promesas de la Escritura, sigan en todo al Cordero. Y despues de haverle imitado en la tierra, reynen con él en el Cielo, donde nos conduzca à todos. Asi sea.

(a) Idem ibid. (b) Idem ibid.

SERMON

DE SAN ANDRES.

*Mibi autem absit gloriari nisi in cruce
Domini nostri Jesu Christi. Ad Ga-
lat. 5. v. 14.*

COMO el amor verdadero es inseparable de la estimacion y aprecio, no se puede dudar que San Andrés haya apreciado la Cruz en gran manera, respecto de que siempre la amó; y como era uno de los mas nobles objetos de sus deseos, era tambien uno de los mas ordinarios sugetos de su alabanza. Quando hablaba con los fieles, les hacia el elogio de la Cruz. Quando trataba con Dios, le pedia la gracia de morir en la Cruz; y en todo protextaba que la vida sin la Cruz era para él un suplicio mas riguroso que la muerte. Este discurso, Señores, no podria ser agradable à los enemigos de la Cruz; y como el lenguaje del amor parece barbaro al que no ama: *Lingua amoris ei qui non amat barbara est.* (a) Juzgo que el mio, ó mejor diré el de San Andrés, parecerá muy extraño à los que aman las delicias, y aborrecen la Cruz.

(a) Bernard. Serm. 59. in Cantic.

Cruz. Mas respecto de que el Espíritu Santo fue el que enseñó à los Apostoles las lenguas de todas las Naciones para facilitar la predicacion del Evangelio; ofrezcamosle nuestros votos, para que nos dé la inteligencia del idioma de San Andrés. Y para conseguir de él esta gracia, imploremos el favor de aquella que fue perfectamente instruida en la ciencia del amor, y del dolor al pie de la Cruz, y digamosla con el Angel:

AVE MARIA.

Es un milagro de la sabiduria y omnipotencia de Dios, haver vinculado la salud del mundo en la Cruz de Jesu-Christo, disponiendo que un suplicio no menos cruel que ignominioso, fuese el origen de nuestra dicha, y de nuestra gloria. Pero ciertamente no es menor milagro el haver unido en la Cruz el dolor con el placer, y haver inspirado el amor y estimacion de ella en el corazon de los fieles; porque el christiano, à la verdad, es un amante de la Cruz, que la busca mientras vive, y que se tiene por dichoso de poder hallarla en su muerte. Verdad es, que no todos los christianos la reciben con una misma disposicion; porque los que son mas sensibles al temor que al amor, la reciben con paciencia, y la aceptan unicamente porque no pueden rechazarla. Los que tienen mas esperanza que temor, reciben la Cruz con sumision, y aun con un genero de placer; pero aquellos à quien el amor ha conducido à la perfeccion, la buscan con ansia, y la abrazan con alegría, dice S. Bernardo; *Qui initiatur à timore, cruce*
Tom. I. L cem

cem Christi sustinet patienter; qui proficit in sp̄s, portat libenter; qui vero consumatur in charitate, amplectitur jam ardentem. (a) Quando considero yo, Señores, la violenta pasión con que San Andrés buscó y abrazó la Cruz, me veo obligado à confesar que este Santo ha hecho por sí solo orden aparte ò particular; que se ha elevado sobre el de todos los fieles; y que en su amor à la Cruz no tiene à quien compararse sino à Jesu-Christo. Porque además de que la deseó con ansia todo el tiempo de su vida, que la buscó con ardor en todos sus viages, y que con instancia la pedía en todas sus oraciones; él por ultimo la recibe con tal exceso de alegría, que no solamente destierra de su corazón el miedo, sino que parece haver borrado en él todos los sentimientos de flaqueza, de que son capaces los hombres mas animosos. Y para servirme de los terminos de San Bernardo, su semblante no se inmuta con la vista de la Cruz, como lo pide al parecer la flaqueza de un hombre mortal; sus cabellos no se erizan de pavor; su lengua no se estampa en el paladar; su cuerpo no desmaya de miedo, ni su alma se turba con la aprehension; pero sí, el amor le pone palabras en su boca, que testifican muy bien que la Cruz que causa nuestro temor, causa su deseo y regocijo. Y así, al punto que la percibe, levanta la voz, y dirigiendola un discurso, la dice; ¡O Cruz! objeto de mi amor, recibe al Discipulo del Maestro que murió entre tus brazos; y

(a) Bernard. Sermon. 1. de S. Andrea.

preparate tu amoroso seno para acabar mi sacrificio y mi vida. ¡O valgame Dios! Era éste que hablaba así, dice San Bernardo, un hombre, ò era un Angel? Era un hombre, responde, fragil y mortal como nosotros; pero era un hombre, cuya fé era fortificada por el Espiritu Santo, y à quien el amor havia dado el esfuerzo. Así hablaba un hombre, continúa San Bernardo, que havia mudado de sentimientos y naturaleza; que no solamente aceptaba la Cruz con placer, sino con ansia; que corría tras los dolores como si fueran delicias; y que esperaba hallar su felicidad en el suplicio de la Cruz: *Alterati hominis est ista vox, qui non solum patienter aut libenter, sed & ardentem ad tormenta tanquam ad ornamenta, ad pœnas sicut ad delicias properabat.* Este es el motivo, Señores, de ser inexplicables los sentimientos de San Andrés, à no ser que se comparen con los de Jesu-Christo. Y así, haria yo injuria à su valor, si no os hiciera ver, como intento, que la Cruz ha sido para él, como para el Hijo de Dios, un sagrado thálam, donde ha parido à los fieles; una Cátedra donde ha enseñado à los ignorantes; un altar donde se ha sacrificado à sí mismo; y un tribunal donde ha condenado à los delinquentes. Oíd con sosiego.

PUNTO PRIMERO.

No sin justa razon fue el Hijo de Dios intulado el fiador de los pecadores; pues havíendose cargado con sus delitos, quiso sufrir la pena, y satisfacer por ellos à la justicia de su Padre. El

hombre y la muger fueron condenados á muerte, que puede llamarse el suplicio comun de estos dos primeros culpables; y murieron efectivamente, despues de haver vivido algunos años. Su tránsito fue el castigo de su pecado; y como dice San Agustin, perdieron la vida contra su voluntad, por haver por su voluntad perdido la gracia. Esta muerte, pues, aunque involuntaria, no dexó de ser dulce; y se puede decir, que fue acompañada de dolor y de placer. De dolor, porque estas dos porciones que se amaban, y que havian sido unidas para jamás separarse, tuvieron pena en dividirse. De placer, porque el cuerpo debilitado por los años, havia venido à ser como una prision ò sepulcro del alma, que miraba la muerte como su rescate, ò como su resurreccion. Pero la muerte de Jesu-Christo fue violenta, aunque voluntaria, fue vergonzosa y cruel, escogiendo la cabeza la muerte mas dura è ignominiosa, para hacer à sus miembros menospreciadores de toda especie de muertes.

El hombre, como particular, fue condenado à sustentarse su vida con el sudor de su rostro: *In sudore vultus tui vesceris*: y à cultivar la tierra, que para castigarle estaba llena de espinas: *spinas & tribulos germinabit tibi*. Estas espinas, con todo eso, no son tan comunes à todos los hombres, que no haya muchos que se liberten de ellas. Y asi se ven innumerables, que no sudan jamás sino en sus diversiones; para quienes esta pena se ha convertido en placer; y que solo se acaloran con la pelota, con la caza ò con el bayle. Se hallan tambien personas, para quienes la tierra no

es estéril, que reoogen rosas sin espinas; y que gozan en su dulce reposo del trabajo de otros. Lo qual supuesto, estas penas, segun parece, no han sido inventadas sino para exercitar la paciencia de Jesu-Christo; y la justicia de su Padre ha querido hacerlas caer sobre su inocente persona. El sudó sangre y agua en el huerto de las olivas, sus poros se dilataron, sus venas se abrieron; y como era el fidejuszor del hombre, regó con su sangre, y con su sudor la tierra criminal. Las espinas coronaron su cabeza en el discurso de su passion; y estas funestas hijas del pecado fueron empleadas para llenarle de confusion y de dolor. Sus enemigos le hicieron una corona, en que la infamia disputó la ventaja à la crueldad. Y asi se puede decir, que la tierra no produjo las espinas sino para afligir à Jesu-Christo; y que este cruel suplicio fue inventado solamente para él.

La muger, que fue la primera delinvente (pues despues de haver sido seducida del demonio, empenó al hombre en el pecado que ella havia ya cometido) fue condenada à dos penas, que son, al parecer, mas rigurosas que las del hombre. La primera fue la de obedecer à su marido, y ser sierva de aquel de quien antes era la compañera: *Et vir dominabitur tibi*. (a) La segunda, la de parir con dolor, y no poder dar vida à sus hijos, sin poner la suya en peligro; experimentando el tormento de las vivoras, à quienes los hijuelos despedazan las entrañas para salir de ellas. Este supli-

(a) Genes. 3. v. 16.

plicio sin duda es tan cruel, que quando la Escritura santa quiere exagerar algun dolor, le compara al que padecen las madres quando dan à luz sus hijos: *Ibi dolores ut parturientis.* (a) Sin embargo, la experiencia nos enseña, que hay mugeres que no obedecen à sus maridos; y que dispensandose de esta legitima obligacion, recobran por su artificio ò industria el poder que havian perdido por su pecado. Otras hay, que padecen poco en sus partos; que conservan su vida quando la dan à sus hijos; y que aun no pierden el buen parecer en este su trabajo.

Y así es preciso confesar, que el Hijo de Dios, que no es menos la caucion de la muger que la del hombre, ha cargado tambien con estas dos terribles penas en toda su extension, y en todo su rigor: porque ha obedecido à su Padre hasta la muerte, y muerte de Cruz. Recibió su decreto con sumision. No apeló de esta sentencia quando le fue intimada; y sin alegar su inocencia, sufrió el suplicio, que los hombres solamente hacian tolerar à los esclavos. Parió à los christianos con terribles dolores. Su Cruz fue el thálamo donde perdió la vida por darsela à sus hijos. Fue necesario tambien abrirle el corazon para que naciese su Esposa. Y así como Eva fue extrahida de la costilla de Adán mientras éste dormia, así la Iglesia salió del costado de Jesu-Christo estando muerto, y halló el mundo esta hija postuma en las entrañas de su Esposo y de su Padre. Acaso hacia alusion à este mys-

(a) Psalm. 47. v. 12.

mysterio el Profeta quando decia: *Vidi omnis vtri manum super lumbum suum quasi parturientis.* (a) Yo vi al hombre universal, esto es, al que representó à todos los hombres, teniendo sus manos sobre sus riñones, y haciendo esfuerzos para parir. En efecto, ¿de quién se pueden entender estas palabras sino de Jesu-Christo, que cargando sobre la Cruz con todos nuestros pecados, y con todas nuestras penas, pare con dolor, y dá la vida à los christianos por la violencia de su muerte? Mas aunque este suplicio sea tan cruel è ignominioso, no dexa de contener ventajas maravillosas, y de ensalzar altamente la gloria y el poder del Hijo de Dios; porque solamente Él pudo hacer la muerte fecunda; pudo mudar su Cruz en un lecho nupcial; pudo dar la vida muriendo; y pudo adquirir espirando la qualidad de Padre y de Esposo. Por esto tuvo razon San Agustin para llamar à la Cruz thálamo de Jesu-Christo, admirando su fecundidad en su muerte: *Thalamus parturientis. Ascendat sponsus noster thalami sui lectum, dormiat moriendo, aperiatur latus ejus, & Ecclesia prodeat virgo.* (b)

Pues ahora, bolviendo al objeto de nuestros cultos, parece que el Apostol San Andrés tiene sin duda alguna parte en esta gloria; pues como murió en la Cruz, halló en ella la qualidad de Padre, dando la vida à todos aquellos à quienes ha convertido. Ampliemos este pensamiento por ser el que mas ensalza la gloria de nuestro Santo, y ha-

(a) Hieronim. cap. 36. (b) Aug. lib. 2. de Simb. cap. 5.

hagamos ver, que su muerte, así como la de Jesu-Christo, fue milagrosa y fecunda. Mirad: los Apostoles son los Padres de los fieles, ya por ser sus Predicadores, y ya por haver sido Martyres. Como Predicadores, dan à luz à los que instruyen, porque les dan la vida, dandoles la gracia, y pueden decir à todos sus discipulos lo que San Pablo decia à los Galatas: *Filioli quos iterum parturio donec formetur Christus in vobis*: (a) Como Martyres, engendran hijos para Jesu-Christo. Su sangre es una fecunda semilla que puebla la Iglesia, y su muerte es un manantial perpetuo de vida: *Semen est sanguis Christianorum*. (b) Parecia que los Christianos nacian de las heridas de los Martyres; y que como el grano de trigo halla la fecundidad en su misma corrupcion, así estos generosos athletas encontraban la victoria en su derrota, y su multiplicacion en sus tormentos. San Andrés, por consiguiente, tuvo estas dos qualidades, y como añadia la gloria de Martyr à la de Apostol, era Padre de los fieles que instruía, animandolos con sus palabras, y engendrandolos por el Evangelio. Y así podia decir con verdad como San Pablo, *per Evangelium ego vos genui*. Mas la circunstancia de Martyr le daba mas derecho à la qualidad de Padre; porque su sangre era una fecunda semilla; sus heridas producian christianos, y su muerte daba la vida à mil infieles convertidos.

Pero como el genero de su martyrio tenia mas re-

(a) Paul. ad Galat. c. 4. v. 19. (b) Tertul. Apolog. in fine.

relacion con el del Hijo de Dios, que el de otros Martyres; tuvo asimismo mayor parte que otros en su fecundidad. Aquella dolorosa Cruz que le sostenia fue para él un thalamo nupcial: aspirando en ella engendró muchos hijos, y se vió renacer por su muerte misma; y así quando perdió la vida, dejó, à pesar del furor de sus enemigos, una gloriosa posteridad. ¡Oh verdugos, y qué imprudentes que sois! ¡quán inútiles son vuestros esfuerzos! ¡quán débil vuestra crueldad! quereis arruinar la religion christiana, y la estableceis; quereis hacer morir à un hombre, y le haceis revivir. Ese mismo Andrés que habeis puesto en la Cruz, renacerá de sus propias heridas: él arrojará, si así se puede decir, hijos por la boca de sus llagas, y será Padre de ellos, porque es Martyr de Jesu-Christo, y vuestra ciega pasion solo servirá para disminuir el numero de los infieles, y aumentar el de los Christianos, pues la Cruz es para él, como para el Hijo de Dios, un thalamo doloroso y fecundo: *thalamus parturientis*.

PUNTO SEGUNDO.

Es tambien la Cruz, como dexé establecido en el exordio, Altar en donde Andrés se sacrificó à Dios, à fin de que à imitacion de su Maestro, tenga la gloria de ser Sacerdote y víctima en un mismo sacrificio. Si Jesu-Christo hizo milagros en vida, es preciso confesar, que los hizo mayores y mas singulares en su muerte; y que la Cruz en que tenia sus brazos enclavados, no havia ligado su poder. Allí fue en donde cum-

pliendo sus promesas, atraxó à sí todas las cosas: *Egosi exaltatus fuero à terra omnia traham ad me ipsum.* (a) Allí fue donde abatió el Cielo, elevó la tierra, y reconcilió los hombres con su Padre. Allí fue donde espantó à los vivos, resucitó à los muertos, desquició la tierra, y obscureció al Sol. Pero sin atenerme precisamente à estos prodigios que fueron reconocidos por sus mismos enemigos, advierto otros tres nada inferiores que miran à su Persona, à su Muerte, y à su Cruz: porque no es uno de los grandes milágrs. que mudando la naturaleza de las cosas, haya hecho de su Cruz un Altar, de su muerte un sacrificio, y de su cuerpo una víctima? Pues todos estos prodigios que solamente se ven con los ojos de la fé, pasaron en el Calvario, en donde Jesus, perdiendo el honor con la vida, obró estas maravillas que arrebataban el corazon de los fieles. Si.

La Cruz que era infame patibulo, vino à ser un Altar sagrado, donde Jesu-Christo se sacrificó por la gloria de su Padre, y por la salud de los hombres: *Altare sacrificantis.* (b) La muerte que era la pena del pecado, se convirtió en sacrificio en la Persona del Hijo de Dios; y expiando todas nuestras ofensas, satisfizo à la justicia de su Padre. Mas lo que excede, al parecer, toda creencia es, que el cuerpo del Hijo de Dios, como sacrificado por la culpa, lleve su nombre en la Escritura, y sea intitulado *pecado* por el Apostol San Pablo: *Qui non noverat peccatum pro nobis*

(a) Joan. 12. v. 31. (b) Aug. de Tempore 1. 30.

hñs peccatum fecit. (a) Por lo que este nombre es titulo de afrenta y de honor, según los diferentes fines que obligan à tomarle al Salvador del mundo: es honroso, quando señala su victoria, y nos demuestra que Jesu-Christo, à imitacion de los conquistadores que toman el nombre de las Provincias por ellos subyugadas, quiso tomar el del pecado, à quien sobre la Cruz havia deshecho. Es injurioso, porque nos demuestra al Hijo de Dios constituido la deuda y la caucion de los pecadores, colocado en el lugar de estos sobre el Calvario, cargado con sus delitos, y por un exceso de amor y de humildad, convertido en pecado. Sobre lo que San Ambrosio dixo excelentemente estas palabras: *te admiras, Christiano, de que el Verbo Eterno se haya hecho carne, y que por parecerse à los hombres haya tomado sus debilidades, y flaquezas? Miraris quia verbum caro factum est? Pues admirate con mas razon, porque este mismo Verbo se ha hecho pecado por ellos, à fin de crucificar todos sus pecados en su carne, y hacerlos participantes de su inocencia y de su gracia: Mirare potius quia Christus factus est pro nobis peccatum, ut peccatum nostrum in sua carne crucifigeret.*

Esto supuesto, veamos ahora todas estas maravillas en Andrés, y respecto de que este Santo es la mas perfecta imagen del crucificado, hagamos ver en la continuacion de este discurso, sus admirables conveniencias con el Hijo de Dios. Aunque la muerte de los Martyres sea pena del

M 2 pe-

(a) Paul. 2. Cor. c. 5. v.

pecado, no por eso dexa de ser su remedio. Es à la verdad, un efecto que destruye à su causa es una hija que hace morir à su Padre: es en fin, una acción de virtud, que merece, segun el sentir de los Padres, el augusto nombre de sacrificio: *Mors, quæ in lege nature erat poena peccati*, dice San Agustín, *in lege gratiæ facta est hostia pro peccato.* (a) Pues como nuestro glorioso Apostol es Martyr, muda su muerte de naturaleza; y de ser un efecto del pecado, pasa à ser un efecto de la gracia; perdiendo el infame nombre de suplicio, y adquiriendo el nombre glorioso de sacrificio. La Cruz en que le ponen, es un Altar, en que se sacrifica, y es una injusticia considerarla como patibulo, respecto de que Andrés no es delincuente: y así, hasta los mismos verdugos conocen su inocencia, y se ven precisados à confesar, que el árbol sobre que el Santo es elevado, à juzgar por el fruto que lleva en sí, merece mejor el nombre de Altar que el de patibulo. En fin, Señores, su cuerpo es una víctima inocente, que no borra, à la verdad, los pecados ajenos, pero sí los propios, consumiéndose en sí misma, y hallando dichosamente en su muerte, la causa de su salud y de su gloria. Y así, no reconoce Andrés ventaja alguna en descender de la Cruz antes de finalizarse el sacrificio; por lo que esta víctima sangrienta no pide à Dios otro favor, que el de que le dexen morir sobre aquel mismo Altar, en que era colocado: *Tantummodo in ista voce exaudi me.* Solamente os pido, le dice à Dios,

(a) August. lib. 4. de Trinit. c. 22.

Dios, una gracia. ¿Y cuál imagináis, Señores, sería esta gracia? Juzgareis, que lo que desea Andrés es obligar al Cielo à que haga un milagro para libertarle de la muerte; à deshacer su cruz con el estrepito y eficacia de un rayo; à esparcir los verdugos que le rodean; à romper los clavos que le fixan en el madero; ò à obrar otro prodigio semejante para salvar su vida, y declarar su inocencia? Ah! cuánto mas nobles eran sus pensamientos! Andrés se acuerda que su Cruz es un altar, que su muerte es un sacrificio, y que su cuerpo es una víctima; y así, toda la gracia que pide es, que este altar no sea privado de su uso; que este sacrificio no sea interrumpido, y que la víctima pierda efectivamente la vida para adquirir la inmortalidad: *Ne patiaris ab impto iudice deponi.* Decid la verdad Christianos, ¿hubierais vosotros concebido semejantes deseos? ¿hubierais hecho la misma súplica? no tengo motivo para creer, que vosotros hubierais pedido descender de la Cruz; respecto de que con tanta cobardía como instancia le pedis todos los dias, os liberte de una afliccion que os prueba, de una enfermedad que os castiga, ò de una tentacion que os exercita? Pues aprended de la voz moribunda de un Andrés, que la muerte es una gracia, que el sacrificio es un favor, y que la calidad de víctima y de Martyr es preferible à la de Apostol. Pero si habla como una víctima sobre la Cruz, tambien habla como un Predicador; y por consiguiente, si la cruz fue su altar, como haveis oido, tambien fue su Catedra, en que à imitacion de Jesu-Christo, enseñó à los fieles, y les

les persuadió las mas importantes verdades del Christianismo, como ahora vereis. Mirad:

PUNTO TERCERO.

Como el Hijo de Dios es el interprete de su Padre, es asimismo el Maestro de los hombres. *Quæcumque audivi à Patre nota feci vobis.* El los enseña con exemplos antes de instruirlos con palabras, y aun les dá lecciones antes que pueda hablar; pues aun quando no era mas que un infante, era ya doctor del mundo. Mas quando llegó à una edad abanzada, abrió su boca llena de oráculos, explicó los mysterios mas elevados de nuestra Religión; y admiró con sus milagros à los que no havia podido persuadir con sus razones. Sin embargo, es inegable que la Cruz fue la Catedra, donde predicó con mas fervor y eloquencia; y donde enseñó las virtudes mas difíciles y gloriosas; porque allí fue, donde enseñó à los Christianos à perder la vida por la gloria de su Padre; allí fue, donde les inspiró el respeto que se debe tener à las madres que nos dieron à luz; allí fue, donde con el exemplo de la recompensa de San Juan, nós recomendó la fidelidad que debemos observar con los amigos; allí fue, donde por el favor que concedió al buen Ladron, nos persuadió que la christiana liberalidad no debe tener terminos: pero sobre todo, allí fue, donde nos intimó con su práctica el olvido de las injurias y amor à los enemigos. Y à la verdad, es tan noble esta virtud, que no podia ser enseñada à los hombres, sino por la boca de Dios. Digo mas: era necesario, que el mismo Dios la autorizase con su exem-

exemplo, y que muriese practicandola, para hacernosla amable. Es tan hermosa, y al mismo tiempo tan ardua, que los Paganos, admirados por una parte de su belleza, y horrorizados por otra de su dificultad, no han podido comprehender, que la Ley divina haya debido pedir esta virtud à la flaqueza humana. Y así, es reputada por el ultimo esfuerzo de la caridad, por el colmo de la perfeccion, y por la verdad mas encubrada de la christiana filosofia: *Culmen bonitatis*, dice S. Pedro Chrysologo, *pietatis fastigium et supremum divinæ philosophiæ documentum.* (a) Por lo que el grande Agustino tenia razon para decir, que la Cruz de Jesu-Christo era su Catedra, y que desde ella, como Maestro Divino, enseñaba la Moral à todos los fieles: *Cathedra magistræ docentis.*

Pues ahora, esta misma Cruz fue, Señores, para San Andrés, lo mismo que havia sido para el Hijo de Dios: y por consiguiente en esta augusta Catedra fue donde este grande Apostol acabó de convertir à las naciones. El havia corrido todas las provincias de Tracia y de Epiro. Un motivo mas noble que el de los conquistadores le havia llevado à las extremidades de la tierra: su zelo havia vencido todas las dificultades y trabajos que acompañan à los grandes proyectos: y deseando hacer à Jesu-Christo Soberano del Universo, havia andado de Reyno en Reyno predicando su Evangelio à todos los Pueblos. Pero lo que mas admira, Señores, es, que no haya in-

(a) Chrysolog. Serm. 38. *Ubi se supponit emam la*

terrumpido este exercicio, ni aun sobre la Cruz: de modo, que ni sus dolores le impiden exortar à los infieles, ni el justo sentimiento que podia tener de su barbara crueldad, es bastante para que omita el rogar por su salud. Y este es el milagro de la predicacion, dice San Juan Chrysostomo; conuiene à saber: que el numero de los creyentes se multiplique, no por medio de la eloquencia, sino por el de la paciencia de los Predicadores; y que hombres cargados de afrentas, y cubiertos de llagas, hagan mas conquistas que los Reyes con la fuerza de sus armas, y que los Oradores con los encantos de su Retorica.

En efecto, Señores; ¿no es una maravilla ver que un Apostol desde la altura de una Cruz, en que se halla enclavado, tenga todavia ánimo y voz para exortar à sus oyentes? que el temor de su cercana muerte, y el esfuerzo de los dolores no le hagan perder el zelo de un Predicador Evangelico? que mientras su vida se va saliendo del cuerpo con su sangre, encuentre aun razones para convencer la obstinacion de los verdugos? en una palabra, que estando él crucificado, predique con tanta fuerza y ardor à un Dios crucificado, como dice el Chrysostomo, *crucifixus crucifixum predicabat?* ¡Ah! es agradable predicar en un pulpito desde donde se nos escucha con respeto; y facil el persuadir à los oyentes, crean lo que les decimos, y reverencien en nuestra persona à Jesu-Christo. ¡Mas quàn terrible es predicar, como San Andrés, sobre una Cruz! ¡qué esfuerzo y amor no es necesario para predicar el Evangelio al mismo tiempo que se está luchando con los mas

vivos dolores; Ah! nosotros nos quejamos muchas veces, de que para recrear santamente al auditorio es necesario pasar las noches sobre los libros; decir con espíritu y fervor lo que hemos compuesto con trabajo; y exponer nuestra salud por asegurar la de los próximos. Pero, sin duda, son injustas nuestras quejas, y ligeros, à la verdad, nuestros trabajos; pues solo nos cuestan algun poco de sudor, que es comun à todos los hijos de Adan, en ya vida no puede pasar sin trabajo, despues del delito de su padre. Mas San Andrés hace de su Cruz un pulpito; predica todo cubierto de sangre, emplea todas las facultades que le han quedado para convertir los pecadores; y à fin de imitar con mas perfeccion à su Maestro olvida sus dolores, y solo piensa en la salvacion de sus enemigos. El levanta su voz para pedir al Cielo los perdone; él hace hablar à su sangre para ser mejor oido; y valiendose de sus heridas, como de otras tantas sangrientas bocas, pide esta gracia del Señor para sus mismos verdugos. En cuya suposicion, ¿no os dixen con justicia que su Cruz havia sido su Cátedra, y que à imitacion del Hijo de Dios, havia predicado desde el mismo patibulo en que estaba enclavado? *Cathedra docentis?* Pues mirad, como el amor despreciado se muda en furor; esta misma Cruz, que para Maestro y Discipulo fue una Cátedra de celestial ensenanza, como habeis oido; tambien para ambos un severo tribunal, en donde condenan irrevocablemente à los que no han podido convertir, que es el ultimo punto de este discurso. Renovad la atencion y reflexionad, que

PUNTO QUARTO.

Aunque Jesu-Christo sea nuestro Abogado, no por eso dexa de ser nuestro Juez; y asi como ha defendido nuestra causa, asi tambien pronunciará nuestra sentencia, dandonos señales de su justicia, despues de havernos dado pruebas de su misericordia. Pero lo que me admira mas es, que exerciese, como de hecho exerció, los dos officios sobre la Cruz; y que allí fuese no menos Juez que Abogado de los pecadores. Fue Abogado, porque habló altamente en su favor, y su sangre, mas caritativa que la de Abel, obtuvo la remision de sus pecados. Mostró al Padre su rostro pálido y manchado de sangre; su augusta cabeza coronada de espinas; sus pies y manos atravesados con clavos; y en este funesto estado, que obscurecia enteramente la Magestad, mereció ser oído de su Padre, no obstante que le rogaba por los culpables: *Exauditus est pro sua reverentia.* (a) Mas despues de haver exercido el officio de Abogado, quiso exercer el de Juez; y para imprimirnos el temor con el amor, quiso hacernos ver desde la Cruz una espantosa imagen del juicio: porque mirad, el principal empleo que tendrá Jesu-Christo en este dia terrible, será el de separar los buenos de los malos, recompensando á los primeros, y castigando á los segundos. Para este fin pronunciará una sentencia eterna de quien á ninguno se le permitirá apelar, y

(a) Hebrzoz. cap. I. v. 7.

por la qual los justos serán enviados al Cielo con los Angeles, y los culpables desterrados á los infiernos con los demonios. Pues ahora, ¿no os parece que sucedió lo mismo en el Calvario? La Cruz, á la verdad, fue un tribunal, en que Jesu-Christo en calidad de Juez pronunció eterna sentencia entre los dos ladrones que están á sus lados; y prometió á la fé, y confesion del uno el Paraíso; y á la blasfemia y desesperacion del otro el infierno. Este prodigio hizo exclamar á San León en esta forma: fue puesto entre dos ladrones, para que en la misma especie de patíbulo se manifestase aquella separacion de buenos y de malos, que se ha de hacer en su ultimo juicio: *Affixus est inter duos latrones, ut etiam in ipsa patibuli specie monstraretur illa que in iudicio ipsius omnium facienda est discretio.* San Agustin dice lo mismo; y para amedrentar á los pecadores que se prometen la impunidad de sus delitos, les enseña que la Cruz fue un tribunal para Jesu-Christo, donde usó de su justicia despues de haver exercido su misericordia: *Ipsa crux, si attendis tribunal fuit: in medio autem iudice constituto, unus latro qui credidit liberatus est, alius qui insultavit damnatus est.* Y asi no llameis ya, Señores, á la Cruz thálamo, donde Jesu-Christo engendra los fieles como padre suyo. No la llameis altar, donde se sacrifica como víctima; sino llamadla tribunal donde sentencia como Juez, y donde castiga severamente á los culpados que no han querido hacerse dignos de sus recompensas.

Y ved aqui, Señores, como San Andrés fue una perfecta imagen de Jesu-Christo, porque so-

bre la misma Cruz, en que havia sido el Abogado de sus verdugos, hizo el oficio de su Juez; y despues de haver inutilmente defendido su causa, pronunció eficazmente su sentencia. El rogó por sus enemigos, como os he referido; él empleó su espíritu y discrecion para convertirlos, sin olvidar cosa alguna de las que eran necesarias para suavizar su furor y vencer su pertinacia. Mas luego que despreciaron las ultimas razones de este Abogado moribundo, el Cielo que quería hacerle semejante à su Maestro, mudó su Cruz en tribunal, y le estableció Juez suyo, vengandole de sus ultrajes. La tierra tembló baxo los pies de estos impios; abrió sus abismos para sepultarlos vivos; y despues de haver con su ruido y estrépito murmurado por largo tiempo contra sus crímenes, hizo estraños y justos esfuerzos para perderlos. El Cielo tambien la dió el exemplo; porque arrojó sus rayos sobre las cabezas de estos culpables; esparció esta tropa de rabiosos, hirió à unos, espantó à otros, y si la venganza huviera podido entrar en un corazon poseído de la caridad, huviera Andrés tenido la satisfaccion de ver à sus verdugos castigados, y deshechos à sus enemigos. Mas él se contentó con bendecir al Señor que le vengaba, y de confirmar en su silencio la sentencia que la Justicia Divina havia publicamente pronunciado contra estos delinquentes.

Pero no penseis, Señores, que este gran Santo fue solamente Juez de los verdugos que le clavaron en la Cruz: es Juez juntamente, que condena à todos aquellos que no le imitan. Condena, digo, à los que aman las delicias, y huyen de los

dolores y trabajos. Condena à los que no quieren llevar la Cruz que Dios les ha repartido. Condena à los que se han horrorizado ò avergonzado de llevarla; enseñandoles con su exemplo, que los que no son crucificados, no merecen el nombre de christianos. Y à la verdad, los que quieren pertenecer à Jesu-Christo deben tomar parte en su Cruz. Y San Pablo no reconoce por fieles sino à los que crucifican su carne con sus inclinaciones:

Qui Christi sunt carnem suam crucifixerunt cum vitis & concupiscentiis suis. (a) Y es tan verdadera esta máxima, que la misma Cruz de Jesu-Christo nos es inutil sin la nuestra: *Non sufficit crux sua sine tua.* (b) Y todos los meritos que su Magestad nos adquirió muriendo en ella no nos son de provecho, si no nos son aplicados por nosotros sufrimientos. Es necesario, pues, prevenir el furor de los verdugos por nuestra justa colera. Es necesario vengar à Dios en nosotros mismos y crucificarnos, sin esperar que los hombres nos crucifiquen: *Si nemo te crucifigit, ipse te crucifige.*

(c) Pero la desdicha es, que la mayor parte de los christianos no aman la Cruz; que se alejan de todo aquello que tiene color de tal, que huyen de las aflicciones, porque son sus imágenes; que se defienden de las injurias, porque tienen con ella alguna semejanza; pues si ellos amaran la Cruz, dice el Chrysostomo, llevarian una vida crucificada: *Si Crucem amarent, vitam crucifixam agerent.* (d) Si fueran, en fin, imitadores de San Andrés,

(a) Paul. ad Galat. c. 5. v. 24. (b) Chrysost. Sermon. de Cruce. (c) Idem ibid. (d) Idem ibid.

drés, serian como él vivas imágenes de Jesu-Christo crucificado. Y despues de haver tenido parte en su Cruz sobre la tierra, esperarían con justicia participar de su gloria en el Cielo: donde nos conduzca el que con el Padre y el Espiritu Santo vive y reyna por todos los siglos de los siglos. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

SER-

SERMON

DE SAN NICOLAS DE BARI.

Talibus enim hostiis promeretur Deus:

Ap. ad Hebr. cap. 13. v. 16.

Despues que el hombre se hizo delincente, no puede aplacar à Dios, ni expiar su pecado sino por el sacrificio. Mas como el antiguo y el nuevo Testamento son extremadamente diversos; pues aquel hacia à los hombres esclavos por el temor; éste los constituye hijos por el amor; aquel los espantaba con sus amenazas; éste los consueta con sus promesas; el uno no hablaba sino de los placeres de la tierra, y el otro no nos recrea sino con las delicias del Cielo; tenían por consiguiente víctimas y sacrificios muy distintos: porque en el antiguo Testamento no se reconciliaban los judios con Dios, sino por la mortandad de los animales, cuya sangre derramaban al pie de los altares para expiar sus pecados, sin que pudiesen à su Magestad alguna gracia, cuya obtención no fuese por la muerte de alguna víctima sangrienta. Mas en el nuevo Testamento tienen los christianos hostias mas inocentes; pues como el Hijo de Dios ha satisfecho completamente à su Padre por el sacrificio de la Cruz y del altar; no le ofrecemos ya nosotros mas sacrificios que el de

drés, serian como él vivas imágenes de Jesu-Christo crucificado. Y despues de haver tenido parte en su Cruz sobre la tierra, esperarían con justicia participar de su gloria en el Cielo: donde nos conduzca el que con el Padre y el Espiritu Santo vive y reyna por todos los siglos de los siglos. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

SER-

SERMON

DE SAN NICOLAS DE BARI.

Talibus enim hostiis promeretur Deus:

Ap. ad Hebr. cap. 13. v. 16.

Despues que el hombre se hizo delincente, no puede aplacar à Dios, ni expiar su pecado sino por el sacrificio. Mas como el antiguo y el nuevo Testamento son extremadamente diversos; pues aquel hacia à los hombres esclavos por el temor; éste los constituye hijos por el amor; aquel los espantaba con sus amenazas; éste los consueta con sus promesas; el uno no hablaba sino de los placeres de la tierra, y el otro no nos recrea sino con las delicias del Cielo; tenían por consiguiente víctimas y sacrificios muy distintos: porque en el antiguo Testamento no se reconciliaban los judios con Dios, sino por la mortandad de los animales, cuya sangre derramaban al pie de los altares para expiar sus pecados, sin que pudiesen à su Magestad alguna gracia, cuya obtención no fuese por la muerte de alguna víctima sangrienta. Mas en el nuevo Testamento tienen los christianos hostias mas inocentes; pues como el Hijo de Dios ha satisfecho completamente à su Padre por el sacrificio de la Cruz y del altar; no le ofrecemos ya nosotros mas sacrificios que el de

la oracion, limosna y ayuno. Estas tres virtudes, pbes, han reemplazado à todas las víctimas anti-
guas; y por consiguiente, no empleamos ya mas
que su merito, para conseguir qualquier favor de
la misericordia del Señor: *Talibus enim hostiis
promeretur Deus.* Y ved aqui el inocente arbitrio,
de que se valió el insigne Santo, cuya fiesta so-
lemnizamos en el dia. Toda su vida, à la verdad,
fue un continuado sacrificio; siendo la oracion, el
ayuno y la limosna las tres agradables hostias que
continuamente ofreció al Eterno Padre. Pero co-
mo el Espíritu Santo fue quien le inspiró este de-
signio, es necesario suplicarle nos descubra su
merito. Y para alcanzar esta gracia empleemos el
credito de aquella que tanta parte tuvo en el sa-
crificio de la Cruz: diciendola rendidamente con
el Angel:

AVE MARIA.

Quando considero el sacrificio, me parece pue-
do asegurar que es à un mismo tiempo la gloria
de Dios y la confusion del hombre. La gloria de
Dios, porque el sacrificio honra sus nobles per-
fecciones, publica por la muerte de la víctima, que
Dios no tiene necesidad de cosa alguna; que su
Magestad halla su felicidad en sí mismo; que es la
fuente del sér, y el Soberano de todas las criatu-
ras. Es al mismo tiempo la confusion del hombre,
porque descubre su necesidad y su pecado, y des-
clara que merece la pena que sufre la víctima por
él. Esta confesion hacia à Dios San Nicolás por
medio de los tres sacrificios que le ofrecia. Y como
él tenía designio de honrarle, y de publicar que

todas las cosas le pertenecen; tambien lo tenia de
humillarse, y de hacer ver que necesitaba de estas
víctimas para expiar sus pecados. Mas como la hu-
mildad nos ensalza quando nos abate, encuentro
que el sacrificio produjo este efecto en nuestro in-
comparable Prelado; y que quanto mas parecia
humillarle, tanto mas hizo resplandecer su mere-
cimiento y santidad. Dadme atencion sosegada, y
veréis las glorias y grandezas de Nicolás en los
tres referidos sacrificios. Mirad:

PUNTO PRIMERO.

Qualquiera que sea la gloria y el bien que pue-
da el hombre conseguir por la oracion, es neces-
ario confesar, que es un sacrificio en que el hom-
bre ofrece y sujeta à Dios la parte mas noble de
su persona. Porque si la fé cautiva el entendimien-
to, obligandole à creer las verdades que no com-
prehende; si el amor de los enemigos sacrifica la
memoria, obligandola al olvido de las injurias; si
la obediencia, en fin, sacrifica la voluntad, estre-
chandola à renunciar sus preeminencias, y à somet-
terse à la Ley de Dios; no se puede dudar que la
oracion sacrifica al alma enteramente, haciendo de
ella una víctima perfecta. Es la razon; porque
quando el alma ora, parece que se derrama delante
del mismo Dios, à manera de un licor santo, que se
exhala en su presencia como un incienso precioso,
y que ante él se consume como lámpara encendida.
Y por esta razon es la oracion intitulada en la Es-
critura Sagrada efusion del alma, *effusio mentis*;
no solamente porque el gozo la dilata, sino por-
que

que es el sacrificio que la aniquila. Es asimismo una prueba de nuestra debilidad; porque nosotros no pedimos aquellas cosas que están en nuestro poder. Y así, quando recurrimos à la oracion para conseguir alguna gracia, es señal cierta de que sobrexcede nuestras fuerzas. Nosotros debemos hacer, dice San Agustin, lo que podemos, y debemos pedir lo que no podemos: *Et facere quod possis, & petere quod non possis.* (a) Y es especie de locura, añade el mismo Santo, pedir lo que está en nuestro poder: *Nam quid stultius, quam orare ut facias quod in potestate habeas?* (b) La oracion es un testimonio público de nuestra miseria y de nuestra pobreza, porque nosotros pedimos, ò para conseguir los bienes que nos faltan, ò para librarnos de los males que nos afligen. Por lo que dice San Agustin, que la oracion es el ajuar de la tierra; y la alabanza el adorno del Cielo. La oracion, el socorro de los miserables; la alabanza, la ocupacion de los bienaventurados: la oracion, se finalizará con nuestras miserias, la alabanza durará tanto como nuestra felicidad: *Oratio non est nisi miserorum: transibit oratio, succedet laudatio.* (c) Y estas son las razones que movieron à S. Ambrosio à reparar, que quando Jesu-Christo rogaba à su Padre, mas era por piedad, que por necesidad; pues aunque era hombre, era juntamente Dios; y la qualidad de esclavo no le havia borrado la de Hijo: *Non quasi infirmus, sed quasi plus obsecrat Christus.* (d) En fin la oracion

es

(a) August. lib. de nat. & gratia, cap. 41.. (b) Idem ibi. c. 18.
(c) August. Psalm. 138. (d) Ambros. in c. 6. Luc.

es una especie de suplicio que martiriza al espíritu, y le fatiga por medio de la atencion que le pide. Es un martirio que tiene sus penas, como tambien sus doluras: que no puede desprender el alma del cuerpo, sin hacerla sufrir una extraña violencia. De aqui proviene, que San Pedro Chrysologo, que sabia muy bien la facilidad que tenia Jesu-Christo para obrar, y que su espíritu, como unido al Verbo, no podia perder su atencion; sin embargo ha dicho, que él nos havia hecho salvos por sus oraciones, antes de salvarnos por sus dolores: *Pervocat in oratione Dei, ut ante nos oratione liberet, quam redimat passione.* (a)

Y ved aqui el primer sacrificio que San Nicolás hizo de sí mismo al Hijo de Dios. El ruega en el momento que nace, empieza su oracion con su vida, y como ayunaba, aun quando pendia del pecho de su madre, su espíritu desprendido de su pequeño cuerpo, se elevaba ya à Dios por medio de la oracion. Afligia, pues, al uno por la penitencia, y sujetaba à la otra por la súplica, haciendo un holocausto de su persona, y sacrificando à Dios las dos partes de que se componia. Y como la oracion no solamente le subministraba víctima para su sacrificio, sino que le surtia tambien de materia para la humildad; quando era acometido de la tentacion, buscaba fuerza en el ruego. Quando algun pesar le afligia, era su consuelo la oracion; y quando sus santas profusiones agotaban sus tesoros, buscaba en la súplica el re-

O 2

pa-

(a) Chrysost. Sermon. 24.

paro de las pérdidas que le hacia experimentar su caridad. De este modo hacia este grande Obispo de la oracion un sacrificio, por el qual consagraba y sujetaba à Dios todas las facultades de su alma, publicandole al mismo tiempo su debilidad, su indigencia, y su miseria.

Mas como esta misma virtud ensalza à los hombres, ensalzó tambien altamente à nuestro incomparable Obispo; y le adquirió tanto honor ante la Divina Magestad, como parecia haverle procurado de vergüenza ante los hombres. La oracion, à la verdad, es la fuerza, la gloria y la santidad del Christiano; y nada, al parecer, le hace mas considerable que esta virtud. Es, como dixé, su fuerza; porque todo lo alcanza el justo por la oracion; y quando esta sube al Cielo, dice San Agustin, descendiendo al punto à la tierra la gracia que solicita: *Oratio justis clavis est caeli; ascendit precatio & descendit miseratio.* (a) Ella se eleva hasta el trono de Dios, y apoyada, como dice San Pedro Chrysologo, sobre las alas de sus suspiros, suaviza la colera de su juez, desarma sus manos que havian ya empuñado el rayo, ata su omnipotencia, y revoca la sentencia de aquél que es inmutable. Es asimismo la gloria del hombre, porque ella le separa del mundo, le quita lo que tiene de corruptible y de mortal, y ensalza su naturaleza y condicion. Y así, la oracion fue la que sirvió de carro à Elias para trasportarle al Cielo; la que dió tan nobles pensamientos

(a) August. Sermon. 226. de temp.

tos à Moysés, y la que imprimió en su alma mayor luz que la que aparecia en su semblante. En fin, la oracion es la santidad del Christiano; porque es la que le une à Jesu-Christo, y haciendo aquella metamorphosis que se atribuye al amor, le trasforma dichosamente en Dios. Todas estas excelencias de la oracion las explicó San Pedro Chrysologo con su acostumbrada eloquencia por estas palabras: *Hæc præstat hominem Angelo, hæc homini deitatis defert honorem; & Moyses Deum fecit, & ad triumphos suos militare elementa.* (a)

Pero como los exemplos penetran mas que las palabras, veamos todas estas maravillas de la oracion en el grande San Nicolás: ella le havia humillado, haciendole una víctima inocente y dolorosa: ella le havia obligado à publicar su necesidad y su flaqueza; mas recompensandole con usuras, le dió tanto de fuerza, de gloria, y de santidad; como los mayores Santos pueden poseer sobre la tierra. Nada se pudo resistir jamás à la oracion de este Obispo: los elementos han obedecido à sus palabras, el mar y la tierra han respetado sus preceptos, y los demonios que son los rebeldes del estado de Dios, no han podido defenderse contra su poder. Parecia que Nicolás era el Dios del mundo, así como Moysés era de Egipto, y que la oracion era el cetro que le hacia reverenciado de todos los elementos. Era tambien la oracion su gloria y su santidad, porque

(a) Chrysost. Sermon. 43.

el intimo trato que Nicolás tenia con Dios, le havia impreso en su semblante cierto resplandor, que infundia terror à los malos, respeto à los buenos, y admiracion à todos: sus vestidos eran simples, y su porte humilde, porque deseaba mas representar à Jesu-Christo mortificado, que à Jesu-Christo glorioso; y esto no obstante, la gloria brillaba en su frente, y quando salia de la oracion, no podian los que se le acercaban sufrir su resplandor. Era la oracion su santidad; pues por el largo exercicio de esta virtud, perdió lo que tenia de humano, se despojo del hombre viejo, y se revistió del nuevo, deshaciendose de todas las inclinaciones que la naturaleza infestada por la culpa le podia haver comunicado en su nacimiento.

Pero yo no me admiro, gran Santo, de que fueseis una viva imagen de Jesu-Christo, respecto de que tuvisteis con él tanta comunicacion. No me admiro tuvieseis parte en todas sus virtudes, pues la tuvisteis en todos sus secretos; ni que tratando con él en la oracion, huvieseis explicado dichosamente en vuestra persona todas sus divinas y admirables perfecciones.

Pero tampoco me admiro de que los Christianos sean reos de tantos pecados, respecto de que no tratan sino con el mundo, respecto de que aprueban sus maximas, imitan sus exemplos, buscan sus placeres, y como si huvieran renunciado à Jesu-Christo, hacen pública profesion de seguir el partido de su enemigo. Pero acuerdense tambien de que el demonio es el principe del mundo; que los que le obedecen serán castigados con él; que

que tendrán otra tanta parte en sus penas, como han tenido en sus delitos, y que serán las imagenes de su tyrano, asi como los Santos lo serán de su Principe legítimo. Acabemos la de Nicolás, y veamos en su prodigioso ayuno el segundo sacrificio, que le consiguió el favor de Dios: *Talibus hostiis promeretur Deus.*

PUNTO SEGUNDO.

Es el ayuno el compañero fiel de la oracion; y si creemos à los Padres de la Iglesia, la oracion sin el ayuno es languida y sin virtud, y el ayuno sin la oracion es hipocrita y profano: estos dos amigos, pues, conspiran de acuerdo en mortificar la carne, y hacer vivir el espíritu: ellos juntan sus fuerzas para combatir los vicios y defender las virtudes: ellos preparan al hombre para que no sienta el morir, porque el alma que se acostumbra à desprenderse del cuerpo por medio de la oracion, no tiene pena en dexarle; y el cuerpo debilitado por el ayuno, no coge temor à un enemigo à quien reconoce tan de cerca, y con quien se ha familiarizado: *Jejunans de proximo mortem novit.* (a) El alma que trata con Dios en la oracion, apenas tiene comercio con el cuerpo, y el cuerpo ayunador apenas tiene adhesion à la tierra: El hombre, en fin, que por largo tiempo practica estas dos virtudes, viene à ser un puro espíritu, y tiene mas de Ángel, que de bruto, quando ali-

(a) Tert. advers.

alimenta à su alma con la oracion , y doma su cuerpo con el ayuno.

Verdad es que no puede el hombre arribar à esta dicha sin trabajo ; y que por mas razones que empleemos para ensalzar el merito del ayuno , es preciso confesar que él es penoso , y que es un sacrificio , como dice el Chrysologo , en que el espíritu es el Sacerdote , y la carne la víctima : *Jejunium est sanctitatis hostia , & sacrificium castitatis*. (a) Y cómo este sacrificio es tan dilatado como rigido , tiene algo de martirio , è imita la crueldad de los tormentos con que en otro tiempo se probaba la constancia de los Martires ; por lo qual dixo el citado Santo , que el ayuno nos sacrificaba à Dios , y nos preparaba al martirio : *Jejunium nos immolat Deo , & ad martyrium preparat*. (b) Y aun no me seria dificil el probar , que el ayuno tiene alguna cosa mas sensible que el martirio ; y que si no le iguala en el rigor , le escede en la duracion : *Horrore quidem mitius , diuturnitate molestius*. (c)

Pero si es tan penoso en su exercicio , nose puede negar , que es magnifico en sus recompensas ; pues como ya he insinuado , no tiene menos parte en la santificacion del Christiano , que la oracion. El eleva su condicion sobre la de una criatura mortal , y no le desprende de su cuerpo , sino para unirle à Jesu-Christo : él no mortifica su carne , sino para hacer vivir su espíritu , y no le quita los sentimientos de hombre , sino para comu-

(a) Chrysost. Serm. 43. (b) Id. Ibi. (c) Bern.

municarle los de Dios. Y así , si el ayuno nos sacrificica , es sin hacernos morir ; y por una maravilla digna de nuestra admiracion , nos consagra à Dios sin apartarnos de nosotros mismos , dandonos la qualidad de víctima , y dexandonos la vida. Por lo que dixo el Chrysologo , que el hombre abstinento es una víctima viva , porque se dá à Dios , y se conserva à sí mismo ; y concordando à un mismo tiempo dos contrarios , tiene el merito de la muerte , y la dulzura de la vida : *Jejunio fit homo vivens victima , que & sibi maneat , & data sit Deo*. (a)

Mas si en este privilegio se nota alguna cosa de rigor , los que me restan por publicar , son puramente agradables sin mezela alguna de pena. La abstinencia , digo , ensalza à los hombres no menos que la pureza : y por consiguiente , así como las Virgenes pasan por Angeles , así se puede decir , que los que ayunan son puros espíritus , y que haviendo su cuerpo mudado de condicion , mas es ya un templo , que una prision de su alma. Por cuyo motivo repara San Ambrosio , que el mismo Evangelista , quando dice , que el Bautista ayunaba con tanto rigor , añade , que era un Angel ; porque aquel que no comia ni bebía , merecia el nombre de aquellos dichosos espíritus , que solo se alimentan del mismo Dios : *Quia jejunio vacavit Joannes , non homo , sed Angelus estimatus est*. (b)

Pero este no es mas que un escalon para arribar

Tom. I.

P

à

(a) Chrysolog. serm. 43. (b) Ambros. lib. de Holiâ & jejun. c. 3.

à la gloria del ayuno. Oid ahora el colmo y la mas alta recompensa. Ensalza al hombre el ayuno por cima de los mismos Angeles. Le hace semejante à Dios ; y de este modo resarce el daño que la gula nos causó en el Paraíso terrenal. Sí: Ayunó Moyses quarenta dias sobre la montaña del Sinay ; y esta larga abstinencia que debía debilitar su cuerpo , le fortificó : este rigor que debía darle la muerte , le dió la vida : esta tenaz austeridad sirvió para hacerle participante de aquel resplandor , que es parte de la Divina Magestad : *Moyses jejunió defecatus transit in divinitatis gloriam.* (a) Moyses, dice el Chrysologo, con la acostumbrada pompa de sus palabras, espiritualizado por la abstinencia , y elevado sobre sí mismo , entró en la gloria de Dios , y descendió del monte con tal resplandor en su semblante, que los Israelitas no le podian mirar sin ofuscarse.

Lo que sucedió à Moyses en el desierto, aconteció à Jesu-Christo en la soledad. Ayunó su Magestad quarenta dias para consagrar el ayuno en su persona , y en el espacio de este largo tiempo experimentó lo que el ayuno tiene de mas difícil è insoportable. Sin embargo , esta abstinencia rigurosa fue una señal evidente para que el demonio sospechase quien era ; porque viendo que un ayuno tan largo no havia abatido sus fuerzas, sospechó era mas que hombre ; y que pues no necesitaba de alimento para conservar su vida , era un Dios oculto bajo de la flaqueza de la carne:

Ubi

(a) Chrysol. serm. 166.

Ubi Christum jejunantem vidit, suspicatur Deum.
(a) El demonio, à la verdad , havia notado todos los prodigios acaecidos en el nacimiento del Señor. No ignoraba el descenso de los Angeles, la aparición de la estrella, la venida de los Magos, el panegírico de Simeon , ni los zelos de Herodes. Y sin embargo , todas estas maravillas no excitaron sus cuidados , no le obligaron à discurrir, que aquel por quien sucedian , pudiese ser su juez. Pero quando le vió sufrir un ayuno de quarenta dias , comenzó à temblar , y juzgó que aquel que no comia , debía ser un Dios : *Suspicitur Deum.*

Apliquemos todo esto à nuestro Inclito Obispo. Veamos , si la abstinencia , despues de haver afligido su carne , le ha deificado ; y si el mismo sacrificio que le desnudó de nuestras miserias, le revistió de la Magestad de Dios. Mirad: todos los Santos tienen entre sí sus diferencias ; y así como cada Angel hace una especie particular, así podemos decir , que cada Santo hace un orden particular, que le distingue de los otros. Por cuyo motivo la Sagrada Escritura, que no puede lisongear à nadie, quando hace el elogio de algun Santo , dice con toda verdad , que no ha tenido semejante : *Non est inventus similis illi.* (b) En cuya suposición soy de sentir , que el peculiar atributo de San Nicolás , es el ayuno. Que esta virtud que en otros Santos es comun , es para él un carácter particular ; y que tuvo razon la Iglesia Griega para intitular à Nico-

P 2 lías

(a) Idem. Sermon. 12. (b) Eccles. 44. v. 21.

lás por excelencia, el *ayunador*. Y à la verdad, Nicolás comenzó à ayunar desde el punto que comenzó à vivir: practicó la abstinencia desde que estaba en la cuna; y por impulso del Espíritu Santo, no tomaba el pecho de su nutriz en los Miercoles y Viernes, mas que una vez en el dia. Unió la penitencia con la inocencia; y en una edad en que los infantes no siguen mas que el instinto de la naturaleza; él seguía ya los movimientos de la gracia.

¿Qué juzgais pues, Señores, haria este Santo en su pubertad, quando en su infancia hacia estas cosas tan maravillosas? ¿Qué progresos creéis, haria en la abstinencia, que parece haver nacido con él? Ah! con el aumento de sus fuerzas redobló las austeridades. domó sus pasiones con el socorro de la penitencia, pasó los dias enteros sin tomar alimento, è hizo una víctima de su cuerpo, un sacrificio de su juventud, y un martirio de toda su vida. En las necesidades de la Iglesia aumentó los ayunos: en la pretension de alguna gracia, juntó con la abstinencia la oracion, y obligó al Cielo con estos inocentes arbitrios à concederle quanto pedia. Y así es preciso confesar, que sacó maravillosas ventajas del ayuno; pues además de que su carne llegó à ser inocente, que no experimentó la rebeldia de las pasiones, y que la ley del pecado no reynó jamás en sus sentidos, tenia, por lo que respecta à su exterior, el semblante de un Angel, y la Magestad de un Dios. Entraba además de esto, en las carceles, estando cerradas sus puertas, y sacaba de sus prisiones los cautivos. Se transferia de una à otra extremidad del

del mundo, sin pasar por el medio. Se hallaba à un mismo tiempo en muchas partes, y parecia que el ayuno solamente havia debilitado su cuerpo para comunicarle la ligereza de un Angel, ò la inmensidad de un Dios. Permanecia sin interrupcion en su Obispado, como en una amada carcel, sin apartarse jamás de sus ovejas por ningun pretexto. Jamás se le vió en la Corte; porque este Obispo satisfacía à la obligacion de los Emperadores con tenerlos presentes en el Altar. Mas por no abandonar à unos inocentes que estaban injustamente sentenciados, y que imploraban su socorro, sin dexar su Obispado fue à buscar à Constantino en su Palacio. Aboga en su presencia en favor de los miserables. Intimida al Monarca, que se havia dexado sorprender de los artificios de sus contrarios; y la abstinencia de nuestro Santo, junta con su caridad, obraron este milagro. No tengo, pues, motivo suficiente para decir, que el ayuno no aflige la carne, sino para darle las calidades del espíritu; no mortifica al hombre, sino para deificarle, y por consiguiente, que no menos contribuyó à la grandeza de San Nicolás que la oracion? Ah!

¿Cuán herrados vais, pecadores, que buscáis los placeres en las mesas abundantes y delicadas! ¿que anhelais por la dulzura de la vida en los festines, y que siguiendo ò imitando el error de Adan, juzgais arribar à la inmortalidad por medio de la gula! Aprovechaos, pues, de la desdicha de vuestro Padre, y de la felicidad de nuestro Obispo. Adan quebrantó el ayuno en el Paraíso, dice Tertuliano, y fue justa y vergonzosamente desterrado de él. El placer que le dió el fru-

fruto prohibido, le derribó de su trono, le usurpó su inocencia, le privó de su autoridad, y le cargó de confusion, de miseria y de oprobio: *Adam facilius ventri quam Deo cessit, pabulo patius quam præcepto annuit, salutem gula vendidit, manducavit dentique & perit.* (a) Los Angeles se burlaron de él; y para castigar su insolencia, le hicieron con ironía este panegyrico: *Ecce Adam quasi unus ex nobis factus est.* (b) El conoció à expensas de su desgracia, que la muerte estaba encerrada en aquel manjar donde buscaba la vida. Y haciendose sabio por su desdicha, halló la inmortalidad en la abstinencia. A su exemplo, pues, San Nicolás se privó de todos los placeres de la gula; ayunó desde que fue nacido; continuó toda su vida este ejercicio; deshizo con estas armas sus contrarios, y recobró sobre la tierra las dichas que havia perdido Adán en el Paraíso. Comparad, pecadores, estos dos hombres; ved sus designios, averiguad su conducta, atended à sus acontecimientos; y si el demonio no os ha cegado, renunciad la gula, que conduce los hombres al infierno: *Teneo à primordio homicidam gulam supplicis inedie puniendam, etiam si Deus nulla jejunia præcepisset.* (c) Abrazad el ayuno que conduce al Cielo, y si quereis participar de las glorias de nuestro Santo, resolveos à imitarle en aquella abstinencia que le ensalzó sobre la condicion de los hombres: y si vuestros pecados no os permiten seguir un consejo tan util, pro-

(a) Tert. de jejun. advers. Phisicos. (b) Gen. 3. v. 22.

(c) Terrul. ibid.

cürad à lo menos rescatarlos ò expiarlos por medio de la limosna, que es el tercer sacrificio de Nicolás, y el tercer punto de este discurso. Mirad:

PUNTO TERCERO.

Aunque la oracion y la abstinencia son virtudes tan ilustres, como haveis oido, sin embargo, puede decirse con razon, que trahean ò sacan su perfeccion de la limosna. Por lo que San Pedro Chrysologo en aquella eloquente homilia, en que hace el elogio de estas tres virtudes, dice: la limosna, el ayuno, y la oracion se dan mutuamente la vida. La oracion llama, ò dá los golpes en el oido y corazon de Dios; el ayuno alcanza, pero la limosna recibe: *Elemosyna, jejunium, & oratio dant sibi vitam invicem. Oratio pulsat, jejunium impetrat, misericordia accipit.* (a) Estas tres virtudes hacen con Dios, al parecer, lo que hace la eloquencia con los hombres; porque asi como esta los instruye, los enamora, y los estimula, por el brillo de su luz, por la hermosura de sus figuras, y por la fuerza de sus movimientos, asi la oracion representa à Dios nuestras urgencias, y le descubre nuestras necesidades. La abstinencia le suaviza; y su Magestad se compadece de un hombre que se castiga para apaciguarle. La limosna le penetra, y (si asi puede decirse) le obliga por las liberalidades à concederle lo que pide. La oracion es el alimento del ayuno; el ayuno es el

vi-

(a) Chrysol. Sermon. 13. *Oratio dicitur sibi vitam impetrat, misericordia accipit.*

vigor de la oracion, y la limosna es la vida de la oracion y del ayuno. De modo, que como dice el Chrysologo, estas virtudes no se pueden separar, sin destruirse. Y asi, el que no las tiene todas, no tiene ninguna: *Hæc nemo rescindat, nesciunt separari, ista qui simul non habet, nihil habet.* (a)

Pero si es permitido hablar de estas tres virtudes, sin que entre si tengan sus zelos, me parece que la limosna es el complemento de las otras dos. La razon es, porque el que pide no puede presumir el alcanzar si él no dá. Ni seria justo que Dios le fuese favorable, siendo él mezquino y duro para consus hermanos. Y asi es preciso decir, que la limosna es el apoyo de la oracion, que obra en favor suyo, y que obliga à Dios para ser oida, oyendo ella à los miserables; pues como dice excelentemente el Chrysologo (à quien se puede intitular el panegyrista de la limosna) aquel pide à Dios de mala gracia, que rehúsa dar à su proximo lo que para sí quiere alcanzar de su Magestad: *Improbis petitor est qui quod aliis negat, sibi postulat.* (b) Pero si la oracion tiene necesidad de la limosna, no es esta menos necesaria al ayuno, porque el ayuno sin limosna, es una miseria, que es la pena de la avaricia. Y asi quando el ayuno no está acompañado de la misericordia, mas se puede intitular vigoroso suplicio, que saludable penitencia: *Avaritiæ jejunium cupiditatis pana, & sine pietate ultio est, non devotio.* De donde se sigue, que el ayuno y la oracion ne-

ce-

(a) Idem ibid. (b) Chrysolog. homil. 43. (c)

cesitan precisamente del socorro de la misericordia; y si les falta esta virtud, pierden su credito, y su valor.

Mas aunque la virtud de la limosna es tan piadosa, no por eso dexa de ser ardua, mereciendo como las otras sus hermanas, el nombre de sacrificio: porque, à la verdad, ella hace una rebaja considerable en las riquezas. Ella priva al hombre de todas las cosas superfluas, reduciendole à las necesarias, y aun empeñandole muchas veces en una suma pobreza; pues el que dá sus bienes à los necesitados, debe estar siempre dispuesto para perderlos por semejante motivo; y no será verdaderamente liberal, si no está preparado à quedar pobre. Por eso Tertuliano dixo con tanta gracia como espíritu, no tiene pereza para dar el que no teme perder: *Non piget eum donare, qui nec timet perdere.* (a) Pero pasemos adelante, y digamos, que la limosna no solamente es un sacrificio, porque renuncia las riquezas à imitacion de la pobreza voluntaria, sino porque las posee sin adhesion, siendo antes la economa y dispensatriz que la propietaria ó soberana. Y si bien se mira, no es la cosa mas difícil vender de una vez los bienes que se poseen, y distribuirlos entre pobres; porque para esta accion heroica, basta tener un poco de animo; y así todos los christianos de la primitiva Iglesia daban à Dios esta prueba de su amor. Pero la limosna emprende una cosa de mas esfuerzo y valor, y que pide mas animo

Tom. I. cap. 21. §. 1. Q. 1. y 1.

(a) Tertul. lib. de patientia.

y fidelidad en quien la executa; porque de ella se verifica, que posee las riquezas sin amarlas; que continuamente las vé y las menosprecia; que no las mira sino para darlas; y que imitando en algun modo à la avaricia, halla la pobreza en medio de la abundancia. Tienen los placeres mucho encanto; y por consiguiente es mas facil dexarlos de una vez, ó de un golpe; que usar de ellos con moderacion. Es necesario mucho espiritu y valor para conservarse casto entre las bellezas de una Corte. Es necesario ser muy humilde para despreciar las alabanzas quando nos las dan; y à este modo, ó por la misma razon, es necesario tener corazon muy generoso para no estimar las riquezas, quando nos permiten su uso. Por este motivo, pues, me admira mucho mas la pobreza de Abraham, que la de los Anacoretas; y no hago menos aprecio de aquel Patriarca, que recibia en su casa los peregrinos, dividiendo con ellos sus riquezas como si no fueran suyas, que de estos famosos Heremitas de la Thebaida, que habiendo distribuido de una vez todos sus bienes hallaban una dichosa abundancia en medio de su pobreza. Es cierto, pues, que la limosna es un verdadero sacrificio; y que aquel christiano que la practica, sacrifica à Dios su corazon con sus mismos bienes. Pero todavia es mas verdad que la limosna enriquece al hombre empobreciendole; que resarce sus quebras con usura, y que multiplica frecuentemente sus bienes por un milagro que la es muy familiar. Porque además de que la limosna nos dá derecho para conseguir el Cielo; que por los bienes temporales nos promete los eternos, y que

que hace à Jesu-Christo nuestro deudor, por haberse constituido flador de los pobres; sucede tambien y con frecuencia; que Dios hace muchas veces en el orden de la gracia, lo que executa en el de la naturaleza; y por consiguiente, que como en este multiplica el pan y el vino por la fecundidad que imprimió en la tierra; asi en aquel multiplica nuestras riquezas por la fecundidad que ha comunicado à la limosna. Y en confirmacion de esta verdad, tengo en mi favor à todos los Padres de la Iglesia. Dá tu pan à los pobres que lo piden, dice San Leon, si quieres que Dios sea tu deudor, y no tu Juez: *Da panem si Deum non judicem vis habere, sed debitorem.* (a) Obligale en la persona de sus miembros, y no le desconozcas en ellas, si no quieres que él te desconozca delante de los Angeles. En fin, la misma mano que multiplicaba el pan en los desiertos distribuyendolo à los Pueblos, le multiplica ahora quando lo dais à sus pobres: *Intervent illa manus, que panem frangendo auget, & erogando multiplicat.* (b) Y es tan comun este milagro en la limosna, que no hay siglo alguno, que no nos subministre una infinidad de exemplos.

Pero contentemonos de hacerlos ver en San Nicolás de Bari, que experimentó todos los diferentes efectos de esta eminente virtud. Ella, à la verdad, escogió su corazon para tener en él su tronó. Ella le inspiró aquella compasion que le hacia sufrir con todos los miserables. Ella le obligó

Q 2

(a) D. Leo Serm. 4. de collat. (b) Idem Serm. 10. Quadrag.

à dividir sus bienes con todos los pobres; à prevenir sus necesidades; à no esperar sus ruegos; y por consiguiente à precaver su verguenza. ¡De qué artificios no se valió su encendida caridad para conservar la castidad de tres doncellas, à quienes un padre desnaturalizado queria prostituir! ¡Qué cuidado no puso asimismo para ocultar la mano que exercia accion tan heroyca! ¡Qué confusion no recibió quando su caridad fue descubierta! ¡Qué ruegos no hizo à este padre afortunado en su misma desdicha, para que tuviese oculta esta liberalidad! ¡Ah! ¡quán facil es de inferir que este gran Santo no era mas que un ecónomo de sus bienes; que solamente disponia de ellos segun las ordenes de la caridad; y que hablando con propiedad, no era mas que un tesorero de la misericordia! Y así ¡qué milagros no hizo Dios para multiplicar sus riquezas! ¡quántas veces llenó los cofres que su caridad havia desocupado! ¡qué porfia entre la omnipotencia divina, y la liberalidad de nuestro Santo! Este à dar con exceso; aquella à debolver con usuras: éste à disipar con profusion; aquella à multiplicar con abundancia; y ninguna de las dos partes se dá por vencida en este deliciosísimo combate. Ni Dios cede à Nicolás, ni Nicolás, si me es permitido hablar así, cede à Dios, porque dá todo quanto recibe, y derrama todo quanto se le dá. ¡Ah!

Imitad, Señores, al que honrais en este día. Si; combatid con el mismo Dios à imitacion de este glorioso Santo. Bolved à su Magestad lo que os ha prestado. Y si no sois bastante desinteresados para obrar por un motivo tan noble; sabed por

por lo menos que solo os aprovechará lo que huviereis dado à los pobres. Que no sacareis de este mundo, de todas vuestras riquezas, sino lo que huviereis puesto en las manos de los necesitados. Un heredero disipará todo lo que huviereis juntado. Un hijo perderá todo lo que con afán huviereis adquirido. Y solo poseereis lo que de ante mano huviereis enviado al Cielo por las manos de los miserables, como dice el Chrysologo: *Homo, dando pauperi, das tibi; quia quod pauperi non dederis, habebit alter. Tu solum quod pauperi dederis, hoc habebis.* (a) Dad, pues, por amor de vosotros mismos, si no quereis dar por amor de Jesu Christo; y sed caritativos à imitacion de San Nicolás sobre la tierra, si quereis ser como él dichosos y bienaventurados por los siglos de los siglos en el Cielo. Asi sea.

(a) Chrysolog. Sermon. 41.

UNIVERSIDAD DE NOMBRE DE NUEVO LEÓN
CENTRO DE BIBLIOTECAS

SERMON
DE SANTO TOMAS

APOSTOL.

Noli esse incredulus, sed fidelis. Joann.
cap. 20. v. 27.

MUCHO se engañan, à mi parecer, aquellos que para hacer el Panegyrico de un Santo, juzgan ser necesario ocultar sus defectos, è imitar la industria de aquel Pintor, que para ocultar el defecto de un ojo que el padre de Alexandro havia perdido en un combate, siempre le representaba de lado. Porque asi como su artificio era injurioso à Filipo, pues ocultando su defecto, tambien encubria su valor; asi tambien me parece que los Predicadores no pueden ocultar los pecados de los Santos, sin callar su penitencia, y sin hacer agravio à la misericordia de Dios, que los ha sacado del abismo de la desdicha para elevarlos al colmo de la santidad. Y asi yo creeria obscurecer la gloria del Apostol Santo Tomás, si haciendo su panegyrico, no os hiciese ver su pecado y su penitencia, su infidelidad y la confesion de su fé: à fin de que si nosotros le huvieremos imitado en lo uno para nuestra ruina, le imitemos en lo otro para nuestra salvacion. Mas antes de em-

empeñarnos en este discurso, saludemos à la que debe sus grandezas à su fé; y que no es dichosa, sino porque fue fiel, creyendo las palabras del Angel, quando la dixo:

AVE MARIA.

Como Dios no puede tener otro fin que à sí mismo; como en todos sus designios no menos busca su gloria que nuestra salvacion; dispone siempre aquellos medios que le son mas gloriosos, y que manifiestan con mas resplandor y pompa sus divinas perfecciones. De aqui proviene, que se complazca su Magestad en reparar las quebras de sus Santos con ventajas; y en hacerlos eminentes en aquellas mismas virtudes de que havian sido è derribados è apartados, à fin que su conversion sea tenuta por obra de su misericordia y de su poder. San Pedro havia dado testimonio de su cobardia negando à su Maestro Jesu-Christo; y este Señor le dió tanto amor y espíritu, que mereció gobernar la Iglesia, ser el principal entre los fieles, y confirmar à todos los que no estaban bien firmes en su creencia. San Pablo havia perseguido la Iglesia naciente, y hecho extraños esfuerzos para aniquilarla en su misma cuna, è impedir que los gentiles recibiesen la luz del Evangelio. Y el Hijo de Dios le elige para fundar su Iglesia en el mundo; para llevar la gloria de su nombre à las extremidades de la tierra; para someterle todas las naciones infieles; y para sujetarle la orgullosa Roma, y hacerla capital de su Imperio. Magdalena havia hecho ver lo que pue-

de el amor profano en el corazon à quien domina. Ella se havia adquirido amantes, havia robado innumerables vasallos al Hijo de Dios, y despues de abrasada en el fuego de la impudicia, havia repartido sus llamas en toda la Palestina. Mas Jesu-Christo la sorprehende en casa de un Fariseo, la hace postrar à sus pies, la obliga à derramar sus lagrimas, la arranca del corazon el amor impúdico, y plantando en él la caridad, hace de ella un milagro de la penitencia y del amor; en una palabra, de la mas terrible de sus enemigas, hace la mas fiel y fervorosa de todas sus amantes: *Dilexit multum.* (a) Vengamos à nuestro objeto. Santo Tomás no podia hallar excusas en su infidelidad. El mismo la havia publicado; y dudando de la verdad de aquel mysterio, que es el fundamento de toda nuestra creencia; havia puesto en peligro no solamente su salvacion, sino la nuestra: porque ¿cómo nos hubieramos persuadido nosotros de la resurreccion de Jesu-Christo, si uno de sus mismos Discipulos la huviese opugnado? ¿cómo hubieramos nosotros sido fieles, si el Apostol Santo Tomás huviera permanecido incrédulo? Mas el Hijo de Dios, por un exceso de su bondad, disipó las tinieblas de su espíritu, introduxo en él la luz por medio de los mismos sentidos, confirmó su fé con la experiencia, y le permitió sondear sus llagas con sus mismos dedos, para curar su Magestad de este modo las suyas, y hacer que aquel que havia sido el mas incrédulo

(a) Luc. 7. v. 47.

dulo de todos los Apostoles, viniere à ser el mas humilde y mas fiel de todos ellos. Veamos, pues, su enfermedad y su curacion; sus dudas y su creencia; en dos palabras, su infidelidad y su confesion, que harán las dos partes de este discurso. Dadme atencion. Mirad:

PUNTO PRIMERO.

Como la fé es el principio de todas las virtudes christianas; la infidelidad es el origen de todos los pecados. El que no cree, dice la Magestad de Jesu Christo, es ya juzgado: *Qui non credit, jam judicatus est.* (a) La razon es, porque no puede amar à Dios, pues no le conoce. No puede esperar en sus promesas, porque no tiene confianza en sus palabras. No puede ir al Cielo, porque se halla fuera del camino que nos conduce à él. Y asi, quanto mas camina, mas se estravía; quanto mas viento tenga este vagel, corre mayor peligro; y no teniendo ni brújula ni timon, es preciso dé contra los escollos y naufrague. Pero si todos los infieles son pecadores, juzgo que Santo Tomás fue mas que nadie; porque en su infidelidad hay circunstancias que la hacen mas delinquente y odiosa que la de todos los demás. Es constante, que toda infidelidad se opone à la sabiduria y omnipotencia de Dios; que intenta poner limites à estas dos perfecciones infinitas; y que por una horrible ceguedad, juzga que Dios

Tom. I.

R

no

(a) Joann. 3. v. 18.

no puede hacer lo que ella no puede percibir. Por eso San Hilario tuvo razon para decir, que toda incredulidad es especie de locura; porque queriendo regular todas las cosas por la luz de sus sentidos, y por la debilidad de su opinion, se persuade à que todo lo que ella no puede concebir es absolutamente imposible: *Omnis itaque infidelitas stultitia est, quia imperfecta sensus sui usa potentia, putat effici non posse quod non sapit.* (a) Y prosiguiendo este razonamiento, añade con mucho espiritu y sabiduria, que la causa de la infidelidad debe tomarse de la enfermedad de nuestra condicion, quando no cree que una cosa sea hecha; porque no cree que pueda hacerse: *Causa enim infidelitatis de sententia est infirmitatis, dum gestum esse quis non putat quod geri non posse definiat.* Pero el Apostol Santo Tomás no solamente cayó en este defecto que es comun à todos los infieles. No reguló unicamente el poder y sabiduria de Dios por la impotencia è ignorancia de su espiritu; sino que cometió, además de esto, tres injusticias patentes, que hacen menos excusable su pecado.

La primera fue, el oponerse à la verdad de las palabras de Jesu-Christo, que con frecuencia havia hablado de su futura resurreccion; porque como es la basa de nuestra esperanza, havia recreado muchas veces con esta noticia à sus Discipulos; juntando siempre la gloria de este mysterio con la infamia de su muerte, à fin de que si

(a) Hilarius lib. 9, de Trinit.

la una havia abatido sus animos, relevase la otra su confianza. Si el grano de trigo, les decia, fuere muerto; producirá mucho fruto: *Si granum frumenti mortuum fuerit, multum fructum affert.* (a) En donde por una comparacion tomada del grano de trigo, explica el secreto de su resurreccion. Porque así como el grano de trigo renace de su misma muerte, encontrando su gloria, si así puede decirse, en su misma corrupcion, y sacando su fecundidad de su misma podredumbre; así Jesu-Christo debia hallar su multiplicacion en su muerte; debia resucitar como una fuente de vida, adquiriendo en su sepulcro la gloriosa qualidad de Esposo de la Iglesia, y de Padre de los fieles. Su Magestad havia profetizado à sus Apostoles todos los ultrajes que havia de sufrir en el curso de su pasion; y como tenia presente todo lo que havia de suceder, les havia manifestado todas las afrentas que precedieron su muerte: *Et filius hominis tradetur gentibus, illudetur, flagellabitur, & conspuetur.* (b) Y despues para suavizar la pena que tan funesta profecia podia dar à sus Discipulos, havia añadido la agradable nueva de su resurreccion, señalando el espacio de tiempo que mediaría entre esta y su sepultura: *Et tertia die resurgit.* (c) Por manera, que Santo Tomás dudaba del poder è de la verdad de Jesu-Christo, y ofendia las dos qualidades que fundan nuestra creencia. Si él huviera querido cotejar lo pasado con lo venidero, huviera sin duda sacado prue-

(a) Joann. 12, v. 24. (b) Lucr 12, v. 8.

(c) Idem ibid.

bas de lo uno para persuadirse de lo otro; porque habiendo visto por sus ojos el cumplimiento de todas las circunstancias que Jesu-Christo havia profetizado acerca de su muerte, no huviera dudado de la verdad de su resurreccion. Verdad es, que la grandeza de este prodigio, el escándalo de una muerte tan afrentosa como la de la Cruz, y la admiracion ò espanto que de la novedad se havia seguido, podria servir de excusa à la incredulidad de nuestro Apostol, y obligar à su querido Maestro à perdonarle este pecado.

Pero la segunda injusticia que cometió, no le pudo excusar ni defender; porque él solo se opuso al testimonio de todos los Discipulos. Desmintió todo quanto estos decian por una horrible incredulidad, ò por un orgullo insoportable. Y permaneciendo obstinado en su error, quiso creer mas à las dudas de su entendimiento, que à la relacion y unánime consentimiento de sus hermanos. Jamás es tan delinquente la incredulidad, como quando llena de altanería y orgullo, prefiere su parecer al de otros; persuadiendose, por una extrema vanidad, que nadie sino ella conoce la verdad; y esta fue la injusticia con que nuestro Apostol se burló de sus hermanos. Creyó que la Iglesia estaba en un error. Hizo pasar las apariciones del Hijo de Dios à sus Discipulos por ilusiones y sueños; y por una especie de tiranía, los quiso obligar à no creer lo que havian visto, por creer ciegamente lo que él no havia presenciado.

Su tercer injusticia es mas insolente aun que todas las anteriores; y es preciso confesar que el Hijo de Dios usó de una extrema bondad en curar-

larla por un favor tan raro, y en castigarla por una reprehension tan dulce. Fue el caso, que como todos los Discipulos se empeñasen con fatiga en sacar à Tomás de su incredulidad; ya declarandole todas las particularidades de la resurreccion de su Maestro, y ya procurando convencerle con la fuerza de las razones; se alteró y pasó hasta decirles, que jamás creeria que su Maestro fuese vivo, si no veia las heridas que los clavos havian hecho en sus manos, sondeandolas con cruel curiosidad con sus mismos dedos. *Nisi videro in manibus ejus fixuram clavorum, & mittam digitum meum in locum clavorum, & mittam manum meam in latus ejus non credam.* (a) Parece que la incredulidad no podia llegar à mas, ni ser mas insolente y mas injusta. Porque esto era imponer leyes à su mismo Soberano, obligandole à conservar sus heridas en la gloria, y à llevar despues de su muerte las señales de la crueldad de sus enemigos, unicamente para satisfacerle à él su curiosidad, ò para sacarle del error. Pero digamos mas: quiere el Discipulo incrédulo renovar en algun modo la pasion de Jesu-Christo, porque quiere abrir de nuevo su costado, quiere que sus dedos hagan el oficio de los clavos, y que vuelvan à atravesar las manos y los pies del Salvador del mundo; *Thomas inmisit manus, perforavit vulnera, & ut Christum crederet, iterum pati compulsi Christum.* (b) Pero infiel Discipulo, ¿cómo os atreveis à pedir pruebas tan extrañas

(a) *Penitus. Y*

(a) Joann. 20. v. 25. (b) Chrysol. Sermon. 35. m. 1.

y tan difíciles? ¿quién os ha dicho que la resurrección y la muerte pueden hermanarse à un mismo tiempo? ¿quién os ha persuadido que un cuerpo glorioso pueda conservar sus heridas; y que el vencedor del infierno pueda llevar consigo las señales de su debilidad, y de nuestra ingratitud? Considerad por un momento, ¿en qué peligro os ha puesto vuestra indiscreta demanda! ¿con qué ruina os amenaza vuestra curiosidad; y cuánto os apartais de creer la resurrección de Jesu-Christo, queriendo ver una cosa que por ventura no concordará con ella! Pues qué, si el Hijo de Dios se os apareciera en aquella misma forma que tenía quando vivía con vosotros; si os hiciera ver, digo, aquella Magestad que resplandecía en su semblante; si os hiciera oír aquella voz que era tan fecunda en oráculos; si os mostrara aquellas manos que obraron tantos prodigios en vuestra presencia, ¿dudariais con todo eso de su resurrección, porque no tuviese ya cicatrices sobre un cuerpo impasible y glorioso? ¡Ah! si el Señor hubiera hecho desaparecer las heridas de sus manos y costado, como hizo con todas las demás que recibí de la crueldad de sus verdugos, vuestra curiosidad solo hubiera servido de hacer vuestra infidelidad incurable, y de reducirnos à un estado, en que la resurrección de Jesu-Christo, no solamente os fuera inútil, sino perjudicial: *Si vulnera cum aliis abditia fuissent, quod fides tue periculum ista curiositas peperisset!* (a)

No

(a) Idem Sermon. 34. cap. 1. §. 2. v. 10. 11. 12.

No pasemos de este lugar sin hacer ver que la mayor parte de los christianos caen en la misma injusticia de Santo Tomás; que prescriben leyes al Hijo de Dios; que regulan el poder de su Magestad por su flaqueza, y su conducta por su capricho; y que no solamente quieren recibir favores del Cielo, sino que los quieren à su modo, à su comodidad. Quieren, digo, que Jesu-Christo tan presto sea indulgente, tan presto severo: que consulte con sus inclinaciones: que acomode su gracia, no à sus necesidades, sino à sus gustos; en una palabra, que para ganar sus corazones sea antes su esclavo que su amante. No cometamos, pues, una injusticia que condenamos en Santo Tomás. No hagamos supplicas inciviles à Jesu-Christo. Dexemonos conducir por aquel que gobierna el Cielo y la tierra. No pidamos milagros de su sabiduría y de su poder, para curar nuestra locura y nuestra debilidad. No obliguemos en fin à su bondad à trastornar el orden de la naturaleza, para satisfacer la curiosidad de nuestro entendimiento.

Su Magestad, sin embargo, hizo todo esto con Santo Tomás; y por un exceso de su amor, quiso remediar la infidelidad de todos los Christianos, con remediar la de su Apostól. Apareciósele, pues, con sus heridas, permitiéndolas mirar y contemplar, mandóselas sondear con sus propios dedos, y restituyéndole aquella seguridad, y certeza, que el espanto del prodigio le havia quitado, le dice estas palabras, en que el amor iba mezclado con la reprehension; Apostól infiel, mira mis manos, tocálas con las tuyas; y para que

que lleves el ultimo remedio à tu incredulidad, me-
telas en mi costado, y busca tu curacion en mis
heridas: *Infer digitum tuum buc & vide manus
meas, & affer manum tuam, & mitte in latus
meum, & non esse incredulus, sed fidelis.* (a) En
efecto, estas heridas adorables, dice San Pedro
Chrysologo, que ya havian repartido el agua pa-
ra bautizarnos, y la sangre para redimirnos, re-
partieron tambien la fé en la Iglesia, quando fue-
ron abiertas por las manos de este Apostol curio-
so è infiel: *Effundant hæc vulnera fidem, te ape-
riente, que aquam in lavacrum, & sanguinem in
omnium pretium jam fuderunt.* (b) O digamos si no
con San Agustin, que el Hijo de Dios juntando la
reprehension con los favores, llenó al Apostol in-
credulo de confusion y de esperanza; porque fue
como si le huviera dicho: Yo he perdido la vida
por tu salud, y he derramado mi sangre por las
heridas que deseas tocar. Y esto no obstante, du-
das de mí si me tocas? Pues toca y cree: bus-
ca mi herida, y cura la tuya, para que yo acabe
con mi resurreccion lo que havia comenzado con
mi passion: *Oculus sim propter te, per locum
quem vts tangere, sanguinem fudi ut redimerem
te: & adhuc dubitas de me nisi tetigeris me: Ecce
& hoc præsto, ecce & exhibeo. Tange & crede, in-
veni locum vulneris, sana vulnus dubitationis.* (c)
Hemos visto, Señores, la infidelidad del Apostol
Santo Tomás; veamos, pues, su fé, y admiremos
la conducta de nuestro Dios, que despues de ha-

(a) Joann. 10. v. 27. (b) Chrysol. Serm. 24. (c) Aug. de verbis D. Serm. 31.

ver confirmado su Iglesia por la duda de nuestro
Santo, quiso instruiria por su confesion, que es la
segunda parte de este discurso. Renovad la atencion:

PUNTO SEGUNDO.

Si la fé no es la mas resplandeciente de todas
las virtudes, à lo menos es la mas necesaria: por-
que ella es la que nos dá el acceso à nuestro Dios,
la que limpia los ojos de nuestro entendimiento
para conocerle, la que reparte el calor en nuestra
voluntad para amarle, y la que nos prepara al
martyrio para su gloria. Y así, veamos todos es-
tos admirables efectos de la fé en la persona de
nuestro Apostol hecho fiel. La fé, pues, es la que
le acercó à Jesu-Christo, de quien se havia aleju-
do por su infidelidad. Ella fue la que enderezó à
este hombre perdido; la que le puso en el camino
del Paraíso, y la que le dió la vida, que havia
perdido por su obstinada incredulidad: *Thomas
ambiguae mentis incredulus, de resurrectione du-
bius, & penè perfidiae laqueo suffocatus, expavit
culpam suam, & confessionis penitentiam publi-
cavit.* (a) Tomás, dice el Chrysologo, cuyo espi-
ritu era vacilante, que dudaba de la resurreccion,
y à quien la perfidia havia casi sofocado, tuvo
horror de su culpa, y publicó por su confesion el
dolor que de ella havia concebido en su corazon.
La misma fé iluminó su alma, y le hizo conocer
los dos mas importantes mysterios de nuestra

Tom. I. S. Tom. I. S. Tom. I. S. Tom. I. S.

(a) Chrysolog. homil. 2. de Resurrect. 1. 2. 3. 4. 5. 6.

Tiene la fé esta propiedad : que es obscura y luminosa : con sus tinieblas nos ilumina , y para iluminarnos nos ciega. Ella nos descubre en fin al Hijo de Dios, oculto baxo el velo de sus humillaciones , ò baxo el resplandor de sus grandezas. Ampliemos estas verdades importantes , y hagamos el Panegyrico de la fé , para acabar el de nuestro fiel Apostol. La fé , como dixe , nos ciega , porque nos obliga à renunciar à nuestro entendimiento , haciendo de él un sacrificio à Dios , para creer las verdades que no podemos comprehender: *In captivitatē redigentes omnem intellectum in obsequium fidei.* (a) Pero al mismo tiempo que nos ciega , nos ilumina ; quando nos cierra los ojos , nos los abre ; porque introduciendo una luz divina en nuestras almas , nos hace conocer las mismas verdades que nos obliga à creer. Y así parece , que la luz es la recompensa de su obscuridad : *Fides est oculus cordis , videt qui credit , & credendo intelligit.* (b) En efecto , jamás el Hijo de Dios se ha ocultado de tal suerte , que la fé no le haya descubierto. Y sea que su humildad le haya abatido , ò que la justicia de su Padre le haya ensalzado , siempre la fé le ha reconocido y adorado. Los Magos asistidos de esta virtud le reconocieron en el pesebre , y como dice San Bernardo , adoraron la palabra eterna en la infancia , y la omnipotencia en la flaqueza. El buen ladrón con el favor de la fé reconoció la inocencia de Jesu-Christo en el suplicio de la Cruz , y le confesó mientras sus Apostoles le ne-

ga-

(a) 1. Cor. cap. 10. v. 5. (b) August. serm. de Catech. (c)

gaban. *¡O quam oculata est fides , que agnoscit filium Dei nascentem in stabulo & morientem in patibulo.* (a) Esta misma fé reconoció la verdad de su carne en la resurreccion , y confesó que Jesu-Christo era hombre , quando ya no lo parecia , y aun quando los ojos mismos no veían ya en él sino la Magestad de un Dios.

Mas de todos los que le reconocieron en este estado , el mas esclarecido fue , sin duda , Santo Tomás , porque por su confesion nos enseñó que Jesu-Christo era Dios y Hombre à un mismo tiempo ; que llevaba al Cielo lo que havia recibido en la tierra , y que la carne que havia tomado de su Madre , no se havia abismado ò confundido con la divinidad , que havia recibido del Padre ; pues à mi ver , este es el sentido de estas palabras que la fé le puso en su boca , luego que con sus manos tocó las llagas del Salvador : *Dominus meus & Deus meus.* (b) Vos sois , dice , mi Señor , y mi Dios : como si dixera : Vos sois hombre ; pues estais revestido de un cuerpo , llevais aun las heridas que os hicieron vuestros contrarios , y conservais las señales de vuestro amor , y de nuestra crueldad. Vos sois juntamente Dios , pues sois el vencedor de la muerte y del pecado ; haveis encadenado à los demonios , haveis triunfado de su rabia y de su furor con vuestra resurreccion , y sois coronado de la gloria que merece el Hijo unico del Eterno Padre : *Dominus meus , & Deus meus.* (c)

Estas palabras , pues , bien entendidas com-

S 2

pre-

(a) Bern. serm. 7. de Epiph. (b) Joan. 20. v. 18. (c)

prehenden los principales misterios de nuestra creencia, y nos descubren todo quanto hay de humilde y de grande en Jesu-Christo. Y así juzgo, que la confesion de Santo Tomás, no es inferior à la de San Pedro, quando ilustrado de la luz celestial, pronunció aquel oráculo que le adquirió la qualidad de cabeza de la Iglesia: *Tu es Christus filius Dei vivi.* (a) Porque si San Pedro engrandeció à Jesu-Christo por estas palabras, elevandole sobre los hombres y sobre los Angeles, y haciendole igual al Padre; si nos enseña que es hijo suyo, así como es siervo, tambien Santo Tomás nos descubre las mismas verdades; porque él nos explica todos los secretos de la Encarnacion. Y elevandose por medio de la fé hasta el seno del Eterno Padre, vé en él à Jesu-Christo hombre, y en él cree à Jesu-Christo Dios: pues como reparó bellisimamente San Gregorio, este Apostol vé una cosa, y cree otra. Toca la humanidad, y cree la Divinidad. Y juntando en su confesion naturalezas tan distantes, explica admirablemente el mysterio de la Encarnacion, que consiste en la union de la naturaleza Divina con la Humana en la Persona del Verbo: *Aliud vidit, aliud credit, vidit hominem, intellexit Deum.* (b) Vió la carne que él juzgaba aun encerrada en el sepulcro, y fue persuadido de su Resurreccion: pero creyó la Divinidad que no veía; y de este modo dió un publico testimonio de su fé, diciendo: *Dominus meus & Deus meus.* (c)

(a) Matth. 16. v. 16. (b) Joan. 20. v. 12. (c) Greg. hom. 16. in Ev.

Y así es necesario confesar, que estas palabras han dado armas poderosas à los Padres de la Iglesia, para combatir à los Arrianos, y persuadirles, que si Jesu-Christo era hombre como nosotros, era tambien Dios como su Padre. San Hilario se sirvió tambien con gran ventaja de las referidas palabras en su libro septimo de la Trinidad, en donde hace ver, que el Apostol Santo Tomás entendió muy bien, que la unidad de Dios no era dividida por la pluralidad de las Personas: y que Jesu-Christo no era Dios sino por la divina naturaleza, que su Padre le havia desde la eternidad comunicado: *Apostolus totius sacramenti fidem per virtutem resurrectionis intelligens, jam sine fidei periculo naturæ nomen confessus est; quia ab unius Dei patris professione religio non excederet Deum confessa Dei filium; cum in filio Dei non nisi paternæ naturæ veritas crederetur.* (a) El Apostol Santo Tomás, dice este gran Doctor, conociendo el Mysterio de la Trinidad por la virtud de la Resurreccion, confiesa sin herir la fé, que el Hijo es Dios como su Padre, y esta su confesion no ofende à la unidad de la naturaleza divina; porque él no reconoce en el Hijo distinta naturaleza divina que la que está en el Padre. Mas por no hacer muy dilatado este discurso baste haveros persuadido, que la fé de Santo Tomás, es bien esclarecida, y que nos descubre todo lo que hay de mas grande y de mas humilde oculto en Jesu-Christo. Y así veamos ahora su

(a) Hilari. lib. de Trinir.

encendida caridad, ó su excelente amor à su Maestro.

No se puede poner duda, en que si la fé de nuestro Apostol tuvo tanta claridad, como haveis visto, no tuvo menos de ardor. Yes preciso confesar, que Santo Tomás se hizo no menos recomendable por su amor, que por su fé: y asi mirad; aunque la fé y la caridad puedan llegar à separarse, confiesan por lo mismo los Teologos, que su separacion es su ruina. Y que asi como sin la fé no hay verdadera caridad, asi tambien sin la caridad se resfria, y muere la fé. El que conoce à Dios, y no le ama, es impio; el que pretende amarle sin conocerle, es ciego: un infiel sin amor, es un ingrato; un amante sin conocimiento, es un estolido. Por cuyo motivo, es preciso que estas dos virtudes se den la mano, si quieren conservarse. Es preciso que unan sus fuerzas, si quieren defenderse contra sus enemigos. La fé es obradora por la caridad: *Fides per charitatem operatur.* (a) Y la caridad; segun San Agustin, es la obra de la fé: *Opus fidei dilectio.* (b) La caridad, dice S. Leon, es la fuerza de la fé, y la fé el vigor de la caridad: *Charitas robur fidei, fides fortitudo charitatis.* (c) En fin, nosotros esperamos ver en el Cielo, añade este Santo, lo que en la tierra no podemos creer sin amor, ni amar sin fé. Y asi, la fé separada del amor, no es fé de Christianos, sino de demonios, que crean, y no aman, dice San Agustin: *Cum dilectione fides christiani, sine dilectione fides demonis.* (d) Es-

(a) Galat. 3. v. 6. (b) Aug. tract. 10. in Joan.

(c) D. Leo. Ser. m. 7 de Quadrag. (d) Aug. lib. de gr. liber. 6. 7.

Esta era una de las principales excelencias de la fé de Santo Tomás: estaba llena de fuego, abrazaba su corazon al mismo tiempo que ilustraba su entendimiento; y por consiguiente le inspiró aquel zelo, que le obligó à pasar los mares, y à dejar este mundo, para buscar otro nuevo, y establecer en él el Evangelio, conquistandole al Hijo de Dios nuevos amantes y vasallos. Nosotros, à la verdad, medimos la grandeza del amor por los proyectos que forma, y por las dificultades que vence. Nos persuadimos, que un amante está ciegameute apasionado, quando se arroja à los peligros por servir al idolo de su afecto, y expone su vida por asegurar su amor. Creemos que un conquistador ama la gloria del mundo, quando la busca en los combates, y quando los horrores de la muerte no sirven mas que de inflamar sus nobles designios. Y por este mismo medio debemos juzgar que la fé de Santo Tomás fue fogosissima; pues le obligó à dexar su querida patria, à condenarse à un destierro voluntario, à traspasar el Oceano, exponiendose à sus escollos y tormentas, por ir à llevar el nombre de su Maestro, à donde el de Alexandro y el del César no havian podido pasar. A la verdad, Señores, no es una admirable prueba del amor de Santo Tomás, que huviese ganado la primacia à la codicia de los comerciantes, y à la ambicion de los conquistadores, descubriendo las Indias para llevar à ellas la fé, antes que los navios de los unos y de los otros las huviesen abordado para traer de ellas el oro y gloria mundana? No era preciso que Tomás amase con exceso à su querido Maestro, quando para hacerle

conocido pasaba hasta las extremidades de la tierra ? ; quando para dar satisfaccion à las promesas del Eterno Padre, que havia dado todas las cosas del mundo à su resucitado Hijo, iba à tomar posesion en su nombre de las partes mas distantes del Universo ? ; Ah !

¡Quán reprehensible es nuestra tibieza à vista de este amor vivo y fogoso ! ; quán indignos somos, à la verdad, del nombre de amantes de Jesu-Christo, pues tenemos tan poco zelo por su gloria ! Nosotros menospreciamos, ò à lo menos, descuidamos enteramente de la conversion de los pecadores que nos rodean, y no nos merece ni un solo pensamiento la conquista de los infieles, que están separados de nosotros por medio de tantos mares y tierras. Nosotros estamos tan lejos de sacrificar nuestros intereses à la caridad, que antes bien sacrificamos la caridad à nuestros intereses, y si viajamos al nuevo mundo, es para satisfacer nuestra ambicion ò nuestra codicia. Allí vamos à destruir con nuestros desordenes los progresos de Religion y de virtud, que havia hecho en aquellas tierras nuestro Apostol ; à desacreditar con nuestros malos exemplos la Religion que él havia edificado con sus virtudes y milagros, y à teñir con la sangre de los infieles las campañas que Santo Tomás havia regado con la suya. Y ved aqui lo que insensiblemente me conduce à manifestaros la ultima condicion de la fé, que es el martirio. Si

Aunque todas las virtudes christianas conspiran à formar un martyre, aunque la paciencia y la fortaleza le animan ; la prudencia y sabiduria le

le gobiernen, la esperanza le llonjee, y la perseverancia le corone ; la fé, à mi parecer, es la que le inspira el valor, teniendo ella sola tanta parte en sus combates è intereses como todas las virtudes juntas ; porque si damos credito à Tertuliano, la fé es la que desprecia todo genero de suplicios, que inventó la crueldad de los tiranos para acobardar la constancia de los Martyres : *Fides famam non timet, contemnit enim propter Deum omne mortis genus.* (a) La fé, dice, se burla de la hambre ; y como desprecia por amor de Dios todo genero de muertes, no teme ésta mas que las otras. La fé, dice San Ambrosio, coloca toda su gloria en entender è imitar la Cruz de Jesu-Christo. Ella la concibe meditando la ; la imita llevandola ; y crucifica al christiano para hacerle perfecto : *Fides gloria, si vere crucem Christi intelligas.* (b) Mas como San Cipriano tuvo el honor de ser martyre, conoció mejor que los demás, lo que él debía à la fé ; y explicó tambien mejor las grandes ventajas que havia recibido de esta excelente virtud. Y asi la fé es, dice, la que combate y triunfa en los Martyres ; y por consiguiente si alguno cae de animo, es porque cae de fé. Si consigue victoria en los tormentos, toda esta gloria se la debe à la fé : *Fides superat in Martyribus, nec quisquam deficit nisi fides defecit. Et illi debetur omnis gloria victorie.* (c)

Este grande efecto, sin duda, produjo la fé en la persona de Santo Tomás. Inspiróle, digo, un

(a) Tertul. lib. de idolol. (b) Amb. lib. in lucam 2.º
(c) Ciprian. de dupli. marty. abbasmodi neq. obatuget

generoso deseo del martyrio; enseñóle que para ser perfecto amante de Jesu-Christo era necesario ser su Martyr, asi como era su Apostol. Y antes de obligarle à pronunciar estas palabras llenas de luz y de verdad: Dios mio y Señor mio; *Dominius Deus & Deus meus*; ya le havia hecho decir estas otras llenas de amor y de esfuerzo, vamos à morir con el Maestro: *Eamus & nos ut moriamur cum eo*. Por cuyo motivo, reparo yo (como de paso) que aunque asi como San Pedro perdió aquel amor en que consistia su principal excelencia, quando negó à su Maestro, asi Santo Tomás perdió aquella fé que constituía su principal privilegio, quando se obstinó en no erer la resurrección del Salvador; sin ver primero las señales que havian hecho los clavos en sus manos; con todo eso, antes de este triste naufragio fe havia ya la fé preparado à la muerte, haciendole Martyr en el deseo antes de hacerle en el efecto, como consta del referido pasage. Luego si pensamos bien las generosas palabras que la fé le puso en su boca; hallaremos que encierran en sí la firme resolución de padecer el martyrio; y por consiguiente, que nuestro Santo tuvo la gloria de ser el primer Martyr del Evangelio. No juzgueis que este pensamiento es infundado. Porque mirad:

En la Christiana Religión, asi el mal como el bien dependen mas del deseo que del efecto. El peccador, por exemplo, que aborrece à su proximo es culpable ò reo de homicidio; y asi aunque el proximo, à quien desea la muerte, viva, él es ya reputado por homicida ante los ojos de Dios: *Qui*

odit

odit fratrem suum homicida est. (a) Pot el contrario el justo que desea socorrer à un necesitado, y no puede ejecutarlo, recibirá la recompensa de su deseo, y no tendrá menos gloria en el Cielo, que aquel que siendo mas dichoso, aunque no mas caritativo, haya cumplido lo que tenia resuelto. Apoyado, pues, sobre este solidísimo principio; tengo motivo de creer, no solamente que Santo Tomás fue Martyr, respecto de que su fé le inspiró este deseo; sino que fue el primer Martyr de la Ley Evangelica; pues su fé le obligó à desear el morir con Jesu-Christo, antes que los demas Apostoles y Discipulos huviesen formado este designio. El obró asimismo en esta ocasion como el primero de los Martyres; pues animó con sus palabras à los otros; los estimuló y convidó à que le imitasen; y los inspiró con su exemplo el amor y fortaleza: *Eamus & nos ut moriamur cum eo*. Y asi este Santo glorioso reparó suficientemente su incredulidad con su fé. Y si fue incrédulo por algun breve tiempo, vino à ser constantemente fiel con la advertencia que le hizo su Maestro: *Noli esse incredulus sed fidelis*; hallandose dichosamente curado de su infidelidad, y perfectamente restablecido en su fé: ò mejor diré, que las palabras de su Maestro, produciendo el efecto que significaban, infundieron la fé en su alma con toda la luz, amor y constancia de que es capaz esta virtud.

Imitemos, Señores, un modelo tan excelente.

T 2

Sea-

(a) 2. Joann 3.

Seamos fieles como este Apostol, si por desgracia hubieremos sido infieles como él. Demos asimismo pruebas de nuestra fé en las palabras y en las obras. ¡Ah! quiera el Cielo que esta nuestra fé sea esclarecida como la de Santo Tomás. Que reconozca à Jesu-Christo en la persona de los miserables. Que sonorra al mismo Señor en sus pobres. Que le adore baxo de las especies de pan y vino; donde se digna aun bolver à encarnar y à sacrificarse por nuestra salvacion. Que sea ardiente y zelosa. Que venza todas las dificultades que se hallan en el exercicio de la virtud. Que se ensaye en sujetar todas nuestras pasiones, para certificararnos de nuestro amor al Hijo de Dios. Que haga un Martyr de cada uno de nosotros. Que nos inspire un generoso desprecio de la vida, y un esforzado deseo de la muerte; para que haciendonos de este modo caminar sobre las huellas de este glorioso Apostol, nos haga fieles en este mundo, para hacernos bienaventurados en el otro. Asi sea.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

SERMON
DEL PROTOMARTYR
SAN ESTEVAN.

Positis autem genibus clamavit voce magna dicens, Domine ne statuas illis hoc peccatum. Actuum Apostolorum capite septimo v. 59.

NO sin gran justicia es la Iglesia en la Escritura intitulada Paloma. Porque como esta ave no tiene otro cántico que el gemido, la Iglesia no tiene tampoco otro lenguaje que el de los suspiros y las lágrimas. Ayer trataba esta Madre de los fieles de regocijarse con el nacimiento de su Esposo; y la musica de los Angeles que acompañaba este mysterio, parecía dar alguna tregua à sus lamentos. Mas hoy es ya obligada à comenzar como de nuevo sus suspiros, y à llorar la muerte del principal de sus Martyres. Verdad es, que halla en su dolor algun consuelo; porque además de que la muerte de San Estevan en la tierra, es lo mismo que su nacimiento en el Cielo; tiene tal conformidad con Jesu-Christo espirando y perdonando à sus enemigos; que se puede intitular su muerte mas un triunfo que un sacrificio. Mez-

Seamos fieles como este Apostol, si por desgracia hubieremos sido infieles como él. Demos asimismo pruebas de nuestra fé en las palabras y en las obras. ¡Ah! quiera el Cielo que esta nuestra fé sea esclarecida como la de Santo Tomás. Que reconozca à Jesu-Christo en la persona de los miserables. Que sonorra al mismo Señor en sus pobres. Que le adore baxo de las especies de pan y vino; donde se digna aun bolver à encarnar y à sacrificarse por nuestra salvacion. Que sea ardiente y zelosa. Que venza todas las dificultades que se hallan en el exercicio de la virtud. Que se ensaye en sujetar todas nuestras pasiones, para certificararnos de nuestro amor al Hijo de Dios. Que haga un Martyr de cada uno de nosotros. Que nos inspire un generoso desprecio de la vida, y un esforzado deseo de la muerte; para que haciendonos de este modo caminar sobre las huellas de este glorioso Apostol, nos haga fieles en este mundo, para hacernos bienaventurados en el otro. Asi sea.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

SERMON
DEL PROTOMARTYR
SAN ESTEVAN.

Positis autem genibus clamavit voce magna dicens, Domine ne statuas illis hoc peccatum. Actuum Apostolorum capite septimo v. 59.

NO sin gran justicia es la Iglesia en la Escritura intitulada Paloma. Porque como esta ave no tiene otro cántico que el gemido, la Iglesia no tiene tampoco otro lenguaje que el de los suspiros y las lágrimas. Ayer trataba esta Madre de los fieles de regocijarse con el nacimiento de su Esposo; y la musica de los Angeles que acompañaba este mysterio, parecía dar alguna tregua à sus lamentos. Mas hoy es ya obligada à comenzar como de nuevo sus suspiros, y à llorar la muerte del principal de sus Martyres. Verdad es, que halla en su dolor algun consuelo; porque además de que la muerte de San Estevan en la tierra, es lo mismo que su nacimiento en el Cielo; tiene tal conformidad con Jesu-Christo espirando y perdonando à sus enemigos; que se puede intitular su muerte mas un triunfo que un sacrificio. Mez-

clemos, pues, à imitacion de la Iglesia la tristeza con la alegría en este discurso. Y para hacerlo con provecho, imploremos la asistencia de aquel Soberano Espiritu, que sabe unir en el corazon de los penitentes el dolor con el placer. Mas para conseguir de él esta gracia, imploremos tambien el favor de la que, desde que el nacimiento de su Hijo la dió alegría, se vió embargada de dolor por la perdicion de su muerte. Y digamosla con el Angel:

AVE MARIA.

Jamás pude yo admirarme de que los Padres de la Iglesia hayan abandonado la Filosofia de Aristoteles, por abrazar la de Platon; respecto de tener ésta tanta conexion con las máximas evangélicas; porque además de que este grande hombre, elevandose por cima de sus sentidos, percibió los estragos que el pecado havia hecho en nuestra naturaleza; conoció la necesidad que ésta tenia del favor del Cielo para purificarse; y juzgó que, sin embargo de ser tan crecida su miseria, no podía tener otro fin menos noble que el mismo Dios; habló con tanta nobleza del amor, que parece que en su pintura quiso dibujar la caridad. El le dá la bondad del mismo Dios por origen, haciendola nacer de su Magestad, y obligandola bolver à él, y él juntamente nos enseña que el empleo principal de esta virtud es el de transformar à los hombres, mudando su condicion è imprimiendoles las qualidades de las cosas que ellos aman. Y efectivamente el amor fue el que obligó al Verbo à hacerse hombre, y à tomar nuestras flaquezas para

curarle. Y también es el amor el que promete al hombre hacerle Dios, y sacarle de su condicion miserable y criminal por la comunicacion de las divinas perfecciones. Pues ahora, como todas las virtudes son copias del amor, imitan constantemente su modelo, y procuran transformar à los hombres, elevandolos por cima de sí mismos. La prudencia forma Profetas, que atravesando las tinieblas de lo futuro, prevén las desgracias que han de suceder en los estados. El poder hace Reyes que gobiernen sus vasallos durante la paz, y los defiendan interin la guerra. La justicia forma Jueces que persigan los malhechores, y no se dexen acobardar por las amenazas, ni corromper por las promesas. Pero si alguna vez las virtudes han hecho mutaciones prodigiosas; es particularmente en San Estevan; de quien la castidad hizo un Angel, la fortaleza un Martyr, y el amor un Dios. Tres transformaciones que serán todo el objeto de vuestra atencion, y el asunto de mi discurso. Oid con sosiego.

PUNTO PRIMERO.

Bien que el cuerpo sea la menor parte del hombre, no por eso dexa de servirle con utilidad en el exercicio de la virtud. Y como dice Tertuliano, el cuerpo subministra las víctimas, para satisfacer à la justicia de Dios; La abstinencia es una de estas hostias; porque la hambre es el suplicio de la carne, y el ayuno su sacrificio. Las vigiliassacrifican el cuerpo afligiendolo; y quando el hombre emplea en la oracion el tiempo que está

destinado para el sueño, se puede gloriarse de que sacrifica à Dios las dos partes que le componen. Mas entre todas las víctimas que sacamos de nuestro cuerpo no hay otra mas bella, mas difícil, ni mas santa que la castidad. Es bella, porque iguala los hombres con los Angeles, y les dá una excelencia que la naturaleza les ha negado. Y así, las personas vírgenes son los Angeles de la tierra; pues poseen lo que otros esperan, gozando en este mundo la dicha que parece estar reservada para el Cielo: *Quod futuri sumus jam vos esse capistis. Vos resurrectionis gloriam in isto sæculo jam tenetis, per sæculum sine sæculi contagione transitis.* (a) Quando la Escritura Santa nos quiso representar la felicidad de los hombres, se contentó con decir serian semejantes à los Angeles; y que desasidos de los lazos del matrimonio, vivirían tan puramente como estos bienaventurados Espiritus: *Erunt sicut Angeli Dei, neque nubent, neque nubentur.* Las personas vírgenes, pues, están ya, al parecer, en posesion de esta gloriosa ventaja, y son de la familia de los Angeles; porque habiando renunciado las delicias de la carne, è imitado el oficio de estos puros Espiritus, no tienen otra ocupacion que la de agradar à Dios y servirle: *Sic æternum sibi bonum Domini occupaverunt, ac jam in terris non nubendo, de familia deputantur Angelica.* (b)

Però digamos sin temor de ofender à los Angeles, que las Vírgenes tienen sobre ellos alguna

(a) Cyprian. de habit. virginum in fine.

(b) Tertul. ad mart. lib. 7.

ventaja; porque la pureza de los Angeles es un efecto de su naturaleza; la de las Virgenes un efecto de la gracia. Los Angeles son puros porque están separados de la carne; mas las Virgenes son tambien puras, estando sumergidas en la carne y en la sangre. Los Angeles en fin conservan la pureza sin trabajo y sin merito; mas las Virgenes sostienen combates que duran otro tanto como su vida, para conservar este glorioso privilegio: y es necesario que siempre estén alerta para triunfar de un enemigo que trahen consigo siempre. Por este motivo hallo yo que nuestro cuerpo nos abate por baxo de los Angeles, y nos eleva por cima de ellos. Nos abate por baxo de los Angeles, porque nos inclina fuertemente à la tierra; nos hace semejantes à los brutos, y nos expone à la persecucion de los elementos. Pero este mismo cuerpo nos eleva por cima de ellos, porque nos subministra ocasiones de merecer; nos procura batallas y victorias; y por medio de la pureza nos consigue unas coronas, que estos dichosos Espiritus no pueden esperar. Y esto es, sin duda, lo que obligó à decir à San Pedro Chrysologo que havia mas dificultad, pero tambien mas merito, en ser Virgen, que en ser Angel; porque éste debia su pureza à su dicha, pero aquella à su trabajo: *Angelum esse felicitatis; virginem esse virtutis; hoc habet virgo ex viribus quod habet, Angelus ex natura.* (a) Mas sin disputar de la preferencia entre unos y otros, bastenos decir con la Escritura y con los Padres,

Tom. I.

V.

(a) Chrysolog. Sermon. 143.

que las Virgenes son los Angeles de la Iglesia militante, como los Angeles son las Virgenes de la Triunfante; y que siempre hay una estrechissima alianza y un comercio familiar entre Angeles y Virgenes. Y asi:

Verifiquemos todo esto en la persona de San Estevan, manifestando que era Virgen y que era Angel; y que la pureza de su alma transfundiendo en su cuerpo, le havia elevado sobre la condicion de los hombres. La juventud de este Santo, el fervor de los primeros Christianos, el empleo que le havian dado los Apostoles, y la creencia de todos los Padres de la Iglesia me persuaden que era Virgen, y que para prepararse con mas perfeccion al Sacerdocio, havia consagrado à Dios su cuerpo por un voto público y solemne. El exemplo de la Madre de Jesu-Christo havia hecho nacer este deseo en el corazon de la mayor parte de los fieles; y para hallarse mas dispuestos al martyrio, no se empeñaban con facilidad en los lazos del matrimonio. Sabian ya para entonces lo que San Pablo enseñó despues à todos los Christianos; conviene à saber: que una persona desposada se halla en la precision de dividir sus afectos, y complacerse en aquella con quien está ligada por el vinculo sacramental. Pero que la virgen ò no desposada, solo piensa en agradar à Dios, dandose toda entera à su Magestad, y consagrandole su alma y su cuerpo por la pureza. San Estevan, pues, era de este numero. Imitaba al Evangelista San Juan, en una edad en que tienen su mayor violencia las pasiones; afligia su cuerpo para sujetarle al espiritu, y menospreciando los

los placéres que promete la carne, hacia abierta profesion de conservar su virginidad.

Mas quando todas estas razones no me persuadieran esta verdad, me basta saber que era Estevan un Angel, para persuadirme que era Virgen. Sí: La sagrada Escritura refiere, que su pureza resplandecia en su semblante; que en él difundia tales rayos, que ofuscaban los ojos de sus enemigos; que le imprimia asimismo una magestad que atemorizaba à los pecadores, y consolaba à los justos: *Viderunt faciem ejus tanquam faciem Angeli.* (a) Y para que no se le dispute esta qualidad, añade la misma Escritura, que gozaba juntamente de los demás privilegios de los Angeles: porque los Cielos se le havian abierto, y veia desde la tierra la gloria de los bienaventurados, y uniendo la calidad de Martyr con la de Angel, gozaba de la felicidad en medio de los tormentos. La Teología nos enseña, que los Angeles en todo encuentran su dicha, que llevan siempre consigo el paraíso, y que sea el que fuere el empleo con que los honre el mandamiento de su Soberano, no por eso su felicidad se interrumpe ò menguaba. Y así, los que mueven estos globos de cristal que boltan sobre nuestras cabezas, los que llevan por el mundo las ordenes del Señor, los que despiden los rayos contra la tierra, los que gobiernan los Reynos, y los que acompañan y conducen à los hombres, nada pierden de su reposo ò de su felicidad

(a) Actum Ap. cap. 6. v. 15.

en todas estas ocupaciones diferentes. Y à este mismo modo, qualquier cosa que execute nuestro Angel mortal, no dexa de ver à Dios, y contemplar su magestad: *Ecce video caelos apertos & Jesum stantem à dextris virtutis Dei*: (a) Dice Estevan à sus mismos enemigos.

Parece, sin duda, una viva imagen de Jesu-Christo; pues une, à imitacion de su Magestad, el dolor y el gozo en su persona: Si: Viviendo el Hijo de Dios sobre la tierra, era un prodigio admirable, que hermanaba admirablemente las cosas que hay en la naturaleza mas contrarias. Era Hijo y esclavo del Padre à un mismo tiempo; y la igualdad que con él tenia, no le dispensaba la obediencia, porque la naturaleza humana que estaba unida con la divina en su persona le constituia inferior al Padre, con quien por razon de la divina era igual en todas sus perfecciones. Era inocente y penitente: inocente, pues havia nacido de una Virgen por virtud del Espiritu Santo; penitente, porque voluntariamente se havia hecho cargo de las deudas y pecados de los hombres. Pero lo que parece exceder toda creencia es, que era dichoso y bienaventurado como los Angeles, y al mismo tiempo miserable como los hombres. Sufria todas las miserias de estos, mezclaba sus lagrimas con las de los pecadores, y à excepcion de la ignorancia y del pecado, no havia flaqueza humana que no experimentase. Juntamente gozaba de la felicidad de aquellos, viendo la esen-

(a) Actum Ap. c. 7. v. 55.

esencia Divina en sí misma, y gozando de todas las delicias que componen la bienaventuranza de los Angeles, al mismo tiempo que su alma se hallaba sumergida en una tristeza y agonía mortal. Y ved aquí la gloria que dividió ò que participó nuestro Santo con el Hijo de Dios. Poseía, digo, la gloria de los Angeles, al mismo tiempo que sufría las penas de los hombres. Veía los Cielos abiertos, y padecía en la tierra los mayores trabajos; y mientras que un diluvio de piedras caía sobre su inocente cabeza, Jesu-Christo para consolarle le mostraba las recompensas que le estaban preparadas. De suerte, que los dolores que sufría con los hombres, no impedían que gozase de la felicidad con los Angeles: *Sanctus Stephanus jam angelicum fastigium induerat*. (a) Luego confesemos que havia mudado de condición, así como havia mudado de semblante, pues à juicio de sus mismos enemigos, tenía la pureza de una Virgen con la hermosura de un Angel: *Viderunt faciem ejus tanquam faciem Angeli*. (b)

Però tened presente, Señores, que así como la castidad hace Angeles, así la impureza hace demonios; pues comunicando à los hombres las perversas calidades de estos infelices espíritus, borra la hermosura de su alma, aunque perdona à la del cuerpo; y arruinando todas las virtudes con arruinar la pudicicia, hace un monstruo espantoso de la mas hermosa criatura del mundo. Y así Dadas y Señores, si la fealdad es vuestro mayor

(a) Tert. lib. de resurrección. carnis. (b) Actum Ap. cap. el. vi. 9.

enemigo, si temeis lo que hace oposicion à vuestra belleza, lo que destruye vuestras azucenas y rosas, y lo que altera el esplendor de vuestro semblante, ¿por qué no temeis la impureza, que deshonra vuestra alma, que arranca de ella las virtudes, que destruye la gracia que la conserva, y que os adquiere el menosprecio de los hombres, y el aborrecimiento de los Angeles? Pero volvamos à tomar el hilo de nuestro discurso; y despues de haver considerado la admirable mutacion que hizo en San Estevan la pureza, veamos la que en él hizo tambien la muerte, procurándole el atributo de Martyr. Renovad la atencion.

PUNTO SEGUNDO.

No sabria la muerte, à fa verdad, ser agradable, siendo como es, hija del pecado. Ella demuestra en su semblante todas las fealdades de su Padre; y si por una parte es su castigo, es por otra, con toda verdad, su imagen ò su retrato. Todos los sabios la temen, y solamente los hombres desesperados la buscan. Y como es la que separa el cuerpo y el alma que componen al hombre, cada uno la mira como à la enemiga de su sér. En efecto, es una cosa espantosa, ver que la muerte rompe estas cadenas invisibles que ligan al alma con el cuerpo; que destruye la obra principal de las manos de Dios, que borra todas sus hermosuras, y que reduce todo su orgullo y vanidad en polvo y en ceniza. Por eso suele decirse, que nuestro primer Padre y parricida, no llegó à conocer toda la grandeza de su pecado, hasta que vió su

ima-

imagen en la muerte. El havia experimentado, despues de su ofensa, castigos bien rigurosos, porque Dios le havia intimado su sentencia; los Angeles le havian arrojado del Paraíso terrenal; la rebelion en su persona, y sedicion en su estado, le havian tambien hecho conocer, que no era ya soberano desde que no era inocente. Y sin embargo de todas estas terribles penas, no havia abierto sus ojos; porque viendo todavia en su miseria algunos vestigios de su grandeza primitiva, no podia persuadirse de que fuese su culpa tan horrenda, respecto de que gozaba de la vida. Mas quando vió al inocente Abel asesinado por su hermano, mudó al momento de creencia. Quando vió, digo, aquellos labios morados, quebrados aquellos ojos, hundidos aquellos parpados, amarillo aquel semblante; quando vió, buelvo à decir, tanto conjunto de fealdades, como consigo trae la muerte, sobre el mas hermoso de los semblantes del mundo, entonces juzgó y conoció la grandeza de su delito, por el rigor de su castigo; entonces se persuadió de que era grande su culpa, pues le havia constituido acreedor à la muerte.

Mas por lo mismo que la muerte es tan cruel, estamos precisados à confesar, que los Santos la deben la mayor parte de su merito y de su gloria. La razon es, porque la muerte les subministra la materia à su caridad; el exercicio à su paciència, y la prueba à su valor. Si los hombres no murieran, no havia en la Iglesia Martyres; y por consiguiente estos atletas generosos no huvieran podido dar à Dios tantas pruebas de su constancia, ni

tantas señales de su amor. Y así, es verdad, que la justicia de la causa hace los Martyres; pero la muerte, sin duda, contribuye necesariamente à completar su martyrio. Por cuyo motivo, aunque se les daba en la primitiva Iglesia el ilustre título de Confesores à los que sufrían por Dios algun tormento, con todo eso, el nombre augusto de Martyres solamente lo adquirían los que daban su vida en los suplicios: *Confessio exordium est gloriæ*, dice San Cipriano, *non meritum coronæ, nec perficit laudem, sed inicit dignitatem.* (a) No solamente, pues, era preciso padecer, sino que era necesario morir para alcanzar corona tan gloriosa. Y la Iglesia no reconocía por Martyres, sino à los que habían rubricado ò sellado con su muerte la confesion de su fé. Y por esta misma razon, se adquirió San Estevan la excelencia de primer Martyr, elevandose por cima de los hombres, así como por la qualidad de Virgen se había ensalzado por cima de los Angeles. Pero notemos las excelencias de su martyrio, y veamos el honor que Estevan dió à Jesu-Christo, y el exemplo que muriendo, dió à todos los Santos de la Iglesia.

Aunque todas las muertes son terribles, pues todas ellas son verdadero suplicio, con todo eso, son entre sí muy desiguales: unas son largas, otras cortas: unas afrentosas, otras honoríficas: unas crueles, otras dulces. Cada una, en fin, tiene su particular carácter; y segun sus diferencias, piden

(a) Cyprian. de simpl. Prælat. *in libro VIII. c. 12. ubi dicitur*

den en los que las sufren mas ò menos de paciencia y de valor. Para morir de una estocada, por exemplo, no es necesaria una gran preparacion. Y como por otra parte no acompañá à este genero de muerte, ni afrenta, ni crueldad, basta una mediana virtud para sufrirla. Delinquentes hay que van à la horca sin mudar en su semblante de color. Y esto puede consistir en que como saben que la cuerda que les quitará la respiracion, les privará tambien de sentimiento; imaginan con razon, que este suplicio mas tiene de afrenta que de pena. Pero hay otros, sin duda, cuyo rigor estremece, cuya novedad sobrecoge, y cuyo aparato espanta: entre ellos no veo yo otro mas extraño, ni mas cruel que el de nuestro Santo Martyr; porque fue apedreado por las manos de sus mismos enemigos. El vió caer un diluvio de piedras sobre su inocente cabeza: vió à todo un pueblo armado contra su persona: à un mismo tiempo se halló acometido por todos lados; y recibiendo golpes y heridas en todas las partes de su cuerpo, vió correr la sangre por todas las venas de él. Imaginad, pues, qual debia ser el valor de San Estevan para resistir tantos tormentos, para sostener tantos esfuerzos, y para tolerar tantas injurias. Cada uno se apresuraba para herirle. Entre los mismos verdugos havia una especie de emulacion sobre quien llegaria primero à dar el golpe; haciendo un exercicio de honor y de destreza, de una accion cruel y barbara. El primero que hizo detramar la sangre de este ilustre Martyr recibió en recompensa publicas aclamaciones; y los demás se movieron por su exemplo

Tom. I. X. plo

plo à la misma crueldad. Sin embargo, nuestro invencible Martyr permanece en pie en medio de tantos enemigos. Les reprehende asimismo su ceguedad; trata de convertir à los que le apedrean; y viendo su rabiosa obstinacion levanta su voz; hincase de rodillas, y uniendo el zelo con la humildad, pide à Dios con una voz moribunda el perdon de sus ofensas. Pero antes de tratar de una peticion tan generosa, y tan christiana, veamos el reconocimiento que hace à su Maestro Jesu-Christo, y el exemplo que en esto dió à toda la Iglesia.

Entre las muchas diferencias que hay entre el viejo Adan y el nuevo, una de las principales es, que el primero abusó de la vida para perdernos, y el segundo usó bien de la muerte para salvarnos: *Primus Adam*, dice San Agustin, *malè usus est vita ut nos perderet; secundus bonè usus est morte ut nos redimeret.* Y à la verdad, por mas obligaciones que tengamos à los milagros, à los trabajos, y à la predicacion de Jesu-Christo; con todo eso, nuestra redencion la debemos à su muerte. Y no podemos dudar de su extremado amor hácia nosotros, despues que por redimirnos quiso perder el honor y la vida. Pues ahora, San Estevan nos enseña à satisfacer esta deuda; à bolver à Jesu-Christo lo que nos ha prestado; à servirnos con utilidad de la muerte, y à sufrirla por la gloria de aquel que la toleró por nuestra salvacion: *Retribuere voluit primus ipse Domino, quod cum omni humana genere accepit à Domino.* (a)

(a) Aug. de civ. deo. 1. de S. Steph. cap. 1. et 2. et 3. et 4. et 5. et 6. et 7. et 8. et 9. et 10. et 11. et 12. et 13. et 14. et 15. et 16. et 17. et 18. et 19. et 20. et 21. et 22. et 23. et 24. et 25. et 26. et 27. et 28. et 29. et 30. et 31. et 32. et 33. et 34. et 35. et 36. et 37. et 38. et 39. et 40. et 41. et 42. et 43. et 44. et 45. et 46. et 47. et 48. et 49. et 50. et 51. et 52. et 53. et 54. et 55. et 56. et 57. et 58. et 59. et 60. et 61. et 62. et 63. et 64. et 65. et 66. et 67. et 68. et 69. et 70. et 71. et 72. et 73. et 74. et 75. et 76. et 77. et 78. et 79. et 80. et 81. et 82. et 83. et 84. et 85. et 86. et 87. et 88. et 89. et 90. et 91. et 92. et 93. et 94. et 95. et 96. et 97. et 98. et 99. et 100. et 101. et 102. et 103. et 104. et 105. et 106. et 107. et 108. et 109. et 110. et 111. et 112. et 113. et 114. et 115. et 116. et 117. et 118. et 119. et 120. et 121. et 122. et 123. et 124. et 125. et 126. et 127. et 128. et 129. et 130. et 131. et 132. et 133. et 134. et 135. et 136. et 137. et 138. et 139. et 140. et 141. et 142. et 143. et 144. et 145. et 146. et 147. et 148. et 149. et 150. et 151. et 152. et 153. et 154. et 155. et 156. et 157. et 158. et 159. et 160. et 161. et 162. et 163. et 164. et 165. et 166. et 167. et 168. et 169. et 170. et 171. et 172. et 173. et 174. et 175. et 176. et 177. et 178. et 179. et 180. et 181. et 182. et 183. et 184. et 185. et 186. et 187. et 188. et 189. et 190. et 191. et 192. et 193. et 194. et 195. et 196. et 197. et 198. et 199. et 200. et 201. et 202. et 203. et 204. et 205. et 206. et 207. et 208. et 209. et 210. et 211. et 212. et 213. et 214. et 215. et 216. et 217. et 218. et 219. et 220. et 221. et 222. et 223. et 224. et 225. et 226. et 227. et 228. et 229. et 230. et 231. et 232. et 233. et 234. et 235. et 236. et 237. et 238. et 239. et 240. et 241. et 242. et 243. et 244. et 245. et 246. et 247. et 248. et 249. et 250. et 251. et 252. et 253. et 254. et 255. et 256. et 257. et 258. et 259. et 260. et 261. et 262. et 263. et 264. et 265. et 266. et 267. et 268. et 269. et 270. et 271. et 272. et 273. et 274. et 275. et 276. et 277. et 278. et 279. et 280. et 281. et 282. et 283. et 284. et 285. et 286. et 287. et 288. et 289. et 290. et 291. et 292. et 293. et 294. et 295. et 296. et 297. et 298. et 299. et 300. et 301. et 302. et 303. et 304. et 305. et 306. et 307. et 308. et 309. et 310. et 311. et 312. et 313. et 314. et 315. et 316. et 317. et 318. et 319. et 320. et 321. et 322. et 323. et 324. et 325. et 326. et 327. et 328. et 329. et 330. et 331. et 332. et 333. et 334. et 335. et 336. et 337. et 338. et 339. et 340. et 341. et 342. et 343. et 344. et 345. et 346. et 347. et 348. et 349. et 350. et 351. et 352. et 353. et 354. et 355. et 356. et 357. et 358. et 359. et 360. et 361. et 362. et 363. et 364. et 365. et 366. et 367. et 368. et 369. et 370. et 371. et 372. et 373. et 374. et 375. et 376. et 377. et 378. et 379. et 380. et 381. et 382. et 383. et 384. et 385. et 386. et 387. et 388. et 389. et 390. et 391. et 392. et 393. et 394. et 395. et 396. et 397. et 398. et 399. et 400. et 401. et 402. et 403. et 404. et 405. et 406. et 407. et 408. et 409. et 410. et 411. et 412. et 413. et 414. et 415. et 416. et 417. et 418. et 419. et 420. et 421. et 422. et 423. et 424. et 425. et 426. et 427. et 428. et 429. et 430. et 431. et 432. et 433. et 434. et 435. et 436. et 437. et 438. et 439. et 440. et 441. et 442. et 443. et 444. et 445. et 446. et 447. et 448. et 449. et 450. et 451. et 452. et 453. et 454. et 455. et 456. et 457. et 458. et 459. et 460. et 461. et 462. et 463. et 464. et 465. et 466. et 467. et 468. et 469. et 470. et 471. et 472. et 473. et 474. et 475. et 476. et 477. et 478. et 479. et 480. et 481. et 482. et 483. et 484. et 485. et 486. et 487. et 488. et 489. et 490. et 491. et 492. et 493. et 494. et 495. et 496. et 497. et 498. et 499. et 500. et 501. et 502. et 503. et 504. et 505. et 506. et 507. et 508. et 509. et 510. et 511. et 512. et 513. et 514. et 515. et 516. et 517. et 518. et 519. et 520. et 521. et 522. et 523. et 524. et 525. et 526. et 527. et 528. et 529. et 530. et 531. et 532. et 533. et 534. et 535. et 536. et 537. et 538. et 539. et 540. et 541. et 542. et 543. et 544. et 545. et 546. et 547. et 548. et 549. et 550. et 551. et 552. et 553. et 554. et 555. et 556. et 557. et 558. et 559. et 560. et 561. et 562. et 563. et 564. et 565. et 566. et 567. et 568. et 569. et 570. et 571. et 572. et 573. et 574. et 575. et 576. et 577. et 578. et 579. et 580. et 581. et 582. et 583. et 584. et 585. et 586. et 587. et 588. et 589. et 590. et 591. et 592. et 593. et 594. et 595. et 596. et 597. et 598. et 599. et 600. et 601. et 602. et 603. et 604. et 605. et 606. et 607. et 608. et 609. et 610. et 611. et 612. et 613. et 614. et 615. et 616. et 617. et 618. et 619. et 620. et 621. et 622. et 623. et 624. et 625. et 626. et 627. et 628. et 629. et 630. et 631. et 632. et 633. et 634. et 635. et 636. et 637. et 638. et 639. et 640. et 641. et 642. et 643. et 644. et 645. et 646. et 647. et 648. et 649. et 650. et 651. et 652. et 653. et 654. et 655. et 656. et 657. et 658. et 659. et 660. et 661. et 662. et 663. et 664. et 665. et 666. et 667. et 668. et 669. et 670. et 671. et 672. et 673. et 674. et 675. et 676. et 677. et 678. et 679. et 680. et 681. et 682. et 683. et 684. et 685. et 686. et 687. et 688. et 689. et 690. et 691. et 692. et 693. et 694. et 695. et 696. et 697. et 698. et 699. et 700. et 701. et 702. et 703. et 704. et 705. et 706. et 707. et 708. et 709. et 710. et 711. et 712. et 713. et 714. et 715. et 716. et 717. et 718. et 719. et 720. et 721. et 722. et 723. et 724. et 725. et 726. et 727. et 728. et 729. et 730. et 731. et 732. et 733. et 734. et 735. et 736. et 737. et 738. et 739. et 740. et 741. et 742. et 743. et 744. et 745. et 746. et 747. et 748. et 749. et 750. et 751. et 752. et 753. et 754. et 755. et 756. et 757. et 758. et 759. et 760. et 761. et 762. et 763. et 764. et 765. et 766. et 767. et 768. et 769. et 770. et 771. et 772. et 773. et 774. et 775. et 776. et 777. et 778. et 779. et 780. et 781. et 782. et 783. et 784. et 785. et 786. et 787. et 788. et 789. et 790. et 791. et 792. et 793. et 794. et 795. et 796. et 797. et 798. et 799. et 800. et 801. et 802. et 803. et 804. et 805. et 806. et 807. et 808. et 809. et 810. et 811. et 812. et 813. et 814. et 815. et 816. et 817. et 818. et 819. et 820. et 821. et 822. et 823. et 824. et 825. et 826. et 827. et 828. et 829. et 830. et 831. et 832. et 833. et 834. et 835. et 836. et 837. et 838. et 839. et 840. et 841. et 842. et 843. et 844. et 845. et 846. et 847. et 848. et 849. et 850. et 851. et 852. et 853. et 854. et 855. et 856. et 857. et 858. et 859. et 860. et 861. et 862. et 863. et 864. et 865. et 866. et 867. et 868. et 869. et 870. et 871. et 872. et 873. et 874. et 875. et 876. et 877. et 878. et 879. et 880. et 881. et 882. et 883. et 884. et 885. et 886. et 887. et 888. et 889. et 890. et 891. et 892. et 893. et 894. et 895. et 896. et 897. et 898. et 899. et 900. et 901. et 902. et 903. et 904. et 905. et 906. et 907. et 908. et 909. et 910. et 911. et 912. et 913. et 914. et 915. et 916. et 917. et 918. et 919. et 920. et 921. et 922. et 923. et 924. et 925. et 926. et 927. et 928. et 929. et 930. et 931. et 932. et 933. et 934. et 935. et 936. et 937. et 938. et 939. et 940. et 941. et 942. et 943. et 944. et 945. et 946. et 947. et 948. et 949. et 950. et 951. et 952. et 953. et 954. et 955. et 956. et 957. et 958. et 959. et 960. et 961. et 962. et 963. et 964. et 965. et 966. et 967. et 968. et 969. et 970. et 971. et 972. et 973. et 974. et 975. et 976. et 977. et 978. et 979. et 980. et 981. et 982. et 983. et 984. et 985. et 986. et 987. et 988. et 989. et 990. et 991. et 992. et 993. et 994. et 995. et 996. et 997. et 998. et 999. et 1000.

Estevan, pues, fue el primero que nos enseñó à convertir la muerte en sacrificio; à trocar nuestro suplicio en testimonio de amor; y à satisfacer una obligacion que parecia havernos hecho ingratos, haciendonos incapaces de debolver lo recibido.

Al mismo tiempo anima este Santo Martyr à todos los christianos con su exemplo; porque se propone por modelo de todos aquellos que querran sufrir por la verdad: *Formam præbuit fidelibus moriendi.* (a) Recibe tambien parte en todas sus coronas; porque les inspira el valor para merecer, combatiendo y triunfando en la persona de todos los Martyres, y siendo él el mas illustre y grande de todos ellos por haver sido el primero: *Si quid distare potest inter Martyres, præcipuus videtur esse qui primus est.* (b) Imitemos, pues, un valor tan estupendo; aprovechemonos de un exemplo tan singular; y si no fuésemos dignos de perder la vida en los tormentos, suframos, à lo menos, con santa conformidad las aflicciones que nos acometen en el curso de nuestra vida. Aceptemos asimismo la muerte por obediencia y por amor; satisfagamos à la justicia que hemos ofendido, y alegremonos de que ella se venga à expensas nuestras. Si nosotros, en fin, no merecemos morir Martyres, tratemos à lo menos de morir penitentes, y si no podemos imitar à San Estevan en su muerte, imitemosle en el generoso olvido de sus injurias, y en el fervoroso amor à

(a) Idem ibid. (b) Idem ibid.

sus enemigos; que es la tercera excelencia de San Estevan, y el tercer punto de este discurso. Y así mirad:

PUNTO TERCERO.

Como el honor es mas amable que la vida, son las afrentas mas sensibles que la muerte. Y así no hay cosa que con mas fuerza se imprima en el corazon, ni que de él se borre con tanta dificultad. Nosotros conservamos gustosamente su recuerdo, y son necesarios muchos esfuerzos y golpe de años para arrancarlas de nuestra memoria. Los beneficios se escriben sobre la arena ó sobre el agua; pero las injurias se gravan sobre el marmol ó sobre el bronce. Jamás la Filosofia pareció mas vana y debil, que quando pretendió obligar á sus Discipulos á perdonar á sus enemigos. Ella fué, á la verdad, fecunda en palabras, pero estéril en buenos efectos. Ella se acaloró, y con razon, contra la venganza: ella hizo ver á todo el mundo que este vicio estaba acompañado de injusticia y reindad: que jamás hallaba entrada en el corazon de los hombres grandes; y por consiguiente, que solo poseía á los que se dexaban cegar de la fortuna, ó corromper por las delicias. Mas con toda la pompa de su elocuencia, jamás ha podido obligar á los discipulos á desalarjar de su corazon el odio, y colocar en su lugar el amor. Solamente los Discipulos de Jesu-Christo, que aprovechandose de su doctrina y de su exemplo, han degollado los sentimientos de la venganza, son los que han amado y aman á sus ene-

enemigos. Y así no hay otro sino Dios que pueda hacer este mandamiento á los hombres; y por consiguiente, que pueda arrancar de sus corazones esta obstinada pasion.

Pero añadamos, que el hombre para obedecer este precepto, debe elevarse por cima de sí mismo; y que si la pureza le hace un Angel, y la muerte un Martyr, el olvido de las injurias hace de él un Dios. Por eso San Juan Chrysostomo notó, que interin que Jesu-Christo exponia su vida por los hombres en la Cruz: el ladron que le acompañaba en el suplicio sospechó que era un Rey, pues se sacrificaba por dar la vida á sus vasallos. Mas quando los verdugos entendieron que pedia por ellos al Padre Eterno, y que ahogaba los sentimientos de la venganza, empleando los ultimos alientos de su vida, para conseguir el perdon de sus parricidas, juzgaron que era Dios, y publicaron altamente esta verdad en el Calvario: *Vere filius Dei erat iste.* (a) Y así en esta ocasion fue quando su Magestad enseñó á sus Discipulos la mas alta virtud del Christianismo, quando les manifestó hasta qué altura podía llegar la perfeccion de la caridad; y quando con voz moribunda les explicó lo que un christiano debe hacer siempre que se halle perseguido de sus enemigos: *Domitus in Cruce positus*, dice San Ambrosio, *postulat pro inimicis ut plenitudinem justitiæ quam docuerat, demonstraret.* (b)

Pero nada me admira tanto como ver que

Je-

(a) Math. cap. 27. v. 54. (b) Ambros. in Psalm. 112.

Jesu-Christo interrompe su sacrificio para abogar por la causa de sus verdugos; y que suspende la salvacion del Universo por conseguir la de sus enemigos. Porque mirad: el sacrificio es el alma de la Religion; y como la víctima es en él destruida necesariamente, por eso no puede ser ofrecido sacrificio alguno sino à Dios, que es la fuente del sér. Y es cosa de tanta consideracion, que una vez comenzado un sacrificio, se ha de finalizar precisamente. Por cuyo motivo, si el Sacerdote muere, ò la víctima huye, se han de substituir otros en su lugar, sin permitirse jamás que Dios sea privado del honor que espera de una accion tan importante. Y esto no obstante, el Hijo de Dios nos enseña en su Evangelio, que debemos dexar nuestra víctima en el altar para reconciliarnos con nuestro proximo, si por desgracia tenemos alguna contienda con él, ò si le hemos ofendido: *Relinque munus tuum ad altare, & vade reconciliari fratri tuo* (a) Y como su Magestad no enseñó cosa alguna con palabras, que no la confirmase con su exemplo; hace en su muerte lo que havia predicado mientras su vida; è interrompe por algunos momentos su sacrificio, para acomodarse con sus enemigos; y conseguir de su Padre la abolicion de sus delitos. San Ambrosio queriendo manifestar, quán amada era la Virgen de Jesu-Christo, repara que suspendió su Magestad la salud del mundo, para recomendarla à su amado Discipulo; y que (si así es lícito decirlo) se olvidó

(a) Math. cap. 5. v. 24.

dó de que era el Esposo de la Iglesia, por acordarse de que era Hijo de Maria: *Saintem publicam differt ne matrem inonoratam relinquat.* (a) Me atreveré à decir tambien, que este Señor hace por sus enemigos lo que hace por su madre; esto es, que olvida que es el Salvador del mundo, por acordarse que es el Abogado de sus enemigos; empleando lo que le resta de fuerzas y de voz, para pedir su gracia al Padre Eterno. Allí fueron ellos tan poderosamente persuadidos por esta palabra, tan fuertemente penetrados de este exemplo, que reconociendo la grandeza de Jesu-Christo en medio de su suplicio, publicaron su divinidad, y protextaron altamente, que una oracion tan generosa no podia salir sino de la boca de un Dios: *Verè filius Dei erat iste.*

Pues ahora: visteis un perfecto modelo; ved una excelente copia. San Estevan, digo, instruido en la escuela de su divino Maestro, perdona à sus enemigos quando le están apedreando; pide su gracia con empeño quando le ultrajan; y se sirve de artificios inocentes para escusar su furor. Examinemos las circunstancias de accion tan maravillosa. Es fácil, à la verdad, el olvido de una ofensa, quando la dilacion del tiempo la borra de la memoria; y quando este gran Medico, que sana los males incurables, la ha quitado lo que tiene de mas sensible y enojoso; pero es muy difícil de olvidar una injuria quando es reciente, y perdonar à un enemigo quando acaba de ultrajar-
no sup sacro attio no oblatore; cu y; roscio nos.

(a) Amb. de instir. Virginis cap. 7.

nos. Sin embargo, de este modo perdona San Estevan à los suyos. Quando su vida y su inocencia son injustamente acometidas; quando le llenan de injurias; quando la sangre corre por todas sus venas; y por consiguiente, quando el resentimiento debia ser mas pronto y vivo; entonces, al parecer, debia animarle mas fuertemente à la venganza. Pues mirad: entre tantos y tan justos motivos de queja, se pone de rodillas, levanta su voz, y juntando la caridad con la humildad para hacer su oracion mas agradable, pide la salvacion de sus verdugos, con mas ardor que la suya propia. Aboga por su causa, disculpa su pecado, y emplea todo lo que cabe de industria para alcanzar su perdon.

Mas reparad, si os agrada, que à exemplo de Jesu-Christo interrumpe su sacrificio, menosprecia su propia salud, se interesa en la de sus enemigos, y por unica recompensa de un combate en que pierde la vida, no pide otra gracia que la de sus verdugos. Mas: el martyrio es sin duda un sacrificio, en el qual el que le sufre es el Sacerdote y la víctima; y por consiguiente, si alguna cosa le debe ocupar en una accion tan importante y tan dificil, es la salud de su alma. Y aun parece que en este momento, de que depende su eterna suerte, no debe pedir à Dios sino paciencia para sufrir; animo para vencer, y fidelidad para perseverar. Pero San Estevan, por movimientos mas nobles, olvida todos sus personales intereses; y no pensando en otra cosa que en salvar à sus enemigos, no piensa ni en su salvacion, ni en su perdicion eterna. Y asi no es ne-

cesario, Señores, que le consideremos ya como Angel, ò como Martyr, sino como un Dios, y como una fiel copia de Jesu-Christo muriendo sobre la Cruz por los pecadores. Mucho era, sin duda, que sin embargo de la corrupcion de nuestra naturaleza, hubiese Estevan igualado à los Angeles en la pureza. Mucho tambien, que no obstante la flaqueza de nuestra carne, hubiese animado à todos los Martyres, y les hubiese enseñado con su exemplo à vencer los dolores, y à triunfar de la muerte. Pero es mucho mas sin comparacion, que en medio del justo resentimiento de innumerables injurias y golpes, ahoge Estevan los deseos de la venganza, y à imitacion del Hijo de Dios pida la gracia para sus enemigos: *Domine ne statuas illis hoc peccatum.* (a) Por lo que es preciso confesar, que esta accion es la que constituye toda la gloria de este Santo; que es mas digno de consideracion, olvidando sus injurias, que tolerando pacificamente sus dolores; y que ofrece à Dios alguna cosa mas dificultosa que la muerte, quando le ofrece la moderacion de su espiritu, y el amor à sus enemigos: *Pro lapidantibus orabat ut Christi discipulus*, dice San Gregorio Nacianceno: *maius aliquid morte Deo offerens, nempe animi moderatorem & inimicorum dilectionem.* (b) Y asi, digamos para concluir este Panegyrico, que la virginidad ha hecho un Angel de San Estevan, que la muerte ha hecho de él el primero y el mas ilustre de todos los Mar-

Tom. I. Y ty-

(a) Actum Ap. c. 7. v. 59. (b) Greg. Nac. orat. 19.

tyres: pero que la caridad que tuvo à sus enemigos, le ha hecho un hombre Dios; y que nosotros podemos tambien llegar à este mismo grado de honor, si imitamos à este gran Santo, con la misma fidelidad que él ha imitado à Jesu-Christo. Porque mirad:

La experiencia nos demuestra, que los hombres hallan siempre pretextos para dispensarse de la práctica de la virtud. Ellos la menosprecian en los Filósofos, porque los ven llenos de error y de vanidad. La encuentran difícil en Jesu-Christo, porque aunque tomó nuestras debilidades, conservaba por otra parte el poder de su Padre; y por consiguiente, aunque tenia pasiones como nosotros, no eran rebeldes y feroces como las nuestras. Y en atención à estas excusas y disculpas que havian de alegar los hombres, se vió como obligado este divino Maestro à formar discipulos, à instruirlos en su escuela, à proponerlos por exemplos à todos los demás hombres, para que viendo hermanada en ellos la justicia con la flaqueza, no tuviesen dificultad en imitarlos. Y esta es la instruccion que nos dá por San Estevan, el qual fue cargado de un cuerpo como el nuestro, y tuvo pasiones semejantes en todo à las que nosotros tenemos; pero las domó con la ayuda de la gracia, ahogando en su corazon los sentimientos de la venganza en medio de las injurias mas atroces, y de los dolores mas violentos. Quando en otras ocasiones se os decia, que imitaseis à Jesu-Christo sobre la Cruz, y que perdonaseis como su Magestad à vuestros enemigos; os escusabais, diciendo: que Jesu-Christo era Dios, y que vosotros

trois erais hombres. Y culpando vuestra floxedad con vuestra flaqueza, os dispensabais de imitar este divino modelo, porque era muy elevado. ¿Pero qué direis, Señores, quando se os proponga à San Estevan? ¿No fue este un hombre como nosotros? ¿No experimentó las mismas enfermedades? ¿No tuvo enemigos, que exercitaron su paciencia con tormentos y ultrages? Pues sin embargo de todo esto, ha sujetado sus pasiones, ha reprimido los movimientos de la colera, ha perdonado generosamente à sus enemigos, y ha empleado los ultimos alientos de la vida para alcanzarles el perdon de Jesu-Christo: *Potuit hoc Christus, dixit, non ego; ille Deus, ego homo; Deus ergo ut quid homo, si non corrigitur homo? Si non potes imitari Dominum tuum, attende Stephanum conservum tuum.* (a) Aprovechaos, pues, de un exemplo tan grande, si no quereis que este Santo os condene algun dia; y sabed, que si nosotros no estais obligados à ser Angeles por la pureza, ni Martyres por el sufrimiento de los tormentos, estais obligados à ser Dioses sobre la tierra, por el amor à vuestros enemigos, para que lo podais ser por la gloria en el Cielo, à donde seamos conducidos por Jesu-Christo, que con el Padre y el Espiritu Santo vive y reyna por todos los siglos de los siglos. Amen.

(a) Aug. Serm. 2. de concordia cum Donatistis.

SERMON

DE S. JUAN EVANGELISTA.

Discipulus ille quem diligebat Jesus.

Joann. cap. 21. v. 7.

Quando considero los grandes favores, con que se dignó el Hijo de Dios honrar à San Juan Evangelista, me persuado, que no hay cosa, por una parte mas facil, ni por otra mas dificil, que el formar su Panegyrico. No hay cosa mas difeíl, porque fue el discipulo bien amado de Jesus, y una qualidad tan elevada pide mayores elogios que los que puede suministrar la eloquencia. Y así, quando ella nos comunica el deseo de comenzar su Panegyrico, nos hace perder la esperanza de acabarle; pues todo lo que podemos decir, no corresponde ni al merito de este Apostol, que no tiene quien le iguale, ni à lo que espera el auditorio, quien juzga no poderse jamás alabar bien al dilecto de Jesu-Christo: *Dilecto nunquam satis*. Mas por otra parte, no hay cosa, en mi juicio, mas facil que el elogio de este gran Santo. La razon es, porque él mismo se hizo su Panegyrico, al qual la eloquencia humana nada puede añadir, pues dixo de sí, quanto de él se puede decir, quando nos hizo saber que era el Discipulo bien amado de Jesus: *Discipulus quem diligebat Jesus*. Y res-

respecto que este Santo tiene la circunstancia de Hijo de la Virgen con la de amado de Jesu-Christo; me persuado, que interesandose su Madre en las alabanzas, será la abogada de aquel que intenta ser el Panegyrista de su Hijo; y que ella me oirá, si vosotros la decis con el Angel:

AVE MARIA.

Reparó el Docto Filon, que queriendo Dios honrar al inocente Abél, compendió en su persona todas aquellas ilustres y perfectas qualidades que ha dividido despues en los demás. Efectivamente, este primero entre los justos era por una parte Sacerdote, pues ofrecia à Dios víctimas, y aun él mismo fue la víctima de su propio sacrificio. Era Virgen, pues no se ligó con algun desposorio, sino que siempre conservó su pureza y libertad; era finalmente Martyr, y su hermano fue el verdugo que le quitó la vida, por no poder sufrir su inocencia.

Pareceme, Señores, que puedo yo asegurar, que el Hijo de Dios ha tratado con San Juan del mismo modo que su Padre trató en otro tiempo con Abél, y que reunió en su persona todas las gracias que havia dividido en las personas de los demás Santos. Porque San Juan fue llamado al Apostolado, como San Pedro: honrado con la dignidad de Evangelista, como San Matéo: ensalzado à la qualidad de Martyr, como San Estevan; y favorecido con la de Virgen, como San Pablo. Y así, no hay cosa grande ni ilustre en todos los otros Santos que no sea contenida en este. Ya juzgo yo, Se-

Señores, que creéis vosotros, que su Panegyrico es acabado; que nada se puede añadir à sus grandezas; y que el mismo Maestro de quien era tan amado, no sabría concederle nuevas gracias. Pues mirad, no he tocado hasta aquí mas que las que le son comunes con otros Santos. No he hablado aun de sus particulares privilegios. Y así, para manifestaros lo que tuvo de singular, es necesario que os haga ver, que entre los Evangelistas fue San Juan el mas esclarecido; entre los Apostoles, el mas amado; entre los Martyres, el mas afligido; y entre las Virgenes, el mas recompensado. Esta es la division que hago yo de sus elogios, para poderlos persuadir con claridad. Dadme atencion. Mirad:

PUNTO PRIMERO.

Son los Evangelistas los historiadores del Hijo de Dios: son los que han escrito las acciones mas memorables de su vida: los que han recomendado y remitido à la posteridad las maximas que su Magestad ha enseñado, los milagros que ha obrado, y los trabajos que ha sufrido: Y como ellos eran los organos del Espiritu Santo, y los interpretes del Verbo Eterno, todas sus palabras son articulos de fé, y por consiguiente, debemos respetarlas y creerlas como oráculos divinos. Llamanse Evangelistas, porque nos enseñan buenas nuevas, informandonos con sus escritos de los medios que nos puedan alcanzar nuestra eterna salvacion. La mayor parte de los demás historiadores, no nos presentan otros objetos, que los intereses de los Príncipes, las intrigas de sus va-

sa-

sallos, los funestos efectos de su amor ò de su odio y los injustos proyectos de su ambicion ò de su avaricia. Pero los Evangelistas, à correspondencia del significado de su nombre, solamente nos hablan, de la absolucion de los pecadores, de la redencion de los cautivos, adopcion de los hijos de Dios, y de su herencia sempiterna: *Non abs re ita vocavit Evangelistas, dice San Juan Chrysostomo, siquidem veniam peccatorum, redemptionem captivorum, adoptionem filiorum, & caelorum hereditatem omnibus nuntiaverunt.* (a)

Mas aunque estos Evangelistas nos hayan referido cosas tan grandes, y explicado los misterios de Jesu-Christo, sin embargo, llevaron entre sí diversos rumbos; y cada uno nos dió, al parecer, diversa idea de su Magestad. Uno de ellos, hablando como hombre, nos representa al Verbo Encarnado en calidad de hijo de Maria; esto es, revestido de nuestra naturaleza, y sujeto à nuestras enfermedades: otro, rugiendo como Leon, nos pinta al Hijo de Dios en calidad de un Rey, que gobierna sus vasallos por la prudencia, los arregla por la justicia, y los defiende por la fuerza. Otro, mugiendo como Buey, nos manifiesta à Jesu-Christo en calidad de una víctima, que lleva sobre sí todos los pecados de los hombres, y que los lava con su sangre. Pero el quarto, remontado como generosa Aguila, y considerando à Jesu-Christo en quanto Dios, nos recrea con su nacimiento eterno. Y así, los demás Evangelistas vienen

à

(a) Chrysost. in Matth.

à ser como unos grados ò escalones que nos conducen para llegar à éste. Ellos, à la verdad, finalizan por donde este comienza, y preparan nuestros entendimientos para que reciban las verdades que él nos anuncia. Bien conocéis, Señores, que éste ultimo es San Juan. El qual, dexando la tierra à los Geografos, los Cielos à los Astrologos, y las inteligencias à los Filósofos; y remontandose por cima de todo lo eriado, entra en el seno del Eterno Padre, contempla, sin pestafear, todas las maravillas que alli existen, y descendiendo despues à la tierra con velocidad de Aguila, pronuncia estas palabras, ò por mejor decir, despide estas centellas, y arroja estos rayos, que espantan à los hombres y à los Angeles: *In principio erat Verbum, & Verbum erat apud Deum.* Y asi, considerad, Señores, cuántos mysterios son contenidos en estas palabras, y con cuánta razon dixo de San Juan San Ambrosio, que todo quanto dice es un mysterio, *quidquid loquitur mysterium est.* (a) Porque él nos enseña, que el Verbo es Dios: *& Deus erat Verbum.* Que este Verbo estaba en Dios: *Et Verbum erat apud Deum.* Y que es el pensamiento y la palabra de su Padre. Que como pensamiento concibió el designio de formar ò eriar el Universo, y como palabra lo puso por obra en compañía de su Padre: *Omnia per ipsum facta sunt.* Lo que dió motivo à San Agustín para decir, que esta palabra no es de la naturaleza de las otras que tuvieron su principio en el tiempo,

po,

(a) Ambros. lib. 3. de Sacram. cap. 2.

po, que se forman con los labios, que se disipan en el ayre; y que son inútiles ò impotentes: *Verbum non quaecumque, quia Deus; non ubicumque, sed apud Deum; non vacans & otiosum per quod facta sunt omnia.* (a)

Pero no solamente es San Juan el mas ilustrado de todos los Evangelistas, sino que tiene entre ellos la ventaja de que sus luces nos son útiles, porque explica lo que otros se contentan con admirar, ò con entenderlo para sí. Isaías, por exemplo, aunque mereció el nombre de quinto Evangelista; aunque escribió la historia del Hijo de Dios antes de nacer; y señaló asimismo las principales circunstancias de su vida y de su muerte, no habló de su nacimiento sino con admiraciones; y creyó decir bastante, quando para hacernos conocer su grandeza por su estupor y por su silencio, dixo: *Generationem ejus quis enarrabit?* (b) Pero San Juan explica lo que Isaías admiraba; nos enseña las particularidades que este Profeta ignoraba; y dá à toda la Iglesia el conocimiento de un mysterio, acerca del qual no tenia la Sinagoga mas que la admiracion. San Pablo, elevado hasta el tercer Cielo, penetró alli los secretos de la eternidad; y en una escuela donde Dios era el Maestro, aprendió las altas verdades de la Religion christiana; pero estas revelaciones no fueron mas que para él solo, sin tener permission de publicarlas; pues al mismo tiempo que se las comunicaron, tuvo prohibicion de descubrirlas à otros:

Tom. I.

Z

Au-

(a) Aug. in Psalm. 103. serm. 3. (b) Act. 8. v. 53.

Audit arcana verba que non licet homini loqui. (a) Mas nuestro divino Evangelista, es sabedor para todo el mundo; tiene permission de instruir à todos los fieles; y no hay Filósofos ni Teólogos que no puedan ser discipulos de este celestial Maestro; pues segun el parecer de San Juan Chrysostomo, hasta los mismos Angeles han aprendido de él alguna cosa que no sabian: *A quo didicerunt Angeli que ignorabant.* (b) Es, pues, San Juan el mas sábio de todos los Evangelistas; el mas sublime de todos los Teólogos; el mas iluminado de todos los Profetas; y el mas eloquente de todos los Predicadores: *Ipse est Joannes sublimium predicator & lucis eterne contemplator.* (c) Mas como el amor es preferible à la ciencia, es San Juan mucho mas dichoso, por haver sido el mas amado de todos los Apostoles (que es el segundo punto de este discurso) que por haver sido el mas iluminado de todos los Evangelistas, como acabais de oír. Renovad la atencion.

PUNTO SEGUNDO. Es tan elevada la dignidad de Apostol, que nos faltan palabras para poderla explicar. No ha hecho Dios cosa mas grande en el mundo. Su Magestad les ha confiado todo quanto tenia de mas querido y precioso. Les dió, digo, el gobierno de su esposa y de sus hijos; les dió la disposicion de su espíritu y de su cuerpo, y el uso de su palabra y

(a) 1. Cor. xij. v. 4. (b) Chrysost. in Joann.
(c) Chrysost. in Joann.

de su poder. Son, pues, los Apostoles nuestros Abogados y nuestros Jueces; defienden por un lado nuestra causa, y por otro pronuncian la sentencia. Sus razonamientos siempre son oídos; y sus sentencias siempre confirmadas. Y así nuestro bien depende de su autoridad; y pueden todo quanto quieren en el estado de su Soberano. Pero por no estenderme en explicar todas las grandezas de los Apostoles, basta deciros, que son los amigos y confidentes de Jesu-Christo; que le han seguido en sus viages, acompañado en sus trabajos, y asistido en sus empresas. Han sabido, por consiguiente, todos los secretos de su corazon; y aun han llegado à conocer por medio suyo los pensamientos de su Padre; y este favor fue allegado por el mismo Señor, como prueba de la amistad que les tenia; *Jam non dicam vos servos, sed amicos, quia omnia que didici à Patre meo nota feci vobis.* (a)

Y à la verdad, en el mundo no hay cosa, ni mas bella, ni mas útil, que la amistad: porque solamente ella sabe hacer todas las cosas comunes entre los hombres. Solamente ella ha encontrado el medio de enriquecer à los pobres; de ensalzar à los humildes; de curar à los enfermos; y de resucitar à los muertos. Desde el punto en que la amistad une el corazon de dos amigos, ni la ausencia los puede separar; y à pesar de la distancia de los lugares, se ven, se hablan, y se recrean mutuamente: *Amici absentes adsunt.* (b) Ella

Z 2

(a) Joann. 15. v. 15. (b) Cicer. lib. de amicis.

igual a sus condiciones, comunica sus bienes, y obliga a los Reyes à descender de su trono, para hacer sentar en él à los que aman: *Egentes abundant*. Ella cura los enfermos, y muda su temperamento; porque hace hallar la salud en la persona del amigo: *Mortui vivunt*. No será difícil manifestar todos estos efectos de la amistad en la persona de San Juan; y obligar à confesar à mis oyentes, que fue el más amado de Jesu-Christo entre todos los Apostoles. La razon es, porque jamás fueron separados despues que unió sus corazones la amistad. A qualquier lugar que iba el Hijo de Dios, siempre San Juan le acompañaba. Si cura prodigiosamente à la hija del Principe de la Sinagoga, San Juan es testigo de este milagro. Si manifiesta su gloria en el Tabor, San Juan es espectador de esta maravilla. Si en el huerto de las olivas se apodera del Señor una mortal agonía, San Juan es participante en sus dolores. Si se sacrifica sobre la Cruz por la salud del universo, San Juan tiene el honor de asistir à este sacrificio. Y como dice Tertuliano, que jamás estaba sin Angeles el Hijo de Dios: *Nusquam sine Angelis*; así podemos nosotros decir, que jamás se le vió tampoco sin este su querido Discipulo, y Bienaventurado Apostol.

Por lo que mira à los secretos de Jesu-Christo, ninguno fue tan fiel confidente como Juan; porque supo todos los pensamientos de aquel corazon que perfectamente poseía. Los Politicos dicen, que no conviene jamás revelar su secreto. Que la naturaleza nos ha dado una gran ventaja, ocultando nuestro corazon à todo el mundo, y per-

permitiendonos formar pensamientos, que solamente son conocidos de Dios y de nosotros. Pero los amigos que se gobiernan por diversas leyes que los Politicos, creen que es una injusticia entregar su corazon à una persona, y ocultarle sus secretos. Sanson no pudo ocultar los suyos à Dalila; y quiso más pecar contra las leyes de la prudencia, que contra las de la amistad. Un amigo, pues, nada oculta al otro; y uno de sus más inocentes placeres, es el derramar su corazon en el de su amigo, declarandole todos los pensamientos que le ocupan: *Nihil occultat amicus, verus est*, dice San Ambrosio, *effundit animum in amicum suum, sicut effundebat mysteria patris Dominus Jesus*. (a) Y verdaderamente, no hay cosa más dulce, como dice Ciceron, que el hablar con un amigo con la misma libertad que si uno hablara consigo mismo, y hacerle depositario de sus más ocultos pensamientos. Esto, sin duda, fue lo que obligó al Hijo de Dios à descubrir todos los suyos à su amado Discipulo, y à no ocultarle cosa alguna de quanto pasaba en su corazon, que le habia entregado desde que comenzó à quererle.

En efecto; el Salvador del mundo tuvo tres clases de secretos. Los primeros miraban à su divinidad; los segundos à su humanidad; y los terceros eran concernientes à su estado. San Juan, pues, los conoció todos; y por el derecho de amistad, entró en este corazon, en donde descansó la noche de la Cena, y en donde vió todos los

(a) Amb. lib. 3. ofíc. esp. 19.

movimientos de amor y de dolor que le agitaban; Supo, en primer lugar, los secretos de su divinidad; pues descubrió las maravillas de su nacimiento eterno, de que informó perfectamente à toda la Iglesia. Conoció, en segundo lugar, los que miraban à su humanidad; pues aprendió de su boca el nombre del traydor, que le havia de entregar à sus enemigos. Y en tercer lugar, supo todos los secretos de su estado, pues escribió su historia en el Apocalypsi; donde señaló con caracteres eternos las conquistas de Jesu-Christo; las persecuciones de su Esposa; los combates de sus hijos; y la derrota de sus enemigos. Y el que tuviera la inteligencia de este enigma, conoceria todos los diversos sucesos que deben acontecer à la Iglesia desde su nacimiento hasta el fin del mundo. Pero como los verdaderos amigos, nada desean con mas ansia, que el padecer con los que aman, siendo la comunicacion de los bienes y de los males la señal mas cierta de una verdadera amistad; nuestro Discipulo padeció con su Maestro, y la pasion del Hijo de Dios fue tambien la de San Juan. Y por consiguiente entre los Martyres, el mas probado fue este Apostol; porque su amor fue su verdugo, y la muerte de Jesu-Christo su suplicio. Es el tercer punto de mi Oracion. Y asi mirad:

PUNTO TERCERO.

La cosa mas encumbrada que reconoce la Iglesia son los Martyres. Ella los mira como à sus Heroes, que la han honrado con sus trabajos. Como

mo à sus Padres, que la han fundado con su sangre. Como à sus Athletas, que la han defendido con sus combates. En efecto, parece que el Martyrio es el ultimo esfuerzo de la virtud, y el grado mas alto de la caridad. Es un bautismo, dice San Cipriano, despues del qual no se puede pecar: *Martyrium baptismus est, post quem non peccatur*. Es una especie de contrato, que los Martyres rubrican con su propia sangre. Es un combate, donde los que padecen son mas fuertes que los que hacen padecer: *Martyres torti tortoribus fortiores*; y donde la pena parece que dá valor, y el dolor armas: *Martyr sui pana armatur*. (a) En suma, si creemos à San Cipriano, mayor gloria y excelencia es ser Martyr, que ser Apostol: *Plus est esse Martyrem quam esse Apostolum*. (b). Pero nosotros estamos al mismo tiempo persuadidos de que entre los mismos Martyres, son mas illustres los que han padecido mas; y que la grandeza de su merito se regula por la superioridad de sus tormentos; y por consiguiente, son tenidos por mas dichosos los que han recibido mas heridas y experimentado mas dolores: *Martyres dum beatos vocamus*, dice San Juan Chrysostomo, *ex vulneribus beatificamus*. Siguiendo, pues, este principio, que puede muy bien pasar por un paradoxa, porque se opone al sentido común; ò por un enigma, porque solo se puede entender de los amantes; es preciso concluir, que no háy Martyr, que tanto haya sufrido, ni que sea tan glorioso como San Juan.

Pa-

(a) Cipr. Ep. 6. lib. 1. (b) Idem de laud. Martyr.

Para dar alguna luz à este pensamiento, supongamos una verdad aprobada por todo el mundo: conviene à saber, que el alma padece mas en el cuerpo que ama, que en el que anima; y que la invencion mas cruel para probar la paciencia de un hombre, es hacerle sufrir en la persona de su amigo. Es la razon, porque el hombre padece sus propios dolores con una constancia que dulcifica su crueldad; pero si es precisado à ver sufrir à quien ama, y à ser espectador de sus tormentos, es la ultima prueba de su paciencia y de su amor. Por lo qual, no hay persona que no confiese, que Abraham padeció mas que Isaac en aquel sacrificio, en que se vió precisado à sacrificar à su mismo hijo, y en que Dios no le intimó al parecer este precepto, sino para que el Padre se sacrificase à sí mismo sacrificando à su mas querida prenda: *Ut in filio pater quoque maceretur*, (a) dice ingeniosamente San Ambrosio. Y para mí no tengo duda en que el Sacerdote sufrió mas que la víctima; y que todo el dolor fue para él en un sacrificio en que ofrecia à Dios sus propias entrañas: *Tota erat patris passio ubi filius immolabatur*. (b) Si todas estas máximas son verdaderas, no es difícil de entender que San Juan Evangelista fue el mas affigido de todos los Martyres; porque habiendo sufrido en la persona de Jesu-Christo fue suyo verdaderamente el suplicio de su Maestro. Y como le acompañó en la casa de Pilatos y en el Calvario; como fue testigo

(a) Amb. lib. de Abraham Patriarcha. (b) Chrysost. Serm. 10.

ocular de todos los ultrajes que recibió, y de todos los tormentos que allí padeció; su amor le hizo sufrir todo lo que su amigo padecia; y éste ingenioso verdugo le compuso un cruel martyrio de todos los dolores de Jesu-Christo. Sí, Señores: mientras que los Judios deshacian à golpes el inocente cuerpo de Jesu-Christo, el amor contaba estos golpes, y los imprimia en el corazón de nuestro Martyr. Mientras aquellos impios soldados traspasaban la cabeza augusta de nuestro Salvador con una corona de espinas, el amor hacia sentir todas sus puntas à su muy amado Discipulo. Y quando los verdugos taladraban sus pies y sus manos con clavos para prenderle en el madero de la Cruz, el amor imitando esta crueldad abria otras tantas heridas en las manos y en los pies del Apostol querido. Y finalmente, quando despues de muerto Jesu-Christo, le abrieron su costado con el hierro de una lanza, el corazón de San Juan resintió el golpe que el del Salvador havia recibido, y cumplió con mas verdad que San Pablo lo que faltaba à la passion de su Maestro. Y así es evidente, que San Juan padeció en la persona de su amigo, que fue crucificado con él, y que ambos sufrieron un mismo martyrio.

Desapiadados verdugos; vuestro delito fue mas que atroz; pues contra todas las leyes de la justicia condenasteis à muerte un inocente; tratasteis como esclavo criminal à un hombre libre; y lavasteis vuestras manos parricidas en la sangre de un hombre Dios. Y esto no obstante, cometisteis un segundo homicidio en la persona de San Juan; pues haciendo padecer en un mismo suplicio à dos amigos, enclavasteis à dos

inocentes en un mismo madero. Verdad es, que el amor fue mas culpable que vosotros; porque sirviendose de vuestras manos para quitar la vida al Maestro y al Discipulo, no fuisteis mas que los executores de su crueldad; y si vosotros fuisteis los que empezasteis el parricidio, él fue quien le finalizó sobre el Calvario. Concluyamos, Señores, que San Juan es el mayor de todos los Martyres, respecto de que su amor fue su verdugo. Que para exercitar su paciencia, le hizo sufrir en un hombre á quien amaba mas que á sí mismo. Que le hizo morir muchas veces, y en diferentes encuentros, como dice el Chrysostomo: *Multoties mortuus est Joannes*; (a) y que intentó, para probarle, tormentos que los mas ingeniosos Tiranos jamás hubieran podido inventar. Pero confesemos al mismo tiempo que jamás hubo amistad mas bien correspondida que la suya; y por consiguiente, que si fue el mas atormentado entre los Martyres, fue el mas favorablemente tratado entre todas las Virgenes; y que si el Calvario fue causa de su dolor, fue tambien causa de su recompensa y de su gloria. Es el ultimo punto del discurso, y la corona de las excelencias de nuestro Santo. Y así mirad:

PUNTO QUARTO.

Como la virginidad es una de las mas excelentes virtudes de la tierra, es tambien una de las

(a) Chrysost. homil. 33. ad populum. ubi et oblique citatur.

mas honradas. Parece, en algun modo, que los mas raros favores están reservados para ella; y que son su recompensa los mas ensalzados privilegios. Si el sacrificio de Abél fue agradable á Dios, consistió en que el Sacerdote que le ofrecia era virgen. Si Josué detuvo en su carrera al Sol, fue porque este Astro tuvo tanto respeto á su pureza como á su nombre. Si Elias subió al Cielo sobre un carro de fuego, no tuvo en este milagro menos parte la virginidad que el zelo. Si Daniel suavizó á los leones, y domó bestias feroces y famosas, este prodigio no menos lo debe á su castidad que á su abstinencia. Pero digamos mas: si Maria fue escogida para ser Madre de Dios, fue porque havia resuelto permanecer siempre Virgen. Si San Juan Bautista mereció ser el Precursor de Jesu-Christo, fue por haver unido la pureza con la penitencia. Y así, si nuestro San Juan Evangelista fue digno de ser substituido en el lugar de Jesu-Christo, para ser hijo de Maria, fue porque era Virgen como ella; pues entre tantos Apostoles como siguieron al Salvador del mundo, y que fueron honrados con su amistad, San Juan Evangelista fue el unico, ó el primero, que le hizo un sacrificio de su pureza, ofreciendole por un voto solemne guardarla toda su vida. Por eso San Juan Chrysostomo le dá el glorioso nombre de Príncipe de la virginidad: *Exordium virginitatis*. (a) Y por consiguiente, así como la Madre de Dios ha dado exemplo de esta virtud á

(a) Chrysost. homil. 7. Math.

todas las doncellas; así San Juan lo ha dado à todos los hombres, y ha estendido la virginidad en toda la Iglesia. Por eso el Hijo de Dios, queriendo recompensarle una accion tan heroyca, le dá à la Virgen por Madre; y como dice San Geronimo, encomendó una persona Virgen à otra Virgen: *Virginem matrem virgini commendavit.*

Y como esta alianza no es el menor favor que San Juan ha recibido, justo es que le fundemos en la Escritura y en la razon. San Juan, pues, es hijo de la Virgen; porque así lo dixo Jesu-Christo, y la palabra de este Señor es eficaz; esto es, produce lo que enseña, y hace lo que declara. Las palabras de los hombres son débiles; el viento las desvanece luego que son proferidas; y aunque manifiesten sus intenciones, no las executan. Es necesario que la mano venga al socorro de la lengua; que aquella hable lo que ésta ha proferido; y que como fiel Ministro cumpla las ordenes que su hermana mayor ha pronunciado desde la boca como desde su trono. Pero la palabra de Jesu-Christo, semejante à la del Padre Eterno, dá el ser à las criaturas, y las saca del abismo de la nada: *Dixit & facta sunt, ipse mandavit & creata sunt.* (a) Y así esta palabra estableció una alianza verdadera entre Maria y San Juan; unió sus corazones con una cadena mas fuerte que la que une el alma con el cuerpo; y por consiguiente, así como hizo à la Virgen madre de San Juan, así tambien hizo à éste hijo de aque-

(a) Psalm. 148. v. 5.

aquella: *Mulier ecce filius tuus. Deinde dixit Discipulo: Ecce mater tua.* (a) Quien pusiere duda en esta alianza, podrá ponerla en todas las que nosotros hemos contrahido con Jesu-Christo, pues todas están fundadas sobre su palabra; porque si el Padre Eterno nos adopta por hijos, y Jesu-Christo nos reconoce por hermanos suyos en el Bautismo, todo esto es en virtud de aquellas palabras que dán vida à las aguas y las hacen fecundas: *Ego te baptizo in nomine Patris, &c.* Si la penitencia nos buelve à dar la gracia que haviamos perdido despues del Bautismo, y por medio de esta gracia nos buelve à dar la vida; la palabra del Hijo de Dios es la que produce esta maravilla por boca de su Ministro. Si la substancia del pan se muda en la del cuerpo de Jesu-Christo; la palabra es la que causa esta mutacion; y por consiguiente, la que repite todos los dias sobre nuestros altares el mysterio de su nacimiento, y el sacrificio de su muerte. Pues ahora: esta misma palabra es la que dió à San Juan la qualidad de Hijo de la Virgen, y à la Virgen la qualidad de Madre de San Juan. Luego esta divina palabra suple el defecto de la naturaleza; liga y une à estas dos personas que no tenían afinidad alguna; y eleva à San Juan à tan alta condicion, como es darle por su madre à la Madre de Dios: *Ecce mater tua.*

Mas por quanto la adopcion es una alianza que depende mas de la ley que de la naturaleza, ha-

(a) Joann. 19. v. 26. y 27.

hagamos ver que la de San Juan tiene todas las solemnidades; y que nada se ha omitido, á fin de que no se le pueda disputar el titulo de Hijo de la Virgen. La adopcion, pues, es un socorro del matrimonio, y un remedio contra la esterilidad, ó contra la muerte: *Subsidium nuptiarum adoptio, supplet sterilitati vel orbitati.* (a) Es verdad que las leyes humanas privan de este privilegio á las mugeres, á no ser que habiendo perdido sus hijos en servicio del Estado, las permita el Principe para su consuelo adoptar por hijos á otros: *Mulieres adoptare non possunt nisi ex indulgentia Principis, ad solatium liberorum pro salute reipublice amissorum.* (b) Pues ahora: yo hallo que todas estas circunstancias han sido religiosamente observadas en la adopcion de San Juan. Porque aquí tenemos una madre que ha perdido su hijo unico por la salud, no de un Estado, sino de todo el Universo. Aquí tenemos un Principe que desde lo alto de la Cruz como desde su trono, la permite adoptar á San Juan; y que para hacer mas solemne la adopcion, pronuncia él mismo las palabras que se requieren para esto, y declara que Juan es hijo de Maria, y Maria madre de Juan: *Mulier ecce filius tuus.* Y así los Padres de la Iglesia han mirado esta adopcion, como una alianza tan verdadera, que han juzgado que este Apostol no solamente era hijo de la Virgen, sino que por una consecuencia necesaria era un segundo Jesus, y que podia pa-

(a) Juricons. (b) Idem.

pasar por aquel, cuyo lugar habia tenido el honor de ocupar. Este es el razonamiento de Origenes, y no creyó este grande hombre que se apartaba de la verdad quando dixo, que San Juan era otro Jesus, respecto de que era hijo de Maria: *Dum constat unicuique esse Mariæ filium, & dicitur illi, ecce filius tuus: idem est ac si dicatur illi, ecce filius tuus Jesus quem genuisti.* (a) Pues nos consta (dice) que la Virgen no tuvo mas que un hijo, y es cierto tambien que Jesu-Christo la dixo desde la Cruz, mostrandole á su Discipulo, veis ahí á vuestro Hijo; se infiere que es lo mismo que si la dixera: veis ahí á vuestro Hijo Jesus, que fue concebido en vuestro seno. Se puede, Señores, elevar á mayor altura un hombre mortal? ¿se puede unir con mayor estrecho un amigo? ¿se puede con mayor liberalidad recomendar á un domestico? Todos admiran la respuesta que dió Alexandro á la madre de Natio, quando habiendo tenido á Ephestion por él, intentó disculpar su yerro; Pues como este Principe era tan cortés como fiel amigo, sosegó á esta Princesa, diciendola: que no se havia engañado; pues Ephestion era otro Alexandro: *Et hic Alexander est.* (b) Si fue es licito, pues, mezclar las cosas profanas con las sagradas, y comparar al Hijo de Dios con el mayor Monarca del mundo, bien pudiera decir, que si Origenes se engañó en su pensamiento, y quiso dar su disculpa al Hijo de Dios, tambien así podia darla á un hombre mortal. *Quod si dicitur de romano imperatore, cum dicitur: Vivit totius, etiam exili se en sup, obantant.* (a) Orig. homil. 2. de d. veris. (b) Q. Eudim. sol nos

de Dios, recibió la misma respuesta de su boca: *Et hic Jesus est: vos no os habeis engañado, porque éste es otro Jesus.*

Pero pues San Juan no es transformado en Jesu-Christo, sino en quanto es hijo de Maria; examinemos aun esta qualidad, y busquemos los motivos que obligaron, ò pudieron obligar al Hijo de Dios, para concedersela à su Discipulo, respecto de que este Señor todo lo hace con prudencia, que su amor es iluminado, y que su justicia tiene parte aun en las gracias que distribuye su misericordia. Para comprehenderlo bien, es preciso traer à la memoria, que Jesu-Christo tuvo dos Apostoles que eran igualmente, pero diversamente, amantes del su Magestad. Igualmente, porque eran los mas fervorosos, y mas interesados en la gloria de su Maestro entre todos los demás. Diversamente, porque dividiendo, digamoslo asi, la persona de Jesu-Christo, ha escogido cada uno en él lo que mas le agradaba: San Pedro le miraba como à Hijo de Dios; y por que habia bebido sus luces en el seno del Padre, siempre consideraba à Jesu-Christo, ò como Dios, ò como Rey. El era zeloso de su grandeza; y no gustaba oír hablar de sus abatimientos. Y asi, la Cruz no le horrorizaba por otro motivo, sino porque habia de obscurecer la gloria de su Maestro. Pero San Juan tenia otras luces y otras inclinaciones. Amaba la humanidad de Jesu-Christo; se adheria al hijo de Maria; y aunque habló tan noblemente del Verbo Eterno, todo su amor se dirigia al Verbo Encarnado, que no se hizo carne, sino por vivir con los hombres y ganar sus afectos: *Et Verbum*

ca-

carò factum est & habitavit in nobis. (a) Y asi, jamás pienso yo en estos dos Apostoles, que no se me vengan à la memoria aquellos dos favoritos, que dividiendo à Alexandro, uno amaba su persona, y otro su qualidad: porque San Juan ama à Jesus; San Pedro à Christo; San Pedro ama al Hijo de Dios, San Juan al de Maria; San Pedro se adhiere à la dignidad, San Juan à la persona del Maestro. Y este Señor, cuyo amor es tan justo como fiel, recompensa à estos dos Discipulos segun sus inclinaciones y sus servicios. Porque San Pedro miraba à su Soberania, le dió parte en el gobierno de su estado, le hizo cabeza de su Iglesia, y le declaró por Vicario suyo en el mundo: *Tu es Petrus, & super hanc Petram edificabo Ecclesiam meam.* (b) Mas por quanto San Juan le amaba como à persona privada, por quanto mas consideraba su humanidad, que su Divinidad, le recompensa como à un amigo, le recibe en su familia, le trata como à hermano, y le dá à Maria por su Madre. ¡O Apostol bien amado! ¡quán dichosa ha sido vuestra suerte! ¡quán digna de envidia vuestra condicion! ¡quán ventajosa vuestra recompensa, pues la Virgen es vuestra Madre, y Jesu-Christo vuestro hermano; y que siendo Señor de su casa, ninguno puede ser en ella admitido, sin vuestra aprobacion y vuestro permiso! Dadnos, pues, alguna parte en vuestros favores, haz que nazca en nuestras almas aquel amor, que produjo vuestra luz, hacednos amar al Hijo

Tom. I.

Bb

de

(a) Joann. 1. v. 14. (b) Matth. 16. v. 18.

de Dios para que le podamos conocer, unidos tan estrechamente à él, que podamos sufrir en su persona, que sintamos sus dolores, que su suplício sea el nuestro, y que así como vos, hallemos nuestro martyrio en el suyo. Pero sobre todo, inspiradnos la pureza, para que nos podamos acercar à Maria, para que nos haga hijos suyos, y à ella Madre nuestra. No pretendemos usurparos vuestro privilegio; pues así como vuestro Divino Maestro no ha perdido la qualidad de Hijo de Dios, por havernosla comunicado, así tampoco vos perdereis la de hijo de Maria, por dividirla con nosotros. Vos la poseereis siempre por un título particular. Siempre os miraremos como à nuestro hermano mayor; y para conservar los honores que havéis recibido sobre el Calvario, declararemos altamente, que entre los hermanos de Jesu-Christo, è hijos adoptivos de Maria, vos sois el primero, y el mas ilustre; y que por vuestro favor esperamos ser admitidos en el Cielo, despues de haver sido recibidos por familiares suyos en la tierra. Así sea.

SER-

SERMON

DE LOS SANTOS INOCENTES.

*Tunc Herodes iratus est valde, & mit-
tens occidit omnes pueros. Matth. 2. v. 16.*

EL Paganismo nos quiso persuadir que su Hercules deshizo unos monstruos que le acometieron; y que anticipandose su valor à su conocimiento, ahogó las serpientes antes de conocerlas: *Monstrua superavit antequam nosse posset.* (a) Pero en verdad, Señores, nosotros podemos decir, que esta fabula se muda hoy dia en una historia, y que nuestros inocentes niños, asistidos del Cielo, vencen à los verdugos, y triunfan de los tyranos antes de conocerlos; porque aun no pueden hablar, y ya saben combatir. Todavía son infantes, y ya son martyres. Apenas acaban de nacer, y ya están resueltos à morir; y supliendo la gracia el defecto de la razon, defienden à Jesu-Christo, y vencen à Herodes, sin conocer à uno ni à otro. Mas pues deben su victoria à quien deben su inocencia, no hablemos de sus combates ni de sus triunfos, sin saludar al inocente Jesus en su pesebre. Y para obligar à su

(a) Seneca in Herc. ferebat. ab auxilio nominibus à suo

de Dios para que le podamos conocer, unidos tan estrechamente à él, que podamos sufrir en su persona, que sintamos sus dolores, que su suplício sea el nuestro, y que así como vos, hallemos nuestro martyrio en el suyo. Pero sobre todo, inspiradnos la pureza, para que nos podamos acercar à Maria, para que nos haga hijos suyos, y à ella Madre nuestra. No pretendemos usurparos vuestro privilegio; pues así como vuestro Divino Maestro no ha perdido la qualidad de Hijo de Dios, por havernosla comunicado, así tampoco vos perdereis la de hijo de Maria, por dividirla con nosotros. Vos la poseereis siempre por un título particular. Siempre os miraremos como à nuestro hermano mayor; y para conservar los honores que havéis recibido sobre el Calvario, declararemos altamente, que entre los hermanos de Jesu-Christo, è hijos adoptivos de Maria, vos sois el primero, y el mas ilustre; y que por vuestro favor esperamos ser admitidos en el Cielo, despues de haver sido recibidos por familiares suyos en la tierra. Así sea.

SERMON

DE LOS SANTOS INOCENTES.

*Tunc Herodes iratus est valde, & mit-
tens occidit omnes pueros. Matth. 2. v. 16.*

EL Paganismo nos quiso persuadir que su Hercules deshizo unos monstruos que le acometieron; y que anticipandose su valor à su conocimiento, ahogó las serpientes antes de conocerlas: *Monstrua superavit antequam nosse posset.* (a) Pero en verdad, Señores, nosotros podemos decir, que esta fabula se muda hoy dia en una historia, y que nuestros inocentes niños, asistidos del Cielo, vencen à los verdugos, y triunfan de los tyranos antes de conocerlos; porque aun no pueden hablar, y ya saben combatir. Todavía son infantes, y ya son martyres. Apenas acaban de nacer, y ya están resueltos à morir; y supliendo la gracia el defecto de la razon, defienden à Jesu-Christo, y vencen à Herodes, sin conocer à uno ni à otro. Mas pues deben su victoria à quien deben su inocencia, no hablemos de sus combates ni de sus triunfos, sin saludar al inocente Jesus en su pesebre. Y para obligar à su

(a) Seneca in Herc. ferebat. ab auxilio nominibus à suo

Madre à que nos introduzca allá, digamosla con el Angel:

AVE MARIA.

Como la mayor gloria de un Christiano es padecer por Jesu-Christo, y la qualidad de Martyr la mas noble que hay en la Iglesia, no es extraño tengan dificultad los Predicadores en conservarsela à los niños inocentes, y que empleen por consiguiente toda su eloquencia para persuadir al auditorio, no poderse negar un titulo tan glorioso à los infantes que derramaron su sangre, y perdieron su vida por la defensa del Hijo de Dios. Pero de qualquiera artificio que se valgan los Predicadores para conservar en nuestros inocentes este honor, son muy poderosas las razones que à esto se oponen; y por consiguiente, que concluyen, que aunque estos bienaventurados niños hayan muerto por la causa del Verbo encarnado, no pueden pretender la qualidad de Martyres; porque no habiendo tenido ni uso de razon, ni de palabras, no pudieron aceptar la muerte, ni confesar la verdad. Bien sé, que puede decirse con alguna razon, que ellos merecen sin querer, confiesan sin hablar, aman sin conocer, y triunfan sin combatir. Mas como todas estas razones son mas sutiles, que sólidas, y demuestran mas el entendimiento del Orador, que el martyrio de los inocentes, yo veré en este discurso, si puedo conservarles una qualidad, que la Iglesia desde su nacimiento les ha atribuido. Y procuraré probar, que à los niños inocentes no les falta circunstancia ò condicion alguna de quantas constituyen à los

los verdaderos Martyres. Dadme atencion:

PUNTO PRIMERO.

La primera condicion del verdadero martyrio, y la que contribuye mas à formar los Martyres, no es la pena, sino la causa ò el motivo de ella: *Martyres veras*, dice San Agustin, *non faciunt pœna, sed causa.* (a) En efecto, si solamente para este fin se considerasen los tormentos, seria necesario canonizar à todos los delinquentes que padecen justamente por sus delitos, y dar la ensalzada qualidad de Martyres à todos los que han manifestado un poco valor en sus suplicios. Hagan los demonios han hallado hombres, que han defendido sus intereses ò sus idolatrias, y que han muerto por mantener la mentira que havian abrazado y publicado toda su vida. La ambicion tiene tambien sus esclavos, que por la vanidad sufren tanto como los Martyres han padecido por la verdad. Y finalmente, la avaricia, aunque tan infeliz y vergonzosa, no dexa de tener víctimas, que se sacrifican por sus intereses, exponiendo muchas veces sus vidas por conservar sus riquezas. Es necesario, pues, para adquirir la qualidad de Martyr, sufrir por la gloria de Dios, verter la sangre, y perder la vida por defender à su Iglesia. Y por este capitulo, no se les puede negar el titulo de Martyres à los Santos Inocentes; pues como dice San Cipriano, la justicia de la causa, sin el so-

(a) Aug. Ep. 167. ad Tertium.

corro de la palabra, basta para adquirirles la qualidad de testimonios: *Sufficit causa testimonio, licet nondum eloquio distinguatur.* (a) Porque ellos mueren por Jesu-Christo; tienen el honor de ser sus primeras victimas, de regar la cuna con su sangre, de publicar su divinidad con su voz moribunda, y de enseñar à todo el mundo, que el que nació en un pesebre, es Hijo de Dios, pues tiene Martyres como su Padre: *Deus est qui natus est, innocentes debentur illi victimæ; Agni debent immolari, quia Agnus futurus est crucifigi.* (b)

Haveis oido, pues, lo que nuestros Inocentes tienen de comun con todos los demás Martyres, oíd ahora lo que tienen de particular, y que constituye su diferencia y su gloria. Ellos mueren por la persona de Jesu-Christo, y con su sufrimiento le libertan de la muerte. Ellos conservan la vida de aquel por quien pierden la suya, y tienen la gloria de que la causa de su martyrio, no solamente es honrosa, sino útil al Hijo de Dios. Y esta es gloria peculiarísima de los Santos Inocentes, sin que pueda atribuirsele à otro alguno. Los Martyres de la Ley Antigua empeñaban à Jesu-Christo en la muerte; porque como tienen el honor de ser sus figuras, le obligaban à cumplir lo que habían prometido en nombre suyo. Y así, la muerte de aquellos era funesta à Jesu-Christo; porque no solamente era sombra, sino promesa de la suya. Considerando Tertuliano aquel barro de que Dios formó el cuerpo del primer hombre, dice que era una figura, y una prenda ò empeño del mysterio de

(a) Cypr. de Magis & Innocent. (b) Aug. Sermon. 1. de Innocent.

de la Encarnación; y que el Verbo decretaba ya desde entonces vestirse de nuestra carne, para libranos de nuestros pecados: *Limus ille jam tum imaginem induens Christi futuri in carne, non tantum Dei erat opus, sed pignus.* (a) Así tambien la muerte de los Martyres era un empeño para Jesu-Christo; pues como este Señor era la verdad de todas las figuras de la Ley, era necesario que las cumpliese con su muerte, y que pagase las deudas, de que se habia constituido caucion antes de su nacimiento. Los Martyres del nuevo Testamento, no han obligado verdaderamente al Hijo de Dios à morir, pero tampoco le han libertado de la muerte, porque ya no está su Magestad en estado de poder sufrir. La gloria de que goza le ha hecho inmortal; y así, despues de su resurreccion, ni teme el poder de sus contrarios, ni el furor de los verdugos: *Christus resurgens ex mortuis jam non moritur, mors illi ultra non dominabitur.* Pero los Santos Inocentes, mas dichosos que todos los demás Martyres, murieron por el Verbo encarnado; recibieron los golpes con que Herodes amenazaba à su cabeza; se opusieron à la violencia de este Principe, para defender à Jesus, y encubriendo su cuerpo, salvaron al que venia à salvar todos los hombres. Esto es lo que quiso decir San Agustin por estas palabras, que bien entendidas, dan à conocer la ventaja de los Inocentes sobre los otros Martyres: *Occiduntur pro Christo parvuli, pro justitia moritur innocentia.* (b) Los niños son ase-

si-

(a) Tertul. de Resurr. carnis. (b) Aug. Sermon. 2. de Innoc.

sinados en lugar de Jesu-Christo, y la inocencia tiene la dicha de morir por la justicia. O como dice San Cipriano, los Inocentes ocupan el lugar de Jesu-Christo; y siendo arrancados de los pechos de sus madres, son degollados en lugar de su Magestad: *Vice-Christi, & pro Christo avulsi à matrum uberibus detruncantur.* (a) Son, pues, los Inocentes mas verdaderamente Martyres que los demás; pues su muerte conserva la vida à su Soberrano; y la persecucion que experimentan favorece y facilita su huida à Egypto.

PUNTO SEGUNDO.

Pero si la primera condicion del martyrio se halla en su muerte con tanta ventaja, tampoco les falta la segunda, ni se les pudiera negar que han sido Martyres, respecto que han sido Confesores. Y asi mirad: la confesion es una de las circunstancias esenciales del martyrio, y no basta para este fin, amar à Dios con el corazon, si no se confiesa con la boca: *Corde enim creditur, ad justitiam; ore autem confessio fit ad salutem,* (b) dice el Apostol. La confesion, dice San Cipriano, es el principio del martyrio, asi como la muerte es su conclusion: *Confessio exordium martyrii.* (c) Y parece que este Santo prefiere la gloria de un Confesor, que sufre largo tiempo la prision, à la de un Martyr, que muere al punto en el tormento: *Semel vincit qui statim patitur: atqui manens sem-*

(a) Cypr. Sermon. de Magis & Innocent. (b) Rom. 10.

(c) Cypr. de simpl. Praelac.

semper in paenis, concreditur cum dolore, nec vincitur, quoti die coronatur. (a) El Martyr que muere prontamente, dice, no triunfa mas que una vez; pero el que permaneciendo por largo tiempo en las penas, combate con el dolor, sin ser vencido, todos los dias adquiere nuevas coronas; y quanto mas dilatado es su martyrio, tanto es mas santo y glorioso. Como la confesion, pues, es el alma del martyrio, no pueden los Inocentes pretender la qualidad de Martyres, si no gozan de la de Confesores. Y como para confesar es necesario hablar, parece que la naturaleza que les ha negado el habla, los ha privado de la gloria del martyrio.

Los Padres de la Iglesia, que conocian muy bien que la confesion no podia verificarse sin palabras, se han valido de razonamientos ingeniosos, y de inocentes artificios para persuadirnos, que estos bienaventurados infantés habian usado de un idioma bien entendido por Jesu-Christo; y por consiguiente, que no se podia negar hubiesen hablado; pues su Magestad los havia coronado como à los otros Martyres. Algunos, fundados sobre las palabras de San Cipriano, creyeron que los Inocentes habian poseido el uso de la razon en el momento mismo de su martyrio; y que su alma, desprendiendose del cuerpo, havia conocido y confesado à aquel por quien padecian el martyrio: *Adepti rationis & intellectus plenitudinem, in occursum Christi festinant.* Pero estas

Tom. I. Cc pa-

(a) Idem lib. 2. Epist. 4.

palabras, à la verdad, deben ser entendidas de los Inocentes, despues de su muerte. Y San Cipriano no intenta decir otra cosa, sino que tuvieron uso de razon, quando su alma fue separada de su cuerpo por la violencia de los tormentos; y que gozaron ò fueron à gozar de la dichosa presencia de aquel, à quien no conocian, y por quien havian padecido.

Algunos otros han asegurado, que los Inocentes niños hablaron en su martyrio; que reprehendieron à los verdugos, condenando el furor de Herodes, y confesando la divinidad de Jesu-Christo. Para dar algun color à una opinion tan atrevida, se procuran escudar con las palabras del Salmista: y atribuyen à los Inocentes martyres lo que David entendiò y dixo de aquellos niños, que publicaron las alabanzas del Hijo de Dios, quando entrò triunfante en Jerusalem entre aclamaciones y palmas: *Ex ore infantium & lactentium perfecisti laudem propter inimicos tuos, ut destruas inimicum & ultorem.* (a) Porque à juicio de la mayor parte de los Padres, en el referido triunfo se viò una maravilla jamás vista en la de alguno de todos los conquistadores. La naturaleza, que no acaba de perfeccionar sus obras sino con mucho trabajo y lentitud, desató la lengua de los infantes que pendían del pecho de sus madres ò nutrices; y les hizo formar palabras, para componer el elogio de Jesu-Christo, y cargar de confusion à sus enemigos. Verdad es, que este milagro pudo tambien ha-

(a) Cyr. Sermon. de Magis & Innoc. cap. 1. §. 1.

haber sucedido en el nacimiento del Verbo encarnado. Pero como la Escritura Sagrada y la Tradicion no nos lo han dicho ni enseñado, es especie de temeridad el asegurarlo. Añadese à esto, que siendo infante el Verbo encarnado, pedía el bien parecer que sus testigos ò testimonios fuesen mudos, y que honrasen con su silencio al que todavía no podía hablar. Y si San Gregorio el grande creyó que Jesu-Christo debió ser declarado à los Magos por medio de una estrella, à fin de que un Dios sin palabras, fuese anunciado por una criatura muda: *Ut nondum loquentem elementa muta prædicarent;* (a) parece pedía la justicia, que sus Martyres le fuesen semejantes; y que no pudiesen confesarle, sino con la efusion de su sangre y de sus lagrimas.

Pero, si bien se mira, esta especie de confesion no es enteramente muda; porque segun la expresion de la Escritura, la sangre y las lagrimas tambien hablan; pues aunque estas corran sin ruido por las mexillas que riegan, llaman ò golpean en los oidos, asi como en los ojos. Y David no solamente pedía à Dios que le mirase, sino que escuchase sus lagrimas: *Auribus percipe lachrymas meas.* (b) El Poeta ingenioso confiesa que las lagrimas son mas eloquentes que las palabras, y que las de las mugeres persuaden mas que las razones de los Oradores: *Interdum lachrymae pondera vocis habent.* (c) La penitencia las emplea en las ocasiones importantes; y quando no puede

(a) Greg. homil. 10. in Evang. (b) Psalm. 38. v. 15. (c) Ovid.

expiar los pecados por las buenas obras, procura borrarlos con las lagrimas. Y así, San Ambrosio reparó, que quando el Principe de los Apostoles nego à su Maestro, mas quiso llorar su pecado, que excusarle ò defenderle: *Maluit causam flere quam dicere, & quod voce negaverat lachrymis confiteri.* (a) Y aun le hicieron en esta ocasion mas bien oído sus lagrimas, que le huvieran hecho sus palabras. Pero como la sangre es mas considerable que las lagrimas, habla con mas vehemencia que ellas, y la voz que forma, produce efectos mas extraños. Ella sube hasta el trono de Dios, pide justicia contra el agresor que la ha derramado; y no cesa de clamar hasta que el delincente sea castigado, y vengado el inocente. La sangre de Abel obligó à Dios à descender de su trono: y este mudo Abogado peroró en la causa del muerto con tanta eloquencia, que consiguió de su Juez la condenacion del fratricida Cain: *Vox sanguinis fratris tui Abel clamat ad me de terra.* (b) David confiesa como penitente, que nada havia agitado tanto su corazon y su conciencia, como la voz de la sangre de Uriás, que tan injustamente havia él hecho verter. Ella despertaba à este Principe todas las noches; le reprehendia su delito en su cama y en su trono; y no hallando en su estado asilo donde pudiese estar seguro, se veía precisado à recurrir à Dios, para librarse de un enemigo importuno, à quien no podia hacer callar: *Libera me de sanguinibus. Deus Deus salu-*

(a) Ambros. Sermon. 46. (b) Gen. c. 4. v. 10. & 11.

lutis meæ. (a) Si es cierto, pues, que la sangre y las lagrimas hablan tan alto; si es verdad que Dios las escucha con alguna especie de respeto; ¿por qué no creeremos que los Inocentes hayan confesado à Jesu-Christo, respecto de haver en su martyrio vertido tantas lagrimas, y derramado tanta sangre? ¿No hablaron bastante por sus ojos? no se explicaron bien por sus heridas? ¿y sus bocas ensangrentadas no dieron mejor à entender sus intenciones, que si huvieran usado de palabras?

Añadamos con la Iglesia, que la misma muerte habla tan bien como la sangre; y que aquella que nos quita la vida, nos presta una voz que hiere las orejas de todo el mundo. Ella es mas eloquente que todos los Predicadores. Y S. Juan Chrysostomo reparó, que quando S. Pablo se vió precisado à suspender su discurso, para resucitar à un Joven, à quien el sueño y la muerte acometieron casi à un mismo tiempo; sustituyó, dice, el muerto en su lugar, y quiso que éste acabase el Sermon que él havia interrumpido: *Substituit mortuum ut concionem absolveret.* Y otro Padre observó juiciosamente, que quando el Hijo de Dios daba salud à los enfermos, siempre les daba tambien saludables advertencias; y les descubria la causa de su miseria ò de su desgracia, para que aprendiesen à evitarla. Pero que quando resucitaba los muertos, no les daba instruccion alguna; porque siendo la muerte la mas eloquente maestra del mundo, los que llegan à escucharla, no

(a) Psalm. 50. v. 16.

tienen necesidad de las advertencias de los vivos. Y respecto de que tambien la muerte habla, nada les falta ya à los Inocentes, para ser asi Martyres como Confesores; sin que se les pueda disputar esta ultima condicion ò qualidad; porque si no han confesado à Jesu-Christo hablando, le han confesado muriendo: *Qui non loquendo, sed moriendo confessi sunt.* O digamos, que le han confesado hablando, porque le han confesado muriendo; pues segun el parecer de los Padres, morir por Jesu-Christo, es confesar à Jesu-Christo. No les rehusemos, pues, la qualidad de Martyres, respecto de que han hablado por sus lagrimas, explicadose por su sangre, y dadose à entender por su muerte.

Mas quando despues de tantas razones se les quisiera disputar la qualidad de Confesores, porque su inocente boca no podia formar palabras, no iriamos bien fundados en decir, que este defecto les impediria ser Martyres; porque basta hablar con el corazon, para que Dios nos entienda, y están por demás las palabras, quando se pueden manifestar los pensamientos. Bien sé que los mudos no pueden deponer en justicia, y que no se recibe su deposicion, porque no sabrian declararla con sus discursos, ni confirmarla con su juramento. Pero pueden, sin duda, ser testigos en la presencia de aquel Juez, que lee los corazones, y vé las intenciones y fondos de la voluntad. Y asi, aunque nuestros Inocentes fuesen mudos, aunque no huviesen dado à entender sus pensamientos con palabras, ni los verdugos que los degollaron entendido la voz de sus lagrimas y de su sangre,

bastaria para coronarlos, que Jesu-Christo huviese penetrado sus pensamientos, y visto en su corazon lo que no podian explicar con la boca. Pero caemos en un segundo laberinto, queriendo salir del primero; y nos empeñamos en una nueva dificultad: porque no es menos difícil probar, que nuestros Martyres hayan hecho uso de su voluntad y de su razon, que de las palabras; siendo cierto por otra parte, que la voluntad es mas necesaria para constituir un verdadero martyrio. A la verdad, la naturaleza, que es sábia, y que nada hace en vano, no dió palabras à los infantes, porque serian inútiles, no habiendoles dado pensamientos. Y asi, ella vá desatando su lengua à medida que vá formando su espiritu, y no les permite hablar, hasta que han comenzado à razonar. El tartamudéo de su lengua es señal de la debilidad de su conocimiento; y como aquella es la interprete de éste, no debe ser mas sábia, ni mas perfecta que él. Tratemos, pues, de responder à esta objecion; y hagamos vér, que la gracia sabe dar el uso de la razon à sus infantes, quando la naturaleza niega à los suyos el uso de las palabras; y que les hace querer en Jesu-Christo, lo que aun no pueden querer por sí-mismos. Mirad:

PUNTO TERCERO.

La Religión christiana encerró, al parecer, todo el exercicio de la virtud en la voluntad: porque quando ésta es animada por la gracia, cumple sus designios por sus deseos; y aunque se hallé

lle destituida de un todo, nada le parece imposible. Ella enseña sin palabras, dá sin tener riquezas, padece sin tormentos, y hace martyres sin efusion de sangre. Por eso San Cipriano dixo con mucha razon, que Dios no apreciaba tanto à los hombres por sus efectos, como por sus afectos; y mas consideraba sus deseos, que sus obras: *Deus enim non estimat quemquam ex eventu rerum sed ex affectu.* (a) Y ciertamente sería una injusticia, que la voluntad fuese castigada por los malos deseos, y no fuese recompensada por los buenos. Si ella comete un adulterio, sin que el cuerpo contribuya al delito; si comete un homicidio, sin empuñar la espada; si maldice en silencio ò sin palabras; si tiene, en fin, suficiente invencion y malicia para consumir por sí sola todo genero de pecados; no me admiro, que con la gracia de Jesu-Christo, pueda enseñar à los que no saben, sin hablarles; y socórrer las necesidades de los proximos, sin darles cosa alguna; y aun adquirir la qualidad del martyrio, sin padecer algun dolor. En efecto, todos los Padres de la Iglesia confiesan, que la voluntad constante y resuelta de un fiel, pasa ante los ojos de Dios por verdadero martyrio. Que lo ha merecido desde que con fervor y constancia lo ha deseado; y que puede esperar la corona, aunque no haya vivido con persecucion, ni muerto entre los tormentos: *Martyrium sine sanguinis effusione voluntas prompta deputatur.* (b)

(a) Cyprian. lib. de duplici. Martyr. (b) Idem ibi.

Como el martyrio, pues, es obra de la voluntad, en vano hemos intentado probar, que los Santos Inocentes han confesado à Jesu-Christo, si no probamos que han querido padecer con él; y que explicandose por sus deseos, han hecho conocer sus designios al Eterno Padre. Bien sé que San Bernardo, para resolver esta dificultad, nos ha dicho, que en la Iglesia havia tres clases de martyres. Unos de afecto y de voluntad, como San Estevan, que aceptó el martyrio quando se le presentó; y derramó su sangre, despues de haverlo por mucho tiempo deseado. Otros de voluntad, sin efecto, como San Juan Evangelista, que deseó ser Martyr, sin poderlo conseguir; y su Maestro que leia estos deseos en su corazon, no le negó la recompensa: *Joanni defuit Martyrium, sed Joannes non defuit Martyrio: ideoque nec Joanni defuit præmium Martyrii.* (a) Los terceros, en fin, son los que tienen el efecto sin la voluntad; como los Inocentes, que no teniendo uso de razon, sufrieron la muerte sin haverla aceptado, ni deseado: *Habemus in B. Stephano Martyrii simul opus & voluntatem; habemus solam voluntatem in Beato Joanne: solum in Beatis Innocentibus opus.* Y añade: que San Estevan es el Martyr de los hombres; porque estos han admirado su primacia en los tormentos. San Juan el Martyr de los Angeles; por quanto estos puros espiritus conocieron muy bien las generosas disposiciones de su alma. Y los Santos Inocentes los Martyres de

Tom. I. Dd Dios;

(a) Hieronym.

Dios; porque su Magestad suplió sus merecimientos por su gracia; y se ha pagado del efecto de su muerte, aunque no fuese acompañado de su voluntad. Confieso que esta diferencia de Martyres está bien fundada; y que hace resplandecer admirablemente la bondad de nuestro Dios, que se contenta con la voluntad en la persona de San Juan, y con el efecto en la de los Inocentes. Pero estoy precisado à confesar asimismo, que el martyrio de los Inocentes, segun esta explicacion, es muy imperfecto, por faltarle la principal condicion; pues aunque sea efectivo, no es voluntario.

Y asi mejor diria yo, que fue hecha una santa comunicacion entre Jesu-Christo y los Inocentes, por medio de la qual estos le prestaron à su Magestad sus cuerpos para sufrir; y que su Magestad les prestó su voluntad para merecer. Que ellos murieron por él, y que él mereció por ellos; y que la muerte de los Inocentes unida à la voluntad de Jesus dió toda la perfeccion à su martyrio. Este pensamiento no debe parecer extraño à los fieles que saben que el pecado original es voluntario; que los hombres son culpables en Adan, y que todos los que descienden de este primer padre, vieron como él la fruta prohibida, la cogieron en sus manos, la comieron con su boca, y cometieron el pecado por su voluntad: de que se sigue que Dios, acomodando el remedio à la naturaleza del mal, quiso que los Infantes se salvaran por los merecimientos de su Hijo en el bautismo, y que hallase su salvacion en la voluntad de este Señor, asi como havian encontrado su perdi-

cion en la de Adan. La misma Iglesia, à imitacion del Eterno Padre, les presta el corazon de los fieles para creer, y su lengua para confesar la fé, para que asi como se perdieron por la falta de su padre, se salven por la fé de sus hermanos: *In Ecclesia Salvatoris*, dice San Agustin, *per alios parvuli credunt, sicut ex aliis, ea que illis in Baptismo remittuntur peccata traxerunt.* ¿Por qué, pues, no creeremos que el Hijo de Dios haya concedido à los Inocentes la misma gracia que concede à todos los fieles? ¿Por qué no creeremos que la sangre ha tenido para ellos la misma virtud que el agua tiene para nosotros, y que ellos han recibido en el martyrio la misma ventaja que los christianos reciben en el bautismo? No es menos eficaz para purificar al alma, dice San Gregorio, la sangre que el agua: *Non minus est enim sanguis quam aqua ad lavacrum anime efficac.* (a)

Concluyamos, pues, que son verdaderos Martyres; porque sufriendo en su propio cuerpo, y ofreciendose por la voluntad de otro, juntan el merito con la pena, y hacen su sacrificio perfecto, haciendole voluntario. Sí, gloriosos Inocentes, nosotros os colocamos en el numero de estos generosos atletas, que han perdido la vida por defender los intereses de Jesu-Christo. Vosotros haveis peleado por su gloria como ellos; haveis padecido por su persona lo que ellos no han hecho; haveis hablado por vuestras lagrimas; haveis rubricado vuestra confesion con vuestra sangre; la

Dd 2

(a) Idem.

habeis sellado con vuestra muerte; y el Hijo de Dios, á quien habeis occultado con vuestro cuerpo, os ha dado su espíritu y su voluntad, para que no se os pudiese disputar la qualidad de Martyres. Gozad de ella, pues, sobre la tierra, donde la habeis adquirido por vuestra muerte. Poseed su corona en el Cielo, donde vosotros reynais con aquel por quien habeis peleado; y finalmente reconoced que debeis la gloria à la gracia que os animaba mientras viviais, que es la ultima y mas importante condicion de vuestro martyrio, como voy à exponer. Si:

La gracia del hombre inocente era, Señores, bien diversa de la gracia del hombre christiano. Estaba aquella de tal modo obediente al libre alvedrio, que no obraba cosa alguna sino por el movimiento de la voluntad humana. Era el hombre entonces absoluto señor de sus acciones; y aunque no podia merecer por ellas sin la gracia, la gloria del merito le era debida enteramente; porque como se servia de los auxilios divinos à su placer, era el hombre en algun modo el principio de las buenas obras, mas que la gracia misma. Pero como se perdió, gozando de un socorro que estaba dependiente de su libertad, y se hizo esclavo de la concupiscencia que es el castigo de su pecado; Dios le dió otra gracia, adquirida por la muerte de Jesu Christo, que gobierna su libre alvedrio; que le inspira sus buenos deseos; que le aplica à practicar las buenas obras; y que se atribuye à sí misma toda la gloria de ellas, por ser su primera y principal causa. Esta es la verdad que nos enseña el Apostol de las gentes por estas divi-

nas

nas palabras: *Qui spiritu Dei aguntur, hi sunt filii Dei.* (a) Los que son movidos por el espíritu de Dios, son hijos de Dios: en lo que intenta insinuarnos que no tanto es el espíritu del hombre como el espíritu de Dios, el que anima à los christianos: que estos no tanto obran por el impulso de su voluntad, como por el de la gracia: y que dexandose conducir por su director, no pretenden en sus acciones otra gloria que la de la obediencia. No puedo explicar mejor un pensamiento tan delicado, y tan sólido, que con las palabras de San Agustin, fiel interprete de San Pablo: *Qui agitur vis agere aliquid intelligitur; & tamen tantum prestat voluntatibus nostris gratia Salvatoris, ut non dubitat Apostolus dicere qui spiritu Dei aguntur hi sunt filii Dei.* (b) El que es movido por otro, dice, parece que nada obra por sí; y esto no obstante, la gracia del Salvador es tanto el impulso que dá à nuestras voluntades, que no dudó decir el Apostol, que aquellos son hijos de Dios, que son movidos por el espíritu de Dios: *Nec aliquid in nobis libera voluntas melius agere potest, quam ut illi se agendam committat, qui malè agere non potest.* (c) Ni la voluntad, siendo libre como es; dice el Santo Doctor, puede hacer cosa mejor que dexarse gobernar y conducir por aquel, que nada puede hacer mal. No es esto decir, añade el mismo Santo, que nuestro entendimiento sea estúpido, ò que nuestra voluntad sea inutil, sino es decir, que todo el bien que hacemos viene de la gracia;

(a) Aug. lib. de Pelag. cap. 3. (b) Lib. de Pelag. cap. 3.
(c) Aug. lib. de bono persev.

cia; y que ésta es la que nos hace obrar siempre que obramos bien; y por consiguiente, que nos hace querer quando queremos, y nos hace amar quando amamos: *Nos ergo volumus*, concluye el mismo Doctor, *sed in nobis operatur velle; nos operamur, sed in nobis operatur perficere; hoc vobis expedit & credere & dicere, ut totum Deo datur.* (a) Y vosotros estáis obligados, concluye, à creer y decir esto, para que de este modo toda la gloria de vuestras acciones se refiera à Dios, y sea su Magestad el fin de ellas, así como es su principio.

Pues ahora: si es cierto que la gracia obra en nosotros con tanto poder; que sostiene nuestra debilidad; que ilustra nuestro entendimiento; que inflama y aplica nuestra voluntad; que esfuerza nuestro ánimo; y que gobierna todas nuestras acciones libres, no hay que admirarse de que obre en los Martyres, y les inspire aquél valor con que vencen los tormentos y triunfan de la muerte. Porque si esta acción es la mas heroica del mundo; si es el ultimo esfuerzo de la caridad; si es el mayor sacrificio que puede hacer à Dios la criatura racional y fiel, preciso es confesar, que la gracia tiene en esto mas parte que la naturaleza; y por consiguiente, que la gracia de Dios es la que à los Martyres les hace hallar la libertad en las prisiones, el placer en los tormentos, y la vida en el seno mismo de la muerte. Y ved aquí porque nos asegura San Pedro Chrysologo, que el martyrio

no

(a) Aug. de bono persever.

no es tanto el efecto de la fuerza humana; como de la gracia divina; y que los que lo han padecido no se deben atribuir este honor à su virtud ò à su valor, sino al espíritu de Dios que los ha fortalecido en los tormentos: *Non constat martyrium per meritum, sed per gratiam.* (a) Y en terminos todavía mas expresivos: *Ad martyrium qui sua virtute currit, per Christum non pervenit ad coronam.* (b) El que intenta correr al martyrio por su virtud, no arriba à la corona por Jesu-Christo; porque el que pone su esperanza en sus propias fuerzas, no recibe otro galardón que el de la confusión y vergüenza.

En fin, como si este eloquente Predicador juzgase que toda acción, en que la criatura parece dar mas à Dios, no podía proceder de ella; y que el combate con los tormentos y con la muerte no pudiese ser efecto de su constancia, sino de la gracia de Jesu-Christo, añade estas admirables palabras: *Vincere diabolum, corpus tradere, contemnerè viscera, tormenta expandere, lassare tormentum, capere de injuriis gloriam, de mortis vitam, non est virtutis humanæ, muneris est divini.* (c) Es decir: vencer al demonio, entregar el cuerpo à los tormentos, dexarse deshacer las entrañas, cansar à los verdugos, sacar gloria de las injurias, y buscar su vida en la muerte, no es efecto de la virtud de un hombre fragil y mortal, sino socorro de un Dios inmortal y omnipotente. Mas por quanto el orgullo humano no se dá por convencido

(a) Chrysol. serm. 142. (b) Idem ibi. (c) Idem ibi.

do con todas estas razones; y la voluntad podria atribuirse à sí misma demasiada gloria en un combate, en que el suceso fuese igualmente dividido entre ella y la gracia de Jesu-Christo; alega este gran Santo el exemplar de los Inocentes; y suponiendo primero que son verdaderos Martyres, procura hacer ver à todo el mundo que el martyrio es un puro efecto de la gracia, respecto que el de estos Niños no podia proceder de su voluntad: *In parvulis enim quæ voluntas, quod arbitrium, ubi captiva fuit. & ipsa natura?* (a) ¿Qué libertad, dice, podia haver en estos parvulos? ¿qué uso del libre alvedrio? ¿qué eleccion de la vida de la muerte, quando la misma naturaleza era cautiva en su persona?

En efecto, al parecer, todo lo hizo la gracia en estos Niños Martyres. Ella suplió todos sus defectos, habló por los mudos, obró por los débiles, y deliberó por los que no eran todavia ni libres ni racionales en el exercicio. Por eso el mismo Padre exclama en general, hablando de todos los fieles: *De martyrio ergo totum Deo, nihil nobis.* (b) Por lo que mira al martyrio, todo se debe atribuir à Dios, à nosotros nada. Y hablando despues de los Niños Inocentes en particular, dice: *Verè isti sunt gratiæ Martyres, confitentur, tacentes, nescientes pugnant, vincunt insciti, moriuntur iconsciti, ignari tollunt palmas, coronas rapiunt ignorantes.* Verdaderamente estos son los Martyres de la gracia, que confiesan ca-

llan-

(a) Idem. ibi. (b) Idem. ibi.

llando, que mueren, vencen y triunfan, sin querer, ni saber lo que por ellos pasa. No pretendo, pues, fatigarme mas para probar que los Santos Inocentes se explicaron por la voz de sus lagrimas y de su sangre. Que tuvieron el uso de la razon y de la voluntad, aceptando la muerte que padecieron; pues la gracia hizo todos estos officios en ellos; y como dice el Chrysologo, sola ella basta para hacer Martyres verdaderos.

Y así finalizo este discurso con dos advertencias tomadas de San Agustin. La primera, que os acordeis de que todos vosotros sois movidos por el Espiritu Santo, para hacer por este impulso suyo, todo aquello à que estais obligados. No persevareis, pues, como siervos inútiles, ya que lograis el uso de la razon. Mas quando huvieris executado y cumplido todas las obligaciones que teneis como christianos, dad las gracias à aquel Señor, que es el principio de vuestras laudables acciones mas que vosotros mismos: *Intelligent filii Dei, Spiritu Dei agi, ut quod agendum est agant, & cum agerint, illi, à quo aguntur, gratias agant, aguntur enim ut agant, non ut ipsi nihil agant.* (a) La segunda advertencia es, que penseis seriamente que pues Dios obra en vosotros, no son vuestras fuerzas, sino su gracia la que os hace obrar: y que si teneis motivo de esperar el galardón, respecto de que Dios os conduce y os anima; teneis tambien motivo de temer, porque su Magestad quita frequentemente à los

Tom. I.

Ee

so-

(a) Ang. de corrupt. & grat.

sobervios lo que concede à los humildes: *Si ergo Deus operatur in te, gratia Dei operaris, non virtibus tuis: ergo si gaudes & time, ne forte quod datum est humili auferatur superbo.* Obedeced, pues, à la gracia, sométeos à su conducta, dadla toda la gloria de vuestras acciones, y confesad que quando Dios corone vuestros merecimientos, coronará sus misericordias y sus favores. Y por lo que le habeis servido sobre la tierra con su gracia os hará felices por los siglos de los siglos en la Gloria. Asi sea.



SERMON
DE SAN FRANCISCO

DE SALES,
PREDICADO EN EL DIA DE LOS
Santos Inocentes, que fue el dia de su
muerte, en la Iglesia de las Doncellas
de Santa Maria de Chalint, delante
de la Reyna, y de la Reyna
de Inglaterra.

Dilexit multum. Luca cap. 7. v. 47.

SEÑORAS:

COMO solamente à Dios es à quien pertenece hacer los Santos, asi tampoco hay otro que el sucesor de S. Pedro à quien pertenezca declarar los; y solamente aquella boca que profiere los oráculos de la fé, es la que permite à los fieles honrar à los Bienaventurados. Sin embargo, algunos de estos han sido canonizados por la voz del Pueblo, y han recibido los obsequios de los christianos antes de tener la solemne aprobacion del Soberano Ponti-

sobervios lo que concede à los humildes: *Si ergo Deus operatur in te, gratia Dei operaris, non virtibus tuis: ergo si gaudes & time, ne forte quod datum est humili auferatur superbo.* Obedeced, pues, à la gracia, sométeos à su conducta, dadla toda la gloria de vuestras acciones, y confesad que quando Dios corone vuestros merecimientos, coronará sus misericordias y sus favores. Y por lo que le haveis servido sobre la tierra con su gracia os hará felices por los siglos de los siglos en la Gloria. Asi sea.



SERMON
DE SAN FRANCISCO

DE SALES,
PREDICADO EN EL DIA DE LOS
Santos Inocentes, que fue el dia de su
muerte, en la Iglesia de las Doncellas
de Santa Maria de Chalint, delante
de la Reyna, y de la Reyna
de Inglaterra.

Dilexit multum. Luca cap. 7. v. 47.

SEÑORAS:

COMO solamente à Dios es à quien pertenece hacer los Santos, asi tampoco hay otro que el sucesor de S. Pedro à quien pertenezca declarar los; y solamente aquella boca que profiere los oráculos de la fé, es la que permite à los fieles honrar à los Bienaventurados. Sin embargo, algunos de estos han sido canonizados por la voz del Pueblo, y han recibido los obsequios de los christianos antes de tener la solemne aprobacion del Soberano Ponti-

fice. San Juan Chrysostomo fue reverenciado por común consentimiento de aquellos que le havian oido declamar en el pulpito, los quales juzgaron que podian muy bien invocar à un Predicador, cuya palabra y cuyo exemplo havia convencido à tantos pecadores. San Roque es honrado de todos los fieles; porque el socorro que por su intercesion han recibido en la tierra, les persuade que reyna con los Angeles en el Cielo. El bienaventurado San Francisco de Sales es tambien de este numero, pues la piedad de los christianos ha prevenido su canonizacion: y los Franceses que le havian admirado quando vivia, le canonizaron despues de su muerte. Por esto he creído yo, que podia atabar publicamente à un Prelado, à quien honra toda la Francia, y hacer el Panegyrico de un hombre, à quien toda la Europa tiene por Santo. Mas quando la piedad pública no disculpa-se mi libertad, la palabra de la Virgen la autorizaria, y yo juzgaria estar obligado à formar el Panegyrico de un Santo, à quien ella ha canonizado por su propia boca. Por aqui podeis vosotros juzgar, que pues la Reyna del Cielo se interesa en las alabanzas de San Francisco de Sales, no me negará su favor para publicarlas, si la decís todos conmigo:

AVE MARIA.

SEÑORAS:

Siempre he creído con San Agustin, que así las pasiones como las virtudes no son otra cosa que

que los movimientos del amor y de la caridad. En efecto, el amor se acerca por el deseo, y se retira por el temor; se anima por la ira, y se tranquiliza por la alegría. La caridad se gobierna del mismo modo por la prudencia, se defiende por la fortaleza, se arregla por la justicia, y se modera por la templanza. Pero yo adelanto mas; y digo con San Agustin y con San Bernardo, que así como el amor transforma en sí mismo las pasiones, así tambien la caridad convierte en sí todas las virtudes: *Amor cæteros in se inducit affectus* (a). Y à la verdad, el deseo no es otra cosa que el amor de un bien distante, que buscamos con eficacia, y con empeño. La esperanza, no es mas que el amor de un bien dudoso, que esperamos con tanta impaciencia como incertidumbre. La ira, es el amor de un bien, que nos quieren quitar, y que queremos conservar, ò à quien quieren otros acometer, y nosotros queremos defender. La alegría, no es otra cosa que el amor de lo que poseemos, y en que hallamos nuestra quietud y nuestra dicha. Y del mismo modo, la prudencia, es un amor ilustrado, que discierne los medios que le conducen à Dios, de aquellos que le desvian y alejan de su Magestad. La fortaleza, es un amor generoso, que vence al dolor, y à la muerte por servir à Dios. La templanza, es un amor arreglado que desprecia los deleytes, y que sin division alguna se entrega à Dios entera-

(a) Bernard. Serm. 23. in Cant.

ramente. La justicia, es un amor equitativo, que subordinanlose à Dios, enseña à mandar rectamente à las criaturas. Y así, todas las virtudes no son otra cosa, que unos amores disfrazados, que buscan al Soberano bien por caminos diferentes, y tratan de hacer al hombre perfecto, haciendole amoroso.

Por esto, Señoras, he creído, que para hacer el Panegyrico del bienaventurado Francisco de Sales, bastaría manifestaros su amor; porque este comprendia todas sus virtudes, y estas eran transformadas en amor. Mas para guardar algún orden en tan vasto objeto, permitidme haceros ver al divino amor, reynando en su corazon como en un trono, y triunfando en este mismo corazon del amor profano, su mas mortal enemigo. Si cumplo felizmente mi promesa, havré hecho, sin duda, un elogio à nuestro Santo, al que nada tendrá la eloquencia que añadir; porque como dixo él mismo, pocos días antes de su muerte, à las Doncellas de Santa Maria, el que posee el amor, posee todas las virtudes; y el que no tiene amor propio, puede gloriarse de tener el amor divino en toda su perfeccion. Pido atencion.

PUNTO PRIMERO.

El verdadero y unico ejercicio del corazon, es el amor. La naturaleza nos ha dado los ojos para vér, los oídos para entender, las manos para obrar, y el corazon para amar. Pero el amor, no solamente es la ocupacion del corazon, sino su

vi-

vida: *Vita cordis amor.* (a) De suerte, que un corazon que no ama, es muerto; y desde que renuncia el amar, renuncia tambien la vida. Las otras partes del cuerpo tienen reposo algunas veces; pero el corazon, siempre está en movimiento. Las manos, aunque son sus fieles ministros, no obran sino quando reciben las ordenes de su Soberano: los ojos no siempre están abiertos, se cierran à la luz, quando menos, mientras el sueño: los oídos tienen en sus trabajos varias treguas; y quando el silencio acompaña à la noche sobre nuestro emisferio; reposan ellos tambien con toda la naturaleza. Mas el corazon siempre vela. Este Rey no cesa de obrar, sino quando dexa de amar, y cesa de amar, quando dexa de vivir. Es verdad, que como se nos ha dado para amar à Dios, no tiene él otro amor que pueda conservarle la vida. Y así, muere, quando ama à la criatura; pues no pudiendo vivir ni por ella, ni por sí mismo, pierde la vida, quando empeña en esto su afeccion: *Qui enim non potest vivere de se, dicit San Agustín, moritur utique amando se.*

Nuestro dichoso Prelado estaba bien persuadido de esta máxima; porque amaba, y no amaba sino à Dios. La caridad era la vida de su alma, y esta virtud se havia apoderado de tal suerte de su corazon, que no havia dexado lugar en él al amor propio. Era ciertamente San Francisco de Sales tiernisimo, agradecido; pero jamás su amoroso corazon se finalizaba en la criatura:

(a) Aug. lib. 3. de Trinit. no est sup. y ad sup. in al.

siempre iba à buscar al Criador, como à su fin y centro. Que me arranquen el corazon, decia muchas veces, ò que no permanezca en mí, sino para amar aquel que es infinitamente amable. Las divisas son regularmente los intérpretes de nuestros pensamientos; y estas sucintas y como forzadas palabras, manifiestan con tanta eficacia como verdad, nuestros interiores. La de nuestro Santo era, ò amar, ò morir; juzgáudo muy bien, que la vida solamente se nos havia dado para amar; y por consiguiénte, que nosotros dexabamos de vivir, en el mismo momento en que dexabamos de amar à Dios. La grande Teresa, esta muger fuerte, esta generosa Española, esta fiel amante de Jesu-Christo, havia tomado por divisa, ò morir, ò padecer, *aut pati, aut mori*, como diciendo, que no apreciaba la vida, sino para sufrir; que no pretendia ya vivir, quando no pudiese padecer; y que desearia ser víctima de su Esposo, quando no pudiese ser su Martyr. La de nuestro Bienaventurado Amante, contenia algo mas de dulzura y de amor: porque sabiendo bien, que no se podia amar sin padecer, se contentaba con decir, ò amar, ò morir; porque no desear vivir, sino para amar, era lo mismo que desear ser martyr, quando cesase de ser amante.

Estaba, pues, tan poseído de este amor, que no veía mas que à Dios en las criaturas; y por consiguiénte à él solo amaba en sus proximos, y en sus amigos. Los Poetas nos han querido persuadir, que en cierto tiempo hubo un amante, que no veía en el rostro de todas las mugeres, sino el semblante de su querida. Y que de este modo, ni jamás po-

dia

dia ausentarse de ella, pues la veía en todas partes; ni la podia ser infiel, respecto de que solamente à ella veía en todas las demás. Yo no sé, si el amor profano es bastante poderoso para causar esta impresion en el corazon del hombre; pero sé muy bien, que el divino la havia causado en el corazon de Francisco de Sales. Sí, porque él no consideraba sino à Jesu-Christo en todos los fieles; no veía sino à él en todas las criaturas; y conformándose su corazon con sus ojos, solamente amaba à aquel, à quien veía en todas las cosas. La divina amante de los Cantares, nos declara, que siempre estaba ella en esta disposicion; y que todas las bellezas que se ofrecian à sus ojos, la representaban las de su esposo. Ella reconocia su blancura en las azucenas, su pureza en las fuentes, su ternura en las palomas, su resplandor en el Sol, y su fecundidad en los campos. Y así, à qualquier parte que fuese, veía siempre à su amado; y haciendo de cada criatura un espejo, un retrato de su querido, jamás era distraída ni separada de él. Tal era, sin duda, el grande Obispo de Genova. El Hijo de Dios le era siempre presente; sus divinas perfecciones eran todo su recreo; y considerando estas mismas perfecciones en las criaturas, no veía, ni amaba en ellas otra cosa que à su Magestad. Pero como el amor, por grande que sea, no se dá por satisfecho, ni sus efectos igualan jamás à sus deseos; el de nuestro Prelado, se valió de un artificio maravilloso para conseguirlo, que no havia hasta entonces ocupado el espíritu de otro amante. Quiso, digo, multiplicarse en muchas personas; repartirse en muchos lugares; y erigir

Tom. I.

Ff

un

un grande orden en la Iglesia; para que siendo él la cabeza, pudiese amar à Jesu-Christo en todos los miembros que le compusiesen. En efecto, instituyó el de las doncellas de Santa Maria; y asociándose con estos Angeles encarnados; tomó en empréstito sus bocas para alabar al Hijo de Dios, sus manos para servirle, y sus corazones para amarle. Afogado de no poder por sí solo desempeñar esta obligación del amor, se quejó à la naturaleza, de que habiendole dado dos manos para obrar, dos oídos para entender, y dos ojos para mirar, no le hubiese dado mas que una boca para bendecir à Dios, y un solo corazon para amarle. Y vengandose de esta injusticia por medio de un artificio santo, pidió prestadas bocas y corazones, para alabar, y para amar à su Maestro; pues viviendo en todas las doncellas de Santa Maria, bendecia y amaba à Dios por todas sus bocas y corazones.

Y en esto halló yo que su amor ha imitado al de Jesu-Christo; porque como nos enseña San Pablo, queriendo el Salvador del mundo satisfacer plenamente à la justicia de su Padre, deseó padecer toda suerte de penas, y toda clase de muertes. Mas como el cuerpo natural es muy debil para llenar tan gran deseo, pues no puede sufrir sino ciertos dolores, ni padecer mas que una muerte; tomó su Magestad un cuerpo mistico, en el qual executó lo que no havia podido conseguir en su cuerpo natural. En efecto, este hombre Dios, que no fue personalmente enclavado en la Cruz, ni murió en el Calvario, sino una vez, padece y muere aún todos los dias en la persona de sus fieles. El fue apedreado en San Estevan, degollado

en San Pablo; crucificado segunda vez en San Pedro, desollado en San Bartolomé, devorado por los Leones en San Ignacio, y abrasado por las llamas en San Lorenzo. Pues à este modo nuestro Santo Obispo, afligido de no poder amar à Jesu-Christo, sino por el unico corazon que la naturaleza le havia dado, tomó los corazones de sus doncellas para amarle en todos los lugares donde ellas se han repartido; y no deséo la multiplicacion de sus casas y de sus personas, sino para ver à su amor multiplicado. Gran Santo, vívid contento; pues han sido escuchados vuestros votos; han sido cumplidos vuestros deseos; porque viviendo en tantos lugares, y en tantos corazones, amais à Jesu-Christo en todas aquellas partes, en donde vuestras doncellas y sus esposas son establecidas.

Y vosotras, mis queridas hermanas, acordaos de la intencion de vuestro Padre, y satisfaced à sus deseos. Amad al Hijo de Dios por él y con él. Y asi como San Pablo en sus persecuciones y trabajos, decia justamente, que cumplia en su persona lo que faltaba en la pasion de su Maestro: *Adimpleo quæ desunt passionum Christi*; así vosotras, amando al Hijo de Dios, decid con verdad, que dais cumplimiento à lo que faltaba al amor de vuestro Padre. Y aprended de aqui, que el amor es vuestra herencia; y que siendo hijas de un Serafin, debeis ser los Serafines de la Iglesia. Dexad à las demás ordenes que han precedido à la vuestra las ventajas que forman su diferencia. Dexad, digo, la mortificacion à las Capuchinas, los exercicios de misericordia à las Hospitaleras, la oracion à las Carmelitas, la instruccion

de la juventud à las Ursolinas; y contentaos vosotras con amar y cumplir las intenciones de vuestro bienaventurado Padre: y dad gracias à Dios, que os ha dado el amor por vuestra herencia, y para vuestra divisa. Ved aqui, pues, el triunfo del amor divino, dibujado en esta primera parte del elogio de Francisco de Sales. Veamos ahora en la segunda, la ruina ò la derrota del amor profano. Mirad:

PUNTO SEGUNDO.

De todas las pasiones del hombre la mas natural, la mas rebelde, y la mas fecunda, es el amor propio. Es la mas natural: porque constituye una parte de nuestro compuesto; y lo que en otro tiempo fue castigo de Adan, es ahora inclinacion natural de sus hijos. Este infeliz amor precede en los christianos al amor de Dios. Los padres que les dán el sér, les dán con él este desgraciado amor; y sin tener necesidad de maestros, saben estos miserables amarse à sí mismos, con perjuicio del amor de Dios, y de su próximo. Y esta passion, que es la mas natural, es al mismo tiempo la mas rebelde ú obstinada. Ella no muere sino con nosotros; y aunque los Sacramentos la debilitan, no la extinguen: *In fidelibus minuitur, sed non extinguitur* (a). Y así, el Bautismo que borra el pecado, no borra el amor propio; y este hijo mas obstinado que su padre, no cede al amor de Dios que este Sacramento infunde en nuestras

(a) Aug. lib. 1. de nuptiis cap. 25.

almas con la gracia. Es finalmente esta passion la mas fecunda: porque aunque los monstruos son esteriles por providencia de la misma naturaleza, este monstruo es fecundisimo, y se puede gloriarse de que todos los pecados son sus hijos, ò que todos los desordenes de nuestra alma nacen de él. Y así como de una pepita sale un arbol con todas sus ramas, flores, y frutas; así el pecado con toda su injusticia, y violencia sale del amor propio. Por eso, quando San Pablo dixo: *Erunt homines sui amantes*, que los hombres se amarian à sí mismos, añadió: serán codiciosos, vanos, soberbios, blasfemos, ingratos, facinorosos, con otra multitud de atributos delinquentes y perversos: *Erunt cupidí, elati, superbi, blasfemi, ingrati scelesti* (a).

Pero entre todos los efectos que se derivan de causa tan infeliz, los dos mas peligrosos, y contra quienes hay mas dificultad de pelear, son, el deséo de la vanagloria, y el temor de la ignominia. No hay hombre que no juzgue, que el honor es la recompensa de la virtud; y el alma de las brillantes acciones; la passion de los Heroes, y el unico bien que nos queda en este mundo despues de la muerte: *Gloria, propria passio defunctorum*. (b) Persuadidos, pues, de estas falsas razones, conservamos el amor à la vanagloria hasta el fin de nuestra vida; y esta es la ultima passion de que no nos sabemos despojar: *Novissima omnium cupidó gloria exultat*. Esta es la ultima tentacion que

nos

(c) 2. Timoth. cap. 3. v. 2. (b) Tacit. Ann.

nos acomete, y que por lo regular triunfa de nosotros, despues que hemos triunfado de la avaricia y de la impudicia. Esta es, dice San Agustin, la primera que nos ha separado de Dios, y la ultima que nos impide bolver à él: *Verè ille immaculatus est qui hoc delicto caret; quia hoc & ultimum redeuntibus Deum, quod recedentibus primum fuit* (a). Finalmente, esta es aquella pasion, donde se atrincheró el amor propio, quando se vé abandonado de las demás.

Y si esta doctrina es verdadera, es preciso concluir que nuestro humilde Prelado no se amaba à sí mismo; pues tanto desestimaba aun aquellas dignidades, que se reputan como signos de la gloria y recompensa de la virtud. Cierta persona de illustre nacimiento y ensalzada condicion, pretendió hacerle consentir en que el Papa reconociera su merito, y le honraria con la Purpura. Pero rechazó Sales la proposicion con tal vehemencia, que dexó admirado al que la havia hecho; y su respuesta fue juntamente acompañada de tal modestia y generosidad, que no hubo dificultad en conocer, que si el desprecio que hacia de su persona era grande, no era menor el que hacia de estas grandezas, que mas tienen de esplendor que de virtud. Pero no puede declararse mejor la disposicion en que se hallaba su alma, que por lo que él mismo declaró à uno de sus mas intimos amigos. Mi corazon, (le dixo) me ha dado en esta ocasion un placer muy señalado; porque no ha que-

(a) Aug. in Ps. 18.

querido mirar estos honores terrenos; y aun ha hecho de ellos el mismo aprecio, que si me hallase en el articulo de la muerte. ¡Qué palabras tan generosas! ¡cómo se conoce, que salian de un alma poderosamente afianzada en la humildad, y en quien havia ya muerto el amor propio; pues se havia extinguido ya en ella la vanidad! Es constante, que aunque nos hallemos libres del vicio de la lisonja, la escuchamos de la boca ajena con placer, ó la rechazamos con mucha debilidad. Particularmente quando nos promete dignidades, es necesario un esfuerzo maravilloso para rebatirla. Pero nuestro humilde Obispo, no pára su consideracion en estas cosas; porque tanto es lo que aprecia la humildad, que desprecia enteramente toda gloria terrena; y mirando en su vida los honores, del mismo modo que son mirados por los demás en la hora de su muerte, forma de ellos quando se los ofrecen los mismos sentimientos que los demás suelen formar en el fatal momento en que se ven precisados à dexarlos.

La muerte, à la verdad, nos abre los ojos del espíritu, quando nos cierra los del cuerpo; y descubrimos la vanidad de todas las cosas de la tierra, quando nos acercamos al sepulcro. Entonces nuestra alma, desprendiendose del cuerpo, se desprende tambien de todo aquello que havia estimado en esta prision. Las riquezas no nos parecen sino unos agradables suplicios, que baxo el velo de aquietar nuestros deseos, los aumentan, y exasperan. Los placeres se convierten entonces en dolores; y solamente dexan en nosotros el desagrado y la verguenza. Los honores, que toda

nuestra vida nos han tenido engañados, no nos parecen otra cosa que ilusiones; dexandonos persuadidos, que el buscar las dignidades, es buscar unicamente adornos para el sepulcro: *Misera subit eos cogitatio laborasse tantum in titulum sepulchri* (a). Y así, es cosa maravillosa, que tenga un hombre, mientras vive, los mismos sentimientos que los demás tienen quando mueren. Que juzgue de las cosas tan desapasionadamente, como los que están preparados à dexarlas; y que las mire con tanto menosprecio, como los que habiendolas poseído, las ván à perder. Sabeis vosotras, queridas hermanas, ¿por qué vuestro bienaventurado Padre despreciaba tan generosamente las grandezas, que buscan los demás con tanto empeño? Porque el amor de Dios havia extinguido en su persona el amor propio: Porque la ambicion no podia cegar à quien la caridad havia iluminado. Porque la vanidad, en fin, no podia hallar cabida en un alma, de donde estaba desalojado todo desordenado apetito.

Mas como el demonio no pierde jamás su audacia, y sabe que muchas veces ha triunfado de aquellos mismos que han ganado sobre él muchas victorias, continuó sus artificios: y valiendose de la boca de un amigo de nuestro Prelado, trató de hacerle caer en la vanidad. Este hombre, pues, estaba muy bien informado de los meritos de nuestro Santo, y del amor que le profesaba el Papa; y en virtud de este conocimiento, quiso persuadirle, que el bonete cardenalicio no le podia faltar

(a) Senc. de brevitate vite. 19.

à su virtud; porque la piedad misma tendria motivo de queja, si no fuese honrada de este modo en su persona. Estas palabras eran otro tanto mas peligrosas, quanto eran mas verdaderas: estas esperanzas podian otro tanto mas lisonjearle, quanto en sí eran mas justas: porque como nuestro Obispo era tan acreedor à la Purpura, la podia legitimamente esperar. ¡Mas ò Dios mio! ¡quán distante estaba él de estos deseos! ¡quán muerta no estaba la ambicion en un corazon, donde reynaba la caridad! ¡con qué perfeccion no le havia hecho conocer esta virtud tan luminosa como ardiente, que las mas altas dignidades no son para pretendidas ni para esperadas! Amigo (le responde nuestro Sales), si el sombrero encarnado estuviera tres pasos de mí, no los daria por cogerte. Juzgad ahora de los sentimientos de su corazon por sus palabras, y confesareis que estaba bien libre de toda ambicion, ò bien curado de esta enfermedad contagiosa, quando no huviera dado tres pasos por arivar à tan eminente dignidad.

Toda la Iglesia sabe, que el bonete cardenalicio es la mas alta recompensa que puede dár el Papa à la virtud; que no hay cosa superior à ella que la Tiara Pontificia, y que el que recibe este honor, no tiene ya que pretender ni aun desear. Con todo eso, ved en nuestro Sales à un Obispo, que no queria dár tres pasos por honrarse con ella; y considerad, ¡quán distante estaba de pretenderla; de remover Cielo y tierra para alcanzarla, y de emplear el credito de los Soberanos para conseguirla! Roma admiró en otro tiempo à uno de

sus mas grandes Emperadores, por haver dicho: que su corona tenia mas espinas que flores, y que quien bien conociese sus miserias, no la querria levantar, si caía de su cabeza. Admire, pues, París à un Prelado, que sin perder el respeto que debia à la Purpura, sabe reconocer su vanidad. Que declara à su amigo, que no daria tres pasos por recibirla; y que enseña por este oraculo à todos los Obispos, que si no pueden rehusar esta dignidad de la Iglesia, à lo menos no la pueden desear ni pretender.

Esto, Señoras, me trae à la memoria la generosa disposicion de una gran Reyna, al mirar su diadema. Havja concebido tanto menosprecio de ella, que jamás la ponía sobre su cabeza sin disgusto: y solamente usaba de esta ceremonia quando salía en público, ò se havia de manifestar à sus vasallos. Mas como conocia muy bien su vanidad, no ponía en ella ni su amor ni su confianza; y prefiriendo la qualidad de sierva de Dios à la de Soberana, solamente en su Magestad colocaba toda su gloria y su alegría: *Tu scis Domine quod abominer signum superbie, & glorie meæ quod est supra caput meum in diebus ostentationis meæ.* (a) Bien sabeis, Señor, (le decia à Dios la Reyna Esther) que yo abomino esta señal de orgullo que está sobre mi cabeza en los dias de ceremonia y de triunfo: *Et detester illud quasi pannum menstruatum, & non portem in diebus silentii mei.* Bien sabeis, que jamás la llevo en los tiempos de mi

re-

(a) Esther. cap. 14. v. 16.

retiro y de mi silencio; y que la tengo mas horror que menosprecio: *Et nunquam letata sum ancilla tua nisi in te Domine Deus Abraham.* Y finalmente, vos sabeis, Señor, que vuestra sierva jamás ha encontrado consolacion ni alegría, sino en solo vos, Dios de nuestro Padre Abraham. No dudo yo, Señoras, que vos estais en las mismas disposiciones; que conocéis muy bien el peligro y la pena que acompaña à las coronas; que sois bien persuadidas de la inconstancia de las grandezas; que haviendo visto tronos vacilantes, y aun trastornados en este desgraciado siglo, poneis toda vuestra confianza en Jesu-Christo, y menospreciáis los cetros y las coronas; pues os los pueden quitar, y los podeis perder. Pero yo me desvio de mi objeto. Una Reyna me ha hecho olvidar à un Obispo; y Esther me ha obligado à interrumpir por un momento las alabanzas de Francisco de Sales. Acabemos su Panegyrico; y despues de haver mostrado que no tenia amor propio, porque le faltaba la ambicion; manifestemos que era muerto al resentimiento de las injurias; y que esta pasion tan delicada y tan viva no perturbaba el reposo de su alma.

PUNTO TERCERO.

El honor, jamás nos es tan querido, como quando nos lo quieren quitar. Entonces juzgamos estar obligados à conservarle; y que esta es obligacion legitima que nos pide la justicia. El amor propio, que es tan ingenioso como violento, nos propone mil razones para autorizar nuestros sentimientos,

Gg 2

per-

persuadiendonos que nuestra reputacion es un bien público; y por consiguiente, no quiere que despreciemos su defensa. Engañados con tan especiosas razones, creemos que todo nos es permitido quando se nos ofende; y que renunciando todas las leyes de la caridad, podemos rechazar una injuria con otra injuria. Pero nuestro Prelado estaba bien distante de estas peligrosas maximas. Y como el maestro que las enseña no tenia poder sobre su espiritu, seguia otras mas seguras y mas christianas; porque quando se atrevian contra su inocencia, y perdiendo el respeto debido à su caracter, querian los hombres hacer pasar por vicios aun sus mayores virtudes; empleaba este Santo Obispo toda su paciencia para reprimir su colera. Y como si se huviera vuelto un estúpido, no manifestaba ni resentimiento, ni aun conmocion alguna. Sus amigos le reprehendian amorosamente, y querian persuadirle, que su dulzura hacia insolente al crimen, autorizando con su silencio la calumnia; Qué cosas no podia hacer y decir el amor propio, lisonjeado por tan bellas palabras! Pero qué generosa respuesta no sacó de la boca de nuestro Prelado el amor de Dios, que reynaba en su corazon? Mirad (les dice à sus amigos): yo he hecho pacto conmigo mismo de no hablar jamás, quando me siento movido de la colera. Ah! Bienaventurado Obispo, ¿aún hay algun resto de colera en vuestra alma? Sí. Esta passion no se ha extinguido enteramente, y aunque no seguís vos sus movimientos, sentís todavía sus desordenes.

Es verdad, pues, que ella vivia por entonces

en su alma, però murió muy en breve; porque la caridad destruyendo su amor propio, acabó de aniquilar los movimientos de la ira. Y así sucedió, que como un hombre insolente, cuya lengua servia de ministro al demonio para ofender à nuestro Prelado, se huviese propasado à decirle mil injurias, empleando toda suerte de artificios para acabar con su paciencia; le respondió con tal dulzura, que antes se juzgó tenia designio de gratificarle, que de reprehenderle. Los que esto vieron, se lo vituperaron; creyendo que semejante procedimiento, era lo mismo que querer conservar los delitos. Però el Santo los satisfizo enteramente, quando les dió à conocer por su respuesta, que su amor propio havia espirado con su ira, y que se havia hecho insensible à todos los ultrages, por el continuo cuidado que havia puesto en sufrirlos. Pues qué (les dixo), ¿quereis vosotros que pierda yo en un quarto de hora una virtud, que me ha costado veinte años de pena el conseguirla?

Conoced por esta generosa respuesta dos cosas bien memorables. La primera, que su dulzura havia domado à su colera; que havia ido à combatirla dentro de su mismo fuerte; y que desecando la hiel donde reside, no solamente la havia desarmado, sino enteramente destruido. La segunda, que esta victoria le havia costado mil trabajos, pues para deshacer este monstruo, havia peleado por espacio de veinte años. Conoced, que es mas facil conquistar todo el mundo como Alexandro, que vencer una passion como Francisco de Sales. Conoced que aquel Conquistador, des-

pues

pues de haver sujetado tantos Reyes, no havia sujetado todavia su colera; y por consiguiente, que este Soberano del Universo, que era tan absoluto en su estado, no era obedecido en su persona. Conoce que los esclavos del humilde Francisco de Sales, eran los Señores y los Tyranos del Grande Alexandro; y tened presente, que los Santos son mas raros en el mundo que los conquistadores. Pero aunque este bienaventurado havia vencido el amor propio en los vicios, pudiera suceder, que no le huviese vencido en las virtudes. Y aunque era muerto a las malas inclinaciones, pudiera no obstante no ser indiferente para sus buenas obras. Y asi examinemos por ultimo este punto delicadísimo de la piedad, ó este escollo de la virtud. Mirad:

PUNTO QUARTO.

El amor propio se mezcla, ó introduce en todas las acciones de los hombres. Y no sé yo, si como es mas oculto en las santas que en las profanas; será en estas por la misma razon mas peligroso. Lo cierto es, que el deshonor que acompaña à los vicios, confunde al orgullo; pero la gloria que se halla en la virtud, le hace insolente. Se le separa, pues, facilmente del mal, pero se le desprende con dificultad del bien. La experiencia nos enseña, que jamás es mas obstinado el amor propio, que quando está sostenido por un pretexto especioso, ó cubierto con una bella apariencia. El unico medio en tal caso para vencerle, es no querer cosa alguna, y está indiferente

te para todas; porque como la indiferencia es la muerte de la voluntad, es tambien la ruina del amor propio; pues como no emprende las cosas buenas sino por orden de Dios, no tiene peligro de dedicarse, ó de adherirse à ellas, por un afecto desatreglado. Ella mira el Cielo y la tierra con unos mismos ojos. Recibe la salud y la enfermedad con igual disposicion. Acepta la vida y la muerte con un mismo semblante. Nada regula sus movimientos, sino la voluntad de Dios; y es tal su respeto à esta Soberana, que muda de inclinacion, luego que ésta muda de conducta.

Pues ahora, como nuestro dichoso Prelado havia adquirido esta perfeccion, no tenia en la tierra empeño alguno. Nada emprendia, que no estuviese preparado à dexar; y luego que Dios por algun signo probable le declaraba su voluntad, se sometia à ella sin repugnancia, y sin remision. De aqui provenia el decir à uno de sus confidentes, que él queria pocas cosas, y aun estas con frialdad; porque no tanto las queria por inclinacion como por obediencia. Se parecia à aquella planta, que no tiene otros movimientos que los que la dá el Sol, y que estando fixa por las raices en la tierra, dexa conducir su flor segun el curso de este hermoso Astro. Tal era nuestro Obispo en orden à Dios. Estudiaba sus voluntades para seguir las, y luego que las conocia, abandonaba todas las suyas, para someterse à las divinas. Ved aqui una prueba de esto tan cierta como maravillosa. Todos saben, que el establecimiento de las doncellas de Santa Maria es la principal ó la corona de todas las obras del bienaventu-

rado Francisco de Sales. Que es el proyecto que mas le ha costado. Que es el mayor servicio que ha hecho à la Iglesia. Y que si huviera en la tierra alguna cosa capaz de atraerle, sería sin duda una obra, donde la salvacion de tantas almas se hallase estrechamente unida con la gloria de Dios. Con todo eso, amaba Francisco esta obra sin particular adhesion; aplicaba à ella sus servicios sin interés; y quando juzgó que Dios quería extinguirla en su mismo nacimiento, se rindió à su disposicion con tal conformidad, que os debe convencer de que el amor propio en todas lineas estaba muerto en él: porque consintió sin duda en la ruina de aquella cosa que le era en el mundo mas querida.

Algun tiempo despues de la ereccion de la Orden de Santa Maria, Madama de Chantal cayó enferma peligrosamente, y llegó al extremo de ser abandonada de los Medicos. Su muerte, segun todas las apariencias humanas, sería tambien la muerte de su obra; y nuestro dichoso Prelado no ponía duda en que este Orden, que acababa de nacer, no podría subsistir, si perdía una persona que le servía de directora, y de madre. Fue-la à visitar, quando se hallaba en este extremo, llevando su corazon lleno de dolor y de ternura; pero mas lleno de sumision y de obediencia, la hizo un discurso. ¿Mas qual os parece, Señoras, sería este discurso? ¿Qué consejos juzgais, dió Francisco de Sales à esta Religiosa moribunda? Yo imagino, que Vuestras Magestades se persuaden, le aconsejaría hiciese algunos votos, ó que él los hiciese por la enferma, para alcanzar del Ciel-

Cielo su salud. Que la consolaria, asegurandola que Dios conservaria su vida, para acabar la obra de los dos; y que haría su Magestad un prodigio, para conservar un Orden que se acabaria si ella faltase. ¡Mas ay! qué diferentes de los nuestros eran los pensamientos de este grande hombre! ¡qué diversas las ideas que le inspiró su sumision, y conformidad, y qué lenguaje tan distinto le hizo tener aquella su santa indiferencia, asesina inocente del amor propio! Hija mia (la dixo), puede ser que Dios quiera darse por contento con este nuestro ensayo, como hizo con la voluntad que tuvo Abraham de sacrificarle su hijo. Y qué, gran Santo, ¿no sois mas penetrado que esto, por la muerte de una persona tan querida, y por la ruina de un Orden tan santo? ¿No sabeis que ésta es la mayor de vuestras empresas, que este instituto debe honrar à Dios, enriquecer la Iglesia, salvar las almas, y poblar el Paraíso? ¿Por qué no haceis votos, para impedir la pérdida de tantos bienes? ¿Por qué no pedis à Dios uno de sus prodigios, para retirar del sepulcro una persona tan necesaria? ¡Ah! Todas estas razones las tenía Sales presentes; pero tambien sabía, que la voluntad de Dios debe ser la regla de la nuestra; y que quando su Magestad la declara por algunas señales externas, es necesario sacrificarle nuestras inclinaciones y nuestros intereses. Sabía asimismo que el amor propio en todo se introduce; que es bastante ingenioso para separarnos de Dios, haciendonos amar sus obras; y una santa indiferencia es el unico medio para defendernos de tan ingenioso enemigo.

No dudeis ya, pues, que el amor propio fue extinguido en un hombre que no tenia voluntad; y persuadios de que el amor divino era victorioso en su alma; pues havia hecho morir en ella una afeccion tan justa y razonable. La conversacion que tuvo con uno de sus intimos amigos poco tiempo antes de su muerte, confirma bien esta verdad: porque hablando con él en confianza, le dixo estas palabras que el amor santo puso en su boca: si supiera yo, que havia algun resto del amor del mundo en mi corazon; quisiera que se rompiese mi pecho, ó que mi corazon se abriese, para que saliese de allí este impuro y falso amor; Un hombre que habla en estos términos, no testifica evidentemente, que el amor propio no habita en su alma; y que la caridad le ha librado de este enemigo? No necesito deciros mas para acabar el Panegyrico de nuestro Santo, ó por decirlo mejor, el triunfo del divino amor, que hacer os ver, que este gran Santo es dichoso, por haver sido el vasallo y el martyr del amor. El vasallo, pues obedeció á sus impulsos; y baxo de su conducta triunfo del amor propio. El martyr, pues cediendo á su dulce violencia, coronó su vida con la mas gloriosa de todas las muertes.

Pidamosle, pues, alguna parte de esta dichal Confesemosle para que nos alcance la gracia de ser como él los mártires del amor santo; y los vencedores del amor propio. El primero es el origen de todos los bienes; el segundo la causa de todos los males. Y así como el amor propio precipió á los hombres en el abismo de la desgracia, el divino los eleva al colmo de la felicidad.

dad. Declaremos, pues, la guerra al amor propio, pues es nuestro mortal enemigo. Acometámosle en los placeres, donde está tan gozoso; en los honores, donde es tan insolente; y en las buenas obras, donde está tan oculto. Y aprendamos del exemplo del bienaventurado San Francisco de Sales, que el amor divino no se aumenta en nosotros, sino á proporcion que se disminuye el amor propio; y que es necesario aborrecernos sobre la tierra, si queremos amar à Dios, y reynar con él por los siglos de los siglos en el Cielo. Asi sea.



SERMON

DE SANTA GENOVEVA.

Non aparebis in conspectu meo vacuus.

Exodi cap. 23. v. 15.

NO siempre el nacimiento ni la dignidad es quien hace à los hombres considerables en el mundo. La Francia ha tenido Reyes y Reynas, que por no haver sabido componer la santidad con la grandeza, no son conocidos ni estimados en este siglo. Pero ha tenido Pastores, que por haver ensalzado la baxeza de su origen por su merito, son venerados de la Iglesia, y reciben alabanzas por la boca de todos los fieles. La gran Santa Genoveva, cuya fiesta celebra hoy la Iglesia, es un testimonio irrefragable de esta resplandeciente verdad. Nació esta Santa en una aldea, y no siendo su exercicio mas efevado que su nacimiento, empleó los primeros años de su vida en la conducta de su rebaño, ò en el oficio de pastora. Y sin embargo, su virtud la enobleció de tal suerte, que nuestros Reyes la veneran como à su protectora; París la invoca como à su Patrona, y la Iglesia la honra como à una de sus mas illustres Santas. Mas respecto de que la pureza contribuyó à su gloria, tanto como todas las demás virtudes juntas, no comencemos su Panegyrico sin saludar

à la que todas las Virgenes reconocen por su Soberana, y digamosla con el Angel:

AVE MARIA.

Como Dios es el principio de todas las criaturas, es tambien su ultimo fin. Y asi como salen de él por la creacion, asi tambien vuelven à él por el conocimiento y por el amor. La Religion, que se reduce al culto del verdadero Dios, les enseña à rendirle adoraciones, à ofrecerle Altares, à sacrificarle víctimas, à consagrarle presentes. Y esta ultima obligacion es tan estrecha, que los Israelitas no se atrevian à comparecer delante de su Magestad con las manos vacias; y era preciso para señal de su devocion, cargar de ofrendas los Altares quando entraban en el Templo: *Non apparebis in conspectu meo vacuus.* Pues ahora; aunque la Religion ha mudado de semblante por el Misterio de la Encarnacion; aunque Jesu-Christo que vino à cumplir la ley perfeccionandola, nos haya enseñado ceremonias mas santas, sacrificios mas inocentes, y virtudes mas elevadas; no nos ha dispensado de hacer presentes à su Padre. Pero en lugar de los frutos de la tierra, que los Israelitas le ofrecian, para darle gracias de la fecundidad que havia impreso en ella; quiere que le ofrezcamos nosotros frutos de nuestro cuerpo y de nuestro espiritu; y que hallando en nosotros mismos alguna cosa digna de su Magestad, seamos à un mismo tiempo el presente y el donante. Todos los Santos, pues, han desempeñado esta obligacion; pues aunque hayan sido pobres, han en-

encontrado en su persona de que satisfacer este religioso tributo. Unos le han ofrecido su industria y su trabajo, quedandose exhaustos por sus copiosos sudores en la predicacion del Evangelio. Otros le han dado su corazon por el amor, y su entendimiento por la oracion. Otros le han sacrificado su vida por el martyrio; y se han dado à sí mismos enteramente, para hacer mas insigne su liberalidad. Entre todos estos, no hallo yo otra mas ingeniosa que Santa Genoveva; que no reservando cosa alguna de quantas poscia, consagró à Dios su cuerpo, por la castidad que inviolablemente guardó toda su vida. Su reputacion, por la calumnia que padeció; su salud, por la enfermedad que toleró; y finalmente su belleza, por la lepra que contraxo asistiendo à los que estaban contagiados de este mal horrible y espantoso. Grandes presentes, Señores, dignos de Dios y de nuestra Santa; pues no tenia cosa mas preciosa que ofrecer à su Magestad; porque dándole su cuerpo, su salud, y su honor, y su hermosura, no tenia mas que dar. Oíd con paciencia.

PUNTO SEGUNDO.

Mientras que la Justicia original mantenía en buena inteligencia las dos partes que componen al hombre, miraba el alma à su cuerpo como à su palacio. Allí habitaba con placer, y no hallando cosa desagradable en tan hermosa mansion, no temia ni la ruina ni el contagio. Pero después que la culpa mudó en prision este palacio, y el cuerpo que era el consuelo del alma, vino à ser su suplicio, fue necesario buscar virtudes que le

re-

reduxesen à su obligacion, y le enseñasen la obediencia. La abstinencia, pues, le debilita cercenándole las viandas. Las vigiliass le abaten, privándole de una parte del sueño. La castidad le allige, prohibiéndole toda suerte de placeres; porque la principal ocupacion de esta virtud, es mortificar al cuerpo, poniéndole entredicho en todas las delicias, y colocándole en la Cruz por la tolerancia de los trabajos à que le condena, como dice San Cipriano: *Castitas cupidinem domat; concupiscentiam subigit; desideria aridoris est taguit; corpus ancillat. Et ita carnalia crucifigit.* La castidad, dice, doma la concupiscencia, apaga los deseos que el amor impudico enciende en nuestro corazon; sujeta al cuerpo, y le enseña à servir al alma su legitima señora; y por este inocente artificio crucifica todo lo que en él hay de terrestre y carnal. La virginidad aumenta el precio sobre la castidad; y como jamás ha disfrutado los placeres de la carne, hace los hombres iguales con los Angeles; y elevándolos sobre su misma condicion, hace de ellos unas nuevas criaturas que gozan sobre la tierra de la felicidad de los bienaventurados: porque segun San Cipriano, que, al parecer, es el Panegyrista de esta divina virtud, los hombres se buelven Angeles, quando consagran su cuerpo à Dios por la pureza; y aun parece, que como tienen dificultades que vencer, las que no tienen los puros espiritos, pueden tambien esperar mayor gloria: *Virginitas æquat se Angelis, imo excedit in carne lucrata* (a).

Pe-

(a) Cipr. (aut quisquis est Author.) lib. de bono pudicitie.

Pero sin empeñarnos en una contextacion, que aunque honrosa à los hombres, seria en alguna manera injuriosa à los Angeles; contentemonos con decir, que la virginidad tiene excelencias que nadie la sabria disputar; y que sus mayores enemigos son precisados à convenir, en que es una santa juventud que no envejece con el tiempo, sino que conserva su frescura y su inocencia à pesar del rigor de los años; que es el triunfo de los placeres, à quienes siempre ha vencido, porque los ha despreciado siempre; que es una honesta y venerable libertad, que no empeñandose en los lazos del matrimonio, no sufre la tirania de un marido, ni siente la pérdida de los hijos; y que no teniendo ligaduras algunas en el mundo, puede pelear contra la persecucion, y aun provocar à los verdugos. Hagamos justicia à San Cipriano, que nos ha suministrado estos bellos pensamientos: reframos sus hermosas palabras, que los explicarán con mas eloquencia que las mias: *Voluptatum triumphus virginitas, perseverans infantia, soluta libertas, filiacum contemptum habet, nec orbitatem sentit; non matrimonio, non liberis dicata potest persecutionem provocare.* (a). Mas esto es alabar la virginidad à expensas de una ilustre Virgen; porque es callar por demasiado tiempo el merito de Santa Genoveva, que siguiendo los consejos de esta virtud, se ha hecho tan recomendable en la Iglesia por su pureza.

Esta gloriosa Santa, pues, consagró desde la

(a) Idem ibi. Bull. Coena. c. v. p. 100.

infancia su cuerpo à Jesu-Christo nuestro Señor. Se privó de todas aquellas delicias que hacen guerra à la castidad. Conservó el honor del Bautismo, guardando virginidad; y prevenida por la gracia, aumentó el numero de las Esposas del Hijo de Dios. El gran San German Obispo de Auxerre, habiendo reconocido en su semblante la santidad de su alma, la levantó del siglo para darsela à la Iglesia, y la puso en el Coro de las Virgenes santas, que no tienen otro cuidado que el de agradar à Jesu-Christo. Juzgad, Señores, de la excelencia de este presente por el merito de aquel que le ofrece à Dios, è inferireis quàn agradable era al Cielo Genoveva, pues le inspiró à este grande Obispo el pensamiento de consagrarla à su servicio.

Mas como esta ilustre Virgen sabia que la pureza se desconfia de sus fuerzas; y que procura valerse de la penitencia para pelear contra sus comunes enemigos, recurrió al ayuno, è hizo con él tan cruel guerra à su cuerpo, que desde la edad de quinze años hasta la de cinquenta, no comia dia alguno, à excepcion de los Domingos y Jueves, mas que pan, ni bebia mas que agua. Y quando vió que el tiempo y el ayuno havian debilitado su carne, y que no debía ya temer las rebeliones de este enemigo domestico, moderó su abstinencia; pero de un modo, que à otro sugeto que Genoveva le huviera parecido demasiado severo: porque desde los cinquenta hasta los ochenta años solamente añadió algunas legumbres à su pan; pero acompañando siempre con lagrimas y suspiros esta ligera refeccion.

Despues de haver escandalizado David à todo su Reyno con un adulterio, à quien siguió un homicidio, dice la Escritura Santa, que para apaciguar la ira de Dios, y expiar dos delitos tan atroces, mezclaba sus lagrimas con su bebida: *Et potum meum cum flexu miscebam*. No me admiro, pues, que aquel que havia mezclado la sangre con sus injustos placeres, mezclase las lagrimas con su bebida, y que procurase conseguir perdon de un pecado tan grande con una penitencia tan austera. Pero que la inocencia de Genoveva imite à los mas severos penitentes, y haga por toda su vida lo que David hizo por algunos años solamente; esto me admira: *Nunquam ad mensam accedebat nisi præmissis lacrymis*. ¡Ah!

¡Quánto no reprehende este ayuno el exceso de nuestras destemplanzas! ¡Quánto no condenan estas lagrimas los regocijos de nuestros festines! ¡Quánto no debemos temer que nuestra Abogada se vuelva nuestro juez! ¡Que la que debe defender y abogar por nuestra causa, pronuncie nuestra sentencia; y que la Patrona de Paris animada contra sus desordenes le niegue su proteccion, y justamente le abandone al furor de sus enemigos! Pero contentemonos con hacer el oficio de Orador, sin recurrir al de Profeta; y continuando el Panegyrico de nuestra Santa, manifestemos el segundo presente que hizo à Dios, sacrificandole su reputacion, acometida por la calumnia. Mirad:

PUNTO SEGUNDO.

Si la gloria es la recompensa de la virtud, no hay que extrañar que la Santa mas virtuosa de este Reyno, haya sido la mas conocida, y la mas honrada; ni que el Hijo de Dios que prepara las recompensas à los que le sirven tuviese cuidado de hacer resplandecer la gloria de su querida esposa, y procurarla la aprobacion de quanto havia grande en el mundo. En efecto, los pueblos la veneraron como à su Patrona, reconociendo mil veces que debian su salud à su proteccion. Nuestros Reyes publicaron sus virtudes, y la dieron un poder absoluto en su Reyno. Los Santos hicieron su elogio, y manifestaron sus merecimientos, à pesar de su humildad. San Lupo y San German, los mas preciosos ornamentos de su siglo, la propusieron por exemplo à todas las Virgenes de Jesu-Christo. Y el gran Simon Estelita, este penitente del ayre, este solitario público, este prodigio suspendido entre el Cielo y la tierra, testificó publicamente la estimacion que hacia de nuestra Santa, encomendandose à ella desde lo alto de la columna.

Mas aunque fue tan resplandeciente su virtud, y su reputacion tan pública, no dexó de experimentar los mortales golpes de la calumnia. Y me atrevo à decir, que así como fue la mas honrada, así tambien fue la mas maltratada entre todos los Santos de la Iglesia. Si: Aunque los christianos no busquen el honor, sienten sin duda la calumnia: y la justicia les obliga à conservar la reputacion,

porque puede conducir mucho para la salvacion del proximo. Ellos temen esta pérdida, sabiendo que este bien, aunque frivolo en sí, hace mas recomendable la virtud. Y asi, quando la calúmnia les quita el honor, necesitan de toda su paciencia para sufrir esta injuria. Este, pues, es uno de los mas singulares presentes que pueden hacer à Jesu-Christo; y una de las mas queridas víctimas que pueden sacrificar à Dios Padre.

Y ved aqui una de las mas fuertes pruebas de la virtud de nuestra Santa, y en la que su valor y su humildad resplandecieron con mas pompa. El demonio, pues, valiendose de la lengua de los pecadores, vomitó contra ella las mas negras calumnias, que podian manchar su virtud. Ellos, à la verdad, parecieron ingeniosos en forjar mentiras; y para tizar la blancura de su inocencia, hicieron pasar por vicios todas sus virtudes, y por maquinaciones contra el estado ò contra la Iglesia las acciones mas ilustres de su vida. Era Genoveva humilde; y por consiguiente, ocultaba quanto la era posible, ò con tanto cuidado, las gracias del Cielo, como los vanos y orgullosos las publican. Y esto no obstante, la acusaron de que era soberbia; y persuadieron al pueblo, que en todas sus buenas obras no buscaba otra cosa, que la reputacion y la gloria. Era, como ya os he dicho, mas pura que los infantes que acaban de nacer. Esta virtud, ciertamente, brillaba en sus ojos, resplandecía en su semblante, y se manifestaba en sus obras y en sus palabras. Y sin embargo, estos demonios en carne, acometieron su castidad, è intentaron hacer pasar à la Santa esposa de Jesu-Christo-

Christo por una muger perdida. Ella protegió à Paris en su mayor necesidad, le defendió de sus enemigos, è infundió el terror en la armada que le sitiaba, haciendo Dios por su intercesion cien milagros para libertar à la capital del Reyno. Y con todo eso, estos atrevidos calumniadores la acusaron de inteligencia con los estrangeros, de quererlos hacer entrar en Paris, y favorecer las armas de Attila, cuyas tropas havia ella deshecho y disipado. Pero lo que admira sobre toda creencia es, que no perdonaron ni aun à sus mismos milagros; y asi, emplearon todos sus artificios, para persuadir à los Parisienses, que su Santa protectora era una infame magica. ¿Podia llegar à mas la persecucion?

Los milagros, à la verdad, son señales visibles del poder de los Santos, caracteres nobles de su virtud, y pruebas autenticas de su piedad. Dios no oye à los pecadores; y si alguna vez se vale de sus manos impuras para obrar algunos prodigios, esto lo hace unicamente quando ellos defienden sus verdades, ò sus intereses. Mas quando dá à sus Santos un poder supremo en su estado; quando los hace sentar en su mismo Trono; quando obliga à los elementos à venerar sus palabras, y à las bestias feroces à obedecer sus voluntades, es necesario reconocer y confesar, que tienen tanta parte en su amor como en su autoridad; porque si no fueran sus amigos, no fueran tan absolutos en su Reyno. La gran Santa Genoveva havia dado mil pruebas de su santidad por sus milagros. Havia manifestado su poder en todas las partes del mundo: havia hecho temblar la tierra, y abierto

to las carceles para libentar los prisioneros: havia calmado las olas del mar enfurecido, y conducido seguramente al puerto à los Marineros que havian implorado su asistencia: havia formado rayos en el ayre, y mezclado las llamas con las aguas, en estos espantosos metéoros, para arrojarlos sobre las cabezas de los enemigos de Dios y de la Francia. Y sin embargo, estos pueblos ingratos toman estos prodigios por ilusiones, atribuyen al demonio las obras de Dios, y quieren quitar el honor à la que les ha conservado la libertad.

¿Qué deciais vos, gran Santa, en una prueba tan terrible de vuestra paciencia? ¿cómo sufriais esta injuria que heria vuestra santidad? ¿de qué armas os valisteis para rechazar los dardos de la calumnia? ¡Ah! Genoveva, Señores, no hacia otra cosa, que consolarse con la memoria de que su querido Esposo havia sido tratado del mismo modo. No le parecia extraño, que sus milagros fuesen tenidos por prestigios, quando se havia imputado lo mismo à los de Jesu-Christo, atribuyendolos à Beleehebú, y acusandole de que lanzaba los demonios por virtud de los demonios mismos: *In nomine Belzebutb ejicis dæmonia*. Ella imitó al que la consolaba; y así como su Magstad triunfó de sus enemigos, por un glorioso silencio: *Calumnii appetitus silentium detulit triumphale*. (a) Así Genoveva triunfó de los suyos por las mismas armas, y se defendió de la calumnia sufriendo, y aun riyendose de ella. Aprended, pues, de tan in-

(a) Ambros. in Psalm. 118. Sermon. 17.

insigne exemplo à no querellaros de las murmuraciones, ni calumnias. Dexad por cuenta de Jesu-Christo el cuidado de vengaros, si sois inocentes como su Magstad. Y si sois culpables, honrad la justicia de aquel Señor, que os castiga por la lengua de los calumniadores. Y continuando ahora las liberalidades de nuestra Santa, veamos el tercer presente que hizo à su Esposo, que fue el de la salud de su cuerpo en las enfermedades que padeció.

Es cosa cierta, que así como no hay mal mas verdadero, despues del pecado, que la enfermedad corporal, así tampoco hay bien mas sólido, despues de la gracia, que la salud. Todos los demás males no yeren ni al espíritu ni al cuerpo, si nuestra aprehension ò imaginacion no ocasiona sus dolencias. Mas para consolarse y defenderse de las penas que ocasiona la aprehension, es suficiente una mediana virtud. La pérdida de los bienes, por exemplo, no es sensible, sino para los que no conocen su vanidad ò inestabilidad; siendo cierto por otra parte, que por mas esfuerzos que haga la fortuna, quando está irritada contra nosotros, no es capaz de privarnos de lo necesario, para vivir. Siempre se verificará, que todos nacemos mas pobres, que lo que somos despues en toda la vida: *Nemo tam pauper vivit quam natus est*. (a) Y si nosotros quisieramos arreglar nuestros deseos por las necesidades de la naturaleza, seriamos ricos aun en medio de la indigencia. El destierro no es pena para los que saben que toda la tier-

(a) Seneca.

tierra es patria suya; que todos los hombres son nuestros hermanos; y que en qualquier lugar del mundo adonde nos destierre la injusticia de un tyrano, en encontramos à Dios, y llevamos à él nuestra virtud. La prision misma no es suplicio para el hombre virtuoso; porque él tiene libertad en medio de las cadenas; halla compañía en los calabozos; y si no puede divertirse con los vivos, tiene la ventaja en aquella soledad, de no estar precisado à oír sus mentiras, ni aprobar sus necesidades. Pero la enfermedad es un mal efectivo que acomete al cuerpo y al espíritu; que rompe las cadenas que estrechamente los unen; que hace padecer à todo el hombre, esto es, à todas las partes de que se compone; y que le obliga muchas veces à desear la muerte, para libertarse de otra enemiga mas terrible.

Pero si se ha de juzgar de una cosa por su contraria, preciso es decir, que de todos los bienes naturales, no lo hay mas dulce ni mas amable que la salud. Es una armonia de elementos y de humores; una imagen de la paz; una felicidad adelantada, y un bien que comprehende todos los demás bienes del cuerpo: *Omnia bona corporis sanitas*, (a) como dice San Bernardo. Por eso los Santos que hacen à Dios un presente de su salud, y que se la dan gustosos quando su Magestad se la pide, no nos dan pequeño testimonio de su sumision y de su esfuerzo. Esta fue la ultima prueba de la paciencia de Job; y así, despues que el

(a) Serm. de triplici genere bonorum. *domini* (4)

demonio le quitó las riquezas y los hijos, sin conseguir de aquel pacientísimo hombre alteracion alguna, se persuadió enteramente de que triunfaria de su paciencia, si le quitaba la salud. Y ved aquí el artificio de que se valió en orden à Genoveva; porque viendo que sin perder la tranquilidad de su espíritu, havia tolerado la calumnia, creyó poderla vencer con la enfermedad. Obtuvo, pues, del Cielo la permission de atormentarla; y como le havian permitido todo lo que no fuese quitarla la vida, la afligió con todas quantas enfermedades pueden exercitar la paciencia de una muger. La fiebre con sus ardores encendió el fuego en sus entrañas; la paralysis la privó del uso de todos sus miembros; y como si este accidente estuviese de acuerdo con el diablo, la quitó el movimiento; y la dexó sin sensacion. A mas de esto, este infernal espíritu que halla su placer en la miseria de los hombres, cubrió de úlceras el inocente cuerpo de Genoveva, de las quales salian exercitos de gusanos que la roían vivamente. El desvió de su casa tambien à todas las gentes que la podian servir de consuelo; y no dexandola mas que un poco de paja, la reduxo al mismo estado, à que en otro tiempo havia reducido al mas miserable y mas paciente de los hombres.

Pero como el furor de este enemigo del genero humano no tiene límites, y hace contra los Santos quanto puede, si su poder no es impedido por el de su Soberano; unió enfermedades contrarias para atormentar à Genoveva, è hizo ver en sus males una imagen de los condenados. Pero sin embargo, Señores, jamás pudo sujetar su valor, ni

cansar la paciencia de esta Santa. Todos sus esfuerzos, y artificios fueron igualmente inútiles. Y este espíritu soberbio tuvo la vergüenza ó el oprobio de ser vencido por una muger. Mas no juzguéis que sus trabajos y dolores fueron de poca duración por haver sido tan violentos. No juzguéis que se comenzasen y finalizasen en un mes: No. Duraron años enteros; y el fin de una enfermedad era principio de otra; aunque muchas veces se juntaban varias, para precipitarla en la desesperación, violando las leyes de la naturaleza, por obedecer al aborrecimiento del demonio. ¡Ah!

Divino Esposo de Genoveva, ¿por qué la abandonáis à tan crueles dolores? ¿por qué no escucháis los ruegos de vuestra amante? ¿por qué no socorreis à la que tantas veces os ha socorrido en la persona de los pobres? ¿por qué no obráis algun milagro en favor de aquella, por quien haveis sanado prodigiosamente tantos enfermos? Bolved, Señor, su movimiento à estas manos, que han sido tan fecundas en buenas obras; abrid estos ojos que han derramado tantas lagrimas; consolad este corazón que ha sido tan tierno à las miserias de su proximo; regad esta boca arida, que tan frecuentemente ha bendecido vuestro nombre. Corad, en fin, à vuestra amante, aliviad à vuestra casta esposa, y no abandonéis à la que os ha servido en la persona de todos los miserables. Pero si Jesu-Christo no era sensible à las penas y dolores de Genoveva; ¿por qué no hacia ella misma un milagro para su curacion? ¿por qué no usaba en favor suyo de aquel poder absoluto que tenia, sobre

todas las enfermedades? ¡Ah! La pregunta parece bastante razonable; pero la respuesta es mas sólida.

Los Santos, Señores míos, rarisimamente emplean su autoridad en beneficio de sus propios intereses. No usan, digo, de estos dones sobrenaturales con que el Cielo los ha honrado, sino para gloria suya, y por la salvacion de los fieles. Ellos dexan à Dios el cuidado de su propia persona; y quando las enfermedades les acometen, quieren mas exercitar la paciencia, que hacer brillar su poder. Genoveva, sin duda alguna, era de este sentir. Havia aprendido en la escuela de su Esposo; y acordandose de que su Magestad no havia hecho milagros para descender de la Cruz, no los quiso ella tampoco para levantarse de su lecho. Una de las mayores tentaciones que sufrió Jesu-Christo, fue la que experimentó en el Calvario, quando hablando el demonio por boca de los Sacerdotes, le provocó à que descendiese de la Cruz, para hacerles ver que era Hijo de Dios. El pretexto era especioso; y el maligno espíritu, viendo que la redencion de los hombres estaba vinculada en la Cruz, queria que Jesu-Christo la interrumpiese por un milagro; y que perdiendo la paciencia en medio de sus tormentos, diese pruebas de su poder antes de tiempo. Pero el Señor dexó burlado este artificio, dice admirablemente San Agustín; y para confundir al demonio, conservó su paciencia, no descendiendo de la Cruz; y mostró su poder, resucitando del sepulcro: *Sed Christus servavit patientiam, quia non descendit de lig-*

no; & demonstravit potentiam, quia surrexit de sepulchro. (a) limitó, buelvo à decir, Santa Genoveva à su divino Esposo en su enfermedad; pues reconociendo la intencion del espíritu maligno, quando la provocó à que se curase milagrosamente à sí misma, hizo resplandecer su paciencia, por una admirable conducta, sufriendo silenciosamente todos los rigores de su mal; y despues que fue libre de ellos, hizo asimismo admirar su poder, en los milagros que obró para alivio de los fieles. Aprovechemonos, pues, de tan santa instruccion. No pidamos, digo, milagros al Cielo, quando nos vemos afligidos de la enfermedad: no hagamos votos algunos por alcanzar la salud: no empleemos finalmente la poderosa intercesion de los Santos en una ocasion, en que quiere Dios probar nuestra paciencia. Tengamos sí presente, que si en el Estado de Jesu-Christo es mas glorioso hacer, que padecer; es no obstante mas santo, y mas util sufrir dolores, que hacer milagros. Pero acabemos el Panegyrico de nuestra Santa, viendo el ultimo presente que hizo à su Esposo de la beldad y hermosura de su cuerpo, y que à mi ver, fue la prueba mas preciosa de su amor.

PUNTO QUARTO.

Bien sé, Señores, que la hermosura es una prenda tan fragil como peligrosa. Que es facil de perder, y dificil de conservar. Que el tiempo destru-

(a) Aug. lib. 4. de Symb. c. 5.

truye su esplendor, y tizna su blancura. Que la enfermedad borra su buen parecer; y que apenas hay accidente en la vida que no la cause alguna injuria. Además de esto, es una prenda que por lo regular no está de inteligencia con las virtudes; y aun es muy dificil que una muger hermosa sea humilde entre tantas alabanzas, ni casta entre los muchos combates que experimenta. Tertuliano juzgó que la hermosura era inutil donde reynaba la castidad: *Ubi pudicitia, ibi vacua pulchritudo*: (a) y que el funesto fruto que producía este mal arbol era la impudicia: *Fructus pulchritudinis luxuria*. (b) Los poetas que son los adoradores de la belleza, confiesan ser enemiga de la humildad; que todas las hermosas son soberbias; y que el orgullo es el mayorazgo de las grandes hermosuras: *Fastus inest pulchris, sequiturque superbia formam*. (c) El Espíritu Santo, que forma oraculos en la boca de los Profetas, nos enseña que la beldad es engañosa; que huye de las mugeres que la poseen, y vende à las que la aman; y por consiguiente, que no las hermosas, sino las prudentes y temerosas de Dios, son las que se han de alabar: *Fallax gratia & vana est pulchritudo, mulier timens Deum ipsa laudabitur*. (d)

Pero el mismo Espíritu Santo, sin contradecirse, ni oponerse à lo dicho, dá con frecuencia alabanzas à la hermosura corporal, quando está acompañada de la modestia y castidad. Y así vemos que la ha honrado en las Judithes y en las Es-

(a) Tertul. de cultu. fem. (b) Idem ibi. (c) Ovid.
(d) Proverb. 31. v. 30.

theres; que se ha servido de ella en sus mayores proyectos; y que quando quiso domar el orgullo de sus enemigos, no empleó otras armas que los encantos y adornos de un hermoso semblante. El Espíritu Santo, pues, ensalzó la belleza de Judith quando salió contra Holofernes; y despues de haverse preparado para su combate con todos aquellos adornos, que havia abandonado despues de su viudedad, la dió el Señor un nuevo realce ó esplendor à su rostro, que no podia ella esperar ni de su edad, ni de su industria: *Cui Dominus quoque contulit splendorem.* (a) Mas quando la Escritura Santa no huviera hecho el elogio de la hermosura, ¿no se sabe muy bien que tiene bastante poder para hacerse amar de todo el mundo? ¿que ella es la que perfecciona las obras de Dios? ¿que es la dicha del cuerpo, el adorno del alma, y el complemento de la criatura? *Felicitas corporis*, dice Tertuliano (aunque era su enemigo declarado) *divine plasticæ accessio, & animæ vestis urbana.* Tambien es preciso confesar, que todas las mugeres hacen de ella su principal ostentacion; que la buscan con empeño; que la pierden con sentimiento; y que la ponen en la clase de las cosas que las hacen mas recomendables.

Nuestra ilustre Santa fue bien enriquecida en esta parte. La naturaleza anduvo con ella tan liberal como la gracia. Y así su cuerpo no era menos perfecto que su alma; y su belleza, aunque menospreciada, no dexaba de tener muchos encantos. Y lo que

mas

(a) Judith cap. 10. v. 4.

mas, ni la penitencia, ni las enfermedades havian podido borrar su esplendor: por lo que esta Santa, en medio de su languidez, conservaba tal dulzura y magestad en su semblante, que à un mismo tiempo se hacia amar y temer. Pero lo que hacia mas recomendable su belleza era, que, à semejanza de la de Maria, obligaba à todos los que la miraban à levantar sus corazones à Dios, inspirandoles santos deseos y castos pensamientos. Por lo que reconociendose por la experiencia, que no era funesta à persona alguna su hermosura, tenia motivo para ser amada, ó à lo menos para no ser aborrecida. Esto no obstante, Señores, Genoveva hizo quanto la fue posible para desfigurar su buen parecer. Se exponia à los rayos del Sol, para que ofuscasen el resplandor de su tez. Ayunaba para perder la textura y colorido del semblante. Velaba para mudar sus rosas en palideces y como si las austeridades no fueran capaces à destruir su belleza, pedia enfermedades à su Esposo, para que destruyese toda la gracia que podia restar en su penitente rostro. Vos seréis oída, Genoveva; aunque si la oposicion que teneis à vuestra hermosura mas es aborrecimiento que menosprecio; podeis muy bien arrepentiros de hacer votos tan extrafios. En efecto, una horrible enfermedad la acomete; y la reduce à tan espantosa fealdad, que causaba horror à todo el mundo. La lepra se apodera de su cuerpo; le cubre de úlceras; y la hace tan monstruosa, que apenas ella se conoce, ni se puede sufrir à sí misma.

Y à la verdad, aunque todas las enfermedades sean fastidiosas y horribles, como penas que son,

de imagenes del pecado; hay algunas, sin embargo, que solamente nos privan de la salud; y en los que nos aman, no causan otro efecto que el de la compasion y de la pena. Pero otras hay tan espantosas, que infunden aversion en todo el mundo; y tan contagiosas, que obligan à nuestros amigos à dexarnos. La peste, sin duda alguna, es de este numero; ella separa al padre de los hijos, y al marido de la muger; y como se comunica à todos los que se acercan, trae siempre consigo el horror y la soledad. Pero la lepra es mas espantosa todavia, porque por una parte nos aparta del mundo como la peste; y por otra no nos quita prontamente la vida como aquella, sino que nos la prolonga para dilatar nuestro suplicio: *Leprosis*, dice San Ambrosio, *vita suplicium, & mori lucrum*. (a) La Religion y la Policia dividen à los leprosos de toda comunicacion, aun con los demás enfermos. Esta segunda las cierra las puertas de las Ciudades, aquella las de los Templos. Una los trata como à enemigos, otra como à excomulgados. De modo, que estos miserables parece que no son hombres ni christianos; pues son separados de toda comunicacion, así divina como humana; y en vez de aquella compasion que inspira toda clase de afligidos, estos solamente infunden la aversion y el aborrecimiento.

Y con todo eso este fue el suplicio con que fue exercitada la inocencia de Genoveva. El Cielo la priva à un mismo tiempo de su salud y de su

(a) Amb. lib. 7. de offic. cap. 24. tom. y zambini. n. 11

belleza: la hace un espectáculo horrible que aleja de sí à todo el mundo: y por un exceso de rigor, destierra de los Templos y de las casas à la que los havia libertado del furor de Atila; Ah! Vos, Señor, sois el dueño de la enfermedad y de la salud: Vos sois el soberano de la vida y de la muerte: Vos haveis pronunciado nuestra sentencia, y la poneis en execucion quando os agrada. Genoveva, aunque inocentisima, merece la muerte porque es hija de Adan: y no osariamos nosotros acusar vuestra justicia, que castiga el pecado del padre en la persona de sus hijos. Y así, haced sufrir à vuestra esposa con el rigor de una larga y cruel enfermedad; dadla la muerte si os agrada, y acabad su vida poniendo fin à su destierro; pero no la enviéis lepra, Señor; perdonad este rostro donde la hermosura no se opone à la modestia. Respetad este cuerpo penitente, que no os ha honrado menos que el espíritu que le anima: y acordaos de que es vuestro templo, donde con mucha frecuencia se os han ofrecido víctimas inocentes.

Este deseo os parecerá justo, Señores; y con todo eso no lo es; no. Genoveva lo desapruaba; y recibiendo la lepra como un favor, bendice al Cielo que la ha dado esta semejanza con su Divino Esposo. Ella le ama sobre la Cruz, donde su Magestad la dió tantas pruebas de su amor; y no pudiendo ser enclavada en ella, quiere à lo menos ser leprosa como él. Era Jesu-Christo, sin la menor duda, el mas hermoso de todos los hijos de los hombres, porque era nacido de la mas bella de todas las mugeres, y porque no podia haver defecto alguno en un cuerpo que era la obra del Espíritu

Santo. Mas asi como sacrificó su honor y su vida, quiso sacrificar tambien su hermosura por nuestra salvacion. Los golpes que en el discurso de su passion recibió, y los mortales dolores que afligieron su cuerpo y su alma, alteraron tan fuertemente su constitucion, que vino à ser el mas disforme de todos los hombres, desfigurando de tal suerte su rostro las heridas que le cubrian, que el Profeta que le vió en este estado nos asegura, que tenia aspecto de leproso: *Et nos putavimus eum quasi leprosum, & percussum à Deo, & humillatum.* (a) Y Genoveva quiere ser una copia de este divino original. Quiere, digo, perder su hermosura, respecto de que Jesu-Christo ha perdido la suya. Quiere ser leprosa, puesto que su Esposo fue cubierto de la lepra de nuestros pecados; y quiere ser finalmente objeto de aversion en su lecho, ya que el Hijo de Dios fue un espectáculo de horror en la Cruz.

Ahora bien, Señores, ¿hay alguno de vosotros que quiera imitar la liberalidad de nuestra Santa Patrona? ¿Queréis hacer à Dios unos presentes semejantes à los suyos? ¿Estais dispuestos para consagrarle vuestro cuerpo por la penitencia, ya que no os halleis en estado de consagrarse por la virginidad? ¿Teneis suficiente valor para sufrir los mortales golpes de la calumnia, ofreciendo à Jesu-Christo vuestra reputacion? ¿Sois bastante pacientes para tolerar con igualdad de animo las enfermedades, haciendo de este modo un verda-

(a) Isai 53.

dero sacrificio de vuestro cuerpo? Y finalmente, ¿estais tan desprendidos del amor propio, Señoras, que podais, no digo pedir, sino aceptar la lepra si ella se presentase, y hacer à Dios un sacrificio de vuestra hermosura, que regularmente preferis à la virtud? Pues aprended si no de Santa Genoveva à reconocer que nada os ha dado Dios que no os pueda bolver à pedir: que el uso mas santo que podemos hacer de nuestro cuerpo y de nuestra alma, es el de hacer de uno y de otra presentes y víctimas à Jesu-Christo. En suma, que nada tenemos tan digno de amarse en la tierra que no lo debamos sacrificar por adquirir la gloria en el Cielo. Asi sea.

SERMON

DE SAN ANTONIO ABAD.

Ego dixi Dñi estis, & filii excelsi omnes. Ps. 81. v. 6.

COMO los Santos son las imagenes de Dios, que nos representan sus divinas perfecciones, se declaró su Panegyrista el Rey Profeta. Y sabiendo que no se podia hacer su elogio, sin formar el de Dios, los alabó en innumerables lugares de los Psalmos. Tan presto nos dice, que Dios se ha hecho admirar en ellos como en las principales obras de su poder y de su misericordia: *Mirabilis Deus in Sanctis suis.* Tan presto, que los ha hecho admirables en sí mismos, obligando à los hombres à venerar sus virtudes por medio del estupor y del silencio: *Mirificavit Dominus Sanctos suos.* Tan presto en fin, que se ha encargado su Magestad de conservar su honor; y que si permite algunas veces su humillacion sobre la tierra, es para honrarlos y glorificarlos por una eternidad en el Cielo: *Gloria hæc est omnibus Sanctis ejus.* Mas como el Profeta no queda satisfecho con todos estos elogios, añade, que el mismo Dios ha hecho su apotheosis, declarandolos dioses por su misma boca: *Ego dixi dñi estis.* Y así, Señores,

SER

611

se-

segun el sentimiento de David, lo mismo es alabar à un Santo, que alabar à Dios: y por consiguiente, lo mismo es formar el Panegyrico de San Antonio, que hacer el Panegyrico de un hombre, à quien sus merecimientos han hecho participante de la divinidad. En esta verdadera suposicion, y obligandome el texto à probar en este discurso, que un hombre es Dios, no podré yo implorar, para mi acierto, intercesion mas poderosa que la de aquella admirable Madre, en cuyo seno un Dios se hizo hombre por los hombres, ni conseguir mejor este favor, que por aquellas palabras que la descubrieron este soberano mysterio, quando la dixo el Angel:

AVE MARIA.

Es la unidad tan propia de Dios, que no sería Dios si no fuese uno solo. Y así Tertuliano dixo con mucha razon, que la Religion Christiana havia proferido un oraculo tan evidente como cierto, quando dixo à sus Discipulos, que si Dios no fuera unico, no podria ser Dios: *Veritas christiana districte pronuntiavit Deus, si non unus est, non est; quia dignius creditur non esse, quodcumque non ita fuerit, ut esse debeat.* (a) Su soberania no permite tener igual, y su unidad no es compatible con algun compañero. El, pues, es solo, porque es Dios; y su misma grandeza le dá esta soledad, en que consiste su incomprehensible dicha, como añade el citado Padre: *Solitudinem*

(a) Tertul. lib. 1. advers. Marc. c. 1. §. 1. c. 1. §. 1. c. 1. §. 1.

-ni

quandam de singularitate prestantiæ suæ possidens. Mas aunque Dios esencialmente sea unico, y halle en su misma unidad su mayor excelencia, no por eso dexa de elevar sus criaturas à la participacion de su divinidad, y de honrar à los Angeles y à los hombres con el nombre de dioses. Por cuyo motivo, la misma Escritura Santa, que tan cuidadosamente procura sostener su unidad, y que bajo de las mas terribles penas prohibe dar compañeros à Dios, nos enseña al mismo tiempo que su Magestad comunica su grandeza à sus criaturas; y que para dar satisfaccion à sus amorosos deseos, hace à los hombres y à los Angeles participantes de aquel honor, que tan justamente ha negado su Magestad à los demonios. En virtud de lo qual, el Angel que dió la ley à Moysés, tomó el nombre de aquel à quien representaba, y se llamó *Dios*, no solamente porque era su Embajador, sino por estar revestido de su poder y de su gloria: *Ego sum Dominus Deus tuus.* Los hombres toman tambien este atributo: y aunque por su origen sean sacados del polvo, y reducidos en ceniza despues de su muerte, llevan sin embargo en la Sagrada Escritura el sobre nombre de dioses: *Ego dixi dii estis.*

El hijo de Dios por otra parte honró con este mismo nombre à sus Discipulos. Y para oponerlos à los hombres que juzgaban indignamente de su persona, los declaró por dioses, segun la opinion de San Geronimo; porque despues de haverles preguntado acerca de lo que de su Magestad sentian los hombres, les preguntó acerca de lo que pensaban ò sentian de sí mismos; y por esta dis-

tin-

tincion manifestó que él no los miraba como à hombres, sino como à dioses: *Qui de filio hominis loquuntur homines sunt; qui vero divinitatem ejus intelligunt, non homines, sed dii appellantur.* (a) Y asi digamos, que el Verbo Eterno no se hizo hombre sino con el fin de que los hombres llegasen à ser dioses; que este nombre, de que era Dios tan celoso, pudo ser comunicado à los hombres; y que el Hijo de Dios, segun juzgó San Cipriano, no sufriendo que su grandeza fuese por mas tiempo solitaria, se procuró à sí mismo otros hermanos, para dar à su Eterno Padre nuevos hijos, dividiendo su nombre y su gloria con los hombres, sin perjudicar à la unidad de Dios: *Beatitude suæ non patitur solitariam magnitudinem, sed addit fratres.* (b) Por cuyo motivo, ni será injusticia, ni sacrilegio el decir que San Antonio Abad es un Dios, respecto de que todos los Santos pretenden esta misma qualidad. Mas para hacer ver la diferencia de este Santo, respecto de los demás, será el argumento de mi oracion, manifestar, que los grados por donde Antonio ascendió à este elevado cúmulo de grandeza fueron propios y peculiares de su persona. Dadme atencion.

PUNTO PRIMERO.

Lo primero que Antonio hizo para alcanzar este honor, fue vender todos sus bienes y repartirlos entre pobres. Lo qual supuesto, discurremos

so-

(a) Hieron. lib. 3. in Math. c. 16. (b) Cypr. de Ascens. Christi.

sobre este hecho en esta forma. Aunque Dios se basta à sí mismo, y halla su felicidad en su misma esencia, con todo eso (ò por lo mismo) no tiene todas aquellas cosas que los hombres buscan con el mayor anhelo. No tiene, digo, aquella especie de gloria, que juzgamos nosotros ser la recompensa de la virtud; lo primero, porque es desconocido en la mayor parte del mundo; lo segundo, porque es injuriado y aun blasfemado impunemente de los impíos: *Parem Deo*, ùlce Seneca, *non faciet fama: Deum nemo novit, & plures de illo male loquuntur, & impunè*. No está asimismo cubierto de púrpura como los Reyes, ni tiene otro vestido que el de su luz, la qual le rodea y encubre à nuestros ojos: *Non facit pretexta, Deus nudus est.* (a) No tiene comitiva alguna que le vaya siguiendo, porque es solo; y antes de criar el mundo estuvo por toda una eternidad sin vasallos ò inferiores que le adorasen: *Non turba servorum, Deus solus est*. No tiene en fin tesoros, sin embargo de que los produce en las entrañas de la tierra, porque dándoselos à los hombres, no reserva para sí mas que su esencia, en que halla todas sus riquezas: *Parem non facit pecunia, Deus nihil habet*. Es verdad que su pobreza nace de su misma abundancia; porque como todo lo tiene en sí mismo de nada tiene necesidad; por cuyo motivo le decía el Profeta: *Deus meus es tu quoniam bonorum meorum non eges*. Y así Dios es pobre por lo mismo que es rico; y si el hombre quiere llegar à ser

-02

(a) Seneca ep. 32.

ser Dios, es necesario que se haga primero pobre. Es preciso para ser dichoso renunciar todos los bienes; y para ascender à la abundancia de Dios, descender en la miseria del mendigo: *Si vis felix esse, ut pauper sis oportet, aut pauperi similis* (a). Pero sin servirme de las pruebas que me ofrecen los profanos, ¿no sabemos por el Evangelio, que la felicidad está anexa à la pobreza, y que el Reyno de los Cielos es la recompensa de los pobres de espíritu? *Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum Cælorum?* Preciso es, pues, dexarlo todo, para poseerlo todo. Y así, el poder absoluto que recibieron los Apostoles para juzgar las naciones, se fundó en el generoso desprecio que hicieron de sus bienes y de todas sus esperanzas.

Y ved aquí el primer grado que elevó à San Antonio al trono de Jesu-Christo. Dexó todos sus bienes, digo, y todas sus esperanzas, luego que formó el designio de ser Dios. Creyó firmemente, que aquel consejo que dá el Verbo encarnado à sus discipulos, de vender todos sus bienes y seguirle, se havia formado unicamente para él; y animado de aquel espíritu que despoja à los fieles para enriquecerlos, ò que los hace miserables para bolverlos dichosos, se deshizo de todas sus posesiones; vendió todas sus cosas; dió su valor à los pobres, y se hizo semejante à ellos, para llegarlo à ser del Hijo de Dios.

Acaso juzgaréis, Señores, que confundiendo
Tom. I. Mm yo

(a) Senec. Ep. 17.

yo la pobreza con la misericordia, desee haceros ver, que San Antonio fue Dios por haver sido misericordioso; pues es tan propio de su Magestad este atributo, que como nota Tertuliano, á Dios le niega la divinidad el que le niega la misericordia: *Qui negat Deum esse misericordem, negat esse Deum*; pero no juzgareis bien: porque sin exceder los terminos que me he prescrito, pretendo manifestar, que San Antonio no llegó á conseguir la abundancia de Dios, sino por la pobreza voluntaria. Y asi vereis, que apenas havia dexado por Dios todos los bienes de la tierra, quando todos estos mismos bienes le vienen á buscar para sujetarse á su dominio. Los fieles llegan en tropas á la soledad para ponerlos á sus pies. Los emperadores imploran su proteccion. Y estos Dioses de la tierra le rinden homenaje, confesando con esta sumision, que ellos no son Dioses con tan buen titulo como él lo es. Y á la verdad, no tienen estos el poder que tenia Antonio en el Estado de su comun Soberano. Porque los milagros no le costaban mas que hablar. Domaba los leones, domesticando sin arte estas bestias feroces. Disponia á su arbitrio de los elementos, que no reconocian ni aun el imperio del hombre inocente. Y finalmente mandaba sobre los demonios de tal suerte, que parecian esclavos suyos estos espiritus orgullosos. Luego es preciso confesar, que la pobreza fue tambien recompensada en San Antonio, que llegó á ser un Dios, desde el punto que voluntariamente se hizo pobre; y que no fue otra cosa que recompensa de esta virtud aquel altísimo poder que le dió su Magestad de

de hacer milagros, pues como dice San Agustin, era muy justo que resplandeciese en los prodigios el que havia menospreciado las riquezas: *Iuste sequebatur, ut largiretur signa, qui opes contempserat* (a).

En cuya suposicion, Avaros, ¡quán ciegos sois y meserables! Si. Sois ciegos; porque juzgais que la abundancia está anexa á los bienes de la tierra; porque buscais la dicha en la miseria, la libertad en la servidumbre, la gloria en la infamia; porque os persuadis, finalmente, que un poco de metal, á quien el error ha dado el precio, puede ser el alivio de vuestras necesidades, y satisfacer vuestros deseos. Sois al mismo tiempo miserables; porque vuestras riquezas os llenan de temores, y aun de indigencia. De temores, porque siempre estais con el sobresalto de perderlas; y de indigencia, porque al mismo tiempo que las poseeis, estais dando testimonios de pobreza en vuestros deseos, y en vuestras economias. Imitad, pues, al grande Antonio, si es que quereis ser ricos. Vended vuestros bienes, si quereis hallar reposo; distribuidlos entré pobres, si quereis llegar á ser Dioses; y sabed, que en el Estado de Jesu-Christo se asciende á la grandeza por la humildad, y á la abundancia por la pobreza. Mas no nos limitemos á esta sola virtud, respecto de que ella no fue mas que el primer escalon, que sirvió á San Antonio, para ascender al trono de la divinidad; veamos, pues, el segundo, que le hizo adelan-

Mm 2 tar

(a) Aug. Sermon. 36. de verbis Ap.

tar en el camino de la gloria; esto es, su soledad.

PUNTO SEGUNDO.

Es la soledad, si bien se mira, una mezcla de elevacion y de baxeza; de felicidad y de miseria; de valor y de cobardia; pues segun los diferentes principios de que puede provenir, podrá pasar ò por una virtud muy superior, ò por un vicio despreciable. De luego à luego la soledad, separando al hombre de la compañía de otros hombres, le debilita y enflaquece; porque si cae, no tiene quien le ayude à levantarse; si se aflige, no encuentra quien le consuele; y aun si es dichoso, le falta aquel complemento de la dicha, que consiste en la participacion. Por eso la Escritura Sagrada pronunció contra el solitario un anatema: *Vie solit*, dice. ¡Ay del Solo! Y San Bernardo dixo tambien con discrecion, que soledad es nombre infeliz: *Sollitudo est nomen miserie*.

Sin embargo, es necesario confesar, que la soledad contiene en sí cosas grandes. Es hija de la inocencia, madre de la oracion, prueba cierta de un superior espíritu, y señal evidente de una maravillosa abundancia. Por lo que Aristoteles, hablando del solitario, dixo, que era preciso fuese ò un Dios ò un bruto: *Solitarius aut Deus, aut bestia*. Un bruto, si era estúpido y feróz; si buscaba los bosques, por no poder sufrir à los hombres, sintiendo su virtud, y envidiando su dicha. Un Dios, si vivia gustoso careciendo de todo: si se bastaba à sí mismo; y si dexando el trato de los hombres, aspiraba à conseguir el de los Angeles.

Tan

Tan cierto es esto, Señores, que la experiencia nos enseña, que los Santos se hacen Dioses por este camino. Si; huyen del mundo, para tratar con Dios; y ocultandose en los desiertos, donde solo se ocupan en la contemplacion de sus divinas perfecciones, se elevan sobre sus terrenas qualidades, y llegan à ser todos divinos: *Edificavit sibi solitudinem*, dice el Grande Gregorio, *in quantum purius Deumerneret, quanto hunc cum se solo solum inveniret*. Los hombres, dice, se edifican ò disponen para sí la soledad; en la qual ven à Dios con tanta mayor pureza; quanto tratan con él con mas familiaridad; y hallandose siempre à solas con su Magestad, contraen sus qualidades, y pierden todo lo que tienen de mortal y de humano. Y este fue el inocente artificio de que se valió San Antonio para hacerse Dios.

Entró en los espantosos desiertos de la Thebaida. Buscó los sitios mas reconditos de esta dilatada soledad. Cerróse en una caverna, para ocultarse enteramente à los ojos del mundo; ò por decirlo mejor, enterróse en un sepulcro con los muertos, para no tener mas comercio con los vivos; y muriendo insensiblemente para sí, comenzó à vivir para con Dios. Allí fue, pues, donde domó las pasiones de su carne con ayunos, y las hizo obedecer à la razon. Donde desprendiendo su espíritu del cuerpo, y uniendolo al soberano bien que amaba, adquirió felizmente sus excelentes qualidades. Donde enseñó à los hombres à buscar las soledades para hallar à Dios; y donde brillando como astro del desierto, hizo de la tierra un Cielo: *Stella deserti*. Allí fue, donde echó los fun-

da-

damentos de este Grande Orden, que pobló despues todos los Yermos: *Monachorum*. Donde combatió à los demonios, y los desalojó del retiro que havian escogido, despues que con la predicacion del Evangelio fueron desterrados de todas las Ciudades de la tierra. Allí finalmente fue, donde volvió à recobrar una parte del Estado del Hijo de Dios, y en cuyo nombre tomó posesion de este Lugar de Egipto, que honró su Magestad con su presencia, quando fue perseguido por Herodes.

Però digamos, que allí fue donde imitó perfectamente à Jesu-Christo, haciendose una excelente copia de este divino original. No hay à la verdad, lugar en el mundo, donde el Hijo de Dios haya obrado mas maravillas que en los desiertos. Al desierto se retiró, conducido por el Espiritu Santo, para combatir à los demonios, y libertar à los hombres de su cruel tiranía. Allí ayunó quarenta dias; y esta tan larga y rigurosa abstinencia infundió en el maligno espiritu las primeras sospechas de su divinidad: *Ut vidit illum jejunantem suspicatus est esse Deum* (a). Allí fue servido por los Angeles, y recibió los honores, que eran debidos à sus combates; y desde este momento, fue siempre la soledad amada de Jesu-Christo. A ella se retiró para tratar con su Padre por el celestial comercio de la oracion: *Erat personans in oratione*. En ella se transfiguró delante de sus Apóstoles, dandoles sensibles muestras de la gloria que su Magestad preparaba à los bien-

(a) Chrysol. Sermon. 19. Luc.

aventurados. En ella obró sus mas grandes maravillas; porque allí multiplicó por dos veces el pan, para alinear à las gentes que le seguian, preparandose por medio de este prodigio al que debia hacer algun dia en la Iglesia, para alimentar las almas fieles.

El Grande Antonio, pues, imitó todas estas maravillas, è hizo en su soledad todo lo que Jesu-Christo havia hecho en la suya, para dar pruebas de su divinidad; porque él combatió à los demonios; y prosiguiendo la victoria del Hijo de Dios, los arrojó à los infiernos. El desarmó à estos espíritus poderosos y soberbios, y les obligó à confesar su debilidad; pues estando unidos en tropas, no podian resistir à un hombre solo: *Si potestatem in me haberetis, unus vestrum satis esset* (a). Allí ayunó por espacio de sesenta años; y no tomando sino un cortisimo alimento, y èstera vez, hizo dudar à los que le vieron, si era Antonio un espiritu ò un hombre. Los Angeles dexaron cien veces el Cielo para ser testigos de sus combates y de sus victorias; y celebrando con él la ventaja que havia conseguido sobre los demonios, causaron con su regocijo la mejor parte de su triunfo. Y si Antonio no se transfiguró como Jesu-Christo sobre el Tabor, à lo menos, apareció tan resplandeciente como Moyses; y los rayos que brillaban sobre su rostro, infundieron fuertemente respeto à sus hijos, y terror à sus enemigos. Tantos prodigios hizo en la soledad

(a) In vita Antonii.

como se le presentaron de enfermos ò de muertos; y así, ella fue el teatro de su poder; y el libertador de los Israelitas no hizo mas milagros para vencer la obstinacion de Faraon, como obró Antonio para confundir el orgullo de los demonios.

Pero sin servirme de todas aquellas glorias que hizo admirar en el desierto, ¿no basta la consideracion de la misma soledad, para reconocer que él era un Dios? porque ¿qué juicio podeis vosotros formar de un hombre que todo lo desprecia, y que de nada tiene necesidad en el desierto? ¿que se burla de la pompa de vuestras casas, del luxo de vuestros vestidos, del exceso de vuestros festines, de la vanidad de vuestras diversiones, y que gozando de Dios y de sí mismo, halla su felicidad en el desierto? *Cum quo Deus est, nunquam minus solus quam cum solus est; tunc enim fructur Deo in se & se in Deo*, dice San Bernardo (a). Aprended, Señores míos, de este exemplo, que no es en las concurrencias donde el hombre debe buscar su placer y su reposo. Que es necesario alejarse del mundo, si quiere acercarse à Dios; y que interin permanezca empeñado en los embarazos del siglo, no sabrá gustar de las delicias del Paraíso, ni pretender alcanzar las alegrías de los bienaventurados.

¿Pues qué! (me dirán aquellos, à quienes su nacimiento ò su condicion tiene ligados à las cosas del mundo) por estar en la sociedad de los hombres, ¿no podremos aspirar à conseguir la de los

An-

(a) Bern. de vita solitaria.

Ángeles? ¿Es tan criminal, por ventura, la vida política ò civil, que sea excluido del Reyno de Jesu-Christo el que gobernase una casa ò un Estado? ¿que aquel que trabaja y se desvela por el bien público, haya de ser privado de las recompensas que están destinadas para los solitarios? Sí, Señores; es necesario ser Heremita, para salvarse; porque el retiro es el que nos conduce al Cielo; y un hombre para ser christiano, debe ser solitario. El, à la verdad, renunció el mundo desde que se hizo miembro de la Iglesia; y el Bautismo, que es una imagen de la sepultura de Jesu-Christo, es una santa soledad, donde el hombre es dichosamente sepultado: *Consepulti sumus cum illo per Baptismum in mortem*. (a)

Tan verdadera es esta máxima, que todos los primeros christianos se consideraban con unos Heremitas. Solamente su cuerpo era el que estaba en el mundo; porque su espíritu estaba en el Cielo por el pensamiento y el deseo; y aunque conversaban con los hombres por razon del preciso comercio en los asuntos temporales, conversaban al mismo tiempo con los Angeles por el celestial comercio de la oracion: *Conversatio nostra in Cælis est*. (b) De esta razon misma se valió en varias ocasiones Tertuliano, para consolar à los Martyres, que havian perdido la libertad; persuadiendoles que la prision nada les havia quitado de sus placeres inocentes; respecto de que, aunque recobrasen la libertad, no por eso havian de tener parte

Tom. I.

Ni

en

(a) Rom. 6. v. 4. (b) Philip. 3. v. 10.

en los gustos del siglo, los cuales havian renunciado y tanto en sus casas, como en las carceles: *Christianus etiam extra carcerem saeculo renuntiavit.* (a) Por cuya motivo, el mundo viene à ser un desierto para el christiano; porque él ha muerto para sus diversiones, y ha renunciado todas sus pompas. Y si no quiere violar las promesas que hizo en el Bautismo, precisamente ha de vivir como un solitario en el gremio de la Iglesia.

Y cumplirá con esta obligacion legítima, dice San Bernardo, si no emplea sus pensamientos en aquellas cosas regulares ò comunes à que se inclinan nuestros sentidos. Si no desea con ansia las presentes; si menosprecia generosamente la mayor parte de aquellas, que los demás hombres aprecian con tanta injusticia, y buscan con tanto ardor: *Solus est si communia non cogitet, si non affectet presentia, si fastidiat quod multi desiderant.* (b) El christiano será un verdadero solitario, si evita las disensiones y los pleytos; si no le apesadumbra la pérdida de los bienes; si no conserva la memoria de las injurias: *Si evitet iurgia, si damna non sentiat, si non recordetur injurarum.* (c) De otra manera, añade el Santo, no será solitario de espíritu, aun quando lo sea en el cuerpo. Y estando en su gabinete, se hallará disipado por el tropel ò tumulto de todas aquellas cosas que ama, quando está en medio del mundo. *Alioquin nec solus est, si solus est corpore.*

Mas si el christiano desea ser un Dios, como

(a) Tert. ad Martyr. (b) Bern. Serm. 40. in Cant. (c) Id. Ibi.

nuestro Santo, no le basta para esto la soledad; es necesario para completar esta divina transformacion, que añada al retiro la oracion, y que emplee à imitacion suya, toda la vida en estos dos santos exercicios.

PUNTO TERCERO.

Bien que la oracion es la gloria y la fuerza del christiano, no por eso dexa de ser una señal evidente de su afrenta y de su flaqueza: lo primero, porque como la oracion se funda en las necesidades del que ora ò ruega, las cuales necesidades hacen nacer en nosotros la mayor parte de nuestros deseos; de aqui es, que la oracion le echa en cara al christiano su indigencia; y le advierte que es pobre y miserable. Lo segundo, porque como él no tiene necesidad de recurrir à la oracion, sino para hacer ò conseguir lo que sin ella le es imposible; de aqui es, que la oracion es tambien una prueba de su flaqueza ò debilidad. Y por este motivo se puede decir, à mi ver, que el Hijo de Dios ha tratado à los christianos del mismo modo que su Padre trató en otro tiempo con Sanson. Su Magestad quiso hacer de él un prodigio, cuya fuerza admirase à todos sus inferiores, è intimidase à todos sus enemigos. Para este fin le dió tanto vigor, que ahogaba este heros entre sus manos à los Leones y à los Osos. Arrancaba con sus brazos las puertas de las Ciudades, y destruía él solo exercitos enteros de enemigos.

De modo, que todo quanto los Poetas han convertido de su Hercules, es nada en comparacion

cion de lo que hizo este hombre invencible; y esta es la ocasion en que podemos decir lo que San Ambrosio dixo de Abraham, conviene à saber, que la fabula no pudo fingir otro tanto, como lo que de Sanson se verificó en la realidad: *Plus est quod fecit quam quod fabula finxit*. Y esto no obstante, nos enseña la Sagrada Escritura que toda la fuerza de Sanson residia en su debilidad; y que por una singular conducta de la providencia divina que queria hacerse admirar en este prodigio, estaba adherida la referida fuerza, no à su brazo ò à su espalda, que son las partes vigorosas del hombre; sino à sus cabellos, que mas de adorno, que de defensa servian en su cabeza. Y ved aqui, como trata Dios (à mi parecer) con el christiano. Coloca, digo, su fuerza en su misma debilidad, y pone todo su poder en la oracion; que por eso viene à ser como una publica confesion de su flaqueza ò enfermedad; porque el christiano pide à Dios aquello que excede ò sobrepaja su poder; y así, siempre que ruega, declara su miseria, y publica su impotencia.

Sin embargo, es preciso confesar, que la oracion es la gloria, la fuerza y la grandeza del hombre fiel. Es su gloria, porque por medio de ella está unido à Jesu-Christo, está revestido de sus merecimientos, se explica por sus mismas palabras, y como dice S. Cipriano, lleva en su corazon al mismo que habla por su boca: *Qui habitat in pectore est & in voce*. (a) Y así, donde nosotros leemos: *in-*

(a) Cyp. Serm. de orat. Domin.

tret oratio mea in conspectu tuo, hay otra version, de la qual se sirvió San Ambrosio, que dice: *In tret dignitas mea in conspectu tuo*, como si la oracion mudase nuestra condicion; y que aquella que nos halla poseidos de la miseria y pecado de Adán, nos hiciese entrar en la posesion de la gloria y de la inocencia de Jesu-Christo. La oracion es la que nos desprende de la tierra, y nos eleva hasta el Cielo; la que nos hace despreciar las cosas caducas, y nos inspira el desseo de las eternas, dice San Juan Damasceno: *Oratio inquisitio supernarum, invisibilium desiderium*. Ella es la que separa nuestra alma de nuestro cuerpo, y sin causarla violencia, la une con Dios por las cadenas del amor, dice Santo Tomás: *Elevatio mentis in Deum*.

La oracion, finalmente, es la que empleando todo su esfuerzo, poder, e industria transforma al Christiano en Dios, dice San Juan Damasceno: *Oratio est transformatio hominis in Deum*. En efecto, el hombre que trata con Dios por la oracion, muda de pensamientos y de deseos; se hace semejante à aquel con quien habla; y dexando poco à poco todos los sentimientos humanos, se reviste de todas las qualidades divinas. Moysés dexó de ser hombre, y empezó à ser Dios, por medio de este comercio sagrado. El perdió, sin duda, en la montaña lo que tenía de mortal; y obrando al mismo tiempo la gracia sobre su cuerpo, y sobre su vida comunicó à uno y à otra tantas luces, que los Hebreos no podian sufrir su presencia, ni permanecer en mirarle: *Per orationem*, dice San Pedro

en sus necesidades; ponian sus Coronas è Imperios bajo su proteccion, y honrandole con sus cartas, le trataban como à un Dios visible y mortal. Pero sabeis, cómo el recibia estos honores? con qué estilo respondia à sus cartas, y cómo se portaba con estos Reyes, que hacen la fortuna y el destino de sus vasallos? Pues mirad; se compadecia de la falsa grandeza que los embelesa; se lastimaba, temiendo los lazos y las caidas, à que los exponen los lisonjeros que los rodean; y rogaba à Dios, que el mismo poder de que gozaban, no fuese causa de su perdicion; que conservasen la humildad en el trono; y que se acordasen que eran hombres, quando los hombres quieren persuadirles que son dioses.

Un Principe de Italia, segun dice la historia, imploró la asistencia de nuestro Santo para conseguir la salud del unico hijo que tenia. Dexa Antonio su soledad, para asistir al enfermo. Pasa desde el Oriente al Occidente para dar pruebas de su valimiento en todas las partes del universo. Pero sabeis, Señores, cómo hizo este viage? Pues mirad: no se sirvió ni de carruages, ni de Navios; sino que preparandose para el milagro de sanar al doliente, por medio de otro prodigio, descubrió un nuevo camino por los ayres; y obligó à las nubes, y à los vientos à conducirlo, y à los Angeles à acompañarle. La enfermedad no se atrevió à resistir al que la naturaleza havia obedecido. Una de sus palabras sanó al hijo, y consoló al Padre; y bolviendo despues à su desierto por el mismo camino, manifestó à los hombres, que la oracion le havia hecho semejante al que camina sobre las

alas de los vientos, obligando à las nubes à servirle de carroza en su triunfo: *Qui ambulat super pennas ventorum.* (a)

Si estos prodigios os persuaden que nuestro Santo es un Dios, oireis otro que os convencerá de que hace dioses, comunicando à los demás hombres la gracia que ha recibido del Hombre-Dios. Los Platonicos, que merecen mejor el titulo de Teologos que el de Filósofos, dicen, que la mayor obra de Dios es la de hacer dioses, comunicando à los hombres su divinidad. El gran Dionisio (à quien por nuestro honor debo creer) Apostol de nuestra Francia, reconoce esta verdad, y confiesa que nunca parece mas grande que quando eleva à sus inferiores sobre su mismo trono, y los hace participantes de su grandeza. Es cosa de poco momento para su Magestad el criar hombres y Angeles, bien que sean las mas nobles criaturas del universo; pero es, sin duda, la mayor de sus obras el hacer de estos Angeles, y de estos hombres otros tantos dioses por medio de su gracia ò de su gloria, obligandonos à venerarlos, à causa de la trasformacion que ha obrado en ellos. Pero me atrevo à decir mas, Señores míos; y es, que no contento el Altisimo con haver hecho un Dios de San Antonio, ha querido, à mas de esto, honrarle con el poder de hacer dioses; y que venera la Iglesia à Santos, que deben su santidad y su deificacion al solo testimonio de San Antonio. Sí: el es el unico que nos ha dado à conocer à San Pablo

por la pobreza, oracion y soledad. Caminad, pues, vosotros sobre sus pisadas: y aprovechandoos de la vida del Santo, de quien haveis oido el Panegyrico, tratad de ser Santos sobre la tierra, para que podais llegar à ser Dioses en el Cielo. Asi sea.



SERMON

DE SAN MAURO,

PREDICADO EN EL DIA DE SU
fiesta en el Convento de las del Valle
de Gracia delante de la Reyna.

*Factus est obediens usque ad mortem. Pau-
li ad Philip. cap. 2. v. 8.*

SEÑORA:

Vuestra Magestad, sin duda, se admirará de que para hacer el Panegyrico de San Mauro me valga yo de las mismas palabras, de que se sirvió el Apostol para hacer el de Jesu-Christo. Asimismo extrañará, que emplee unicamente la virtud de la obediencia para aplaudir à un Santo, que las poseyó todas en grado tan eminente. Mas cesará vuestra admiracion, quando considere, que siendo los Santos unas copias del Hijo de Dios, pueden recibir muy bien las alabanzas que se han dado à quien ellos tan dignamente imitaron; y por consiguiente, tampoco extrañareis, que no alabe en éste otra virtud que la obediencia, por haver sido una virtud que sobresalió en todas las

por la pobreza, oracion y soledad. Caminad, pues, vosotros sobre sus pisadas: y aprovechandoos de la vida del Santo, de quien haveis oido el Panegyrico, tratad de ser Santos sobre la tierra, para que podais llegar à ser Dioses en el Cielo. Asi sea.



SERMON

DE SAN MAURO,

PREDICADO EN EL DIA DE SU
fiesta en el Convento de las del Valle
de Gracia delante de la Reyna.

*Factus est obediens usque ad mortem. Pau-
li ad Philip. cap. 2. v. 8.*

SEÑORA:

Vuestra Magestad, sin duda, se admirará de que para hacer el Panegyrico de San Mauro me valga yo de las mismas palabras, de que se sirvió el Apostol para hacer el de Jesu-Christo. Asimismo extrañará, que emplee unicamente la virtud de la obediencia para aplaudir à un Santo, que las poseyó todas en grado tan eminente. Mas cesará vuestra admiracion, quando considere, que siendo los Santos unás copias del Hijo de Dios, pueden recibir muy bien las alabanzas que se han dado à quien ellos tan dignamente imitaron; y por consiguiente, tampoco extrañareis, que no alabe en éste otra virtud que la obediencia, por haver sido una virtud que sobresalió en todas las

acciones de su vida; de modo, que no ha sido superior, ò no ha mandado en la Francia, sino por obedecer à San Benito que vivia en la Italia. Y asi, Señora, ni yo menoscabo la gloria del Hijo de Dios por aplicar à uno de sus Santos las mismas palabras que se dixeron por él, respecto de que todos los bienes son comunes entre los miembros y la cabeza; ni ofendo el merito de San Mauro, encerrando todas sus virtudes en la de la obediencia; porque, segun el sentir de los Padres mas sabios de la Iglesia, la obediencia, del mismo modo que la caridad, contiene en sí todas las demás virtudes. Pero antes de hablar sobre el asunto, dirijamonos à esa divina Madre, que enseñó la obediencia à Jesu-Christo; pues no fue siervo del Eterno Padre, hasta que fue hijo de Maria, y digamosla con el Angel:

AVE MARIA.

Como las virtudes son hijas de una misma madre, son tan unidas entre sí que no se pueden separar. Ellas entran de compañía en el alma del justo, y se dan las manos para defenderse de sus comunes enemigos. La prudencia, por exemplo, sería débil si no estuviera asistida de la fortaleza, y ésta sería temeraria, si no fuera suavizada por la prudencia. La justicia sería demasiado severa, si no la dulcificase la templanza; y ésta sería demasiado laxa, si no la animára la justicia. Mas aunque todos los Santos posean todas las virtudes, no todas las poseen en un mismo grado. Hay unas que resplandecen en ellos mas que las otras, y

cau-

causan su diferencia y su gloria; verificandose en ellos lo que sucede en los cuerpos. Todos los cuerpos de los hombres se componen de quatro elementos. El fuego se hermana alli con el agua, y la tierra se mezcla con el ayre; pero vereis algunos en que parece que el agua ha extinguido al fuego; y otros en que el fuego parece haver consumido al agua: tan fuertemente como esto se han impreso en él sus diferentes qualidades. A este modo, pues, se encuentran Santos, en quienes se juzgaria que una virtud ofusca à las otras, reynando en él con tal dominio, que parece ser su soberana. San Bruno amaba mucho, sin duda, la penitencia y humildad, pues se ocultó con tanto cuidado à los ojos del mundo, eligiendo un genero de vida tan austera, que infundió terror à los mas animosos; y sin embargo, era mayor su amor por la soledad; pues abandonó las poblaciones, y se enterró vivo en los desiertos. El grande Francisco de Asís poseía en el mas alto grado la oracion y la pobreza, pues despues de haver renunciado todos sus bienes, se le pasaban los dias y las noches conversando con el objeto de su amor; mas la penitencia era poseída de él soberanamente, pues llegó à ser tan perfecta imagen del Hijo de Dios crucificado, que llevó en su cuerpo las cinco llagas de este Señor hasta los ultimos años de su vida. Santo Domingo amaba mucho la castidad y la verdad, pues para defender ésta, y conservar aquella, combatió tantas veces con el error y contra su carne. Pero mas que todo amaba la salud de las almas, y la gloria de Jesu-Christo; pues por conseguir uno y otro instituyó su Orden, obligando à todos sus hijos

jos à ser Predicadores. San Mauro, pues, poseía sin la menor duda, todas las virtudes; pues dió de ellas tantas pruebas mientras vivió, resplandeciendo en todas sus acciones la humildad, la pobreza, y la paciencia; pero la obediencia le era tan altamente querida, que fue su gloria, su carácter y su distincion de todos los demás Santos, del mismo modo que el amor distingue à los Serafines de todos los otros Angeles. Asi para hacer su Panegyrico basta aplaudir su obediencia, haciendo ver que no emprendió cosa considerable en esta vida, sino movido de esta virtud. Y por consiguiente, que *vivió*, que *mandó*, y que *aun murió* por la obediencia.

PUNTO PRIMERO.

Aunque la obediencia no sobresalga tanto como las otras virtudes, no por eso dexa de tener tanto ó mayor merito que ellas; porque además de que ella es su madre y su nutriz, y las conserva el ser que las ha procrado; viene à ser la obediencia como una virtud general ó universal, que encierra en sí à todas las otras; y que por consiguiente, para poseerlas todas, basta adquirir la obediencia. Porque mirad: asi como cada pecado es una rebelion contra Dios, asi tambien cada virtud es una sumision à su divina voluntad. Y por eso dice S. Gregorio que la obediencia lleva consigo todas las virtudes quando entra en su alma, que allí las conserva mientras ella permanece; y que tiene asimismo el merito de la fé. De modo, que el que pierde la obediencia es convencido de ser infiel, aun-
que

que no lo sea en la apariencia: *Obedientia sola virtus est, que virtutes ceteras menti inserit, insertasque custodit. Sola obedientia que fidei meritum possidet, sine qua infidelis quisque convincitur, etiam si fidelis esse videatur (a).*

A mas de lo dicho, tiene la obediencia sobre las otras virtudes la ventaja de ser un sacrificio universal, que sacrifica à Dios todo el hombre por entero. Cada virtud, à la verdad, es un sacrificio que halla en nosotros cierta víctima, con que suaviza la justicia de Dios. Por exemplo: la limosna y la pobreza voluntaria le ofrecen nuestros bienes, è insensiblemente nos desprenden de todo lo que nos adheria à la tierra. La virginidad le consagra nuestro cuerpo, negandole à éste los placeres de que esperaba gozar en el matrimonio. La penitencia y el ayuno le sacrifican el mismo cuerpo, haciendole sufrir unos dolores, que le ensayan para sufrir el de la muerte. La fé le hace un sacrificio de nuestro entendimiento, obligandole à creer lo que no vé ni comprehende: *Captivantes intellectum in obsequium fidei.* El amor à nuestros enemigos le sacrifica à Dios nuestra memoria, trabajando particularmente en borrar el recuerdo de las injurias. La caridad le hace un sacrificio de nuestra voluntad; y desde que somos unidos con él por medio del amor, no tenemos otra voluntad que la suya. Pero además de que la obediencia tiene parte en esta sumision de la caridad, glorian- dose de ser un sacrificio de nuestra voluntad:

Tom. I.

Pp

Obe-

(a) Greg. Mag. lib. 35. Moral. c. 10.

Obſtentia eſt ſpontaneum & rationale proprie voluntatis ſacrificium (a); es aſimismo un ſacrificio general de todos nueſtros bienes, de todo nueſtro cuerpo, y de todas las facultades de nueſtra alma. Y qualquiera que deſee aplacar à Dios, dice San Gregorio, no tiene otra coſa que hacer, que domar el orgullo de ſu libre alvedrio, ſacrificandose à ſi miſmo con la eſpada de la obediencia: *Tanto Deum quiſquis citius placet, quantum reſpreſa arbitrii ſui ſuperbia gladio præcepti ſe immolat* (b). Porque ſi es cierto, que la voluntad es una reyna que manda con deſpotiſmo en nueſtro cuerpo y en nueſtro eſpiritu, es neceſario concluir, que la virtud que la ſujeta, ſomete al hombre enteramente à Dios, y le obliga à hacer un ſacrificio univerſal, no ſolamente de todo lo que poſee, ſino de todo lo que es. Y por tanto, hermanas mías, no puedo yo representaros mejor el ſacrificio de San Mauro, que haciendooſ presente ſu obediencia, ni explicar mejor todas ſus virtudes, que manifeſtandooſ la que à todas las encierra.

San Mauro, à la verdad, empezó ſu ſacrificio, como Jeſu-Chriſto, por la obediencia; pues la Eſcritura nos enſeña, que el primer pensamiento del Hijo de Dios, fue un pensamiento de ſumisión; y que adorando à ſu Eterno Padre en el momento de ſu encarnación, protejó que no venia al mundo mas que à obedecer ſu voluntad: *Ecece venio ut faciam voluntatem tuam*. Y eſta fue la

(a) S. Bonavent. (b) Gregor. Moral. lib. 31. cap. 10.

la diſpoſición con que San Mauro entró en la Religión. El renunció ſu voluntad, y la ſujetó à la de San Benito; y para explicarme con los terminos de San Gregorio, ſe havia entregado à ſu voluntad: *ſe tradiderat voluntati ejus*. San Benito, en virtud de eſto, le mandó renunciar ſus bienes y hacerse pobre. Le mandó paſar la vida en ſolidad, y domar ſu cuerpo; y él obedeció. Y ſin examinar ni la juſticia, ni la dificultad de todos eſtos preceptos, ſe obligó à darles cumplimiento. Dexó à cargo de ſu Padre el deſcernimiento y la prudencia, y ſolo reſervó en ſi la gloria de obedecerle. Sabia ya muy bien lo que San Bernardo nos ha enſeñado deſpues: conviene à ſaber, que el verdadero obediente debe hacerse necio, para llegar à ſer ſabio, y que la verdadera diſcreción del que obedece, es la de no tener ninguna: *Stultus fiat ut ſit ſapiens: Et omnis ejus diſcretio, ut nulla ſit ei diſcretio* (a). No ignoraba Mauro, que la obediencia ſuplía por la diſcreción; y que à un novicio no ſe le pide la luz de la prudencia, ſino el ſacrificio ò libre cautiverio de la ſumisión: *Diſcretionis locum in vobis ſuppleat virtus obedientie* (b). Decía Mauro frequentemente à ſu Padre San Benito, lo que con frecuencia decía à Dios San Aguiſtín: mandad lo que os agrade, pues ſoís mi Soberano; pero dadme aquello mismo que ordenais, ya que teneis el lugar de Dios; pues eſtoy cierto, de que aſi como ſu Mageſtad manifeſta ſu divina voluntad por vueſtra boca,

Pa 2 dis-

(a) Bern. de vita ſolitaria. (b) Idem. ibid.

dispensa tambien sus gracias por vuestra mano: *Da quod jubes, & jube quod vis* (a).

¿Cuán dichoso no era Mauro en esta disposición? A la verdad, él, por una dicha maravillosa, podía merecer, sin saber, en mi dictamen, pecar. Porque si es cierto, que el que sin cesar obedece à los impulsos del Espíritu Santo, es impeccable; si esto es lo que nos quiso decir San Juan por estas palabras: *Omnis qui natus est ex Deo non peccat*; es necesario inferir, que San Mauro, que no hacia cosa alguna sino gobernado por San Benito, no pecaba; porque sometido perfectamente à su buen Maestro, todas sus acciones eran santas y meritorias. Y si era inocente, no menos era dichoso; porque no teniendo otra voluntad que la de Dios (que siempre se cumple) veía que sus designios havian de ser infaliblemente felices. Los hombres, sin duda, no son miserables, sino porque no son capaces de arreglar por sí mismos todos los acontecimientos de su vida. Y así suceden en el mundo muchas cosas, que oponiendose à su voluntad, turban su reposo. Mas el verdadero obediente está esento de esta inquietud: porque como su voluntad está unida à la de Dios, que es quien arregla todas las cosas, nada le sorprende, ni le aflige. Todas las aventuras de su vida suceden à medida de sus deseos; y aun puede gloriarse de que todas las criaturas le obedecen, respecto de que obedecen à Dios. Y así, que Totila destruyra la Italia; que lleve el terror à sus Provin-

(a) Aug. Conf. lib. 10. cap. 29.

vincias; que amenace à Monte-Casino con el furor de sus armas, y que haga temer à los discipulos de Benito el destierro à la prision; San Mauro está lleno de tranquilidad en medio de estas tempestades. Y sabiendo muy bien, que nada de estas cosas han de suceder sin la permission de Dios, no se admirará, ni sorprenderá quando sucedan.

De este mismo principio le nacia à este gran Santo una particular soberanía. Porque, à la verdad, es un error, el imaginar que nuestro poder depende de nuestra libertad, y que nunca somos mas absolutos, que quando hacemos todo lo que queremos. La verdadera soberanía del hombre está fundada sobre su misma obediencia. Parece paradoxo; pero no lo es: porque al obediente, y subordinado à la voluntad de Dios todas las cosas se le sujetan, las pasiones, las criaturas. Y si dice la Escritura, que todas las cosas son posibles al que cree, con la misma razon podemos nosotros decir, que todas las cosas son posibles al que obedece. Esta es la causa de que nuestro perfecto obediente, no hallase, como efectivamente no hallaba; rebelion alguna en sus sentidos, ni revolucion en sus pasiones; y nos y otras obedecian à su espíritu, porque el espíritu obedecia à Dios; y podia afirmar, que no debía él esta autoridad, y este dominio sino à su obediencia. San Isidoro aseguró, que la rebelion de nuestra carne es un justo castigo de nuestra desobediencia; y que la parte inferior del hombre jamás se sublevó contra la superior, hasta que ésta perdió el respeto y obediencia que debía à su Criador. El mismo Santo añá-

añade, que no podemos recobrar aquella autoridad que perdimos sino por medio de la sumision. Que todas las criaturas nos obedecerán, si nosotros obedecemos al que las havia sujetado à nuestro imperio. Y que la carne no se sujetara al espíritu, ni la passion à la razon, si la razon y el espíritu no se sujetan à Dios: *Tunc autem rectè subiciuntur omnia nobis, si nos subijcimus ei, à quo nobis illa subiecta sunt. Non erit caro subiecta animæ, nec vitium rationi, si animus non est subiectus conditori* (a).

Todas estas maximas se verifican en la persona de San Mauro. Sus sentidos no distraian su espíritu en la oracion; sus pasiones no perturbaban el imperio de su entendimiento; y su cuerpo no hacia guerra à su espíritu, porque su obediencia le havia sometido perfectamente à Dios. Las mismas criaturas, que no respetan tanto al hombre fiel como al inocente, veneraban su obediencia, y violentaban sus naturales inclinaciones para obedecer su voluntad. Y así, este obediente curaba à los enfermos, libertaba à los endemoniados, mandaba à los elementos, y todas estas cosas que se rebelan à nosotros, no obedecian sin dilacion à San Mauro, sino porque éste obedecia sin demora à San Benito. Con sola una palabra suya obraba Dios un milagro. Y no pudiendo la naturaleza resistirse à los preceptos de este hombre que no tenia voluntad propia, nos hace entender este pasage de los Proverbios, donde por una extraña me-

ta-
 (a) Isidor. lib. 1. Sent. cap. 2. *us à nich sup zinnob*

tafora se dice, que el varon obediente es el que cuenta victorias: *Vir obediens loquitur victorias* (a).

Nada hay mejor en el mundo que la victoria; porque ella es el precio del valor, el fruto del combate, el merito del triunfo, el deseo de los conquistadores, y la obra principal de su prudencia y de su conducta. Pero tampoco hay cosa mas difícil que la victoria; pues para alcanzarla, es necesario combatir; y por consiguiente, que se exponga el hombre al peligro de perder su honor, su libertad y su vida. Sin embargo, la victoria, que tanto cuesta à los conquistadores, no cuesta mas que una palabra à los obedientes; y la Santa Escritura, que es el oraculo de la verdad, nos enseña, que el que obedece à Dios ò à los que le representan, canta la victoria: *Vir obediens Deo loquitur victoriam*. Bien sé que San Gregorio entiendo este pasage por la victoria de sí mismo, ò por el triunfo que hace de su voluntad el hombre que la sujeta à la de su Prelado: *Quia dum attentè voci subdimur, nosmetipsos in corde superamus*. Mas sin violentar el texto, me parece se puede decir, que el hombre obediente manda en todas las criaturas, y que consigue otras tantas victorias como pronuncia de palabras, ó les intima de preceptos.

Qualquiera explicacion, en fin, que demos à este pasage, cae precisamente sobre la persona de San Mauro. Porque si lo entendemos de sus palabras, es muy cierto que fueron victoriosas; y todas

(a) Proverb. capi 21. v. 28.

das las criaturas han respetado sus ordenes, y las han obedecido: *Dixit, & facta sunt*. Si lo entendemos de las palabras de otro, esto es, de su Prelado, tambien es seguro, que en el hecho mismo de obedecerlas, obró un prodigio, que le hizo victorioso sobre el mas rebelde de todos los elementos. Nadie ignora, que por obedecer à San Benito, y liberrar à Placido que havia caido en un lago, caminó Mauro sobre las aguas sin sumergirse, del mismo modo, que si aquel fluido elemento se hubiese consolidado baxo de sus pies, ò que su cuerpo, quando menos, vistiendo ya dotes gloriosos, exerció el de agilidad, y cantó victoria sobre la naturaleza. Este milagro me trae à la memoria al que nos representa el Evangelio, quando San Pedro obedeciendo à su Maestro, se paseó sobre las aguas, pisando el orgullo de este elemento, que se burla del poder de los Soberanos. Mas asi como la obediencia y la fé de este Apostol le hicieron al principio triunfar del mar, asi tambien su siguiente incredulidad ò temor estuvo à pique de hacerle perder la victoria y la vida. Y si aquel Señor, que le havia hecho caminar sobre las aguas, no le alargára la mano para sacarle de ellas, hubiera su victoria y su triunfo venido à parar en un triste naufragio. Pero San Mauro fue esento de esta desgracia; porque su obediencia y su fé jamás padecieron la menor flaqueza. Totalmente ocupado en executar el orden de su Maestro, no hizo reparo en el peligro; ò si lo previó (como es verosimil) creyó seguramente, que la obediencia haria en aquel caso dos milagros, y conseguiria dos victorias; el uno dando fir-

firmeza à las aguas, y el otro dando à su cuerpo el don de la agilidad.

Pero no seria justo, que refiriendo este prodigio, callasemos la contextacion que con este motivo se originó entre el maestro y el discipulo. Fue el caso, que como ambos eran extremadamente humildes, y reciprocamente se conocian los meritos, Mauro atribuía el milagro al mandamiento de Benito, y Benito con igual razon lo atribuía à la obediencia de Mauro. Y asi, para terminar la diferencia, digamos con San Gregorio, que uno y otro tuvieron su parte en la victoria; que el elemento que respetó las ordenes de Benito, respetó asimismo la obediencia de su discipulo. Pero si este hecho de andar sobre las aguas, nos ha dado una eficazísima prueba de lo que hasta aqui hemos referido de este perfecto obediente, no la dará menos grande ni menos difeíl, lo que aconteció quando dexando à Italia, vino à Francia por obedecer los preceptos de su padre y maestro.

PUNTO SEGUNDO.

No me admiro de que los viajes se puedan intitular ò conceptuar de castigos, asi como se suelen conceptuar de diversiones; porque à la verdad, nos desprenden ò separan de nuestros amigos y parientes, y lo que es mas de nuestra amada patria. Y sin duda, las peregrinaciones son unas verdaderas penitencias en la Religion, asi como el destierro es un verdadero castigo en el Estado. Y este ultimo es tan penoso, que en algun

modo parece más riguroso que la misma muerte. Por cuyo motivo, los mayores delitos fueron castigados con este suplicio. Hasta la justicia divina, que comprehendia su enormidad, juzgando que la muerte sería demasiado dulce, intimó el destierro para castigar al fratricida Cain: *Eris vagus & profugus super terram*, (a) Y repara Tertuliano que este delincente, no pudiendo sufrir-se à sí mismo, deseó la muerte sin cesar, por ver finalizado con ella su destierro; pero que Dios, no dando oídos à sus ruegos, le prolongó la vida para dilatarle su castigo: *Cupidum mortis vetuit mori ut lueret delictum*. (b) Sin embargo, este es el exercicio que dió à la obediencia de San Mauro, enviándole à Francia, y separándole de Italia, aquel padre y maestro que le amaba con tanta ternura.

Bien sé, que este Santo joyen lo havia renunciado todo quando entró en la Religion de San Benito; y por consiguiente, que quando hizo el sacrificio de sus bienes, hizo juntamente el de sus proximos segun la carne. Se muy bien, que por su obediencia imitó à Abraham; pues así como este Patriarca sacrificó à su hijo Isaac, así Mauro hizo un sacrificio de sus padres, dexandolos por seguir la voz de Dios, que le llamaba al desierto. Pero en medio de esta pena, tenia el consuelo de que si no estaba en su compañía de continuo, à lo menos los podia ver algunas veces, no porque él fuese à visitarlos en su casa, sino porque ellos ve-

(a) Genes. c. 4. v. 12. (b) Tertul. lib. 1. ad vers. Marcion. c. 10.

nian à verle en su soledad. Pero quando dexando à Italia, pasó à Francia, perdió la esperanza de volverlos à ver, y se condenó à un destierro de por vida.

Confieso con Hugo de San Victor, que el christiano que conserva el amor à su patria, es un sugeto delicado; que el que mira à todo el mundo como à su propio país, es animoso; y el que mejor instruido en la escuela del Calvario, considera à toda la tierra como si fuera un destierro, es perfecto: *Delicatus terra cui abduc patria dulcis est, fortis cui omnis terra patria est, perfectus cui omne solum exilium est*. (a) La razón que dá es excelente: el primero es delicado, porque limita su amor à un lugar solamente; el segundo, es animoso, porque reparte su afecto à todo el mundo; y el tercero es perfecto, porque mirando à toda la tierra como à un destierro, solamente mira al Cielo como à su patria: *Primus amorem fixit, secundus sparsit, tertius exiit*. (b) No dudo yo que San Mauro fue uno de estos ultimos, y que la perfeccion à que havia arribado, le havia desprendido no menos de Italia que de Francia; y por consiguiente, que miraria su mansion en esta tierra de muertos, del mismo modo que si fuese un destierro. Pero todavia es preciso confesar, que la pena de este destierro, quando estaba en Italia era suavizada en gran manera por la vista de San Benito, por la conversacion de sus hermanos espirituales, y por todas aquellas ino-

Qq 2. c. 2. cen-

(a) Hugo, à S. Vict. erudit. discal. lib. 3. c. 10. (b) Idem. ibid.

centes delicias de que gozaba con la compañía de tantos Santos. Este fue, sin duda, el motivo de haver sido tan cruel para Mauro este suplicio; el dexar, digo, tantas personas que le eran tan amadas, y romper tan fuertes cadenas, y que tan estrechamente le ligaban con ellas.

Cosa muy dulce es el obedecer, quando lo que se nos manda lisonjea nuestra inclinacion, y nos es util y agradable. Mas quando se opone à nuestro genio, y no solo nos separa de la carne y de la sangre, sino del espíritu y de la razon; es necesaria una generosa obediencia para executar con gusto y tranquilidad lo que nos mandan, y un valor admirable para separarse sin queja de lo que el precepto nos obliga dexar. Sin embargo, esta es la heroica accion que hizo San Mauro; este el sacrificio, por el qual sacrificó à Dios sus inclinaciones, sus alianzas, sus padres, sus hermanos, sus amigos, su reposo, y sus inocentes placeres. ¿Se ha visto jamás sacrificio mas completo, y en que el hombre sacrifique à Dios tantas victimas juntas? San Ambrosio ensalza el sacrificio de Abraham, porque quando sacrificó à su hijo, se sacrificó juntamente à sí mismo con él: que derramando la sangre del hijo, derramaba la suya propia; y que ofreciendo en Isaac sus entrañas, ofrecia por consiguiente una parte de su mismo cuerpo: *In filio quoque pater mactabatur.* (a) Mas juzgad, ¿quántas veces se sacrificaba San Mauro en la referida separacion, y qué violencia no hacia à sus inclinaciones, renunciando para toda su vida,

ra

(a) Ambrosio, lib. de Abraham Patriarcha.

padre, maestro, hermanos, y patria?

El Cielo manifestó muy bien, quán agradable le era este sacrificio, por los milagros que le acompañaron; porque segun advierte su historia, como entró en Francia en calidad de hombre obediente, entró en ella como un Principe victorioso, à quien respetaron todas las criaturas, obedecieron los elementos, y temieron los dominios. Sanó enfermos, libró posesos, resucitó muertos, distinguió con milagros todas sus jornadas, y no entró en poblacion alguna, en donde no obrase maravillas. Quando la Escritura santa nos representa à Moyses saliendo de Egipto, dice, que obró cien prodigios en los lugares de su transito. Que dividió las aguas del mar, para dar paso franco à los Israelitas, y favorecer su retirada, volviendolas à unir para sumergir à los Gitanos: que hiriendo una roca, hizo salir de ella torrentes de agua dulce, que siguieron al pueblo de Dios por los desiertos para su alivio: que hizo descender el Maná para su alimento: que construyó en fin, y elevó la serpiente de metal, con cuya vista se disiparon las muchas que havia en aquel terreno, y que incomodaban à los Hebreos. Pareceme, que podemos decir lo mismo de San Mauro. Sí: Al pasar los Alpes, sacó de sus abismos à muchos de sus compañeros, que se havian precipitado en ellos: sanó enfermos en el Delfinado; libró endemoniados sobre las orillas del Loire; resucitó muertos en Anjou, è hizo ver en todas partes, que nada se resiste al hombre obediente, y que todas sus palabras son milagros ò victorias: *Vir obediens loquitur victorias.*

Mas

Mas no imagineis, que su obediencia estuvo esenta de pruebas de paciencia en su viage. No juzgueis, que entre tantas sumisiones como halló en los elementos y en la naturaleza, dexase de encontrar resistencia entre los hombres. La halló efectivamente: y así, la obediencia de San Mauro, no fue en esta jornada menos perseguida que gloriosa: no recibió menos desprecios, que alabanzas: de modo, que tuvo necesidad del socorro de todas las otras virtudes, para vencer los obstaculos que trastornaban sus designios. Succedió, pues, que llegado à Francia nuestro Santo, supo que el Obispo de Mans, que era el que le havia hecho venir de Italia, havia muerto, y que el sucesor no tenia, por ventura, ni su piedad; ni su zelo, ni queria poner en planta sus intenciones. Halló, por consiguiente, resistencias y obstaculos en todo y por todo: y aquel, à quien havian obedecido los elementos, y aun los demonios, no halló entrada ni en Seculares, ni en Eclesiasticos. Toda la Francia estaba en brasas contra este estrangero. Los menos injustos le despreciaban, los mas insolentes le condenaban. Y entre tantas dificultades no tuvo otra instruccion, otro consuelo, ni otra defensa, que su obediencia. Vosotras, hermanas muy amadas, os persuadiréis, que tantas tempestades excitadas contra un solo hombre, serian capaces de abatirle; y que desconfiando de la prudencia del maestro que le havia enviado, debería murmurar de su conducta. Pues no fue así: antes bien, todos estos obstaculos relevaron su esperanza, afianzaron su animo, y le hicieron esperar un feliz suceso en su empresa.

Quan-

Quando Moyses salió de Egipto, y se vió detenido por el mar, y perseguido de Faraón, tuvo motivo para acobardarse. Pero considerando, que el que le havia mandado hacer el viage, era el Dios del mar y de la tierra, jamás tuvo mayor valor, que en este lance; y en vez de desesperar de la vida de los Israelitas, se prometió triunfar de los Egypcios: *Quando autem fortior, quam tunc erat Moyses cum Egyptiorum vallatus populus & mari clausus non desperabat salutem, sed exigebat triumphum!* (a) Tal pareció, pues, San Mauro en medio de las persecuciones. Aunque desterrado de su País, separado de San Benito, abandonado de su Obispo, y combatido de los pueblos, no dexó de esperar que la obediencia le sacaría triunfante de todas estas dificultades. En efecto, todas estas tempestades calmaron, la santidad de Mauro se hizo manifestar, los Grandes del Reyno le ayudaron, y los mismos Reyes le favorecieron despues de muchas pruebas y paciencia. Edificó, pues, dos Casas: recibió Novicios, y fue Abad del segundo Monasterio de su Orden. Pero su obediencia no le abandonó en esta nueva dignidad: antes bien nos enseñó, que esta virtud no es menos necesaria en los que mandan, que en los que obedecen.

PUNTO TERCERO.

El mando y la obediencia no son tan opuestos entre sí, que no se hallen bien unidos. Es necesario

rio

(a) Ambr. lib. 1. offic. c. 4.

rio saber obedecer, para saber bien mandar. Y son tan estrechamente unidas estas dos cosas, que juzgan los políticos, que una Ciudad cesa de mandar, al punto que cesa de obedecer: *Idem urbi dominandi finis qui parendi.* (a) Estos dos cargos, pues, que entre los hombres mas parecen contrarios que diferentes, son una sola cosa en Dios. Este Señor obedece sus mismos decretos, quando manda à sus criaturas; y desiere à su voluntad al mismo tiempo que impone leyes à sus inferiores. Solo una vez mandó, quando en la eternidad formó el designio de criar el mundo; y obedece su mismo mandato, siempre que lo practica en el tiempo. Mas sin ascender tan alto, ni proponeros un modelo, que antes debe ser admirado, que seguido; es cosa cierta, que los mismos Soberanos, en tanto mandan bien à sus vasallos, en quanto ellos obedecen à su Criador. Por este motivo, quando el mas sabio de los Reyes fue elevado sobre el trono de Israel, no tanto pidió à Dios sabiduría como obediencia. Y temiendo que no podría gobernar su Reyno, si Dios no le conducia, suplicó à su Magestad le concediese antes la docilidad que la prudencia. Su súplica es digna de reflexion. Y por quanto puede servir de exemplo, y de doctrina à todos los Reyes, V. M. Señora, la oirá con placer, para referirsela al joven Monarca que nos gobierna. Señor, dice Salomon, vos me habeis colocado sobre el trono de mi Padre; y me habeis dado un Pueblo tan numeroso, que iguala

dit.

à

(a) Senec. lib. 1. de Clemenc. cap. 4. §. 1. dicitur. (b)

à las arenas del mar. Yo soy joven, y por consiguiente sin experiencia; y vuestra misericordia, pues, me auxiliará à fin de que pueda regir este Estado. Concedereis en fin à este vuestro siervo un corazon docil, para que distinguiendo entre lo bueno y lo malo, pueda juzgar perfectamente à vuestro Pueblo: *Dabit ergo servo tuo cor docile, ut populum tuum judicare possit, & discernere inter bonum & malum.* (a) hinc al. d. ubi dicitur omnia;

Nuestro Santo, sin duda, imitó en su conducta à Salomon. Mandó obedeciendo; consultó à su Maestro sobre el modo de gobernar; à sus subditos, è hizo por un extraño prodigio que reynase en Francia un hombre que vivia en Italia. Consistió esto en que Mauro, para aprovecharse de todas aquellas santas máximas que havia oido à San Benito, no fiandose de la memoria, donde primeramente las havia depositado, estampó sobre el papel la Regla de aquel Santo Patriarca, para consultarla en todas sus dificultades. David se gloria de que la ley de Dios era el libro à donde iba à buscar los secretos de la política; y que así en paz como en guerra no gobernaba à sus vasallos, sino por las máximas que havia aprendido en la Escritura: *Consilium meum justificationes tæcæ.* (b) Los demás Reyes que no os conocen consienten en buen hora à los Filósofos; à los Políticos, que enseñan el arte de gobernar los Reynos; mas yo que tengo la dicha de ser ilustrado con la antorcha de la fé solo consulto à vuestros praculos; so-

Tem. I.

Rr

lo

(a) Lib. 3. Regum cap. 3. v. 9. (b) Psalm. 118. v. 44. (c)

lo me dexo regir por vuestros Profetas para gobernar mi Pueblo: *Constitem meum justificationes tue.* San Mauro, pues, hacia en su Monasterio lo que David en su Estado: leía las reglas de su padre y maestro para aprender à mandar: y juntado admirablemente la obediencia con la autoridad, fue siempre inferior al mismo tiempo que era Abad.

¡Qué crédito, à la verdad, no le adquirió esta sumisión en el concepto de sus hijos; y cuánto poder no le dió sobre todas las criaturas! Sus hijos se hubieran llenado de confusión si no obedecieran à un superior, que actualmente obedecía à San Benito, ó que les enseñaba con la práctica la obediencia; y toda la naturaleza se contemplaba obligada à someterse al que tan perfectamente estaba sometido à su Criador. Dios mismo, cuyo poder está en su voluntad, quiero decir, que puede todo lo que quiere, y que es Soberano por esencia; así como los hombres y los Angeles son siervos por naturaleza, previno los deseos de nuestro Santo, escuchó sus votos y felicitó sus designios. Pero esto no lo debéis extrañar, porque su Magestad se obligó por su palabra, y prometió en sus Escrituras el cumplir la voluntad de los que le temen: *Voluntatem timentium me faciet.* (a) Y si, según San Gregorio, Dios oye nuestros ruegos quando obedecemos à nuestros superiores, era forzoso que oyese los de San Mauro, pues siempre havia obedecido à San Benito: *Si obedierimus prae-*

(a) Psalm. 144. v. 15. (b) Greg. Mag. lib. 1. c. 2. (c) Idem.

positis nostris, Deus obediet orationibus nostris. (a)

Solamente hubo una ocasion en que Dios no oyó los ruegos de nuestro Santo, pues llevándolo adelante su divina justicia, no cedió à las humildes súplicas de su siervo. Tres hombres poseídos del demonio intentaron obscurecer la reputacion de San Mauro por medio de sus calumnias: el Santo los sufrió con paciencia, los exusó con la mayor bondad, y ultimamente rogó al Cielo por ellos con el mayor fervor. Pero Dios que queria hacer un exemplar, los castigó severamente. El uno murió en su pecado, y no habiendo dado señal alguna de dolor, dexó à todo el mundo desconfiado de su salvacion. Los otros dos se hicieron pedazos à sí mismos; y sirviendo de ministros à la justicia divina, manifestaron por medio de tan extraño suplicio, que jamás se persigue sin castigo à los siervos de Dios. El Santo penetrado de piedad importunó al Cielo con sus suspiros; pidió y consiguió la gracia para sus enemigos. Resucitó el muerto, mudó de language y publicó la inocencia de su libertador. Los dos furiosos se pacificaron; y los que antes deshacian tan cruelmente sus carnes, por haver deshecho tan injustamente la reputacion del Santo, repararon las injurias con alabanzas, y declararon altamente que debian la vida à sus ruegos. Mas porque la humildad de nuestro Santo no podia sufrir unos testigos tan irrefragables de su gloria, les mandó se retirasen del País, mudasen de domicilio, y se fuesen à vivir en algun lugar apar-

Rr 2 ta-

(a) Greg. Mag. lib. 1. c. 2. (b) Idem.

tado, donde no se supiese ni su crimen, ni su castigo, ni su misericordia y poder. Seneca dixo, que un delincente á quien el Principe perdona era un espectáculo público de su clemencia; y que siempre que se le veía, hacia acordarse de aquel que le havia dado la vida: *Assiduum clementie Principis spectaculum; in triumpho cito transisset.* (a) Pero estos tres miserables, á quienes San Mauro havia sacado del infierno ó del sepulero, tenían señales mucho mas ciertas de su poder y de su bondad, y ensalzaban otro tanto mas su mérito y su honor, quanto es mas costoso sacar á un hombre de las garras del demonio que de las de un verdugo. Y así no pudo el Santo dexar en Anjou estos testigos de su virtud; por cuyo motivo empleó para con ellos todo su crédito, á fin de obligarlos á escoger otra habitacion, temiendo que su presencia conservase la memoria de sus milagros.

PUNTO CUARTO.

Despues que San Mauro mandó obedeciendo, creyó que para imitar á Jesu Christo convenia morir también por la obediencia, á fin que del Discipulo se pudiese decir lo que del Maestro: *Factus obediens usque ad mortem.* Aunque la muerte es hija del pecado, no por eso dexa de ser uno de los mas fieles ministros de la justicia de Dios. Tiene su asiento á los pies de su trono, y desde allí recibe las ordenes de su boca para executarlas en

(a) Senec. lib. 1. de Clement. cap. 21.

en el mundo. A nadie perdona; y luego que el supremo decreto es pronunciado contra algun delincente, se ase de él sin que ningun Soberano se lo pueda impedir. Tiene cien medios diferentes de llevarse á los hombres, y toma mil formas diversas para acometerlos y castigarlos. Por eso publica Dios en la Escritura, que es tan Señor de la muerte como de la vida: *Domini Domini exitus mortis*: y que no menos le obedece esta rebelde, que sus mas fieles criaturas. Y siendo esto indubitable, es forzoso confesar que nuestra muerte y nuestro nacimiento están en las manos de Dios; que nacemos y morimos quando le agrada, dependiendo estos dos extremos de la vida de su voluntad y no de la nuestra. Entramos en el mundo sin saberlo; y quando Dios nos saca del abismo de la nada, donde yaciamos sepultados, no nos pide ni nuestro permiso, ni nuestro consentimiento, y salimos del mundo muy poco despues de haver entrado en él. Quando se cumple el momento fatal de nuestra muerte, nadie es capaz de impedirlo: y así lo unico que debemos hacer en esta ocasion es aceptar humildemente una sentencia que no podemos evitar. Nuestra obediencia entonces convierte nuestra pena en sacrificio; y sometienndonos con resignacion al decreto divino, adoramos la soberania de Dios, y satisfacemos á su justicia.

Mas esto que el comun de los christianos hace por necesidad, lo executan los Santos por inclinacion. Y sea porque aman mas á Dios, ó porque su Magstad los ama mas á ellos, parece que la muerte es mas voluntaria de una y otra parte: de la de los Santos, porque la reciben con mayor sumision,

con-

considerandola no como decreto de un Juez, sino como gracia de un padre. De la de Dios, porque para enviarla espera una disposicion particular, y dispone tiempo y lugar para su cumplimiento. Su Magestad los mira y asiste en este paso; y la muerte, conociendo que son del numero de los efectos, no rompe las cadenas que unen sus cuerpos à sus almas, hasta haver recibido para ello un orden particular. Por eso quando la Escritura refiere la muerte de Moysés, nos dice, que no tanto fue causa de ella su ancianidad, como la voluntad de Dios: *Mortuus est*, dice, *Moyses jubente Deo*. No parece sino que el Texto Sagrado intenta poner en salvo la gloria de este gran Legislador, haciendonos entender que la muerte jamás huviera osado acometer al que tantas veces havia obedecido. Que siendo el Dios de Faraon, debia ser dispensado, al parecer, de un decreto que solamente se pronuncio contra los hombres. Asimismo parece, que interesandose la Sagrada Escritura por la gloria de este libertador de los Israelitas, como que intenta persuadirnos que su muerte no fue efecto del pecado, ò que no sucedió segun una regla general; como acaece en los demás hombres. En fin, parece que en las referidas palabras nos dá à entender la Escritura, que Dios eligió el lugar de su muerte, señaló el momento, y dispuso el modo; que aun alli trataba con Moyses de los asuntos de Estado, mientras este siervo fiel concluía el curso de su vida.

La muerte del Hijo de Dios fue todavia con mas razon que la de Moyses efecto de la voluntad de su padre, porque le fue revelada desde el ins-

tan-

tante de su nacimiento. Desde aquel momento vió todos sus horrores; conoció su rigor y su infamia; y la aceptó con alegria por estar en ella vinculada la gloria de su Padre, y la salvacion del mundo. Quando se acercó el tiempo de este suceso, partió à Jerusalem para hallarse en el lugar donde havia de ser preso; y quiso tener la gloria de manifestar su amor en su obediencia: *Surgite, eamus*. La muerte de nuestro Santo tuvo cierta relacion con la del Hijo de Dios; porque le fue anunciada tambien por su maestro quando salió de Italia: de modo, que no parece sino que venia à Francia para obedecer este decreto. Y así esperaba con una santa impaciencia este momento. Y después de haver gobernado su Monasterio por muchos años, juzgó debia emplear los dos ultimos en prepararse para morir. Y en consecuencia de esto, se retiró à una soledad escondida, en donde trató unicamente con los Angeles, se estaba como viendo morir à todas horas; y sometiendose al decreto que le havia anunciado su padre, manifestaba al mundo, que à imitacion del Hijo de Dios, era obediente hasta la muerte: *Factus obediens usque ad mortem*. ¡Cuán santa no fue esta muerte, respecto de haver sido recibida con tan admirable resignacion! ¡qué sacrificio para Dios tan agradable, siendo como fue tan voluntario!

Pero como Mauro creyó, que no havia muerte mas piadosa, que aquella que era un puro efecto de la obediencia y sumision; mandó à sus discipulos se preparasen para ella; intimando à ochenta de ellos (de los ciento y quarenta que tenia) que havian de morir con él. No les aturdió es-

-11

te

te decreto. Dispusieronse al punto para la muerte, con el mismo gozo y tranquilidad como si les huvieran mandado practicar uno de los preceptos de su regla; dando con esta ocasion el mas autentico testimonio de su obediencia. Ninguno apeló de esta sentencia: ninguno se quejó de su severidad: ninguno alegó ni su juventud, ni su robustéz; y aunque en sus fuerzas no experimentaban algun dolor ò debilidad, recibieron los Sacramentos, se despidieron de sus hermanos, y como obedientes víctimas, esperaron el golpe de la muerte. Lo qual supuesto, ¿de quién con mas razon que de ellos, se pueden entender estas palabras del Psalmo; *pretiosa in conspectu Domini mors Sanctorum ejus*? ¿A quién mejor que à su Padre le quadra lo que dice la Escritura de Moyses, *Mortuus est jubente Domino*? Y finalmente, para concluir por donde comenzamos, debemos afirmar, que la obediencia fue tan fiel ò inseparable compañera de San Mauro, que siguiendole en todos los momentos de su vida, no se dividió de él ni aun en el trance mismo de su muerte, *factus obediens usque ad mortem*.

Aprended, hermanas muy queridas, de este exemplo domestico, que la obediencia es el alma de la Religion. Que es tan necesaria en los superiores como en los subditos. Que unos y otros deben practicarla segun su respectiva condicion; y que si los inferiores deben ser muy sumisos à sus Prelados, estos deben serlo tambien à Jesu-Christo: pues este Señor que de tal suerte manda en los Estados, que unicamente en su nombre, y con sus veces los gobiernan y dirigen los Sobe-

ranos; manda en las Ordenes Religiosas de modo, que los Superiores de ellas no son otra cosa que Vicarios suyos. Su Magestad, pues, es un perpetuo y universal Soberano, así como es un eterno Sacerdote; y por consiguiente, toda autoridad que no se subordine à la suya, es injusta y tiranica. Però sabed para vuestro consuelo, que todo quanto hay en el mundo obedece à los que obedecen à Dios. Que su Magestad hace réynar à todos los que le sirven. Que cumple la voluntad de los que le temen; y que por un prodigio, que llena de admiracion à los mismos Angeles, obedece el Señor (si así es licito decirlo) como dice la Escritura de Josué, à la voz del siervo fiel: *Obediente Deo volenti hominis*; ò como dice San Agustin lleno de admiracion sobre las palabras del Psalmo, *voluntatem timentium se faciet*; hace su Magestad la voluntad de los que le temen: *Si ideo times Deum ut facias ipsius voluntatem, ecce & ipse quodammodo ministrat tibi faciens voluntatem tuam* (a).

Nadie hay en el mundo, Señora, que lo sepa mejor que V. M.: pues por haveros resignado en la voluntad de Dios, en el asunto que os era mas arduo, se han cumplido con tantas ventajas para vos y para nosotros vuestros justos deseos. No me es posible decirlo, Señora, sin renovar vuestro dolor y vuestra alegria, ni tampoco puedo callarlo, sin hacer agravio à la bondad de nuestro Dios, y à vuestra resignacion en su divina voluntad. Quando por un funesto accidente estuvi-

Tom. I.

Ss

mos

(a) Aug. in Psalm. 144.

mos à peligro de ser privados de la preciosa vida del Rey, V. M. retirada en esta misma casa, para derramar sus lagrimas al pie de los Altares del Dios vivo, le pedisteis por la salud de vuestro hijo y nuestro Soberano, suplicandole encarecidamente, que asi como os le havia dado por su mera bondad, os lo conservase por su poder. Y conociendo y confesando que los Reyes son vasallos del Altísimo del mismo modo que los demás hombres, finalizasteis vuestra oracion con estas voces, que la piedad à pesar de los tiernos impulsos de la naturaleza, sacó de vuestra boca; vuestro es, Señor, disponed de él como os agrade, y cumplase vuestra divina voluntad. Estas palabras, Señora, dieron la vida al Rey; y Dios para testificar la fidelidad de sus promesas, cumplió vuestra voluntad, viendola tan resignada en la suya; enseñandonos por un exemplo tan memorable, que quando hacemos lo que Dios quiere, hace su Magestad lo que queremos nosotros. Imitemos, pues, hermanas mías, la piedad de la Reyna; imitemos la obediencia de San Mauro; imitemos la de Jesu-Christo: y en qualquiera situacion que nos hallemos, acordemonos que la obediencia es nuestra herencia; y que es preciso obedecer à Dios sobre la tierra, si queremos reynar con su Magestad en el Cielo. Asi sea.

+++++

SERMON DE SANTA INÉS.

Liberasti corpus meum à perditione, à laqueo linguæ iniquæ; à præsurâ flammæ quæ circumdedit me: Et in conspectu astantium factus es mihi adjutor.
Ecclesiast. cap. 51. v. 3.

Como Santa Inés fue una de las mas ilustres esposas de Jesu-Christo, se complació su Magestad en buscarla Panegyristas en todos los siglos; y tratandola del mismo modo que à él le havia tratado su Padre, dispuso que los mas classicos historiadores describiesen, aun antes de su nacimiento, los mas ilustres acaecimientos de su vida, y las mas notables circunstancias de su triunfo. Y asi, no solamente todos los Padres de la Iglesia elogiaron à esta insigne Martyr, empleando su divina eloquencia para ensalzar su prudencia en la juventud, su pureza en medio de su hermosura, y su intrepido valor en la debilidad del sexo; sino que hasta el mismo Ecclesiastico mezcló su Panegyrico con el de los varones mas ilustres del antiguo Testamento, y describió con la mayor prolixidad todas las particularidades de su martyrio. Y como si huviera presenciado lo que

mos à peligro de ser privados de la preciosa vida del Rey, V. M. retirada en esta misma casa, para derramar sus lagrimas al pie de los Altares del Dios vivo, le pedisteis por la salud de vuestro hijo y nuestro Soberano, suplicandole encarecidamente, que así como os le havia dado por su mera bondad, os lo conservase por su poder. Y conociendo y confesando que los Reyes son vasallos del Altísimo del mismo modo que los demás hombres, finalizasteis vuestra oracion con estas voces, que la piedad à pesar de los tiernos impulsos de la naturaleza, sacó de vuestra boca; vuestro es, Señor, disponed de él como os agrade, y cumplase vuestra divina voluntad. Estas palabras, Señora, dieron la vida al Rey; y Dios para testificar la fidelidad de sus promesas, cumplió vuestra voluntad, viendola tan resignada en la suya; enseñandonos por un exemplo tan memorable, que quando hacemos lo que Dios quiere, hace su Magestad lo que queremos nosotros. Imitemos, pues, hermanas mías, la piedad de la Reyna; imitemos la obediencia de San Mauro; imitemos la de Jesu-Christo: y en qualquiera situacion que nos hallemos, acordemonos que la obediencia es nuestra herencia; y que es preciso obedecer à Dios sobre la tierra, si queremos reynar con su Magestad en el Cielo. Así sea.

+++++

SERMON DE SANTA INÉS.

Liberasti corpus meum à perditione, à laqueo linguæ iniquæ; à præsurâ flammæ quæ circumdedit me: Et in conspectu astantium factus es mihi adjutor.
Ecclesiast. cap. 51. v. 3.

Como Santa Inés fue una de las mas ilustres esposas de Jesu-Christo, se complació su Magestad en buscarla Panegyristas en todos los siglos; y tratandola del mismo modo que à él le havia tratado su Padre, dispuso que los mas classicos historiadores describiesen, aun antes de su nacimiento, los mas ilustres acaecimientos de su vida, y las mas notables circunstancias de su triunfo. Y así, no solamente todos los Padres de la Iglesia elogiaron à esta insigne Martyr, empleando su divina eloquencia para ensalzar su prudencia en la juventud, su pureza en medio de su hermosura, y su intrepido valor en la debilidad del sexo; sino que hasta el mismo Ecclesiastico mezcló su Panegyrico con el de los varones mas ilustres del antiguo Testamento, y describió con la mayor prolixidad todas las particularidades de su martyrio. Y como si huviera presenciado lo que

sucedió en Roma muchos siglos despues de su muerte, dice, que Dios libró à esta Santa de las redes de un amante, que trataba de seducirla: *A laqueo lingua iniqua*; y que en presencia de todo aquel Pueblo, que concurrió à su martyrio, se declaró su Protector: *Et in conspectu astantium factus est mihi adiutor*. Esto supuesto, me será fácil formar un Panegyrico, en que trabajaron los Profetas y los Santos, si por una parte, el Espíritu Santo, que à ellos los animó en otro tiempo, se digna en este día concederme el mismo favor; y por otra, la Reyna de las Virgenes, que tanto se interesa en la gloria de todas ellas, me asiste con su poderosa intercesión en favor de esta.

AVE MARIA.

No puedo yo, al parecer, empezar con mayor felicidad el Panegyrico de Santa Inés, que por aquellas palabras con que San Ambrosio le empezó en otra ocasion: porque, despues de haver loado la divina providencia, que le permitia hacer el elogio de la virginidad en el mismo día en que la Iglesia celebraba la festividad de esta Santa, dirigiendo su oracion à todos los fieles, dice, con no menos eficacia que dulzura: hoy celebramos el nacimiento de una Virgen; imitemos su pureza: *Natalis est Virginitatis, integritatem sequamur* (a). De una Martyr; sacrificuemos víctimas al Señor: *Natalis est Martyris, hostias immolemus*. Hoy, en

(a) Amb. lib. 1. de Virg.

fin, solemniza nuestra Madre la Iglesia el martyrio glorioso ó espiritual nacimiento de Santa Inés. Espantense los hombres, confíen los parvulos, admirense las casadas, é imitenla las virgenes: *Natalis est Sanctae Agnetis, mirentur viri, non desperent parvuli, stupeant nuptae, imitentur in-nuptae*. Y à la verdad, si yo la intitulo Virgen, la hago igual à los Angeles que reynan con Dios; si Martyr, la ensalzo sobre los Serafines, que aunque pueden amar à su Magestad, no pueden morir por él; si Virgen y Martyr, acabo todo su Panegyrico, dandola la ventaja sobre las Virgenes, que no han derramado su sangre por Jesu-Christo, y sobre los Martyres, que no le han consagrado su virginidad. Mas por quanto hay muchos Santos que han juntado la qualidad de Virgenes con la de Martyres, triunfando con duplicada victoria del placer, y de la muerte; permitid, Señores, que para formar el caracter de Santa Inés, distinguiendola de todas las Esposas de Jesu-Christo que, como ella, han añadido à la azucena de la virginidad la palma del martyrio; manifieste en este rato las diferencias que à nuestra Santa la separan de las otras; haciendooos vér en ella una Virgen, que consagró con su presencia los lugares mas infames; y una Martyr, que con su valor cambió los tormentos en delicias.

PUNTO PRIMERO.

La Virginidad es una cosa tan grande, que todos los Padres, que han intentado hacer su elogio, aseguran que esta virtud eleva à las Virgenes,

nes, no solamente por cima de los hombres, sino que las hace superiores à los Angeles. San Cipriano afirmó, que las Virgenes eran la porcion mas noble de la Catolica Iglesia; y por consiguiente, que eran superiores en parte à todos los demás fieles: *Virgines illustrior portio gregis Christi* (a). San Pedro Chrysologo fue de sentir, que podian disputar el merito con los Angeles; porque siendo la pureza de estos un efecto de la naturaleza, y la de aquellas un portento de la gracia, conseguian las Virgenes por su virtud lo que los Angeles poseian por su felicidad: *Angelum esse felicitatis, Virginem esse virtutis. Hoc habet virgo ex viribus, quod habet Angelus ex natura* (b). Si el pensamiento de estos dos Padres es tan verdadero como suena, yo havria finalizado, sin duda, el elogio de Santa Inés; porque diciendos que fue Virgen, la ensalzaba sobre hombres y sobre Angeles. Mas como al mismo tiempo la daba por compañeras à todas las Santas que han consagrado su virginidad à Jesu-Christo, quiero mostraros lo que tiene la suya de particular, y hacerlos admirar las circunstancias que ensalzan à ésta sobre las otras.

En primer lugar, consagró à Dios su pureza desde su infancia, y quiso ser Esposa de Jesu-Christo desde que tuvo uso de razon; lo que obligó à S. Ambrosio à decir, que la devocion se havia excedido, y anticipado à la edad: *Discede à me pabulum mortis, jam sponsi mei castis amplexibus adstricta sum*

(a) Cipri. de habitu virg. (b) Chrys. Sermon. 143.

sum; jam corpori meo corpus ejus sociatum est, & sanguis ejus ornavit genas meas (a). En segundo lugar, menospreció la hermosura, de que la naturaleza la havia dotado con mas profusion que liberalidad; y hermano en sí misma dos qualidades, que la mayor parte de los profanos juzgaron incompatibles. En tercer lugar, desprecio el mas sobresaliente casamiento que havia en Roma, por no ser infiel à su Esposo Jesu-Christo: y la que no se dexó desvanecer de la hermosura, tampoco se dexó fascinar de la ambicion. Vió al hijo de un Prefecto, que encantado de sus perfecciones, la ofreció todo quanto es capaz de conturbar la constancia de una doncella. Mas ella rechazó sus ofertas con indignacion. Y como si la pertinacia de este rival no huviese servido sino para aumentar el fuego del amor divino en Inés, no pudo contenerse en hablarle de su amado con terminos tan expresivos, que eran capaces de darle los mayores zelos, y de quitarle la esperanza; porque como si huviera intentado ultrajar su nacimiento y sus riquezas, ensalzando las de su casto Esposo, le dixo estas palabras, que San Ambrosio ha libertado del olvido: *Cujus mater virgo est, cujus pater feminam nescit, cui Angeli serviunt, cujus pulchritudinem Sol & Luna mirantur, cujus odore reviviscunt mortui, cujus tactu foventur infirmi, cui opes nunquam deficiunt* (b). Retiraje de mi presencia, hijo de la muerte; y sabe que yo tengo ya Esposo; que he gozado ya de sus castisimos am- ple-

(a) Amb. lib. 1. de Virginit. (b) Ambros. Sermon. 90.

plexos; que este cuerpo que yo le he consagrado, se ha unido con el suyo, por medio de un Sacramento que no ignoras; y que este carnesí, que sobresale en mis mejillas y en mis labios, es un efecto de la naturaleza, que sirviendome de ornamento; hermoséa mi cuerpo y mi alma.

Y para que no te lisonjees con el lustre de tu nacimiento, has de saber, que el Esposo à quien yo adoro, tiene à un Dios por padre, y à una Virgen por madre; que los Angeles son sus criados; que el Sol, y los Astros admiran su divina hermosura; que su presencia unicamente sana à los enfermos; que su palabra resucita à los muertos; y que sus riquezas, que son infinitas, no pueden agotarse con todas las posibles liberalidades: *Ipsi soli seruo fidem, quàm cum uniuerso casta sum, cum tetigero munda sum, cum accipero virgo sum* (a). Y por que no imagines, que, ò tu pertinacia ò tus riquezas podrán hacerme mudar de parecer, ten entendido, que la palabra que le he dado, se la cumpliré eternamente. Mas temiendo que tu espíritu, sumergido en lo que es carne y sangre, pueda persuadirse à que este amor interésa mi pureza, te aseguro por quien soy, que su amor me hace casta, que sus amplexos me santifican, y que nuestro desposorio consagra mi virginidad.

Estas respuestas que desesperanzaron al joven le hubieran echado bien presto en el sepulcro, si su Padre, sabiendo que Inés era christiana, no hubiera acudido à su socorro, intentando obligar

(a) Idem ibid.

à nuestra Santa à desposarse con él, bajo de dos condiciones igualmente infames y criminales. Si has consagrado, la dixo, tu virginidad à los inmortales dioses, retirete à vivir con las Vestales. Separate del mundo; no tengas con él comercio alguno; y viviendo con aquellas Virgenes, que son la gloria y felicidad de nuestro Imperio, junta tus votos con los suyos por la conservacion del Príncipe que le gobierna. Pero si eres del numero de esta secta infeliz, que mezcla la magia con la impiedad, y que blasfemando de nuestros dioses, se hace justamente sospechosa à los Emperadores que son sus vivas imagenes, ten por cierto, que te remitiré à esos lugares infames, donde se prostituyen las afrentosas víctimas de la impudicia pública. Horrorizaron, sin duda, à nuestra Santa estas dos proposiciones; y no pudiendo aceptar ninguna de ellas, se vió en el peligro de sufrir el mayor de todos los ultrages, por no cometer el mayor de todos los delitos.

Como havian conocido los Paganos, que la pudicia era la cosa mas amada de las mugeres christianas, imaginaron, que el medio mas poderoso para obligarlas à perder la fé de Jesu Christo, era el de amenazarlas con la pérdida de la castidad. Y efectivamente, Tertuliano reparó, que las cristianas, mucho mas se horrorizaban de la prostitucion, que del suplicio. Mucho menos temian ser expuestas al furor de los Leones, que à la licencia de los hombres impudicos: *Damnando christianam ad lenonem potius, quàm ad leonem confessi estis habem pudicitiam apud nos atrociorum*

omni pœna, & omni morte reputari. (a) Y se hallaron algunas, que por un movimiento extraordinario del Espiritu Santo, se dieron la muerte, precipitandose en las aguas ò en las llamas, por libertarse de este ultrage. Se vieron tambien algunas, dice San Agustin, que para ser curadas de la vanagloria que les daba su misma castidad, perdieron, por divina permission, el esplendor que mas apreciaban, para que humilladas por tan terrible afrenta, recurriesen à practicar el abatimiento y humildad christiana, que hasta entonces no havian apreciado como debian; lo que obligó al referido Santo Doctor à exclamar, y decir, que el orgullo es un pecado el mas abominable, respecto de que para su curativa permite Dios un remedio tan extraño.

Mas por el contrario, para preservar à las Virgenes, que juntando la humildad con la pureza, y no ensobrevaciendose por aquella virtud que las hace iguales con los Angeles, tenian siempre presente, que no eran menos fragiles por su constitucion que los hombres; para preservar la pureza, vuelvo à decir, de estas Virgenes humildes, obró Dios muchos milagros, y extraordinarias maravillas. Si A una Lucia, la hizo de tal manera inmoble, que muchos pares de bueyes no fueron para moverla ò sacarla de un sitio, quando los Paganos intentaron llevarla al infame lugar de la prostitucion. Para libertar à una Virgen christiana, que havian expuesto à esta miseria, inspiró

(a) Tertul. in Apolog.

à un soldado, tambien christiano, trocase con ella el vestido, y por ella se quedase en aquel lugar infame, saliendo fuera la Virgen en calidad de soldado; con cuyo inocente artificio, inspirado de Dios, conservó el fiel soldado la pureza de la Virgen, y consiguió para sí la corona del martyrio. La conferencia que pasó entre los dos referidos, la refiere con tal primor el eloquente San Ambrosio, que aunque me distraiga alguna cosa de mi principal objeto, no dexaré de referirla; pues no es salir de mi designio, el continuar el elogio de la pureza.

No temas, dixo el piadoso Soldado à la afligida Virgen; porque yo he venido aqui, no como usurpador de tu fama, sino como un hermano, que intenta defender tu honor: *Ne queso paveas soror, frater hic venit salvare animam, non perdere. Quasi adulter ingressus; si vis Martyr egrediar. Vestimenta mutemus, conveniunt mihi tua: sed utraque Christo. Tua vestis me verum militem facit, mea te Virginem. Sume habitum, qui abscondat Virginem, trade qui consecrat Martyrem.* (a) Verdad es, que entré en este lugar como un adultero; pero si tu quieres, saldré de aqui para ser Martyr. Mis vestidos te ajustarán muy bien, y los tuyos no me vendrán muy mal: y en todo caso, uno y otro serán bien parecidos à Jesu-Christo; porque el tuyo, aunque de muger, me hará efectivamente Soldado; y el mio te conservará para siempre la pureza. Toma, pues, un vestido que

Tt 2 ocul-

(a) Amb. lib. de Virgin.

ocultará à una muger, y dame otro que consagrará à un Martyr. Aceptó la Virgen christiana su consejo; y consiguiendo para sí, con este piadoso disimulo, la defensa de su honor, adquirió para el Soldado la corona del martyrio; porque extrahida que fue la doncella de aquel infame lugar bajo de un vestido ageno, se arrojaron en él varios infieles con el designio de disfrutar sus brutales apetitos; y como en lugar de una Virgen encontrasen un Soldado, creyeron por algun tiempo, que obrando un milagro Jesu-Christo, havia mudado en hombre à una muger, y en soldado à una doncella. Ya havia yo oido decir (dixo à los otros uno de ellos) que este Jesus, à quien adoran los christianos, convirtió en cierta ocasion el agua en vino; y ahora vemos que ha convertido en hombre à una muger. Salgamos de aqui al instante, si queremos ser lo que hemos sido hasta aqui; no sea que en castigo de nuestra insolencia, nos convierta en mugeres, así como para defenderla de nuestra impudencia convirtió à una muger en hombre: *Audieram quod Christus aquas in uina convertit, jam mutare capit & sexus; recedamus hinc dum ad huc qui fuimus sumus.* (a) En este error se huvieran ido, sin duda, si nuestro Soldado, deseoso de la corona del martyrio, no les huviera advertido del suceso. La novedad de esta estratagemá los sorprendió verdaderamente, y les infundió cierto respeto à la Religion christiana, que inspiraba à sus hijos tan extraordinario amor

(a) Idem ibi.

amor à la pureza. Mas siguiendose el furor à la admiracion, condenaron, en lugar de la Virgen, al que tan generosamente havia ocupado su lugar, y satisfaciendo sus deseos, sin advertirlo, le procuraron la libertad de los Martyres.

Pero fue mayor la admiracion de estos impios, quando vieron que la doncella, viniendo al lugar del suplicio, entabló una contienda celestial con su libertador, sobre quién de los dos havia de llevar primero la gloria de morir por Jesu-Christo. El Soldado se defendia generosamente, alegando en su favor el decreto ò sentencia que se havia pronunciado contra él: *Ego cum jussum occidi, te absoluit sententia, quando me tenuit. Non ego te mortis vadem elegi, sed priorem pudoris optavi. Si pudor queritur, manet nexus. Si sanguis exposcitur, fide iussionem non desidero, habed unde solvam. In me lata est ista sententia, que pro me lata est.* (a) No te aflija mi dicha (la decia); dexame recibir la recompensa del beneficio que te hice. Acuerdate de que el sentenciado à morir soy yo; y que la misma sentencia que me comprehende à mí, te exime à tí. La doncella clamaba, y le decia: tu haces mas de lo que me prometiste, y de lo que te pedi yo. Yo buscaba un hombre que defendiese mi virginidad, no mi vida. Si solamente se tratase ahora de lo primero, os buscaria otra vez para mi defensor. Mas tratandose, como se trata, de lo segundo, vuestra proteccion me es inutil. Si aqui no se me pide mas que san-

(a) Idem ibi.

sangre, tengo con que pagar; y por consiguiente no necesito de vuestra fianza: *Ego opprobrium declinavi, non martyrium tibi cæsi; vestem, non professionem mutavi; quod si mihi præcipis mortem, non redemisti me, sed circumvenisti. Possumus utique satisfacere sententiæ, si me prius patiatis occidi. In te non habent aliam quam exerceant pœnam; in Virgine obnoxius est pudor.* (a) Considera, que la sentencia que se ha dado por mi causa, es una sentencia contra mí; que yo sería responsable de vuestra vida, si no os libertára de la muerte; que en la trasformacion que practicamos, aunque dexé yo mi vestido, no mudé de profesion; que con aquella piadosa estratagema solo miré à precaver un ultrage, mas no à ceder á otro el honor y corona del martyrio. Y así, si me lo disputais por mas tiempo, no diré que me habeis libertado, sino engañado. No me quiteis, pues, el beneficio que ya me habeis concedido. Y para no dilatar mas la disputa, considerad, que en diferir vuestra muerte, no correis peligro alguno; pero yo lo corro muy grande, si se difiere la mia. Ambos podemos, sin duda, sufrir la pena de la sentencia, con tal que yo sea la primera; porque nuestros comunes enemigos, no tienen para vos otro castigo, que la muerte; mas para mí, si ahora no muero, tienen otra injuria mas terrible y mas cruel que la muerte. En fin, para vos será mayor gloria, y mayor dicha para mí, si dexandome morir primero, conservais de este modo mi pureza, que

(a) Id. ibi.

que si exponéis mi virginidad, por querer defender mi vida. El fin de tan piadosa contienda fue dichoso, pues ambos los litigantes quedaron bien satisfechos. No fue su gloria separada, sino unida; pues procurandose uno á otro la palma del martyrio, juntos derramaron su sangre por la fé de Jesu-Christo. Esta digresion, Señores, no podía desagradaros; pues al mismo tiempo que os ha hecho ver la mas famosa disputa, que el amor de la pureza y del martyrio podia excitar entre dos fieles de la Religion de Jesu-Christo, ha sido exprimida por las mas bellas palabras, que la eloquencia christiana pudo sugerir à San Ambrosio. Pero lo que sucedió con Santa Inés, fue otro tanto mas prodigioso, quanto no ya un Soldado, sino un Angel fue quien se constituyó protector suyo, obrando el mismo Dios varios milagros para defender su pureza. Y así, desde el punto en que la Virgen puso los pies en el lugar destinado para la pública impudicicia, mudó aquel sitio de condicion, y se convirtió en Cielo ò en Oratorio: *Interea lupanar efficitur locus orationis.* (a) Púsose, pues, Inés en oracion, è interesando à los Angeles en su defensa, hizo tan santa aquella casa, como antes havia sido profana. Y por quanto los infieles, con horrible violencia, havian desnudado à nuestra Santa, hizo Dios en un momento dos prodigios, con que encubriendo la desnudez de su inocente cuerpo, protegió el pudor de la doncella. Fue el primero, haverse esparcido sus cabellos en
tal

(a) Ambr. Serm. 50.

tal conformidad, que sirviendola de velo preservó enteramente su cuerpo de la curiosidad de aquellos impudicos. ¡Qué prodigio, Señores míos! Los cabellos que en las mas de las mugeres suelen servir para prostituir la castidad, la defienden y preservan en Santa Inés. Lo que en otras sirve de aliciente para el pecado, sirve de velo en nuestra Santa, para proteger su pudor. Pero no satisfecho Dios con haver obrado este primer portento, hizo otro segundo mas maravilloso y raro. Rodeó todo el cuerpo de la Santa de una luz tan peregrina, que à un mismo tiempo la servia de adorno y de vestido. La adornó y vistió de una claridad, que ofuscando los ojos de quantos intentaban mirarla, la honró con un privilegio semejante à al de la inocencia del primer hombre, ò al de la Magestad del mismo Dios.

Segun todos los Padres de la Iglesia, la justicia original que adornaba el alma del primer hombre, servia tambien à su cuerpo de vestido, esparciendo sobre su rostro una cierta luz, que infundia amor y respeto à todas las criaturas. La Escritura, asimismo, nos enseña, que aunque Dios no necesita de otro vestido que su esencia, se reviste de luz, siempre que le agrada hacerse visible à los hombres; y este mismo resplandor les infunde el temor y la reverencia: *Amicus lumine, sicut vestimento.* (a) Esto supuesto, parece que Dios trató à nuestra Santa como hace consigo mismo. Que por vestido le dió la luz, ocultando su cuerpo ba-

(a) Palm. 103. v. 2.

jo de un manto de resplandores; y que rodeandola con tan hermosa claridad, no solamente la libertó del empacho, sino que la dió un gage ò una prenda de la gloria que la preparaba en el Cielo: *Indumentum dedit illi nimio candore conspicuum.* (a)

Confesemos, pues, Señores, que es grande el amor del Hijo de Dios hácia sus Esposas. Que es tan celoso del honor de ellas como del suyo; y que protege su pudor, asi como su Padre cuidó de atender al suyo en la Cruz; porque, segun varios Interpretes, aquellas tinieblas que se esparcieron sobre la tierra, mientras su Magestad padecia en el Calvario, no solo contribuyeron à la fúnebre pompa de su muerte, sino tambien à encubrir su desnudéz; y que el Sol no se ocultó precisamente para enlutar à todo el mundo por la muerte y pasion de su Hacedor, sino para ocultar tambien su cuerpo virginal, expuesto à las atenciones y oprobios de sus enemigos. Pues ahora, lo que las tinieblas hicieron en favor del Hijo de Dios en el Calvario, hizo la luz celestial en favor de Santa Inés en el lugar público. O bien se mezclaron luz y tinieblas para componerla un vestido, asi como entre las dos, segun dice la Escritura, componen un trono ò palacio à nuestro Dios; pues dice en una parte, que Dios habita una luz inaccesible: *Habitat lucem inaccessibilem*; y en otra, que tiene su mansion entre unas tinieblas impenetrables: *Posuit tenebras latibulum suum.* Del mismo modo, pues, nuestra ilustre Virgen fue

Tom. I.

Vv

re-

(a) Ambr. Sermon. 90.

revestida de un manto, que por una prodigiosa mezcla de claridades y de tinieblas, la libertó de las miradas y ultrages de aquellos impúdicos. En efecto, aquella brillantísima luz ofuscó sus ojos, reprimió su insolencia, y les infundió un profundo respeto por una Virgen, en cuyo favor havia obrado el Cielo un prodigio tan grande. Però

Su espanto y su temor se aumentó mucho mas con motivo de la insolencia y castigo del hijo del Pretor, desordenado amante de nuestra Santa; porque como éste la tenia mas pasión y menos respeto que los otros, juzgando que la claridad que rodeaba à Inés no era otra cosa que una illusion, intentó indiscretamente violentarla; pero una instantanea muerte fue el justo castigo de su temeridad. Cayó, pues, à los pies de la Santa como una víctima que la Justicia Divina sacrificaba à su pureza. Este extrañísimo suceso produjo efectos muy diferentes en el espíritu de sus espectadores; porque los unos admiraron al Dios de los Christianos, que tan justamente vengaba la injuria de sus Esposas. Los otros se confirmaron en la creencia que tenían de que todos los fieles eran magos; y que por los encantos, que eran propios de su profesion, se defendian de sus enemigos.

El padre del desgraciado joven así que supo la muerte de su hijo unico, lleno de furor corrió al theatro; y acusando à la Virgen de magia y de homicida, vomitó contra ella quantas injurias puede sacar la rabia de la boca de un desesperado. La Santa se defendió con tanta eficacia como modestia; è hizo saber al enfurecido padre, que su hijo se havia procurado à sí mismo su desgracia

cia. Que los que havian respetado la luz que la rodeaba no havian sido ofendidos; y que solamente él, que con impudencia se havia querido acercar, havia sido la causa de su muerte; que por lo que à ella pertenecía nada la inquietaba, sino el horror del pecado, y el gran sentimiento de la perdicion del alma de su hijo. El padre, à quien en medio de su enojo le asistía la suficiente razon para conocer la inocencia de Inés, y el crimen de su hijo, la conjuró à fin de que emplease todo el credito que tenia con su Dios para conseguir la resurreccion del difunto. Convino en ello la Santa, hincóse de rodillas, levantó al Cielo sus ojos, y por medio de un duplicado portento, restituyó la vida, no solamente al cuerpo, sino al alma de aquel pecador.

Pues apenas fue resucitado, detextó su error y su delito: confesó que no havia mas Dios que el de los Christianos: dió infinitas gracias à su casta libertadora, y la pidió el bautismo, para que ya que no havia querido ser su esposa, viniese à ser por medio de aquel Sacramento su madre y hermana. ¡Qué de prodigios, qué de milagros no intervinieron aqui en favor de la pureza! ¡Qué mutaciones, qué metamorfosis, hechas por una Virgen, que prefiere su honor à su vida, su vida à su fortuna, y sus divinos votos à todas las promesas de un amante! ¿Se podrá poner en duda que jamas fue mas gloriosa la virginidad que en la persona de Santa Inés; y que tuvo razon para decir, que aunque tiene compañeras en la pureza, es unica y singular en la gloria de su triunfo? Parece que no. Pues mirad: todo quanto haveis oido

hasta aqui, no ha sido mas que un principio de sus glorias. Y asi preparaos para oir los progresos, y la perfeccion de su elevadísimo merito, viendola trocar en deliciosos placeres los mas horrendos suplicios.

PUNTO SEGUNDO.

No se puede dudar, que hay una cierta semejanza entre Virgenes y Martyres; porque si no derraman su sangre por Jesu-Christo las primeras, no por eso dexan de experimentar combates y vencimientos como los segundos. La pureza misma parece que prepara las Virgenes al martyrio; pues acostumbradas à triunfar de los placeres de la carne, se las hacen menos terribles los dolores del suplicio. Por esta razon San Ambrosio, en aquellos eloquentísimos libros en que trata de las Virgenes, dice con grande energia, que la virginidad no es laudable precisamente porque se encuentre en los Martyres, sino porque ella hace Martyres: *Non ideo laudabilis virginitas quia in Martyribus reperitur, sed quia ipsa Martyres faciat.* (a) Y en efecto, el que por toda su vida se ha privado de los sensuales deleytes, no halla tan grande dificultad como otros para sufrir los tormentos quando se presenta inevitablemente la ocasion. Y asi el que guarda el celibato, puede gloriarse de haver hecho un ensayo para el martyrio; pudiendose decir de las Virgenes lo que dixo Tertuliano de todos

(a) Ambr. lib. 1. de Virg.

dos los christianos en comun: *Vita christiani est disciplina martyrii.*

Esta fue, pues, la divina escuela en que Santa Inés se preparó para ser Martyr; pues venciendo las delicias, aprendió à tolerar los dolores. Comenzó, à la verdad, estos dos exercicios desde que empezó à usar de la razon; porque imponiendose crueles penitencias à si misma, previno la crueldad de los verdugos. Tan ordinario era para ella el ayuno como la oracion. Nutria à su alma con lo que defraudaba à su cuerpo. Y como si intentára familiarizarse con la muerte, pasaba dias y noches sin comer ni dormir. Su mismo nombre fue, al parecer, un presagio de lo que debia ser algun dia. Y la divina providencia, que dispuso fuese intitulada *Agnes*, la destinó, según San Ambrosio, para el sacrificio: *Nomen ejus oraculum est Martyrii, & indicavit quid esset futura.* (a) Pero lo que hace su combate mas digno de consideracion, y mas ilustre su victoria es, que padeció martyrio en una edad, en que las demás doncellas no son capaces de sufrir con paciencia los mas ligeros dolores. Apenas havia cumplido trece años, quando fue conducida à la presencia del Juez Tyrano; y asi los que regulaban su animo por su cuerpo, fueron de parecer que bastarian las promesas para seducirla, ò las amenazas para amedrentarla.

Son las mugeres, sin duda, mas debiles que los hombres. Y el Sabio asegura, que para hallar una

(a) Ambr. lib. 1. de Virg.

una que se pueda llamar fuerte, es preciso discurrir por todo el mundo: *Mulierem fortem quis inveniet? Procul & de ultimis finibus pretium ejus.*

(a) Pero como una muger fuerte es mas rara que las perlas que vienen de las extremidades de la tierra, así tambien es mas preciosa y digna de ser reputada por un prodigio del sexo. Mas si todas las mugeres son debiles, las doncellas son sin duda mucho mas; porque quanto menos tienen de experiencia y de resolucion, tanto mas sobresale en ellas el temor y la debilidad. Sin embargo, de esta regla general fue verdaderamente exceptuada la animosissima Inés, pues no comptando mas años que trece, admiró à todo el mundo su valor. Y como dice su Panegyrista San Ambrosio, así como su devocion fue superior à su edad, así su animo fue superior à su sexo. (b) ¡Quién lo dixera! Las reprehensiones de su madre, si ella huvieran sido capaz de merecerlas, la huvieran hecho temblar. Y efectivamente, de haver visto en cierta ocasion à su padre mirar con enojo à un esclavo suyo, se quedó pálida. Y esto no obstante, el Prefecto de Roma con una comitiva espantosa de ministros y de verdugos no son capaces de alterar su constancia. Confiesa sin temor que abraza y sigue la fé de Jesu Christo; y que está dispuesta à rubricar esta confesion con su sangre; y la que por su edad no podia aun disponer de su persona segun toda ley, está dispuesta para ser Martyr de Jesu-Christo. (c) Su misma delicadeza la eximia,

sin

(a) Proverb. cap. 31. v. 10. (b) Ambros. Sermon. de Virg.

(c) Idem ibi.

sin duda, de entrar en combates; pero la gracia la hacia capaz de todos los vencimientos. Verdad es, que todos miraron su martyrio y su valor como uno de los mayores milagros: *Novum genus martyrii* (exclama San Ambrosio) *nondum idonea pene, & jam matura victorie.*

Para conocer bien la grandeza del combate, y el peligro que tuvo Inés de ser vencida, y no vencedora, considerad con viveza la desigualdad de los combatientes, conviene à saber; à Inés por una parte, y al Prefecto Porfirio, que era su Juez, por otra. Inés no es mas que una doncellita; Porfirio un hombre, è irritado. Inés apenas ha cumplido trece años; Porfirio cuenta ya los quarenta. Inés no tiene poder alguno en la Republica; Porfirio tiene en su mano toda la autoridad del Emperador. Inés para su defensa no tiene otro auxilio à quien recurrir que à la paciencia; Porfirio tiene otros tantos verdugos como ministros para atormentarla. Asimismo este Prefecto emplea todos los atractivos de los ruegos para seducirla, y todos los artificios de las amenazas para intimidarla, las cadenas y prisiones para entrístecerla, la tortura y azotes para acobardarla. Y sin embargo, todos estos esfuerzos son inútiles. La debilidad resiste à la fuerza; la paciencia cansa à los Tyranos; la sencillez se burla de los artificios; y por decirlo de una vez, una niña triunfa del Prefecto de Roma.

Pero no os espanteis, Señores; Inés era fortalecida por la divina gracia, y no era necesario mas; porque sola ésta es la que sabe vencer los dolores, así como los placeres. Sola ésta es la que

sa-

sabe resistir à los verdugos, del mismo modo que à los amantes. Si el martirio fuera obra de la naturaleza, ò de la razon humana, se podría juzgar que aquellos à quienes el nacimiento hubiese hecho mas fuertes, ò à quienes la Filosofia huviese inspirado mayor intrepidez, serian los mas à proposito para sufrirlo. Pero siendo como es un puro efecto de la gracia, no se debe contar en los que lo padecen animosos, ni con el vigor del cuerpo, ni con la firmeza del espíritu. Solo Dios es el que obra en los Martyres, y no es necesario mas. Y asi para que sobresalga mucho mas su admirable poder, elige para empresa tan sobrenatural los cuerpos mas debiles, y las almas mas timidas. Y por eso se dice muy bien, como advierte S. Ambrosio, que lo que excede à la naturaleza procede del autor de ella. (a) Y asi no hay que buscar otra fuerza, ni otro valor en Inés, que el que la gracia la inspiró quando pareció delante del Juez.

Alli oyó sin inmutarse la sentencia de su prision: y gozosa de que la muerte que iba à poner fin à su vida, pondria tambien à su pureza en seguridad, se consolaba sobre manera viendo à los verdugos que la havian de libertar de sus amantes. Mas no logró tan presto como deseaba evitar las persecuciones de estos ultimos; porque ciegos de amor, y conmovidos de piedad, trataron de ganarla con promesas, de suavizarla con lagrimas, y de seducirla con caricias. Pero Inés ofendida de

su

(a) Idem ibid.

su falsa piedad, y juntando el christiano despecho con el celo que tenia por su querido Esposo, les dice estas palabras, que San Ambrosio ensalzó con particular elocuencia, y la Iglesia refiere con gran respeto: vosotros injuriais à mi Esposo, si juzgais agradarme, ò que pueda yo agradecer vuestro servicio. Y asi, tened entendido que aquel que por medio de su gracia me buscó antes que vosotros, eligiendome para sí antes que pudiese yo ni conocerle, ni amarle, me poseerá por entero. Y tú, verdugo, ¿por qué te detienes? haz prontamente tu oficio, librame de estos importunos, y haz que muera este cuerpo miserable, que contra mi voluntad me precisa à ser agradable à los ojos impudicos: *Et hæc sponsi injuria est expectare placituras, qui me sibi prior elegit accipiet: quid percussor moraris? Pereat corpus quòd amari potest oculis quibus nolo.* (a)

Siendo evidente, Señoras mias, que estos castos sentimientos contribuyeron à la gloria, y à la perfeccion de Santa Inés, ¿pretendeis vosotras conseqüir sus atributos, siendo Santas en la tierra y gloriosas en el Cielo? Si lo deseais, ¿por qué, ò cómo os valeis de tantos artificios para agradar à los hombres? ¿por qué llamais sus atenciones con tanto estudio y cuidado? ¿por qué prendeis sus corazones con tantas cadenas? ¿por qué colocais vuestra dicha en adquirir amantes, y conquistar adoradores? Considerad à nuestra Santa, que teme ser criminal en que se agrada de ella los hombres. Que

Tom. I. Xx

(a) Ambr. lib. 1. de Virginit.

desea la muerte de su cuerpo, para que no excite malos deseos en el alma de los que se acerquen à ella. Y hallareis quàn diferente de ella sois vosotras, que poneis vuestra dicha en quitarle vasallos à Jesu-Christo, dandole esclavos al demonio.

Apenas Inés rechazó tan generosamente los ruegos de sus amantes, caminó ligeramente hácia el lugar del suplicio; y sin enternecerse con las lagrimas que derramaba todo el Pueblo, ni con los suspiros de los otros fieles sus compañeros, subió sobre el brasero con tal valor, que mas infundió horror, que admiración á los circunstantes. Desde allí, como desde un sobervio teatro donde servia de espectáculo á los hombres y á los Angeles, levantó los ojos y las manos al Cielo; y por única gracia pidió á su Esposo, que el fuego la consumiese con prontitud, á fin de ir á gozar quanto antes de sus castísimos amplexos. Los verdugos, no sin demostraciones claras de compasión, encendieron el funesto brasero, ó mejor diré el lecho nupcial, sobre el qual estaba recostada la Santa. Pero, ¡ò prodigio! las llamas se apartaron de Inés; respetaron su persona; perdonaron sus vestidos; y como si huvieran sabido discernir entre culpables è inocentes, apartandose de los niños que las servian de pábulo, fueron á buscar á los verdugos, á quienes havia hecho huir el temor.

¿No se viene aqui, Señores, á la memoria aquel gran milagro que hizo Dios en otro tiempo, para justificar la inocencia de aquellos tres niños, que un Emperador infiel havia hecho arrojar en el horno de Babilonia? El fuego en aquella ocasion

se

se hizo al parecer inteligente; porque este elemento que es ciego en su actividad; que devora quanto se le pone à proporción; que indistintamente abraza el cedro y la encina; y que consume igualmente al yerro y al marmol, no osó acercarse à los tres Angeles mortales; ó si, por una secreta conducta de la divina providencia, se acerca, nó toca ni aun levemente à sus vestidos, y consume las cadenas que los aprisionan, y desde allí, como indignado contra los ministros de aquel furioso Principe, sale impetuosamente del horno, y vá á cebarse en todos aquellos que havian obedecido sus injustos decretos. Pues todas estas maravillas se repitieron en favor de nuestra Santa Martyr. El fuego la reverenció, y la vengó. Dividió sus llamas para formarla un oratorio, ó un trono. Arrojó despues una parte de estas llamas, que por el ayre fueron á buscar à los verdugos y à los impiós, que havian ó inventado, ó aprobado este suplicio: *In duas partes flammæ scindantur, & hinc atque illinc seditiosos populos exurebant* (a).

Estas palabras de San Ambrosio, me trahen à la memoria las del Poeta Estacio, que para explicar el odio inmortal de dos hermanos, dice, que su furor excitó una sedición en el mismo brasero donde fueron arrojados despues de muertos; porque dividiendose sus llamas, no pudieron unirse jamás para consumir à unos hombres, que siempre havian estado en guerra: *Flammæque rebel-*

Xx 2

les

(a) Amb. Sermon. 29. *Agrippæ et Socræ pater* 13

les seditione rogi. Se vé, sin duda, una imagen de este divorcio en el suplicio de Santa Inés; pues trata el fuego diferentemente à los sujetos, que fueron siempre discordes en el modo de obrar y de pensar, abrazando à los culpables, y perdonando à la inocente. ¿Y sabéis, Señores, qual era la ocupacion de esta Virgen, mientras sucedia este prodigio que tenia asombrada à la Ciudad de Roma? Pues mirad: daba gracias à su Esposo por el prodigio con que havia preservado de las llamas su casto cuerpo; però juntando sus respetuosas quejas à la accion de gracias, se quejaba à él amargamente, porque preservandola del fuego, la privaba de la gloria del martyrio. Y apenas huvo concluido la súplica, quando un verdugo, que por ventura la havia escuchado, se acercó à ella, y para satisfacer sus deseos, la degolló con su espada, y consumó el sacrificio de esta agradable víctima.

¿No os anima, Señores, à la virtud este grande exemplo, que reprehende juntamente vuestra debilidad? Inés era una niña de trece años. Las amenazas del Prefecto, sin otros tormentos, la debian amedrentar. Y sin embargo, se burló de unas y de otros; y despues de haver vencido el temor, sufrió el dolor y la muerte. Y para decirlo con los terminos de San Gregorio el Grande, apareció delante de los Jueces y de los verdugos mas animosa que estos, y mas gloriosa que aquellos: *Ante armatis greges & præsidis invicta stetit, ferientem robustior, & judicante sublimior* (a). Vosotros

(a) Greg. Mag. homil. in Evangel.

tros, pues, sois hombres; y por consiguiente, mas fuertes que una doncella; y esto no obstante, zella sale victoriosa de los mayores tormentos, quando vosotros os dexais vencer de los deleytes? Ella sube al Cielo por las llamas; ¿y vosotros quereis subir à él por las delicias? Ella llega à la Patria Celestial por un camino sembrado de espinas; ¿y quereis vosotros llegar tambien allá por otro camino sembrado de rosas? Ella consigue la corona de la gloria por medio del combate; ¿y vosotros la quereis conseguir sin pelear? Dios la dice: muere por mi amor, y obedee; y à vosotros os dice: vivid por mi, ¿y desobedeceis? Dios la dice, en fin, hazme un sacrificio de tu cuerpo, y se sujeta à él con placer; y à vosotros os dice, hacedme un sacrificio de vuestras pasiones, ¿y os resistis con injusticia à su peticion? ¡Ah Señores! Con quánta razon pudiera yo asegurar, que pues no quereis domar vuestra carne, estando la Iglesia en reposo, no la huvierais, sin duda, sacrificado por la fé quando se hallaba perseguida: *Ecce nulli nostrum hoc tempore dicit Deus, pro me morere, sed illicita tantummodo in te desideria occide. Qui ergo in pace subigere carnis desideria nolumus, quomodo in bello pro Domino ipsam carnem daremus?* (a) Y vosotras, Señoras mias, sobre cuyo espiritu debe tener mas eficacia y autoridad el exemplo de una Virgen, ¿tendreis valor en adelante para quejaros de vuestra debilidad, y aun de alegarla por escusa en vuestras ofen-

(a) Idem. ibid.

ofensas? Vosotras nos decís, quando venís à nuestros pies, que es cosa muy ardua para una simple y fragil muger defenderse contra unos enemigos tan fuertes y artificiosos. Pero además de que vosotras los provocais con el luxo de vuestros vestidos, con la libertad de vuestras acciones, y con el artificio y dulzura de vuestras palabras; ¿no hay la constancia de una Inés à quien imitar? Ella era joven; pero no se gloriaba de serlo. Era hermosa; pero despreciaba su hermosura. Fue buscada de un hombre poderoso; pero le menospreció. Fue tentada por todo genero de ofertas; pero no dió oídos. Vió rendido à sus pies al hijo de un Prefecto de Roma; pero como tenia en su corazón al Hijo de Dios, se indignó contra la propuesta de este amante. Convirtió éste sus promesas en amenazas, sus servicios en menosprecios, su amor en furor, y empleó para vencerla otros tantos tormentos, como caricias havia empleado para seducirla; pero ella triunfó no menos del placer que de los tormentos, y salió de todo y en todo victoriosa. Teneis, por ventura, vosotras enemigos mas terribles que combatir, tentaciones mas fuertes que sostener, ni ataques mas poderosos que rechazar? No, sin duda: pero teneis menos animo y menos amor à Jesu-Christo: y así, si sois vencidas, acusad à vuestra laxitud; imitad à nuestra Santa Martyr, menospreciad vuestra hermosura, evitad las conversaciones amorosas, temed las delicias, despreciad los tormentos, à fin de que habiendo vencido como ella en la tierra, triunfeis con ella en el Cielo. Así sea.

SER-

SERMON

DE SAN VICENTE,

PREDICADO DELANTE DE LA REYNA.

Exiit Vincens, ut vinceret. Apocalip.
cap. 6. v. 2.

SEÑORA:

Si la condición de los Christianos es mas honorífica que la de los Soldados, tambien es mas difícil y penosa; porque aunque por un ligero premio se exponen à mil peligros, siendo víctimas de la gloria y de la muerte; sin embargo, no son responsables de los varios acontecimientos de la batalla. Y con tal que obedezcan en todo à sus mayores, nada mas se le puede pedir à su valor. Pero los christianos son una clase de Soldados, que tienen obligacion de ser siempre victoriosos. Y así, no les basta el pelear; es necesario vencer, si quieren triunfar con Jesu-Christo. Por cuyo motivo, para hacer el Panegyrico de San Vicente, no sería bastante el persuadir, que fue un exforzadísimo Soldado de Jesu-Christo; sino que fue un dichoso vencedor, que desempeñando exactamente las obligaciones contrahidas por el nombre de christiano, derrotó à todos sus enemigos. Es verdad.

ofensas? Vosotras nos decís, quando venís à nuestros pies, que es cosa muy ardua para una simple y fragil muger defenderse contra unos enemigos tan fuertes y artificiosos. Pero además de que vosotras los provocais con el luxo de vuestros vestidos, con la libertad de vuestras acciones, y con el artificio y dulzura de vuestras palabras; ¿no hay la constancia de una Inés à quien imitar? Ella era joven; pero no se gloriaba de serlo. Era hermosa; pero despreciaba su hermosura. Fue buscada de un hombre poderoso; pero le menospreció. Fue tentada por todo genero de ofertas; pero no dió oídos. Vió rendido à sus pies al hijo de un Prefecto de Roma; pero como tenia en su corazón al Hijo de Dios, se indignó contra la propuesta de este amante. Convirtió éste sus promesas en amenazas, sus servicios en menosprecios, su amor en furor, y empleó para vencerla otros tantos tormentos, como caricias havia empleado para seducirla; pero ella triunfó no menos del placer que de los tormentos, y salió de todo y en todo victoriosa. Teneis, por ventura, vosotras enemigos mas terribles que combatir, tentaciones mas fuertes que sostener, ni ataques mas poderosos que rechazar? No, sin duda: pero teneis menos animo y menos amor à Jesu-Christo: y así, si sois vencidas, acusad à vuestra laxitud; imitad à nuestra Santa Martyr, menospreciad vuestra hermosura, evitad las conversaciones amorosas, temed las delicias, despreciad los tormentos, à fin de que habiendo vencido como ella en la tierra, triunfeis con ella en el Cielo. Así sea.

SER-

SERMON

DE SAN VICENTE,

PREDICADO DELANTE DE LA REYNA.

Exiit Vincens, ut vinceret. Apocalip.
cap. 6. v. 2.

SEÑORA:

Si la condición de los Christianos es mas honorífica que la de los Soldados, tambien es mas difícil y penosa; porque aunque por un ligero premio se exponen à mil peligros, siendo víctimas de la gloria y de la muerte; sin embargo, no son responsables de los varios acontecimientos de la batalla. Y con tal que obedezcan en todo à sus mayores, nada mas se le puede pedir à su valor. Pero los christianos son una clase de Soldados, que tienen obligacion de ser siempre victoriosos. Y así, no les basta el pelear; es necesario vencer, si quieren triunfar con Jesu-Christo. Por cuyo motivo, para hacer el Panegyrico de San Vicente, no sería bastante el persuadir, que fue un exforzadísimo Soldado de Jesu-Christo; sino que fue un dichoso vencedor, que desempeñando exactamente las obligaciones contrahidas por el nombre de christiano, derrotó à todos sus enemigos. Es verdad.

dad que en el Cielo, donde reyna con los Angeles, confiesa que toda la gloria de sus triunfos pertenece á Jesu-Christo; y que este divino General, que inspira el valor á sus Soldados, es el que dá la victoria á los que él mismo empuja en el combate. Imitemos, pues, el sentir de este Gran Santo. Saquemos nuestras luces, de donde él ha sacado su socorro; pidamos la gracia á quien le dió el valor; y rogando á la Virgen, que fue su Protectora, sea nuestra Abogada, digámosla con el Angel:

AVE MARIA.

SEÑORA:

Aunque Jesu-Christo vive en los Martyres, padece en sus tormentos, y vence en sus combates, es necesario confesar, que vivía de un modo muy particular en la persona de San Vicente; le inspiraba el valor, y le daba fuerzas para sufrir sus dolores, y vencer á sus verdugos. Asimismo, aunque el demonio reside en todos los tyranos, anima su crueldad, y excita su furor; con todo eso, se debe afirmar, que residia extraordinariamente en la persona de Daciano, y que se servia de él como de principal Ministro suyo, para fatigar la paciencia de nuestro ilustre Martyr: porque cómo hubiera podido este tyrano inventar tanta diversidad de tormentos, executar tantas crueldades, ni resistir á tantos prodigios como el Cielo hizo en favor de Vicente, si el demonio no se hubiese fabricado un trono en su corazon? Ni cómo el valeroso Martyr hubiera podido vencer tan-

lib.

tos

tos artificios, sobrellevar tantos tormentos, ni triunfar de tantos verdugos, si el Hijo de Dios no le hubiera fortalecido con modo muy singular? Por este motivo, contemplo yo este combate como combate entre el mismo Jesu-Christo y Lucifer. Y me persuado con S. Agustin, que así como la impiedad de Daciano era sostenida por la malicia del diablo, el valor de San Vicente era fortificado por la gracia de Jesu-Christo, y que estos dos Generales combatiendo en las personas de sus soldados, dieron las mas patentes pruebas de su poder y de su destreza.

Imaginaos, pues, Señores, á la Ciudad de Valencia como al campo de batalla, donde estos dos Principes, haviedo librado sus intereses, el uno en las manos de Daciano, y el otro en las de Vicente, disputan sobre la soberanía del Universo. Imaginad asimismo, que Daciano, movido del demonio que le posee, emplea sucesivamente la amenaza, el tormento, el deleyte, y por fin la muerte para vencer á nuestro Martyr: y que asistido Vicente de Jesu-Christo, triunfa de todos estos diferentes enemigos por su paciencia y por su valor: *Animadvertat sanctitas vestra quò diabolus suum perduxerit ministrum, & quomodo Christus suum servaverit famulum.* (a) O para explicar la misma verdad con otras voces, diré tambien con el mismo San Agustin, que no siendo apaciguada la colera de Daciano á vista de los muchos milagros que el Cielo obró en favor de nuestro Santo,

Tom. I.

Yy

for-

(a) Aug. Sermon. 1. de S. Vinc.

forzosamente era sostenida por la malicia del demonio; y al contrario, que no habiendo podido ser vencida la debilidad de Vicente con tantos y exquisitos tormentos, fue necesariamente fortalecida por el poder de Jesu-Christo: *Tot convulsa miraculis persistebat impietas; agnoscat operata diabolus malignitas: tot versata supplicis non cedebat infirmitas; agnoscat ergo operata divinitas.* (a)

PUNTO PRIMERO.

El temor es una pasión que no perturba la razón menos que la colera, aunque no es tan violenta; porque dexandose sorprender de la infiel relación de los sentidos exteriores, pone à toda el alma en desorden, y vá à buscar el mal que aun existe con el pretexto de precaverle, y como dixo un Filosofo, añade à los presentes los males venideros, para hacernos mas miserables: *Nemo tantum presentibus miser est.* Pero si la prudencia, que regularmente acompaña al temor, nos es tan perjudicial, mucho mas lo es su credulidad. Siempre el temor nos representa el mal que tememos, mucho mayor de lo que es, ò será quando suceda. Forma de él imagenes terribles, y à medida que esta pasión es engañada por los ojos ò por los oídos, así emplea toda su industria para abusar de la razón; y aunque es enemiga declarada de la esperanza, imita su conducta; pues así como ésta siempre atribuye ven-

(a) Id. ibi.

tajas al bien que busca, así el temor impone vanos horrores, y falsas dificultades al mal que huye, y con estos artificios, suele regularmente hacer mas daño que el mismo mal que se teme. Tan cierto es esto, que se han visto armadas enteras, à quienes un vano temor ha obligado à abandonar el campo; y soldados, que han sido desechos, antes de ser heridos por la espada del enemigo. San Pablo, sin embargo del generoso espíritu que le animaba, confiesa, que algunas veces no le afligia menos el temor que la lucha: *Fortis pugne, intus timores.* (a) Por lo mismo el demonio que animaba à Daciano, le aconsejó procurase excitar esta pasión en San Vicente, para consternar su ánimo, representandole la muerte en el aspecto mas horrible que ser pudiese. Y aquel tyrano, obedeciendo à su Maestro, se sirvió de este cruel artificio. Y para conturbar desde luego la constancia de nuestro Martyr, le hizo ver por sus ojos los potros donde se daba el mayor de los tormentos, las tenazas, y las ruedas de cuchillos.

No hay duda alguna, en que la mejor muerte es tristísima y terrible; y por consiguiente, que la mas corta se le figura larguísima al paciente, y la mas dulce, cruel. Pero tambien es cierto, que unas hay sin comparacion mas terribles, mas largas, y por consiguiente mas rigorosas que otras. Una cuchillada que separa la cabeza del cuerpo, apenas puede sentirse; y es una muerte ésta tan pronta, que es necesaria particular pusilanimidad

Y a

(a) Paul. 2. ad Corinth. c. 7. v. 5. 160

para temerla. Pero la rueda de cuchillos, donde tendian à los Martyres, despues de abierto por todas partes su cuerpo con heridas, y donde le dexaban desangrarse gota à gota hasta dar su espíritu al Criador, era una muerte tan funesta y cruel, que solamente una constancia prodigiosa seria capaz de sufrirla. Solamente el imaginarla horrorizará al mas esforzado. Y por haver la pasion del temor hecho con eficacia su pintura en la imaginacion de los sentenciados à ella, se ha visto alguna vez, que los tales han encanecido en brevissimos momentos, ò se ha perturbado su juicio, ò han muerto de repente. Y así, Daciano no fue mal aconsejado, quando hizo presentar ante los ojos de Vicente, todos los instrumentos de los suplicios que le estaban preparados, para infundir la cobardia, ò excitar la pasion del temor en el espíritu de este generoso athleta; pues sabia muy bien aquel tyrano, que una vez excitada la referida pasion, pondria en desorden à todas las demás, por sujetas que estuviesen. Sin embargo, este primer esfuerzo fue inutil; porque el Martyr se burló del tyrano y de sus amenazas, sin que el temor hiciese la mas ligera impresion en su espíritu; antes bien venció un temor con otro temor, que es cosa mas extraña. Porque mira:

Esta pasion que en los demás hombres es debilissima y laxa, se hace animosa y valiente en los christianos, quando es animada por la gracia; y les inspira un nuevo esfuerzo para triunfar dichosamente de sus enemigos. Y por eso la Escritura atribuye la fortaleza al temor, fundando las victorias de los fieles en el temor santo que tienen à Dios,

Dios, y en el respeto con que viven à sus divinos preceptos: *In timore Domini fiducia fortitudinis, & filius ejus erit spes.* (a) Y el Gran P. San Agustin enseña; que el motivo que tienen los justos para no temer à los hombres, es unicamente, el de temer à Dios: *Deum timenda, hominem non timeant.* Y ved aqui el temor que animó à nuestro Martyr. Ved aqui el temor donde sacó el esfuerzo, y las armas para vencer las amenazas de Daciano. Ved aqui, en fin, el temor con que venció el otro temor, como dize antes. Luego si nosotros imitamos à este gran Santo, seriamos mas valerosos y mas fieles en las tentaciones. Si temieramos como él à nuestro Dios, nos burlariamos de todos los asaltos del demonio; porque toda la seguridad del christiano consiste en este temor. Y así, en qualquier peligro ò tentacion que le amenaza, debe al punto representarse à sí mismo la justicia de aquel Señor que castiga à los que le ofenden, y recompensa à los que le sirven. Esta es aquella poderosa consideracion, de que en otro tiempo se valía San Agustin, para animar à las almas laxas y timidas, enseñandolas, que en qualquier tentacion del espíritu ò peligro temporal que se presente, no deben temer, sino à Dios; porque solamente su providencia es la que nos libra ò nos abandona en los peligros, así del cuerpo, como del espíritu. Si una bestia feroz, dice el Santo, te acomete, teme à Dios: *Fera sævit, Deum time.* Si una serpiente se te acerca, teme à Dios.

(a) Prov. c. 14. v. 26. con sol. ob. man. l. 1. c. 1. v. 1.

Dios: *Serpens insidiatur, Deum time.* Si un hombre te persigue, teme à Dios: *Si homo te odit, Deum time.* Si el diablo, finalmente, te tienta, y te provoca, teme à Dios; porque todas las criaturas están sujetas al que os manda que le temais: *Si diabolus te impugna, Deum time.* *Tota enim creatura sub illo est quem iuberis timere.* Y esta tambien fue la virtud con que triunfó San Vicente de todas las amenazas del tyrano, y obligandole à pasar de las palabras à las obras. En efecto, viendo Daciano, que el temor no hacia impresion alguna en el corazon del Martyr, recurrió à los tormentos, y empleó el dolor para vencerle.

Si la alegría es el objeto ò el blanco de todas las pasiones agradables, si los deseos se acaban, las esperanzas reposan, y el hombre se considera dichoso, quando llega à poseer el bien que busca; por el contrario, el dolor es el fin de todas las pasiones funestas. Y así, quando el hombre se halla en el actual sufrimiento del mal que temia, se desvanece el temor, se retira el desasosiego, y queda el paciente enteramente miserable. Por eso es el dolor el enemigo mayor de la naturaleza; pues turba sus placeres, conspira à su ruina, y hace todos los esfuerzos posibles para destruirla. Y por tanto Dios se vale de él, quando intenta castigar à los rebeldes de su Estado. Los hombres tambien le emplean, quando quieren reprimir à los malos, y contener el curso de sus violencias ò injusticias, recurriendo à los tormentos, que son ò los padres ò los hijos del dolor. Mas como los tyranos no están en el mundo, sino para exercitar la paciencia de los inocentes, se desvelan mu-

mucho mas para servirse de la referida pasion, inventando suplicios, con que fatigar la constancia de los Martyres. Y así, no se contentan con hacerles sufrir unos dolores comunes ò regulares, sino que los buscan nuevos y extraordinarios; y aun estudian la composicion física del cuerpo humano para saber, por qué medios se podrá afligir todo el conjunto de sus miembros. Pero entre quantos tyranos se concieron en el mundo, ninguno igualó al detestable Daciano, en materia de inventar tormentos para afligir à nuestro Martyr; porque ò sea que el zelo de su falsa religion le animaba, sea que el fin de agradar à su Principe excitase su ira, ò que la libertad de Vicente encendiese su furor; lo cierto es, que no hubo genero de tormento que no inventase para afligirle.

Los tyranos, à la verdad, temian algun resto de humanidad en el exercicio de sus cargos; y quando cumplian con el de Jueces, se acordaban, sin duda, de que eran hombres, y que podian llegar à ser delinquentes ò miserables. Y así, se contentaban con servirse de aquellos castigos que estaban en uso entre las gentes; y quando añadian los potros, las torturas ò el brasero, condenaban á muerte al culpado, que acabando de este modo su vida, acababa por consiguiente con su tormento. Pero Daciano era un Juez completamente inhumano é impio. Deseaba satisfacer, por una parte su crueldad, exerciendo su oficio; y por otra, pensaba adquirir reparacion, obligando à los christianos á abandonar su creencia. Y así, despues de haver hecho tender à San Vicente sobre el potro de los tormentos, despues de haver-

le deshecho con azotes de rosetas, y haver descubierta sus entrañas con peynes de hierro; le mandó atar de pies y manos á una cruz. Y contemplando que este suplicio era suave, por ser comun, le hizo estender sobre unas parrillas encendidas, para que á fuego lento se acabase de consumir la poca carne que havia quedado sobre aquel doloroso esqueleto. Asimismo mandó echar porcion de sal en el fuego, para que del combate de estos dos contrarios, naciese un nuevo suplicio, desconocido hasta entonces de los Martyres y de los verdugos. ¿Pero qué se siguió á tantos y tan raros tormentos? Lo que se siguió fue cansarse los ministros, desesperarse Daciano, y burlarse Vicente, venciendo su infatigable fortaleza, quantos tormentos pudo inventar la crueldad del tyrano: *Quidquid pœnarum ferientis ira excoGITabat; insuperabilis fortiter patiendo vincebat.* (a)

Pero lo que mas havia de maravilloso en este horrible espectáculo era, que quanto mas perdía de sangre nuestro invicto Vicente; tanto mas recobrabá de vigor. Quanto su cuerpo mas se disminuía, tanto mas crecía su animo; y quanto el hombre exterior mas se consumía con las llamas, tanto mas el interior se fortificaba con la gracia. Y así Vicente, correspondiendo á la propiedad del nombre, parecía en medio de los tormentos, no como un sujeto miserable y afligido, sino como un heros victorioso, cuyo carro triunfal eran las llamas. Y en medio de tanto ruido de consumir mis-

(a) Aug. Sermon de S. Vicente.

mismas parrillas, que mudando de naturaleza, aparecian como el trono de un gran Principe. Bien conocia Daciano que quedaba vencido; pero su rabia se aumentaba por el hecho mismo de no tener, ni saber con qué podria añadir algun tormento mas al cuerpo de nuestro Martyr; pues aunque los verdugos, animados de las promesas y de las amenazas del Tyrano, hacian esfuerzos para complacerle, como no hallaban carne alguna en su cuerpo, en vano descargaban sus golpes sobre unos huesos descarnados y faltos de sentido: *Videbat namque deservientium manus carnicum plus in eo manere vulneris quam corporis.* (a) En fin, la gloria de nuestro Martyr dió celos á Daciano; y como vió que todo el Pueblo admiraba su invencible fortaleza, aprendió que estas mismas alabanzas podrian dar algun esfuerzo, ó consuelo, á lo menos, á Vicente; y que privandole de esta gloria, y continuando el tormento, podria acaso triunfar mejor de su constancia. En efecto, mandó se le llevase de nuevo á la carcel, y que se inventasen desde aquel punto nuevos tormentos, que se havian de executar sin testigos, mirando tambien en esto á ocultar la verguenza de verse vencido, y el Martyr victorioso.

PUNTO SEGUNDO.

No solamente fue inventada la prision para custodia de los culpados, sino para su castigo. Es Tom. I. Zz re-

(a) Idem ibi.

regularmente una mansion de tinieblas, donde no se dexa ver la luz, sino al través de alguna rejilla, ó por algunos resquicios que la reciben como por fuerza. Es un destierro que hallan los miserables en medio de su mismo país: es una servidumbre, donde está oprimida la libertad: es un sepulcro de vivos; y según Tertuliano, * es una casa donde aloja el diablo su familia; esto es, à los criminales y miserables: *Carcer domus est diaboli, in qua familiam suam continet.* (a) Pero la carcel donde fue puesto nuestro Martyr fue mucho peor que las regulares; porque además de privarle de la luz del Sol, del consuelo de sus amigos, y del uso de sus miembros, estaba toda sembrada de puntas aceradas, para que renovando todos sus dolores, no permitiesen reposo alguno à un hombre, que la cama mas blanda huviera sido incómoda en el estado en que le dexaron los verdugos. Juzgad, pues, qué tormento no le daría un suelo erizado de tantas puntas, que bolverlo à abrir todas sus llagas, aumentaban sin cesar todas sus penas! Con todo eso, Señores, este lugar de horror y de tormento, se muda para Vicente en un lugar de delicias y placeres. La gracia divina fortalece su espíritu, y le dá bastantes fuerzas para cantar las divinas alabanzas en medio de la prision. Una luz celestial disipa las tinieblas del calabozo, y conduce allí el placer con la claridad. Y así, contra la esperanza del Tyrano halló nuestro Martyr en esta fu-

(a) Tertul. ad Marc.

nesta morada el remedio de todos sus males, y el consuelo de todas sus penas: *Fallitur vincendi opinione cæca crudelitas,* dice San Agustin, *nam divina bonitas infert novam tenebris lucem, & tabernaculum splendidum obscurum reddit erga scutum.*

Mas no era suficiente para Jesu-Christo el consolar à su generoso Athleta, sino que se digna de curarle con sus propias manos, y restituirle sus antiguas fuerzas. Y así bolverlo su Magestad à llenar sus venas de sangre espirituosa, y à cubrir sus huesos de nueva carne, igualando con ella todos los huecos que en su cuerpo havian dexado los peynes acerados: *Fovebat laceros artus medica Dei manus.* (a) ¿No deseais vosotros ser de esta manera heridos para ser así curados? ¿no son preciosas estas llagas? ¿no son honoríficas estas cicatrices? ¿no es gloria y satisfacción el servir à un Dios, que no olvida à sus Martyres en los trabajos; y que para honrarlos saca del dolor el placer, de las tinieblas la luz, y de la prision la libertad? Pues ved ahora el complemento del honor de San Vicente: los soldados que le guardaban viendo esta celestial claridad, escuchando aquellos angelicos conciertos, percibiendo aquellas divinas fragancias, y contemplando aquel calabozo convertido en Paraíso, corren admirados à casa del Presidente para hacerle saber estos prodigios. ¿Y qué juzgais, Señores, obró la novedad en este Juez? ¿de qué tristeza, digo, no

Zz 2

fue

(a) Idem ibid.

fue poseído quando llegó à entender aquellas maravillas? ¿de qué espanto no fue embargado? ¿de qué furor no fue oprimido? *Tremor iudicem occupat*, dice San Agustin, *dolor lacerat*, *furor inflammat*. (a) ¿Y qué, dixo el rabioso Presidente, un miserable cautivo ha de triunfar del poder de los Emperadores? ¿la magia ha de poder mas que la justicia? ¿Los Dioses inmortales, à quienes adoro, han de perder su causa en mi presencia? ¿Un delincente Español ha de vencer à un Juez Romano? Y en fin, ¿un Christiano joven se ha de burlar con su obstinacion de la Religion, del Imperio, de los verdugos y de los tormentos? No: (dixo lleno de colera) no: y así, saquesele de la prision, traygasele à mi Palacio, para que sepa, à pesar suyo, que la casa de un Juez irritado es mas temible para un criminal que todos los calabozos del mundo.

Los Soldados obedeciendo sus ordenes asen à Vicente y le trahen. ¿Pero sabéis, Señores, en qué estado se hallaba quando pareció delante del Juez? Pues mirad: estaban cerradas y sanas todas sus llagas y heridas; su rostro y todo su cuerpo estaba rodeado de frescura y belleza; la alegría rebosaba en su semblante; la prision havia aumentado su hermosura; los dolores havian dado nuevo vigor à sus fuerzas: Por manera, que venia, al parecer, no à humillarse delante de Daciano, sino à desafiarle y echarle en cara su ningun poder, y su injusticia. Pero dexemos à San Agustín

(a) Idem ibid.

tin la descripcion de este milagro ò de este triunfo: *Profertur itaque ex illo tetri carceris baratro, caelesti quidem gratia pulchrior, & si adhuc esset passurus, robustior*. (a) Sale Vicente de la prision, dice, como sale el Sol de una tenebrosa nube; esto es, con mas claridad, con mas belleza, y en disposicion de sostener nuevos combates, y de sufrir nuevos dolores.

PUNTO TERCERO.

Como Daciano vió que sus esfuerzos hasta alli havian sido inútiles, recurrió à los artificios; y no habiendo podido vencer al Martyr con amenazas, ni tormentos, resolvió corromperle con promesas y deleytes. De quantos enemigos tiene la virtud, ninguno es mas peligroso que la voluptad. Esta pasion se introduce en el corazon insensiblemente por los sentidos corporales. Tiene inteligencia secreta con la plaza à quien ataca: y así jamás la resiste el hombre todo entero; porque al mismo tiempo que se defiende por un lado, se siente por otro inclinado à recibir al enemigo. Esta pasion es la que arrastró à Sanson, la que deshizo à David, y la que triunfó de Salomon. Ella es la que consiguió tantas victorias sobre la Iglesia, trastornandola muchos hijos, à quienes la persecucion no havia podido derribar. Por cuyo motivo, notó juiciosamente San Agustin, que el mundo se vale de dos medios para perder à los Soldados

(a) Idem ibid.

y dislocaban sus huesos; mientras que los peynes de acero deshacían sus entrañas, y estando tendido en una cama de hierro, le devoraba enteramente un fuego abrasador, no se le oyó à Vicente un suspiro, no formó con sus labios un ruego, un voto, una oracion. Mas al punto que el placer le acariciaba, y las delicias le alagan, implora el socorro del dolor y de la muerte para defenderse de ellas. Por manera, que en su juicio, las promesas de Daciano, y las caricias de una muger hermosa, eran mil veces mas temibles que las amenazas del Juez, y que los suplicios de los verdugos. Y esto no obstante, Señores, vosotros nadaís en las delicias; os precaveís cuidadosamente contra todo genero de necesidades y adversidades; no negáis diversion ò fruicion alguna à vuestros sentidos, inventáis nuevos placeres cada dia; conversáis frequentemente con mugeres; tratáis de agradarlas; pensáis como seducirlas; y en medio de este cúmulo de peligros ¿esperáis todavia vuestra salvacion? ¡Ah! ò San Vicente era un ignorante, ò vosotros estáis ciegos; ò él era un simple, ò vosotros sois imprudentes. Pero el Juez celestial os condena claramente; porque si este Señor condescendiendo à los deseos de nuestro Martyr, le envió la muerte para librarle de la sensualidad, es prueba de que ésta es mas temible que aquella; y que la virtud de los christianos corre menos riesgo entre los dolores que entre las delicias.

Y aun vosotros, Señores, me confesáis esta verdad, pues honráis à un Santo que debe su gloria à los tormentos, y su vida à la muerte. Las Naciones mismas, à quienes un interés particular

ha

ha dividido, ¿no están acordes en esta creencia? ¿La Francia y la España, digo, no están bien persuadidas, de que el dolor es menos temible que el placer, respecto de que una y otra solemnizan hoy la fiesta de un Martyr, que solo deseó la muerte, quando se vió lisonjeado de un Juez, y acariciado por una muger? Por lo que à mi respecta, Señora, no puedo por una parte acordarme de la union, que la verdadera piedad causa hoy dia entre estos dos Reynos, sin que me llene de amargura, al vér la guerra infeliz que por otra parte los divide. Ambos concuerdan en la estimacion que hacen de la virtud de San Vicente. Ambos conspiran à dirigirle Altares, à tributarle honores. Esto no obstante, se hallan divididos por ligeros intereses; y terminando sus litigios por medio de la guerra, derraman su sangre despues de haver adorado à un mismo Dios, è invocado en su socorro à un mismo Santo. Interponed, Señora, vuestra autoridad para reconciliarlos. Y respecto de que sois madre del uno, y hermana del otro de estos dos Monarcas, emplead vuestro credito y vuestros poderosos oficios para bolver à unirlos: para que ya que vuestro desposorio fue el nudo que ciñó estos Reynos entre sí; vuestra regencia sea el lazo sagrado que los reuna, dando una sólida paz à toda la Europa.

PUNTO QUARTO.

No se acabó el furor y la ira de Daciano, aunque se finalizó la vida de San Vicente; pues le persiguió hasta despues de muerto. Si. Como si no

Tom. I. Aaa hu-

hubiera quedado satisfecho con tantos ultrages y tormentos, como le havia hecho sufrir, quiso todavía privarle del honor del sepulcro, y hacer pasto de las aves al que no havia podido serlo de las llamas. La naturaleza, à la verdad, nos inspira la piedad que exercemos con los difuntos; y la Religión nos imprime su obsequio, y reverencia. La misma muerte que los ha destruido, parece que tambien los ha consagrado; y que apartandolos del comercio de los hombres, los ha puesto en la clase de los Santos. Y así, à todos se les dá sepultura, si no con la misma pompa, à lo menos con la misma piedad. Se recogen sus cenizas con respeto; y nadie se acerca à sus sepulcros sin devoción. Hasta los mismos enemigos que los persiguieron en vida, se compadecen de ellos despues de su muerte, y derraman lagrimas en atención à su miseria, ò à la santidad de su condición. Pero Daciano, que no tenia de humano sino la organización, no estaba satisfecho con lo que havia atormentado à San Vicente quando vivo; y así, para apaciguar su furor, queria que las bestias feroces devorasen su cuerpo, sirviendole de sepulcro el vientre de los lobos y de los buitres. Para este fin, le hizo exponer en un campo, donde se arrojaban todas las inmundicias de la Ciudad, prohibiendo baxo de rigorosísimas penas, que se practicasen con él piedad alguna. Mas la divina providencia tomó à su cargo la protección de este generosísimo Martyr; y le hizo triunfar despues de su muerte, así como le havia hecho vencer durante su vida. Suscitó, pues, un cuervo, que con su pico, con sus alas, y con sus graznididos aturda, y auyentaba à to-

dos los animales de rapiña que se acercaban al cadaver. Patentísimo milagro, sin duda: porque qualquiera otro animal, que hubiera hecho lo que el cuervo, hubiera dexado en duda el prodigio; pudiendose creer, que algun sentimiento oculto (que en un hombre se llamaria piedad) le habia impedido à defender el cuerpo de nuestro Martyr. Pero el cuervo, como saben todos, es una ave carnívora que sigue à los exercitos; que presiente las batallas aun antes que se den, y se nutre de los cadaveres que de ellas resultan; y sobre todo, que con una especie de impiedad (si así puede decirse) abandona hasta sus propios hijos quando nacen; cuya dureza paterna suple con su asistencia el Cielo, como dice el Psalmista: *Et pullis corvorum invocantibus eum*. Sin embargo de todo esto, el cuervo, olvidando su natural dureza, defendió el cuerpo de nuestro Martyr; y aunque tenia presente lo que forzosamente excitaba su apetito, obedeció el Orden del Cielo, y empleó toda su fuerza y su maña para auyentar las bestias, que se acercaban al cuerpo de San Vicente: *Mittitur corvus avis inimica cadaveribus, expositum corpus servatura etiam jejuna*.

¿No os trae, Señores, à la memoria este extraño prodigio, lo que sucedió en otro tiempo con el Profeta Elías? Huía este Santo Profeta de la inhumana Jezabel; y no hallando asilo alguno contra esta cruel Princesa, se retiró à los desiertos, esperando firmemente, que las fieras no serian tan terribles como una muger enfurecida, y que los leones y los tigres tendrian algun respeto à un inocente perseguido. No se engañó en su conjetura:

porque los leones le perdonaron. Mas el hambre, que es enemigo domestico, no le perdonó. Esta implacable pasion, pues, introduxo la guerra en su seno; y encendiendo el fuego en sus entrañas, le amenazó con una muerte languida, pero otro tanto mas cruel. Affligido de este enemigo, se bolvió hácia el que alimenta à las savandijas en sus mismas cavernas; y en aquel mismo momento apareció en el ayre un cuervo, que le trahía un pan en su pico; y que olvidando su propension natural à la comida, se constituyó despensero del Profeta. Ved aqui, à la verdad, otro cuervo, que no cede en sus buenos officios al primero. De modo, que si me permitis hacer la comparacion, os costará trabajo el sentenciar sobre qual de los dos deba llevar la preferencia. Ellos son dos cuervos que se oponen à su inclinacion; que se privan de la comida, por dexarse vencer de la piedad; y que para executar el orden de Dios, toman à su cargo los intereses de la inocencia. El uno lleva el pan en su pico, sin atreverse à comerlo. El otro se está al pie de un cadaver, sin atreverse à tocarlo. El primero alimenta à un hombre vivo; el segundo defiende à otro hombre muerto. Aquel reprehende la crueldad de Jezabél; éste condena el furor de Daciano. Uno, en fin, lleva de comer à Eliás; otro impide que se coman el cuerpo de Vicente. Y por consecuencia, queda sin resolver la preferencia, segun San Agustin: *Obtinuit Helias à corvo, dice, ut aleretur; obtinuit Vincentius à corvo ne comederetur* (a).

To-

(a) Aug. Sermon de S. Vinc.

Todo el Pueblo salió de la Ciudad para ser testigo de esta maravilla, sin que huviese persona, que admirando la providencia de Dios, no reconociese la inocencia de Vicente, ni dexase de detestar la brutalidad de Daciano. Pero su admiracion creció mucho mas, quando vieron que el cuervo, cumpliendo con el orden que tenia, ayuntaba à las demás aves, persiguiendolas con su pico y con sus alas para que no se acercasen al cuerpo, de quien le havian constituido guarda. Y aun les sorprendió mas otro prodigio; y fue, que habiendo un lobo hambriento salido del monte en busca del cadaver, à quien por el olfato havia sentido en gran distancia; luego que llegó à percibirlo, fue à lanzarse sobre él para devorarlo; pero el cuervo se arrojó sobre él con tal impetu y estrepito, que amedrentado el lobo, desistió de la empresa, y se bolvió à entrar en el bosque. Bien podia, dice San Agustin, bien podia la divina providencia haver por sí misma impelido, que el lobo saliese de su caverna; que no se acercase al cadaver; que no hiciese ademan alguno para tocarlo. Pero quiso hacer ostentacion de este prodigio por medio del valor y fidelidad de un cuervo en executar sus ordenes, defendiendo aquel deposito sagrado de todos quantos intentasen ultrajarle: *Non tam ad inferendam injuriam lupus venit, quam ad augendum miraculi pompam* (a).

Pero oid ahora un prodigio que excede à los referidos. Mientras esté cuervo se empleaba en obe-

(a) Idem ibid.

obedecer à Dios, las aves se retiraban, los lobos huían, y el Pueblo se admiraba; Daciano, este monstruo, digo, mas cruel que los lobos, y menos piadoso que los cuervos, no pudiendo sufrir la gloria que tenia el Santo sobre la tierra, mandó arrojar el venerable cadaver en el mar, para que así él, como su memoria se sepultasen en sus aguas. Obedecen los ministros de su furor; levantan el cadaver, le conducen mar adentro, y le precipitan en sus abismos. Buelven al punto: y quando juzgaban lisonjear à Daciano con su pronta obediencia, vén sobre la ribera el cuerpo mismo que acababan de arrojar en alta mar; reconociendo, llenos de confusion, que el Dios de los christianos es tan absoluto sobre el mar como sobre la tierra. Así sirvieron, Señores, todos los elementos al triunfo de nuestro Martyr, à la confusion del tyrano, y à la voluntad de Dios. Y como dice San Agustin, de quien he tomado yo todo el discurso, Vicente venció à Daciano, quando vivo y quando muerto. Despreció quando vivia sus tormentos, y despues de su muerte hizo inútiles sus designios. Venció, en fin, antes de morir al fuego; y domó despues de muerto, al agua: *Vicit ergo Dacianum vivens & mortuus; vivens tormenta calcavit, mortuus maria transnavavit* (a).

Confesad, Señores, que jamás haveis visto triunfo mas illustre que el de nuestro Martyr: pero confesad juntamente, que jamás haveis visto pertinacia mas feróz que la de Daciano: pues nada

(a) Idem. ibid.

omitió de quanto podia contribuir à fatigar la paciencia de este Martyr, para abatir su fortaleza, para borrar su memoria. Mas todos estos sucesos, Señores, se acabaron con el tiempo; y estos momentos, que vuelan sin cesar, vieron el fin de las penas de Vicente y de las furias de Daciano. Si Ya no tiene este mas potros de tormento para entender sobre ellos el cuerpo del Martyr; mas uñas de hierro para deshacerle, ni mas hornos ò braseros para consumirle. Ni Vicente tiene ya mas prisiones que temer, mas tormentos que sufrir, ni mas fieras con quien pelear. El tiempo que acaba con todas las cosas, puso un dichoso fin à sus trabajos. Mas así como la pena, à que fue condenado Daciano, jamás podrá tener fin, así la gloria que entró à poseer Vicente, durará por los siglos de los siglos: *Transierunt omnia, & pena Vincentii, & ira Daciani. Nunc autem pena manet Daciano, corona verò manet Vincentio* (a). Daciano, pues, no puede libertarse del infierno, ni Vicente ser privado del Paraíso. Uno y otro entraron en un estado invariable, è indefectible.

En cuya suposicion, ¿qué imagináis, hombres del siglo? Ambiciosos, ¿ juzgais que vuestras grandezas son otra cosa que vpos sueños? ¿ Impudicos, aprehendeis que vuestros placeres son otra cosa que ilusiones? Vengativos, ¿ imagináis que vuestras venganzas tienen mas duracion que la de vnos momentos, y que las penas con que Dios las castiga, no han de durar eterna-

(a) Idem. ibid.

namente? Y vosotros, perseguidos inocentes, creed, que los ultrages que sufris, pasarán con el tiempo: que los tormentos que padeceis, no dexarán en vosotros sino una deliciosa memoria; que los suplicios que han exercitado vuestra paciencia, contribuyen à vuestra gloria; y que la recompensa que habeis ya recibido, no acabará jamás. Pero acordaos, Señores, que para conseguir esta dicha, es preciso seguir los pasos del incomparable Martyr, cuya fiesta solemnizais. Si. El menosprecio las amenazas de Daciano, y venció el temor de los hombres con el temor de Dios. El triunfó de los dolores pasajeros, por evitar los eternos: y abandonó las delicias de la tierra, por adquirir los placeres del Cielo. Imitad, pues, su fortaleza en los tormentos, y su continencia en los deleytes, si quereis tener parte en la gloria que actualmente posee. No os dexeis arrastrar de los placeres propios, ni amedrentar de las amenazas ajenas: *Nos non terreat voluptas propria; nos non terreat crudelitas aliena.* Que si, como San Vicente, os defendéis sobre la tierra de estos dos enemigos, triunfareis con él por los siglos de los siglos en el Cielo. Amen.

SERMON
DE LA CONVERSION

DE SAN PABLO.

Ego sum Jesus quem tu persequeris. Domine, quid me vis facere? Actuum Apostolorum, cap. 9. v. 5. y 6.

COMO todos los hombres son desde su concepcion pecadores; como muchos viven en el pecado, y algunos mueren tambien con esta vergonzosa y desgraciada privacion; no hay en la Iglesia festividades que mas los consuelen, que las que nos representan la conversion de otros pecadores; porque nos dan motivo para esperar la nuestra. Se aumenta, sin duda, nuestra esperanza, quando leemos, que la Magdalena pecadora se trocó en Magdalena penitente, que con sus muchas lagrimas lavó sus muchos pecados; y que supliendo su excesivo amor por las mortificaciones y asperezas, consiguió de Jesu-Christo, ó mejor diré, de su amado, una completa absolucion de sus culpas, acompañada del elogio mas honorifico: *Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit*

namente? Y vosotros, perseguidos inocentes, creed, que los ultrages que sufris, pasarán con el tiempo: que los tormentos que padeceis, no dexarán en vosotros sino una deliciosa memoria; que los suplicios que han exercitado vuestra paciencia, contribuyen à vuestra gloria; y que la recompensa que habeis ya recibido, no acabará jamás. Pero acordaos, Señores, que para conseguir esta dicha, es preciso seguir los pasos del incomparable Martyr, cuya fiesta solemnizais. Si. El menosprecio las amenazas de Daciano, y venció el temor de los hombres con el temor de Dios. El triunfó de los dolores pasajeros, por evitar los eternos: y abandonó las delicias de la tierra, por adquirir los placeres del Cielo. Imitad, pues, su fortaleza en los tormentos, y su continencia en los deleytes, si quereis tener parte en la gloria que actualmente posee. No os dexeis arrastrar de los placeres propios, ni amedrentar de las amenazas ajenas: *Nos non terreat voluptas propria; nos non terreat crudelitas aliena.* Que si, como San Vicente, os defendéis sobre la tierra de estos dos enemigos, triunfareis con él por los siglos de los siglos en el Cielo. Amen.

SERMON
DE LA CONVERSION

DE SAN PABLO.

Ego sum Jesus quem tu persequeris. Domine, quid me vis facere? Actuum Apostolorum, cap. 9. v. 5. y 6.

COMO todos los hombres son desde su concepcion pecadores; como muchos viven en el pecado, y algunos mueren tambien con esta vergonzosa y desgraciada privacion; no hay en la Iglesia festividades que mas los consuelen, que las que nos representan la conversion de otros pecadores; porque nos dan motivo para esperar la nuestra. Se aumenta, sin duda, nuestra esperanza, quando leemos, que la Magdalena pecadora se trocó en Magdalena penitente, que con sus muchas lagrimas lavó sus muchos pecados; y que supliendo su excesivo amor por las mortificaciones y asperezas, consiguió de Jesu-Christo, ó mejor diré, de su amado, una completa absolucion de sus culpas, acompañada del elogio mas honorifico: *Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit*

multum. (a) Nos consolamos asimismo en nuestra aflicción, quando vemos que Agustino, despues de haver sido sectario y enemigo de la Iglesia, vino à ser Doctor y Padre de ella. Que haviendo defendido por muchos años la mentira, vino à ser el apoyo de la verdad; y de un Filosofo orgulloso è impudico, llegó à ser uno de los mas humildes y mas castos Doctores de la Religion Christiana. Mas de todas las conversiones que sabemos, ninguna nos alegra y alienta mas que la del Apostol San Pablo; porque además de la admiracion que nos causa una mutacion tan prodigiosa, y de la esperanza que concebimos con su pronta y perfecta sumision, hallamos que nuestra conversion se contenia en la suya; porque así como fuimos llamados al gremio de la Iglesia en la persona de los Magos, que fueron las Primicias de la Gentilidad, así tambien fuimos convertidos en la persona de San Pablo, que fue el Doctor y Maestro de los Festiles. Y ved aqui el motivo ò objeto de esta festividad y de mi discurso, si el Cielo me favorece con su gracia, y la Virgen no desprecia la palabra de un Angel proferida por un penitente, que la dice:

AVE MARIA.

La obra de nuestra salvacion, no es obra de un momento, como lo fue la de la creacion del Universo. No costó ésta à Dios mas que una palabra,

(a) Lucx c. 7. v. 47.

bra, y fue executada con tanta facilidad, que la Escritura, antes la intitula diversion, que ocupacion del Criador: *Ludens in orbe terrarum.* (a) Pero aquella se empezó desde la eternidad, se continuó en el tiempo, y no se acabará sino en la gloria. La predestinacion es su origen; y Dios en este mysterio (que mejor es adorar, que escudriñar) la reserva en sí mismo, y prepara los medios oportunos para perfeccionarla; pero su total y completa conclusion no se verificará, hasta que extrayendonos del sepulcro el mismo Señor, nos asocie à su Imperio, haciendonos reynar eternamente con él. En la tierra la executa su Magestad por medio de nuestra conversion, quando nos busca, no en la nada, sino en el pecado, que es menós; y por consiguiente, quando irritado contra nuestros delitos, debería antes hacernos experimentar los efectos de su justicia, que los de su misericordia. Esta obra, pues, admite tantos titulos, como en sí encierra de milagros. Ya se intitula *creacion*; porque por medio de ella nos extrahe Dios de los abismos de una nada tan esteril, pero mas rebelde, que la de la naturaleza. Ya se llama *rescata*, porque rompe Jesu Christo nuestras cadenas, y nos pone en la libertad de hijos de Dios. Ya se nombra *curacion*; porque en ella nos dá su Magestad la salud que nos havia quitado la culpa, difundiendo su gracia en todas las facultades del alma, y sanandolas de todas las dolencias que el contagioso mal del pecado havia esparcido en ellas. Ya finalmente se

(a) Prov. 8. v. 27.

apellida *resurreccion*, porque el Hijo de Dios nos saca por medio de ella del sepulcro del espíritu y de las garras de la muerte eterna, dando à nuestra alma la vida que haviamos perdido, ò por nuestra culpa, ò por la de nuestro primer Padre.

En esta suposición, Señores, la Conversion de San Pablo es verdadera *creacion* de un hombre que pasa de la nada del pecado, al sér perfectísimo de la gracia habitual. *Es el rescate* de un cautivo que gemia bajo la pesadez de sus yerros: *Es la curacion* de un enfermo que no tenia en su alma parte sana: *Es en fin*, la *resurreccion* de un muerto, que habiendo perdido el habla con la vida, no podia quejarse desde su sepulcro, ni aun desear salir de él. Pero como lo referido hasta aqui es comun à todas las conversiones, preciso es buscar en la de San Pablo aquellas diferencias que constituyen su carácter distinto de las demás. Veremos, digo, que jamás hubo conversion, ni mas difícil, ni mas ruidosa, ni mas cómpeta, ni mas severa que la suya. Que es decir: no hubo jamás en la Iglesia conversion donde se hallasen de parte del pecador mayores obstaculos, de parte del Juez supremo mayor pompa, de parte del penitente mayor obediencia, ni de parte del Sacerdote que le absolvió, mayor severidad. Empecemos por los obstaculos.

PUNTO PRIMERO.

No hay cosa en este mundo mas contraria à Dios que el pecador, porque aunque por su naturaleza es del numero de sus vasallos, por su vo-

lun-

luntad es del gremio de los rebeldes de su estado. La Sagrada Escritura le llama enemigo de Dios, porque se opone à todos sus designios, viola todas sus leyes, y por medio de una suprema insolencia, maquina contra su gloria, contra su poder, y contra su vida. La grandeza misma de estos atentados, los hace como increíbles. Y à la verdad, apenas se puede imaginar, que un hombre que no ha perdido del todo el uso de la razon, forme unos proyectos, que son igualmente irracionales è imposibles: porque ¿quién puede ignorar, que la gloria de Dios es superior à todas nuestras obras? ¿que su Imperio es tan firme, que no puede ser arruinado por nuestras sediciones? que su ser (siendo, como es, eterno) no puede ser vulnerado por nuestros esfuerzos? Con todo eso, los pecadores, tan ciegos como insolentes, combaten la gloria de Dios, usurpan su soberania, y conspiran contra su vida. Si. Hacen guerra à su gloria, porque se la apropian à sí mismos, atribuyendose à sí con horrible injusticia el honor de las buenas obras que juzgan hacer, y cargando sobre el mismo Dios todos los pecados que cometen. Se glorian del bien como si fueran sus autores, y se disculpan del mal, como si ellos no fueran mas que unos meros instrumentos ò ministros. Usurpan el Imperio de su Soberano: quieren reynar absolutamente en su Estado: se dispensan de todas sus leyes, sin querer reconocer otras que las de su propia voluntad. Conspiran contra su vida, porque desean que no tenga entendimiento para conocer sus pecados, ni santidad para aborrecerlos, ni justicia para castigarlos; pues,

co-

como dice San Bernardo, el que desea que Dios no tenga sabiduria, justicia, ni bondad, desea que Dios no sea Dios, y destruye en quanto está de su parte, esto es, en quanto al afecto ò deseo, toda la Divinidad: *Qui vult Deum esse injustum, aut impotentem, vult Deum non esse Deum. Et qui desiderat Deum, non esse Deum, nonne quantum in eo est, ipse Deum occidit?* (a)

Y aunque todos los pecadores no formen en su interior este proyecto, todos, quando menos, se oponen à Dios, resisten à su voluntad, y combaten sus eternos designios. Saulo, poseido del furor que le animaba contra los christianos, era reo de todos estos pecados: pues por mas pretextos que se busquen para disculpar sus intenciones, él ofendia, sin duda, con un mismo delito al Espiritu Santo, à la Iglesia, y à Jesu-Christo su Esposo. Resistia, digo, con los Judios à la gracia del Espiritu Santo, y era comprehendido en la reprehension que les dió San Estevan en aquella platica, que fue la inocente causa de su muerte. Vosotros resistis, les dixo, al Espiritu Santo: *Vos Spiritui Sancto resistitis.* (b) Asimismo, Saulo tuvo parte en la muerte del primer Martyr de la Iglesia; y fue otro tanto mas culpable que los que le apedrearon, dice San Agustin, por quanto habiendose constituido custodio de las capas de los homicidas, le apedreaba, en cierto modo, con las manos de todos los agresores. Parece que no se contentaba su furor con las dos manos, que la

(a) Bern. de verb. sapient. (b) Actuum Apost. c. 7, v. 53.

naturaleza le havía dado; y por medio de una invencion, no menòs cruel que ingeniosa, tuvo modo de pedir prestadas, para cometer el sacrilego atentado, las manos de todo el pueblo: *Parum erant illi manus suæ, manibus omnium lapidabat.* (a)

Pero aun quando se le disculpe à Saulo en esta accion, y no se cuente con el agudo pensamiento de Agustino, no se le puede disculpar en lo que es autentico y palpable. La misma Escritura nos enseña, que intentó Saulo perder enteramente la Iglesia que acababa de nacer; que deseó degollarla en su misma cuna, y por una crueldad inaudita, quitar la vida à todos los hijos que debian salir de su casto seno. Extendia, pues, su malicia sobre todos los siglos venideros, alcanzando su furor à todos los christianos que estaban por nacer. Y así como el demonio dió muerte à todos los hombres, dandosela à su comun y primer Padre, así Saulo intentó darsela tambien à todos los fieles presentes y venideros, dandosela à su comun y verdadera Madre la Iglesia de Jesu-Christo. De un solo golpe pretendia cometer infinitos homicidios; y previniendo la crueldad de los tyranos, que despues han perseguido à la Esposa del Señor, queria hacerse él solo reo de la muerte de todos los Martyres del Christianismo. No veía (ya se vé) no veía Saulo entonces, que debiendo él tambien reanacer algun dia del seno de esta caritativa madre, procedia contra sí mismo; y que por el mismo parricidio que meditaba, se metia el puñal en su pro-

(a) Aug. in Sermon. de S. Steph.

propio pecho, en el de su madre y sus hermanos. La ira que le animaba correspondia ciertamente à la magnitud de este proyecto; porque en su boca no havia mas que amenazas, odio en su corazón, centellas en sus ojos, y en sus manos las armas: *Saulus spirans ignem, & cœdis.* (a) Y en virtud de este ardor inaudito, corria de Ciudad en Ciudad para hacer presa de quantos christianos encontraba; y cargandolos de cadenas, los remitia àntelos Jueces, los arrojaba en las carceles, haciendo à un tiempo mismo los officios de alguacil, de testigo y de verdugo, como dice excelentemente San Agustin: *Rapiebat, vastabat, sæviebat.*

Pero sin temor de exagerar la grandeza de un crimen que no tenia limites, digamos que Saulo hacia la guerra al mismo Jesu-Christo. Y que asi como Herodes buscaba à este Señor entre los Inocentes, Saulo le perseguia y buscaba entre los fieles; para que no pudiendo quitarle la vida en su propio cuerpo, muriese à lo menos en su cuerpo místico. Precisamente, Señores, debió de ser muy grande este deseo, pues obligó à Jesu-Christo à quejarse de su rabia desde la altura de los Cielos, y rompiendo el silencio que havia guardado sobre la Cruz, le manifestó sus quejas desde el Trono de su gloria: *Saul, Saul, quid me persequeris?* Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Ah! ¿No era este hombre un horrible pecador? ¿No encerraba en un solo proyecto un furioso numero de delitos? Pues ved, ved ahora, Señores, el pro-

(a) Actuum cap. 9. v. 1.

digioso modo, con que Jesu-Christo triunfa de este enemigo; ved la pompa con que le ataca; ved la facilidad con que le conquista; ved en fin las armas con que le humilla y le vence.

PUNTO SEGUNDO.

Como la conversion de S. Pablo es una de las principales obras de la divina gracia, intervinieron en ella tantas cosas, que para tratarlas à fondo era necesario explicar aqui todos nuestros misterios. En primer lugar, fue decretada esta conversion en la eternidad, donde viendo Dios à este culpable embuelto, no solamente en el pecado del primer hombre, sino en los suyos propios, determinó salvarle, y constituirle uno de los principales Ministros de su Iglesia. En segundo lugar fue confirmada sobre la Cruz, quando ofreciendose Jesu-Christo à su Eterno Padre por todos los hombres en comun, se ofreció en particular por S. Pablo, y pidió la salvacion de este verdugo que le havia de perseguir despues de su muerte, como él mismo lo declara: *Dilexit me, & tradidit semetipsum pro me.* En tercer lugar, fue concedida à San Estevan, que siguiendo el exemplo de su maestro, rogó por los que le apedreaban, y consiguió el perdón de Pablo, que era su pariente y su enemigo. En quarto lugar, finalmente, fue emprendida por Jesu-Christo desde lo alto, quien entre relámpagos y truenos apareció à este furioso, le reprehendió sus patricidios, le derribó en tierra, y le arrancó el odio del corazón, y las armas de las manos. Consideremos, pues, estas particulari-

dades, pues son tan dignas de eso, y contribuyen tanto à la gloria de Jesu-Christo, y à la salvacion de San Pablo.

La conversion de los pecadores se hace frequentemente tan sin ruido, que no tiene mas testigos que el Espiritu Santo, y el culpable. Solamente se refieren dos en la Escritura, que fueron ruidosas y públicas. La primera fue la de la Magdalena, que llevada de su dolor y de su amor fue à buscar à Jesu-Christo à casa de un extraño, y acercandose à él en medio de un festin, le manifestó sus pecados por medio de sus suspiros, le riega los pies con sus lágrimas, se los enjuga con sus cabellos, y consigue por estos inocentes oficios su absolucion y su gracia. La segunda fue la de Saulo, la qual sucedió en medio de un camino público, yendo por Mayor de una tropa de soldados, entre rayos y centellas. Apareció en el ayre la Magestad de Jesu-Christo, rodeado de aquella gloria, con que brillará su rostro quando venga à juzgar à los vivos y à los muertos, acompañado de aquellos bienaventurados Espiritus, que son los testigos ò los ministros de sus mas ilustres empresas. A esta resplandeciente pompa añadió su Magestad terribles amenazas, y derribando por tierra al peccador que quería convertir, le dice: *Saule, Saule, quid me persequeris?* Saulo, ¿por qué me persigues?

No dudo yo, Señores, que el ruido de los truenos, el espanto de los relámpagos, la magestad de Jesu-Christo, y la fuerza de sus palabras, introducirían gran temor en el alma de aquel per-

se-

seguidor insolente. No dudo que Saulo quedaria atonito con tantos prodigios, y experimentaria en su persona aquel terror que sentirán los réprobos quando vean à Jesu-Christo sentado en su trono, y oygan de su boca la sentencia de su muerte. Pero sé tambien, que toda esta sobervia pompa, y todas estas justas reprehensiones no hubieran mudado el obstinado corazon de Saulo, si la divina gracia, que se internó en él, no hubiera trocado el temor en amor, ò si por su dulzura victoriosa no hubiera triunfado de este peccador endurecido. Sí. La gracia fue la que iluminó su entendimiento, la que movió su voluntad, la que sacó su consentimiento, y la que por el mayor de los milagros que obrará jamás, sujetó à un rebelde, venció à un obstinado, dulcificó à un Tyrano, y conquistó à un perseguidor.

Valgamonos de las palabras del Doctor mas sabio en el mysterio de la gracia para explicar las maravillas que obró en el alma de Pablo en el mismo momento de su conversion: *Aversus quippe à fide quam vastabat, repente est ad illam gratia potentiore conversus, ut ex nolente fieret volens credere.*

(a) Distante de la fé que perseguía, dice, fue en un momento convertido à ella por una gracia tan poderosa, que le hizo querer lo que antes no queria, y abrazó el partido que intentaba destruir. ¿Qué gracia tan eficaz no seria ésta, quando convirtió en un momento à un peccador tan obstinado! ¿Cuán dulce, al mismo tiempo, pues le hizo amar lo que

Ccc2 an-

(a) Aug. lib. de prædest. Apost.

antes aborrecia! ¡quán fuerte, pues triunfó de su libertad! ¡quán suave, pues le sacó su consentimiento! ¡quán poderosa, pues le hizo soltar las armas de las manos! ¡quán amable, pues le hizo arrojar el odio del corazón! ¡quán robusta, pues trastornó todos sus proyectos! ¡quán atractiva, pues trocó todas sus inclinaciones! ¡quán fuerte y suave á un mismo tiempo, pues hizo de un pecador un inocente, de un lobo un cordero, y de un perseguidor un Apostol! *Prostratus est persecutor, surrexit Prædicator.* (a) No busqueis ya á este hombre furioso que queria degollar á la recién nacida Iglesia, aprisionar á los fieles, y crucificar de nuevo á Jesu-Christo, no; ya es otro enteramente diverso. Aquel, que no respiraba sino sangre y mortandad, no respira ya sino dulzura y amor. Aquel, que buscaba al Hijo de Dios para perderle, ya no desea mas que saber su voluntad para obedecerla: *Domine, quid me vis facere?* (b) Señor, ¿qué quereis de mí? palabras que manifiestan completamente la verdad de su conversion, y que dan materia á la tercera parte de este discurso.

PUNTO TERCERO.

No puede haver pecador verdaderamente convertido, que no sujete su voluntad á la de Dios. Este es el principal efecto que la gracia produce en su alma: por manera, que aunque esté

(a) Aug. Serm. de Sanct. (b) Actuum cap. 9. v. 6.

té iluminado con sus luces, y abrasado con sus ardores, no está verdaderamente convertido, si verdaderamente no está sometido á Dios. Esta sumision, pues, causa su salud espiritual, asi como su desobediencia causaba su perdicion. Antes era culpable, porque se oponia á la divina voluntad; ahora es penitente, porque se subordina á ella: de modo, que se dice muy bien, que asi como la voluntad de Dios es el origen de todo bien, asi la propia voluntad es el origen de todo mal: *Propria voluntas*, dice San Bernardo, *Deum impugnat, & adversus eum se extollit.* (a) La propia voluntad hace guerra á Dios, y sublevandose contra él, pervierte á sus inferiores, y forma partidos en su estado: *Ipsa est, quæ paradysum spoliat, & ditat infernum, & sanguinem Christi evacuat.* Ella es la que despuebla el Paraiso, poblando al inferno; y la que hace inútiles los meritos de la Cruz, y de la sangre de Jesu-Christo. La voluntad propia, prosigue San Bernardo, es la que como fuente de todos los males, impide que nos aprovechem nuestros bienes, y haciendolos mudar de naturaleza, hace que nos sean perjudiciales: *Grande malum, quo fit ut bona tua, bona non sint.* (b)

Mas la voluntad de Dios es, por el contrario, el origen de nuestra salvacion, y fuente fecunda de todos nuestros bienes; porque ella es, como dice San Pablo, la que produce la santificacion de nuestras almas: *Hæc est voluntas Dei sanctificatio vestra.* (c) Ella es el principio de la vida, no

(a) Bern. ser. de verb. Sapient. (b) Bern. super Cant. (c) 1. ad Thessal. cap. 4. v. 3.

solamente porque nadie puede vivir si Dios no quiere, sino porque no se puede hallar la verdadera vida, sino en la sumision à la divina voluntad: *Vita in voluntate ejus.* (a) Luego es necesario que el pecador convertido renuncie su voluntad, y la sujete à la de Dios. Es necesario que diga en su corazon ò con la boca, lo que decia San Pablo: *Domine, quid me vis facere?* Es necesario en fin, que reconociendo con David que Dios es su Soberano, exclame y diga: enseñadme, Señor, à hacer vuestra voluntad, puesto que sois mi Dios: *Doce me facere voluntatem tuam, quia Deus meus es tu.* (b) Sin embargo, aunque no puede haver en el hombre cosa mas justa y mas debida que esta habitual sumision; con todo eso, no hay cosa mas dificil, ni mas rara.

La razon es, porque como la gracia ordinaria no muda todas las inclinaciones del pecador quando muda su voluntad; como no desarraigga desde luego los malos habitos que ha contrahido, ni establece en su corazon tan poderosamente al segundo Adan, que no dexa todavia el primero con todos sus desordenados deseos; de aqui es, que un pecador reciénconvertido es el teatro de una guerra domestica ò intestina. Se deshace à sí mismo por sentimientos contrarios; se halla dividido por dos voluntades que se combaten sin cesar, y que jamás hacen las paces; quiere el bien y el mal à un mismo tiempo; obedece à Dios y juntamente le resiste; experimenta en

(a) Psalm. 29. v. 6. (b) Psalm. 141. v. 10.

fin el rigor de aquella pena, con que San Pablo amenaza à todos los pecadores: *Caro concupiscit adversus spiritum, & spiritus adversus carnem.* (a) Y reconoce à expensas de sus angustias, que está obligado à mantener una perpetua guerra consigo mismo; porque no quiso en algun tiempo tener paz con Dios: *Sic vindicatur in rebellum, ut ipse sibi sit bellum, qui pacem noluit habere cum Deo.* (b)

El gran Padre San Agustin es una evidente prueba de esta verdad. Mas de diez años disputó el Santo Doctor consigo mismo. Quería, y no quería convertirse; gustaba del placer de la virtud, y no quería dexar el del pecado; se sentía arrebatado, unas veces del amor de Dios, y otras del amor propio, del mismo modo que un hierro es atraído por dos imanes opuestos; pedía à Dios la continencia, y temía al mismo tiempo el conseguirla. Y explicando él mismo la funesta guerra que sentía en su alma, dice en sus Confesiones con tanta humildad como discrecion: Yo era, Señor, el que quería y no quería: Yo, yo mismo era el que ni del todo quería, ni del todo dexaba de querer: Y así peleaba conmigo, y me destruía à mí mismo: *Ego eram qui volebam, ego eram qui nolebam: ego, ego eram, nec plene volebam, nec plene nolebam. Ideo mecum contendebam, & dissipabar à me ipso.* (c) La mayor parte, pues, de los pecadores experimentan este combate en el momento que se convierten. Quieren y

(a) Apost. ad Galat. c. 5. v. 17. (b) Aug. in Psalm. 75.
(c) Aug. Confession. cap. 10.

no quieren, como San Agustín; están divididos por sus diferentes deseos; siguen à Dios que los llama, y al demonio que los detiene; se levantan con el socorro de la gracia, y se abaten baxo el peso de su concupiscencia. Pero San Pablo no padeció en su conversión estos combates, y así su conversión fue perfectísima. La gracia triunfa de su voluntad, él se somete al que le habla, y no teniendo ya otras inclinaciones que las de su vencedor, le entrega las armas, y mas con el corazón que con la boca le dice: *Domine, quid me vis facere?* (a)

¡Cuántas cosas no comprehende esta respuesta! ¡cuántos mysterios no encierra en pocas palabras! ¡quán viva y eficaz no es, en sentir de San Bernardo! ¡quán llena y fecunda de maravillas, aunque sucinta en palabras! ¡quán reducida y extensa! *O verbum breve, sed plenum, sed vivum & efficax!* (b) Pero mirad, fue lo mismo que si huviera dicho à Dios: Mandad, Señor, que vos sois mi Soberano, pues habeis sido mi vencedor. ¿Quereis mi libertad? pues vuestro esclavo soy. ¿Quereis mi corazón? soy vuestro amante. ¿Quereis mi vida? soy vuestra víctima y vuestro Martyr: *Domine, quid me vis facere?* Ah, qué pocos se hallan con esta disposición, dice San Bernardo! ¡qué pocos hay que renuncien su propia voluntad por sujetarse à la de Dios! ¡qué pocos hay que à todas horas busquen como el Apostol, no lo que ellos desean, sino lo que Dios quiere de ellos! Se vén muchos, à la verdad, que

(a) *Aquam c. 9. v. 6.* (b) Bern. de Convers. Pauli.

que entregan à Dios sus manos; esto es, que las emplean en buenas obras, que consagran sus labios en honor suyo, que cantan sus alabanzas, que le ofrecen tambien sus ojos, no valiendose de ellos, sino para contemplar sus maravillas. Pero hay pocos que le consagren su corazón, y que digan con el Apostol: *Domine, quid me vis facere?*

Sin embargo, Señores, como la voluntad de Dios es la causa de todas las cosas, y debe tambien ser la regla de todas ellas, nos es preciso consultarla en todos nuestros designios, si queremos que sean justos y felices. Es necesario que estudiemos este Arbitro de todas las cosas, y que sigamos todas sus divinas disposiciones. Y así como las influencias de la Luna arreglan el curso del mar, pues crece y mengua con este astro, y se aparta ò se acerca à nuestras riberas, segun los movimientos que de él recibe; así la humana voluntad debe sujetarse à la divina, reconocer sus designios, respetar sus consejos, y observar sus mandamientos. Es necesario, digo, hacer lo que nos manda, evitar lo que nos prohibe, y hallarnos indiferentes en lo que dexa incierto ò dudoso: *Quod certum est Deum velle, velimus: quod certum est Deum nolle, nolumus: quod est incertum an velit, an nolit, neque velimus ex toto, neque ex toto nolumus.* (a)

Tertuliano se explica en otro modo; porque considerando que hay cosas que Dios permite, otras que quiere simplemente, y otras que ab-

Tom. I.

Ddd

so-

(a) Bern.

solutamente quiere; concluye, que estos divinos movimientos deben ser la regla de los nuestros. Conviene à saber: que debemos aceptar lo que permite, hacer lo que quiere, y preferir lo que quiere mas à lo que quiere menos: *Quædam*, dice, *permittit Deus, quædam vult, quædam mavult. Quod permittit, quasi de invita voluntate, quod vult, pure vult, quod mavult, hoc magis vult.* (a) Pero S. Agustín mas esclarecido que el anterior en la Teología, corrige el error en que cayó Tertuliano, quando dice, que Dios permite aquellas cosas que no puede impedir, y que esta permission manifiesta una voluntad forzada; porque este grande Doctor nos enseña, que Dios no permitiría algunas cosas, si de ningún modo las quisiera; que no permitiría el mal, si no pudiera sacar de él el bien, haciendo servir à sus altos designios la voluntad misma de los malos: *Non sineret nisi velet: & non sineret mala nisi de malis posset facere bona.* (b)

Por cuyo motivo se puede decir, que es como una nueva obligacion de hacer la voluntad de Dios, el hecho mismo de no poderla resistir; pues como San Anselmo ha reparado muy bien, el pecador, que se opone à la voluntad Divina, quando prohibe el mal, ò quando manda el bien, cae baxo de la misma voluntad como punitiva de los que se oponen à sus mandamientos ò prohibiciones. Esta desventura, dice el mismo Padre, es semejante à la de aquellos, que quieren huir del

Cie-

(a) Tertull. in exhort. castit. (b) August. in Echin. c. 100.

Cielo, ò ponerse fuera de la jurisdiccion de sus rayos; que si se alejan de él por un lado, se acercan por el opuesto; y en qualquier parte que se escondan, siempre están bajo del Cielo, y contenidos en su recinto. Lo mismo sucede con los pecadores, por lo que respecta à la voluntad de Dios: si por una parte se oponen à sus designios, por otra los executan juzgando que los impiden: si quebrantan sus preceptos, incurrén en sus venganzas: si menosprecian su misericordia, si resisten à su justicia, si combaten la voluntad que les manda, obedecen sin remedio à la voluntad que les castiga: *Qui à voluntate prohibente aut præcipiente fugiet, sub voluntatem punientem cadet.* (a) Luego si nuestro interés nos obliga à obedecer à Dios, y queremos que nuestras empresas sean felices, es necesario decir con San Pablo: *Domine quid me vis facere?* Esta sumision no impedirá, que despues de havernos Dios hecho ver su misericordia en nuestra conversion, nos haga tambien experimentar su justicia, como hizo con el referido Apostol, y vereis en el ultimo punto de este discurso.

PUNTO QUARTO.

Como la misericordia y la justicia son en Dios una misma cosa, no debemos extrañar, que en medio de ser sus empleos diferentes, anden siempre juntas, y que en todas sus obras resplandezcan es-

Ddd 2 tas

(a) Anselm.

tas dos perfecciones ò atributos, aunque con diversos objetos ò conotados. En la creacion, por exemplo, resplandeció su misericordia, extrayendo las criaturas de los abismos de la nada, anticipandose à sus deseos, y dandoles un ser que eran incapaces de pedir. Su justicia se manifestó tambien, dando à las nuevas criaturas unas qualidades convenientes à su esencia, y unas habitaciones proporcionadas à su respectivo merito. En la Encarnacion del Verbo se hizo admirar por una parte su misericordia, porque revistiendose de nuestra carne, se cargó con nuestras miserias; y por otra su justicia, porque ya no es un Dios, sino un hombre verdadero el que satisface por los demás hombres, y los libra de la tyrania de los demonios.

Pero sin embargo de lo dicho, en ninguna obra se hermanan mas visiblemente estos dos atributos, que en la penitencia. Es esta virtud un enlace tan admirable de misericordia y de justicia, que bien contemplada su esencia, no es facil el discernir, quái de estas dos perfecciones divinas resplandece mas en ella.

Es un prodigioso efecto de la divina misericordia, que aplacada por nuestras lagrimas la ira de Dios, al punto olvida nuestros pecados, por lo mismo que nosotros los trahemos à la memoria para detestarlos, saca nuestra salud de nuestra misma inconstancia, y el arrepentimiento de nuestra misma flaqueza, nos sirve de lastre en nuestro naufragio, y con promesas ratificadas con juramentos nos convida à recurrir à este remedio: *Vivo ego, nolo mortem peccatoris, sed ut magis*

con-

convertatur & vivat. Lo que obligó à decir à Tertuliano, que eramos felicisimos, pues todo un Dios juraba en favor nuestro, y que seriamos bien miserables, si no creyendo à Dios quando jura, despreciamos la penitencia: *O nos beatos, quorum causa Deus jurat; ò miserimos, si nec Deo juranti credimus!* (a) Es, pues, indubitable que la penitencia es un puro efecto de la misericordia. Y asi, el mismo Tertuliano reprehendiendo à los que se quejaban del rigor de aquella, tuvo razon para decir, que antes se debia mirar la penitencia como gracia especialissima, que como pena ò suplicio: *Quod severitatem aestimas, gratia est.* (b)

Pero esto no impide que la justicia obre tambien en la penitencia, asi como la misericordia; porque la justicia es una virtud austera, y segun el sentir de los Teologos, es una emanacion de la justicia divina. Y asi, no solamente castiga el pecado con rigor, sino que proporciona la pena à su malicia, anima al pecador contra sí mismo, y obligandole à dar sentencia como juez, aunque en causa propia, le obliga asimismo à executarla como verdugo, segun dice San Cipriano: *Judicis, & tortoris vices, non sibi parens, peccator assumit.* (c) Estas dos qualidades de la penitencia resplandecen admirablemente en la Conversion de San Pablo. Porque ¿no es una misericordia la mas prodigiosa, que busque Dios à su enemigo, que llame à su puerta quando está cometiendo el pecado, y que le escoja para fundar su

con-

(a) Tertull. lib. de Penit. (b) Tertull. in Scorpico.

(c) Cyr. Sermon. de passione Christi.

Iglesia, quando está trabajando por destruirla? No es una extraña misericordia que se contente Dios con atemorizar à un delinquente à quien podía perder, con deslumbrar por medio de sus relampagos à un matador, à quien podía deshacer con sus rayos, y con derribar por tierra à un impio, à quien podía arrojarse en el infierno? Ah! Bien reconoció el mismo Apostol esta gracia por medio de una confesion pública. Si. Mil veces protestó que Dios le havia buscado en su misericordia, y que su conversion, atendida su ignorancia, y juntamente su malicia, era un puro efecto de la bondad de Jesu-Christo: *Misericordiam consequutus sum, quia ignorans feci in incredulitate.* (a)

Veamos, pues, como esta Conversion fue acompañada de la justicia. Y en primer lugar, expongamos su confusion y su verguenza. Si. Fue este penitente arrojado por tierra con menosprecio, oyó amenazas y reprehensiones, perdió la vista del cuerpo para recobrar la del alma, fue condenado à padecer por la gloria de aquel à quien hasta allí havia perseguido, fue obligado à predicar una religion que havia intentado destruir, fue finalmente precisado à ser martyr de quien havia sido perseguidor: *Ostendam illi, dixo el Señor, quanta oporteat eam pati pro nomine meo.* (b) Os confieso, Señores, que jamás he visto penitente tratado con mayor rigor que San Pablo. No parece sino que el Hijo de Dios se complacia en vengarse de él, y que proporcionando las penas à sus pecados, buscó en los tesoros de su justicia aque-

(a) 1. Timot. 1. v. 13. (b) Actuum c. 9. v. 16.

llos castigos que correspondian con mas exactitud à sus ofensas: *Reddam illi, dice con su eloquencia S. Agustin, vindicabo me de illo, & patietur pro nomine meo, qui sevit in nomen meum.* (a) Yo le volveré lo que me havia dado; yo me vengaré de los ultrages que me havia hecho, yo le obligaré à sacrificarse por aquel mismo nombre que intentó deshonrar: y por medio de una justicia que admirará al Universo, le haré sufrir todas las penas que él ha hecho padecer à mis discipulos.

En efecto, Señores, quando yo consideró todos los trabajos de San Pablo, quando contemplo todas las penas con que en la predicacion del Evangelio fue acrisolada su paciencia, hallo que el Hijo de Dios nada rebaxó de su amenza, y por consiguiente, que Saulo el perseguidor no hizo sufrir à los fieles mas afrentas, ni tormentos, que los que Pablo el Apostol padeció en el curso de su vida: porque como ingeniosamente notó San Agustin, si Saulo enfurecido, cargó de cadenas à los christianos; Pablo convertido, fue cargado de yerros en su Apostolico ministerio. Si Saulo arrojó à los Discipulos de Jesu-Christo en las carceles, Pablo fue encerrado en los calabozos. Si Saulo hirió con varas à los inocentes, Pablo fue azotado como criminal. Si Saulo apedreó à Estevan con las manos de todos aquellos à quienes guardaba las capas, Pablo fue apedreado de todo un Pueblo que le seguia. En fin, si el furor de Saulo llegó al extremo de manchar sus ma-

nos

(a) Aug. Serm. 1. in Psalm. 36. d. 10. al. 1. v. 16.

nos con la sangre de los fieles, haciendo sufrir la muerte à los Martyres del Hijo de Dios, Pablo en pena de este parricidio, vertió su sangre en mil lugares, y consumó su martyrio con una muerte violenta. Y así, su conversion, que por una parte fue una gracia especialísima, fue por otra un castigo. Por manera, que en ella resplandecieron con igualdad la misericordia y la justicia, manifestandonos este exemplar, que no es verdadera la penitencia, si no está acompañada del rigor.

Es una ley eterna, que el tiempo no puede variar, ni contra quien la prescripcion tiene poder, que la pena es inseparable de la culpa, y que por grande ò por pequeña que ésta sea, es preciso que experimente el castigo de un Dios vengador, ò del hombre penitente: *Peccata sive parva, sive magna, dice San Agustín, impunita esse non possunt: aut à Deo vindicante plectuntur, aut ab homine penitente vindicantur.* (a) Mas como la penitencia es una especie de justicia, está obligada à guardar orden en sus castigos, proporcionando las penas à los pecados. Y así, no castiga los movimientos de la ira ò de impaciencia, como castiga los parricidios. No impone una misma pena à los pensamientos y deseos impudicos, que à los incecos y adulterios. Asimismo atiende à la duracion, y à la qualidad de los pecados, y exige mayor dolor y austeridad de aquel que ha pasado años enteros en sus desordenes, que de aquel que havien-do caído por su fragilidad procuró al punto levantar-

(a) August. in Eclir. c. 210.

tarse, sin dar tiempo al demonio à erigirse un trono en su alma, atrincherandose en su corazon como en una fortaleza. Pero quando el pecado es enorme, ò ha pasado à ser costumbre, entónces la penitencia emplea todo su rigor; anima al pecador contra sí mismo; y le condena à largas y rigurosas penas para librarse de las eternas que havia merecido. Y si no guarda en sus castigos este orden; no es justa penitencia; y debe con razon temer, que lisonjeando el mal, ò perdonando al enfermo, impedirá su curacion.

De este sentir son, Señores, todos los Padres de la Iglesia; y todos los Teologos reciben esta maxima como un oraculo, del que no es permitido dudar. Es señal evidentísima de estar Dios irritado contra nosotros, quando no reconocemos la grandeza de nuestros pecados, por no hacer de ellos una verdadera penitencia: *Ira est Dei*, dice San Cipriano, escribiendo al Papa Cornelio, *non intelligere delicta, ne sequatur poenitentia* (a). Y el Clero de Roma, escribiendo al mismo San Cipriano, despues de la muerte del Papa Fabian, declara, que los que no imponen à sus penitentes unas penas proporcionadas à sus culpas, no los curan, sino los matan: *Hoc non est curare, sed, si dicere verum volumus, occidere.* Y dando una instruccion à todos los Sacerdotes, concluye, que el remedio debe ser proporcionado al mal; y la medicina tan fuerte como la enfermedad: *Non sit minor medicina quam vitia; non sint minora remedia quam vitia.*

Tom. I. Eccl. ad solg. ad No.

(a) Cipr. Epist. ad Cornel. Papant.

Nosotros, à la verdad, vemos como trató el Hijo de Dios à San Pablo; qué penitencias le impuso para convertirle; qué severidad exerció con este enfermo para curarle. No seamos, pues, mas indulgentes, si no queremos ser crueles; y respecto de que somos reos de los pecados de Saulo, suframos en paciencia las penas que él toleró con tanto animo. No esperemos à que el Hijo de Dios nos diga: *Ego sum Jesus quem tu persequeris*. Yo soy Jesus à quien tu persigues. Sino entrando dentro de nosotros mismos, consideremos que este Señor nos ha redimido, y que esto no obstante, le perseguimos. Estas palabras, acaso, os horrorizarán; y sentireis que yo os cuente entre los perseguidores de Jesu-Christo. Mas ay! ¡y con qué tanta razon lo he dicho! ¿No resistis vosotros à su espíritu no menos que Saulo? ¿No desatendeis su palabra? ¿No abusais de sus Sacramentos? ¿No profanais su sangre con vuestras indignas comuniones? Pues qué; ¿quando cometeis todos estos delitos; no le perseguis? Ah! Postraos con Pablo à sus pies, pedidle perdon de vuestros pecados, recibid resignadamente la penitencia que os impone por medio de sus Ministros, y decidle con tanta sumision como dolor: *Domine, quid me vis facere?* ¿Señor, qué queréis de mí? Y finalmente, prestad vuestras manos à su justicia para vengarle de su enemigo en vuestra misma persona; que cerrando las puertas del infierno por una severa penitencia, abrireis por medio esta misericordiosa severidad las del Cielo, donde seais conducidos por los siglos de los siglos. Amen.

SER-

+++++

SERMON
DE SANTA ESCOLASTICA.

Una est columba mea, perfecta mea. Cantic. cap. 6. v. 8.

SEÑORA:

Bien sé que todas las Virgenes, que por un voto solemne han consagrado su pureza à Jesu-Christo, pueden legítimamente pretender la gloriosa qualidad, que el Esposo dá à su Esposa en el Cantico; y que por consiguiente pueden gloriarse de ser sus unicas y sus palomas; sus palomas, porque son castas y fieles, y à imitacion de esta ave, se recrean con su divino amor en la soledad. Unicas, por el singular amor con que las ama, ò porque todas juntas componen una misma Iglesia, que es su unica Esposa, como dice San Pablo: *Despondi anim vos uni viro virginem castam exhibere Christo* (a). Mas quando considero que el bienaventurado Patriarca San Benito vió el alma de su querida hermana, que volaba al Cielo en figura de paloma, tengo motivo para creer, que la gloriosa qualidad, que es comun à todas las Vir-

(a) Apost. 2. ad Corint. 1.

Nosotros, à la verdad, vemos como trató el Hijo de Dios à San Pablo; qué penitencias le impuso para convertirle; qué severidad exerció con este enfermo para curarle. No seamos, pues, mas indulgentes, si no queremos ser crueles; y respecto de que somos reos de los pecados de Saulo, suframos en paciencia las penas que él toleró con tanto animo. No esperemos à que el Hijo de Dios nos diga: *Ego sum Jesus quem tu persequeris*. Yo soy Jesus à quien tu persigues. Sino entrando dentro de nosotros mismos, consideremos que este Señor nos ha redimido, y que esto no obstante, le perseguimos. Estas palabras, acaso, os horrorizarán; y sentireis que yo os cuente entre los perseguidores de Jesu-Christo. Mas ay! ¡y con qué tanta razon lo he dicho! ¿No resistis vosotros à su espíritu no menos que Saulo? ¿No desatendeis su palabra? ¿No abusais de sus Sacramentos? ¿No profanais su sangre con vuestras indignas comuniones? Pues qué; ¿quando cometeis todos estos delitos; no le perseguis? Ah! Postraos con Pablo à sus pies, pedidle perdon de vuestros pecados, recibid resignadamente la penitencia que os impone por medio de sus Ministros, y decidle con tanta sumision como dolor: *Domine, quid me vis facere?* ¿Señor, qué queréis de mí? Y finalmente, prestad vuestras manos à su justicia para vengarle de su enemigo en vuestra misma persona; que cerrando las puertas del infierno por una severa penitencia, abrireis por medio esta misericordiosa severidad las del Cielo, donde seais conducidos por los siglos de los siglos. Amen.

SER-

+++++

SERMON
DE SANTA ESCOLASTICA.

Una est columba mea, perfecta mea. Cantic. cap. 6. v. 8.

SEÑORA:

Bien sé que todas las Virgenes, que por un voto solemne han consagrado su pureza à Jesu-Christo, pueden legítimamente pretender la gloriosa qualidad, que el Esposo dá à su Esposa en el Cantico; y que por consiguiente pueden gloriarse de ser sus unicas y sus palomas; sus palomas, porque son castas y fieles, y à imitacion de esta ave, se recrean con su divino amor en la soledad. Unicas, por el singular amor con que las ama, ò porque todas juntas componen una misma Iglesia, que es su unica Esposa, como dice San Pablo: *Despondi anim vos uni viro virginem castam exhibere Christo* (a). Mas quando considero que el bienaventurado Patriarca San Benito vió el alma de su querida hermana, que volaba al Cielo en figura de paloma, tengo motivo para creer, que la gloriosa qualidad, que es comun à todas las Vir-

(a) Apost. 2. ad Corint. 1.

genes, es muy particular en Santa Escolastica; y que el divino Esposo quiso hablar de ella; al parecer, quando dixo: *Una est. columba mea, perfecta mea.* Y esta alabanza no os debe parecer desproporcionada à esta gran Santa; porque quando el Espíritu Santo se hizo visible à los hombres, tomó tambien la figura de paloma; manifestando juntamente sus perfecciones en las qualidades de esta ave. Pero respecto de que la paloma simboliza à las Virgenes, y al Espíritu Santo, à quien mejor podré yo dirigirme para conocer sus propiedades, que à la que à un mismo tiempo es madre de las Virgenes, y Esposa del Espíritu Santo. Digamosla, pues, con el Angel:

AVE MARIA.

SEÑORA:

Es el divino Esposo tan perfecto, que para representar sus perfecciones, se vió obligada la Esposa à recopilar todas quantas havia dispersas en todas las criaturas; sirviendose de lo mas raro, exquisito y primoroso de todo lo criado, para exponer, aunque en bosquejo, lo mas excelente y singular de su querido. Por cuyo motivo, le intitula unas veces flor de los campos; dando à entender, que encierra en su persona la fragancia y hermosura de todas aquellas flores que hermosean las campañas. Llamale en otra su Sol; para persuadir, que tiene la belleza y resplandor de este Astro, que ilumina à toda la naturaleza. Ya tambien le intitula leon, ya cordero; para denotar, que

si

si tiene la inocencia y dulzura del segundo, no por eso le falta el valor y la generosidad del primero. Pero como el amor de la Esposa es un efecto del que à ella tiene su Esposo, se puede afirmar, que las alabanzas que le dá, no son mas que unas repeticiones de las que de él ha recibido: pues este divino Esposo, cuya eloquencia es igual à su hermosura, emplea à todas las criaturas; para hacer de todas sus perfecciones una copia de su querida. Y asi, tan presto se sirve de las rosas, para dibujar su colorido; tan presto de las azucenas, para pintar su blancura; tan presto compara su gentileza à los cedros del Libano, y su pureza à las aguas de una cristalina fuente; tan presto, en fin, dice que es una voz mas dulce que la de la tortolilla, quando se queja de sus penas al que es la causa de todas ellas. Mas de quantas criaturas se vale para manifestar las qualidades de su Esposa, de ninguna se sirve con mas frecuencia que de la paloma; porque en ella encuentra todo lo que estima en su querida. Y asi, ya la intitula hermosa como la paloma: *Formosa mea, columba mea.* Ya que tiene ojos de paloma: *Oculi tui columbarum.* Ya que se esconde como la paloma en las grutas de las peñas, para divertirse con la consideracion de sus amores: *Columba mea in foraminibus petrae.* Lo que me persuade, que para formar yo el Panegyrico de Santa Escolastica, segun los favores que recibió de su Esposo Jesu-Christo, no puedo menos de dibujar su agigantada perfeccion en la paloma, haciendolos vér que con alusion à esta solitaria, sencilla, mediatunda y gemidora avecilla, halló Santa Escolastica.

lastica su habitacion en la soledad, su política en la sencillez, su exercicio en la meditacion, y su consuelo en los suspiros y gemidos.

PUNTO PRIMERO.

Las maximas de Jesu-Christo son enteramente opuestas á las maximas del mundo. Manda el mundo á sus discipulos, con el pretexto de procurarles el honor y los placeres, presentarse en los teatros, empeñarse en las amistades, y frequentar las concurrencias y tertulias. Pero sucede regularmente, que en semejantes empeños pierden todo lo que llevan de bueno, y solo sacan la pena y la confusion. El Hijo de Dios por el contrario, oculta á los que ama de los ojos de los hombres; los retira de los concursos; los lleva á la soledad, y allí les habla al corazon, haciendoles gozar sin estorvos de unas dulzuras y consuelos inefables. *Ducam eam in solitudinem, & loquar illi ad cor (a).* Sin duda por este motivo compara á su Esposa á la paloma; como á ave solitaria, que perdido su consorte, se retira á la soledad para llorar su perdida entre las grutas de un peñasco. ¿Quién me dará, decia David, las alas de la paloma, para volar á donde halle mi descanso? *Quis dabit mihi pennas columbæ, volabo, & requiescam!* (b) Y explicando con mas claridad su pensamiento, prosigue, y dice: Yo volé para apartarme del mundo; y descansé en la soledad, como esta ave que

(a) Osee. 2. v. 14. (b) Is. 45.

tiene su habitacion en los desertos: *Ecce elongavi fugiens, & mansi in solitudine.* Y hablando el Esposo de su querida Esposa, dice, que, como paloma, se ha retirado á las grutas de las escarpadas peñas: *Columba mea in foraminibus petreæ.*

Y ciertamente que no podia haver elegido habitacion mas ventajosa para ella, ni mas agradable para su amante; porque en la soledad es donde Dios dispensa sus gracias; donde dá la ley á sus vasallos; donde enseña á sus discipulos, y donde reconoce á los que le aman. La soledad, y en la cumbre de los montes, es donde su Magestad se transfigura, y donde transforma en sí mismo á las almas que le aman, haciendolas perder dichosamente todo lo que tenian de corruptible y de mortal. Y por esto dice San Agustin, que para tratar familiarmente con Dios, es necesario fabricarse cada uno á sí mismo una soledad. Es necesario retirarse quanto posible sea del tumulto del mundo, para descubrir en el retiro de un aposento, ó de un templo, ó de otro lugar solitario, aunque sea en el campo, sus hermosuras; y entender sus voluntades y secretos: *Solitudo quædam necessaria est menti nostræ ut videatur Deus. Turba strepitum habet, visio ista secretum desiderat (a).* Por la misma razon San Geronimo, aquel amante tan apasionado de la soledad, decia, que la Ciudad le parecia una prision, y el desierto un paraíso: *Oppidum mihi carcer est, solitudo paradisus.* Y no debe admirar esto á los que han leído el Evangelio,

(a) Aug. 17. in Joan.

lio, en donde el Hijo de Dios dá este ilustre título al desierto: porque quando para exagerar la grandeza de su amor, nos dice que dexó en el Cielo á los Angeles para buscar á los hombres en la tierra, añade, que en esto imitó al pastor que dexa su rebaño en el monte por ir á buscar la oveja que anda escarriada por los campos. En esta comparación entiende por campos la tierra, y por monte el Cielo; para dar á entender á sus Discipulos, que si acá abajo hay alguna imagen de la Bienaventuranza, esta es la soledad ó el desierto.

A este lugar, pues, fue á donde se retiró nuestra paloma desde su infancia; pues tuvo la fortuna de dexar el mundo antes de conocerle, retirándose con su hermano San Benito al desierto desde niña. Dividieron despues entre los dos el monte Casino; y para triunfar del mundo por un artificio desconocido hasta entonces en el Occidente, Benito y Escolastica fundaron este grande Orden, que debia hermanar la Soledad con la sociedad. La amorosa paloma se ocultó en las grutas de la piedra, esto es, en las llagas de Jesu-Christo, y bebió en estas fuentes sangrientas la luz y el calor. Allí fue donde bebió copiosamente el divino amor; hasta embriagarse de aquel vino que engendra virgenes, y donde aprendió los mysterios mas altos de nuestra Religión: *Vinam germinans virgines* (a). S. Bernardo nota, que quando Jesu-Christo llama al alma á los concavos de la piedra, empieza á hablarla como un Esposo, que no quiere tener

(a) Zachar. 9. v. 17.

otros testigos que su Esposa, y que busca un sitio retirado donde pueda darla señales ciertas de su amor: *Amat, & pergit amatoria loqui*. Como el Esposo ama tiernamente al alma, dice San Bernardo, usa con ella el idioma de un amante. Y así lisonjea amorosamente á su querida; la llama paloma, y desea verla y hablarla: *Columbam blandiendo vocat, & conspectum postulat & colloquium* (a). Por este motivo se aparta de los ojos del mundo; la convida á ir con él al desierto; manifestandola, que quiere gozar de sus castas delicias en un lugar retirado: *Publicum erubescit, decernitque frui deliciis suis in loco sequestri*. Pero temiendo, añade el Santo, que este amoroso discurso pueda perjudicar á la pureza, aspidó le escuchéis con castos oídos, considerandó que estos dos amantes no son un marido y una muger, sino el Verbo Divino y el alma santa que se recrean mutuamente en la soledad: *Afferre pudicas aures ad sermonem qui in manibus est de amore: Et cum ipsis cogitatis amantes, non virum & feminam, sed Verbum & animam sentiatis oportet*.

Representaos, pues, aquellas dulzuras de que gozó Santa Escolastica en su soledad; las gracias que allí recibió, las verdades que aprendió, las llamas de amor que concibió, pues en el desierto es donde Jesu-Christo se comunica á sus queridos; y finalmente, juzgad quán ventajoso fue para ella este retiro, pues le adquirió la qualidad de madre, sin perder no obstante la de

Tom. I.

Fif

Vir-

(a) Bern. in Cantic. Sermon. 61.

Virgen. El gran Padre San Ambrosio notó que todas las gloriosas qualidades que ensalzan à Maria sobre todas las mugeres, la recibió no entre el bullicio del mundo, sino en su retiro, en la soledad. Allí fue donde el Angel la saludó, donde el Espíritu Santo la hizo fecunda, donde concibió al Verbo Encarnado, y donde obró la redención del mundo: *Sola erat Maria & loquebatur cum Angelo, sola erat quando superuenit in eam Spiritus Sanctus, sola erat, & operata est mundi salutem, & concepit redemptionem uniuersorum.* (a) Digamos, pues, nosotros de la hija lo que este gran Doctor dixo de la madre: digamos de la sierva lo que él dixo de la Soberana. Si. Escolastica estaba en su desierto, y cerrada en una celdilla, quando Jesu-Christo la escogió para Esposa suya; quando formó ella tambien el proyecto de fundar su Orden; quando por este medio vino à ser madre de tantas y tan ilustres hijas; y quando contribuyó à la salvacion de tantas almas santas como se aprovecharon de sus exemplos.

Santa Escolastica es, Señora, la que desde el Cielo, donde reyna con su Esposo, retiró à V. M. de la Corte, la traxo desde Louvre à este Monasterio, y la inspira el pensamiento de encomendar al Hijo de Dios las necesidades del Estado. Y asistida V. M. de la poderosa intercesion de nuestra Santa, consigue desde este retiro y soledad las bendiciones del Cielo sobre nuestro joven Monarca, asegura sus conquistas,

y

(a) Ambros. Epist. 41.

y obtiene todas aquellas gracias necesarias para conducirse en la paz y en la guerra. Pero acordaos tambien, hermanas muy amadas, que el desierto fue el lugar donde os concibió espiritualmente vuestra madre comun Santa Escolastica; pues en el desierto fue donde echó los fundamentos de su Orden; y por consiguiente, asi como todas las cosas se conservan en el elemento en que fueron producidas, asi vosotras debeis conservar el espíritu de vuestra vocacion en el retiro del qual no podeis salir sin peligro de perderos.

PUNTO SEGUNDO.

Mas no juzgueis que quando os hablo de soledad, y de retiro, se entienda por estas voces alguna vida ociosa, sedentaria, ò sin accion; no por cierto, antes bien no hubo virtud que no exerciese vuestra madre en su soledad; pero la que exercitó, sin embargo, con mucha particularidad fue la de la sencillez de la paloma: *Simpliciter sicut columba.* Los que intitulos políticos no reconocen otra virtud que la prudencia ò sagacidad; y asi la miran como à una divinidad que preside, y es el alma de los consejos, que manda en los Estados, y que decide en los asuntos de la paz y de la guerra. En efecto, esta virtud es, al parecer, la Reyna de las demás, la madre de las Monarquias, la confidente de los Reyes, y la maestra ò directora de las pasiones. Por cuyo motivo, todo lo que un hombre emprendé ò executa sin su socorro, no puede tener feliz efecto. El que no atiende à sus consejos no puede evitar la des-

gracia. Mas como esta virtud es corrompida por el pecado, haciendola ciega è injusta el interés que la acompaña, tiene necesidad, para que se pueda intitular verdadera virtud, de estar acompañada de la justicia y de la sencillez; pues quando está destituida de este socorro, solo piensa en engañar à los demás, en engrandecerse à sus expensas, enriquecerse con sus perdidas, y establecerse sobre sus ruinas.

Por eso el Hijo de Dios, despues de haver recomendado à sus Discípulos la prudencia de la serpiente, les encarga mucho la simplicidad è sencillez de la paloma; hermanando à un mismo tiempo estas dos virtudes, à fin de que se corrijan mutuamente; porque la sencillez sin prudencia sería estúpida; y la prudencia sin sencillez sería maligna. La prudencia, pues, asegura à la sencillez, defendiendola de todo engaño è sorpresa, dice San Ambrosio: *Premittitur prudentia, ut sit tuta simplicitas.* (a) La sencillez es el antidoto de la prudencia, y la quita su malignidad. Pero hablando de esta materia, segun la doctrina de los Santos Padres, la sencillez excede otro tanto à la prudencia, como excede la paloma à la serpiente. Esta, sin duda alguna, horroriza à todo el mundo; y como sirvió de interprete al demonio, para seducir à nuestra madre Eva, todos sus hijos, sin exceptuar alguno, tenemos contra ella una secreta aversion. El Autor de la naturaleza ha puesto, al parecer, una perpetua enemistad entre las serpientes y los hombres; de

(a) Ambr. lib. 3. de Fide cap. ult.

modo, que no púden encontrarse, sin dar muestras claras de su aborrecimiento. Por el contrario la paloma, es tan agradable à todo el mundo, que nadie la mira sin placer: y, ò sea porque en el diluvio fue la que consoló à Noe con el ramo de oliva que le llevó, como señal evidente de la serenidad, ò porque en el nacimiento de la Iglesia fue figura del Espíritu Santo; lo cierto es, que no hay fiel alguno que no la ame. En suma, dice Tertuliano, la paloma manifestó alguna vez quién era Jesu-Christo, però la serpiente se atrevió à tentarle. La paloma fue desde el principio proclamadora de la divina paz; però la serpiente fue tambien desde el principio un enemigo de la imagen de Dios; y concluye el discurso con una razon, que favorece con extremo à la sencillez, diciendo: Y así la sencillez por sí sola puede con mas facilidad conocer, y manifestar à Dios; però la prudencia, si está sola, no sirve mas que para ofenderle, y entregarle à sus contrarios. (a)

Pero digámos mas. Conviene à saber, que la sencillez por sí misma hace toda la prudencia del christiano, y no necesita de otra politica; porque, segun la máxima del Sabio, el hombre camina con seguridad, siempre que camina con sencillez: *Qui ambulat simpliciter, ambulat confidenter.* Y en efecto, la politica mas delicada y segura es el no tenerla, sino obrar con tal sencillez, que se contenga à vista suya la sagacidad de los hombres mas perversos. Y à la verdad,

(a) Tertul. adver. Valentinianos in initio.

dad, qualquiera que examine bien la prudencia que nos recomienda el Hijo de Dios con el exemplo de la serpiente, hallará que no es otra cosa que una verdadera sencillez, y que pueden los christianos hacer con su sencillez, todo lo que hace la serpiente con su prudencia; porque como nos enseña la Escritura, este animal se vale de tres artificios para defenderse en tres ocasiones peligrosas. El primero es, de tapar sus orejas contra los alhagos de aquellos que la intentan encantar: *Sicut aspidis surde, & obturantibus aures suas, quæ non exaudit vocem incantantium.* (a) El segundo es, ocultar su cabeza, exponiendo, por defenderla, todo lo restante del cuerpo, porque sabe que la cabeza es el asiento de la vida. El tercero es, el remozarse, desnudando su cuerpo de la piel antigua, y recobrando con la reciente un nuevo vigor. Pues ahora:

Los christianos, obedeciendo à los preceptos de su divino Maestro, hacen con su sencillez todo lo que la serpiente practica con su astucia ò prudencia; porque ellos cierran sus oídos à los agradables discursos de los falsos amigos que intentan empeñarlos en el mundo, y esto con sencillez. De donde se sigue, que los llamen y tengan por estupidos y simples, quando ven que rechazan los pareceres que lisonjean los sentidos, recibiendo otros que los mortifican y afligen. Y no creen los mundanos que nosotros

(a) Psalm. 57. v. 5.

somos insensatos quando para conservar la gracia de Jesu-Christo, ò al mismo Jesu-Christo, que reside en nosotros por gracia, perdemos nuestros bienes, arriesgamos el honor, y sacrificamos nuestra vida? ¿No juzgan, finalmente, que hemos abandonado la prudencia, quando nos desnudamos de nosotros mismos por revestirnos del Hijo de Dios, y dexando las inclinaciones de Adan, que son al parecer tan dulces y razonables, seguimos las de Jesu-Christo, que parecen ruidisimas y austeras?

Mas para declarar à todas luces esta verdad, apliquemosla à nuestra Santa paloma, manifestando, que jamás tuvo otra prudencia, ni se valió de otra politica que de la sencillez. En efecto; ¿quién sino la sencillez pudo obligarla à separarse del mundo aun antes de conocerle? ¿quién sino la gracia pudo formar un designio, que la razon, separada de aquella, huviera sin duda condenado? ¿No pasaria por simplicidad extrema, renunciar los placeres por pasar to la vida entre dolores, apartarse de las gentes para enterrarse en una gruta, renunciar todas sus riquezas por sufrir todas las penas de la necesidad, abrazar todos los rigores de la penitencia en una edad, en que podia disfrutar toda suerte de placeres, huir de los honores por practicar la humildad, y (lo que es mas difícil à una doncella) despreciar la hermosura, abandonando todos aquellos adornos que la conservan, quando no la realcen? Yo creo que los prudentes del siglo condenarian este proyecto; y que tendrian por gran locura una resolucion tan generosa, juzgando que la piedad la havria hecho

cho perder el juicio. Efectivamente, este es el juicio que forman siempre que alguna doncella sale de la casa de sus padres para encerrarse en el claustro. Por manera, que para la prudencia de los mundanos, es locura, y extrema simplicidad, si una persona sacrifica al amor de Jesu-Christo todas sus pretensiones y esperanzas; si cierra los oídos à los suspiros de un amante desesperado, por escuchar los consejos de un Esposo cubierto de sangre, que la llama y convida en el Calvario; si dexa los vestidos de telas de oro, y los hilos de perlas, por vestirse de un saco, y ceñirse con una cuerda.

Sin embargo, esta simplicidad es la mas alta prudencia del Christianismo; y jamás Santa Escolastica pareció mas prudente, que quando siguió los impulsos de la gracia que la llamaba al desierto: porque ¿no fue el mayor golpe de finura y de discrecion el de esta virtud, quando ilustrando el espíritu de nuestra paloma, la descubrió la vanidad del siglo, la inspiró el desprecio de Roma, despejó sus ojos para hacerla ver todas las cosas del mundo, no por lo que aparentan, sino por lo que realmente son en sí mismas? ¿No era una prudencia y sabiduría bien superior, el dexar la tierra por el Cielo, à los hombres por Jesu-Christo, y renunciar los honores transitorios por conseguir la gloria eterna? Luego la sencillez es la virtud por donde los christianos arriuan à conseguir aquella prudencia tan opuesta à la prudencia de la carne; por donde combaten las maximas del mundo, y se hacen sabios en la escuela de la Cruz. Por los consejos, en fin, de esta virtud, creen lo que no com-

comprehenden; posponen la qualidad de discursivos al merito de la fidelidad; se aborrecen à sí mismos; aman à sus enemigos; hacen memoria de los beneficios, y se olvidan de las injurias; renuncian su espíritu, y afligen su cuerpo. Esta, pues, como ya haveis oido, fue la politica de Santa Escolastica. Oid ahora el singularissimo caracter, eficacia y poder de su oracion, que fue todo su empleo en la soledad.

PUNTO TERCERO.

Como la Iglesia y el mundo obedecen à dos Soberanos, que no se pueden hermanar, no debe extrañarse que sea tan opuesta su conducta, que el uno condene lo que el otro aprueba. El mundo, que jamás se halla tranquilo, no puede sufrir que sus vasallos vivan en paz. Persuadetes, que la accion es noble y generosa, la quietud perezosa y laxa. Que la tierra es sostenida por su mismo peso, por ser el menor de los elementos; pero que los rios corren sin cesar; y de este modo llevan la abundancia à todas las partes que bonifican ó riegan con sus aguas. Que el Cielo es un perpetuo movimiento, que los astros voltean continuamente sobre nuestras cabezas, mientras que los peñascos están inmóviles baxo de nuestros pies. Persuadidos, pues, de estas maximas, perturban toda la naturaleza; cargan al mar de navios; hacen gemir à la tierra baxo de sus pesadas maquinas; conmueven y hacen vibrar el ayre con el ruido de la artilleria; y llevando la confusion à todas las partes del mundo, juzgan hacer volar por to-

das ellas su reputación y nombre.

La Iglesia, como animada que es del espíritu de amor y de paz, retiró á sus hijos de los tumultos, los aplica á la oración, y no les dá otra ocupación que ésta. Los enseña, que la perfección depende de este exercicio; y que aquel sabe vivir bien, que sabe bien orar: *Verè novit rectè vivere, qui rectè novit orare* (a). La filosofía profana, que tiene cierta alusión, è imita en algo á la Religión Christiana, quiso persuadir á sus discipulos, que para vivir bien, no havia mejor medio que el de ocultarse bien; y por consiguiente, que para hallar la felicidad, se havia de buscar la soledad y el reposo: *Qui bene latuit, bene vixit* (b). Mas la gracia, que se divide entre la acción y la quietud, y que pretende así la inquietud como la ociosidad, obliga á sus hijos á practicar la oración; pero que, à imitación de las palomas, sea la meditación su principal exercicio. Y así, la Sagrada Escritura, que describe la naturaleza de las aves, mejor que los filósofos que han intentado averiguar sus propiedades, repara en que la paloma es ave revisora; esto es, que piensa quando está en su soledad en aquello que ama, siendo toda su ocupación divertirse con la contemplación de aquel consorte, de quien le ha privado ó la ausencia ó la muerte. Y de aqui viene que el Rey Ezequías, despues de escuchar la funesta sentencia del Profeta, abandonando el gobierno de su Estado, dixo, queria imitar á la paloma, emplean-

(a) Aug. Homil. 4. ex 50. (b) Seneca in 156. epist. 1.

do en la meditación los últimos momentos de su vida: *Meditabor ut columba* (a). Y el Profeta Isaias, queriendo exponer los sentimientos del pueblo Judaico, que para apaciguar á la divina justicia, havia recurrido á la oración, dice, que meditaba como las palomas; y que todo el exercicio en su penitencia era el de orar: *Quasi columbae meditantès gememus* (b).

Esta es tambien la principal ocupación de los fieles, y el unico empleo, si así puede decirse, que tienen durante este destierro. De modo, que toda la tierra se ha convertido en templo por los meritos de Jesu-Christo: *Omnis locus oratorium factus est*, dice San Agustin; todas las casas trocadas en oratorios. Y así, conviene, dice San Pablo, orar en todo tiempo y lugar: *Volo viros orare in omni loco*. Y en otra parte: *sine intermissione orate* (c). Mas permitid, Señora, os diga, que esta obligación, que es general á todos los christianos, es muy particular para los Reyes; y por eso sus Palacios son llamados Templos en la Escritura: *Adducentur in Templum Regis* (d): porque ó bien sea que Dios reside alli en la persona de los Principes como en sus imagenes, ó porque los honra con una presencia y protección particular, ó porque sus casas sirven de asilo á los miserables; ó finalmente, porque los Reyes tengan mas obligación de orar, que los demás hombres, respecto de hallarse encargados de la conducta de un Reyno; lo

Ggg 2 cter-

(a) Isai. 38. v. 14. (b) Isai. 59. v. 12. (c) Thes. 5. v. 17. (d) Ps. 44. v. 16.

cierto es, que sus Palacios son llamados Templos por el mismo Espíritu Santo; y este nombre sagrado les enseña, que su principal ocupacion debe ser la oracion. V. M. Señora, ha desempeñado esta obligacion cuidadosamente; pues el Oratorio que tiene en Louvre es el lugar que mas frequenta, y donde tratando con Dios, le obliga à tomar por su cuenta los intereses del estado.

Este, pues, era el mayor, por no decir el unico exercicio de la grande Santa Escolastica: porque despues que entró en el desierto, apenas tuvo su alma otra ocupacion. No havia cosa alguna en este mundo que no la elevase à Dios; los astros y las flores la representaban su hermosura; las montañas y los valles la representaban la alteza de sus designios, y la profundidad de sus decretos; la arreglada y constante alternativa de los dias con las noches, la hacian vér el orden maravilloso que ha puesto en los sucesos de nuestra vida; la luz, que con la misma pureza ilumina al pantano cenagoso, que al arroyo cristalino, la hacia admirar la santidad de Dios, que no menos resplandece en el Angel que en el Demonio. Y así, hiciere lo que quisiere nuestra Santa, jamás interrumpia su oracion; porque ocupada siempre su imaginacion con las perfecciones de su divino Esposo, meditaba obrando, y obraba meditando; porque su corazon y sus labios se hermanaban en este exercicio. Estos llenos de la abundancia de aquel, cantaban las alabanzas al Hijo de Dios; y hasta el sueño, que embargando los sentidos, nos impide el uso de la razon, no la hacia à ella este ultraje: pues aunque sus ojos se cerrasen y su lengua enmudec-

ciere, su corazon se gozaba y entretenia con su Dios. Por manera, que podemos decir de esta Santa lo que San Ambrosio dixo de la Virgen Maria, esto es, que su alma velaba mientras su cuerpo dormia: *Vigilar et animus dum quiesceret corpus* (a).

Ni deben extrañar esto los que saben que las almas santas no están sujetas à todas nuestras flaquezas; porque la gracia las exime de muchas de nuestras miserias, y su amor, à quien ni la muerte puede interrumpir, no lo es tampoco interrumpido por el sueño que es una imagen suya. Por eso nos asegura el mismo San Ambrosio, que el reposo de los Santos es obrador; que velan interin duermen; y que su parte mas noble trata con Dios, mientras que la otra reposa: *Somnus Sanctorum operatorius est*. Y tal era el sueño de nuestra Santa. Meditaba sobre el lecho, y su reposo no era otra cosa que un mayor recogimiento de espíritu. Y como jamás perdia de vista al objeto de su amor, no se atrevia el demonio acercarse à ella en este estado. Este infeliz espíritu tiene, al parecer, sobre nosotros cierta ventaja quando dormimos; y por eso la misma Iglesia nos subministra oraciones, que debemos dirigir à Dios antes de recogerlos, para librarnos de las tentaciones de nuestro enemigo: *Hostemque nostrum comprime, ne polluantur corpora*. Pero Santa Escolastica no le debía temer en este estado: porque siempre la dexaba el sueño con libertad para defenderse de él; haciendo inútiles sus tentaciones el alma, que velaba, custodiam-

(a) Amb, lib. 1. de Virgin.

diando à su cuerpo que dormía. Un Poeta profano intentó persuadirnos, que Hercules dormido; era mas temible que quando velaba; y que mas se debia respetar su sueño que su vigilia: *Quis non Herculis somnium exhorruit?* (a) Esta fabula, pues, es en Santa Escolastica una historia; porque los espíritus malignos respetaban su sueño, y como sabian que obraba con la misma perfeccion quando dormida, que quando despierta, no se atrevian à llegarse à la montaña de su residencia.

Finalmente, no era la oracion solamente su exercicio, sino que tambien empleaba su poder; y así, siempre que los hombres le negaban alguna gracia, la conseguia del Cielo por su oracion. ¿Cuántas veces combatió à sus enemigos con estas armas? ¿cuántos triunfos consiguió sobre los demonios por el socorro de esta virtud? ¿cuántas veces libertó à sus hijas de sus tentaciones y de sus penas por la eficacia de sus ruegos? Pero sobre todo, hermanas mías, hasta de su mismo hermano San Benito la hizo victoriosa la oracion; y si Josué detuvo al Sol por su palabra, Escolástica hizo mudar el temporal, y detuvo à San Benito por la suya. Mirad:

Este querido hermano, solamente visitaba à su hermana una vez en el año, y un mismo día era el principio y el fin de esta visita, en la que la bondad de Jesu-Christo era el unico asunto de la conversacion. Mas como en una de estas visitas se sintiese Escolástica sumamente abrasada del

(a) Seneca in Herc. jurante.

del amor divino, en virtud de lo que escuchaba à su hermano, quiso obligarle à que le concediese aquel consuelo por otro segundo día, à fin de que prolongandose su conversacion, tuviesen las llamas que la abrasaban mayor tiempo y materia para desahogarse. Mas Benito, por justo motivo, se resistió al deseo de su hermana, y para enseñar à todos los Religiosos, que aun el trato mas util era sospechoso quando duraba mucho tiempo, quiso retirarse à su Monasterio. Escolastica obligada del divino amor, le conjuró por todo lo que hay mas santo en la Religion, para que no la dexase. Benito permaneció inflexible, negando à las lagrimas de su hermana lo que ya havia reusado à sus ruegos. Y viendo ella que estaba inexorable, recurrió à la oracion, se dirigió à su Esposo, rogó-le detuviese à aquel hermano que se resistia à sus justos ruegos. Y apenas havia Escolastica inclinado su cabeza para hacer esta oracion, quando veis aqui, que el ayre, que antes estaba sereno y despejado, se cubre al punto de nubes; y fueron tantos los truenos, los relampagos, los rayos, y sobre todo, fue tan copiosa la lluvia, que se vió Benito precisado à ceder à Escolastica, haciendola estas reprehensiones amorosas: Dios te perdona, hermana, ¿qué es lo que has hecho? *Pareat tibi omnipotens Deus soror, quid est quod fecisti?* Pero la respuesta de Escolastica, no solamente fue discreta, sino que se manifestó en ella la fuerza de su oracion. Hermano, le dixo, ¿qué podia yo hacer en esta ocasion? yo te supliqué una gracia, y me la negaste; pedísela à nuestro Dios, y me la concedió: *Ecce te rogavi, & audire noluiti. Rogavi Deum*

Deum meum, & audit me. (a) Y después, aprovechándose de la ventaja que havia conseguido sobre él, añadió: caminad ahora, hermano, si podeis, y dexando á vuestra hermana, retiraos á vuestro Monasterio: *Modo ergo si potes, egredere, & me dimissa ad Monasterium vade.* Pero ciertamente, que si la hermana fue admirable por el poder que exerció sobre su hermano, no lo fue este menos por el amor, que aun sin embargo de este milagro, conservó á su soledad: pues como dice San Gregorio, ya que no le fue posible poner en planta sus deseos, se quedó allí, pero contra toda su voluntad, y como violento: *Ipsae autem quia remanere sponte noluit, in loco remanisti invitus.*

¿No es cierto, Señores, que si la meditación era el ejercicio de nuestra Paloma, era tambien su poder y su recurso; pues por su medio conseguia de Dios lo que la negaban los hombres? Acuézame, que el Poeta tragico, queriendo ensartar el poder de Alcmena, le hace proferir con insufrible vanidad, que tenia tal confianza en el poder de su hijo, que mientras havia vivido, jamás havia ella tenido que recurrir á los dioses, porque su Hercules la havia concedido, lo que Jupiter la havia negado: *Incolumnato nihil ego à superis petii. Quidquid negaret Jupiter, Hercules daret.* (b) Pero nuestra Santa podia decir con mucha mas modestia y verdad, que no tenia necesidad de pedir á la tierra cosa alguna, porque siendola permitido recurrir al Cielo, su Esposo la ha-

(a) Greg. dialog. lib. 2. c. 31. (b) Senec. in Hercul. Detam.

havia concedido, lo que la havia negado su hermano.

Y por lo que mira á sus hijas, digo, que aunque no tengan el mismo credito que nuestra Santa Escolastica, y sus oraciones no siempre consigan milagros del Cielo, con todo eso, su poder y ocupacion sobre la tierra es el mismo. Sus votos las fortalecen en medio de su debilidad, y quando ascienden al Cielo en las alas de sus suspiros, descienden al momento sobre la tierra las gracias en su favor: *Oratio justis clavis est Cæli*, dice San Agustin; (a) la oracion del justo es llave del Cielo, pues abre aquellas puertas de bronce, que nos dificultan la entrada, ó suaviza el metal que las compone para facilitarnos el acceso: *Ascendit de peccato, descendit Dei misericordia.* Sube la oracion á lo alto, y desciende á lo bajo la misericordia; y dexándose Dios vencer de aquellas mismas armas que nos ha dado, nos concede los favores que antes havia retenido.

Este tambien debe ser nuestro ejercicio continuo; pues el Espiritu Santo nos enseña, que nuestro cuerpo es templo suyo; luego podemos, y debemos rogarle en todas partes. Y asi, no es necesario, hermanas mias, estar en la Iglesia, para hablar con Dios. Erigidle, como podeis, un altar en vuestro corazon para ser sus templos vivos, que de este modo os escuchará en vosotras mismas; pues Dios, como dice San Agustin, escucha donde se halla: *Volens in templo orare, in te ora,*

Tom. I.

Hhh

⊕

(a) Aug. Serm. 216. de temp.

Et ita age semper, ut Dei templum sis, ibi enim Deus exaudit, ubi habitat. (a) Vuestra querida madre os enseñará este secreto. Y para que scais verdaderas palomas, como lo fue ella, despues de haveros enseñado á meditar, os enseñará á gemir, para hallar como ella vuestro consuelo en vuestros suspiros, que es la materia del ultimo punto de este discurso.

PUNTO CUARTO.

La Omnipotencia de Dios, no menos resplandece en las criaturas mas pequeñas, que en las mas grandes. Un mosquito, no es menos prodigioso en su estructura, que un elefante, de modo, que toda nuestra sabiduría se confunde quando en un cuerpo tan pequeño, considera la multitud de partes que Dios ha encerrado en él. Si su trompa, que le sirve para su defensa, no es tan temible como la del elefante, no es por eso menos admirable; y quando Dios se dignó valerse de ella contra sus enemigos, deshizo exercitos enteros sin otras armas. Su zumbido se hace temer del mas noble de todos los animales, y el cavallo se enfurece, quando siente á este enemigo invisible, zumbár á sus orejas. Las alas que los conducen, son de tan delicada materia, que es casi imperceptible, y están fabricadas con tal arte, que ningun artifice humano podrá imitar su tejido. Y si de estos insectos pasamos á las aves, que son mas nobles y mas perfec-

(a) Aug. lib. de vera innoc. c. 113.

fectas, nos veremos precisados á confesar, que no hay una que no sea un milagro.

Pero sin alejarme de mi asunto, la paloma que es la figura de nuestra Santa, ¿no es un prodigio de la naturaleza? Su pluma arrebatada, sin duda, á quien la contempla. La diversidad de sus colores nos hace ver continuamente sobre la tierra el arco del Cielo, y quando el Sol los ilumina con sus rayos, no hay pintor que pueda, ni aun bosquejar su colorido resplandeciente. Sus ojos parecen el asiento del amor; y si observais sus miradas, no parece sino que las mugeres han estudiado en esta escuela todos sus artificios. Su voz, aunque no es, á la verdad, tan armoniosa como la de los Ruiseñores, es tan propia para exprimir su sentimiento, que se juzga, al oirla, que tiene verdadero amor y verdadera pena. Por cuyo motivo, todos los naturalistas han dicho, que su alivio ó consuelo era el gemir, y que sabia mejor quejarse, que cantar, y que como su dolor es efecto de la distancia de su consorte, mas imitaba su cantico al susurro de los arroyuelos quando se alejan de su amado origen, que á la musica de las otras aves. La Escritura Santa confirma el testimonio de los profanos, enseñandonos por boca de uno de los Profetas, que la paloma no sabe sino gemir: *Ancillæ ejus minabantur gementes ut columbe, & murmurantes in cordibus suis.* (a) El Abad Guericó, en aquel precioso sermón que compuso á la Purificacion de Maria, dice, que esta amorosa ave no

Hhh 2 tie-

(a) Nahum c. 2. v. 7.

tiene otro canticó que sus suspiros: *Gemitum pro cantu reddit*. Y por lo mismo el Esposo intitula á la Iglesia, paloma; porque los males que sufre, la sacan con frecuencia lagrimas de sus ojos, y suspiros de su boca.

Y ved aquí la razon, porque nuestra Santa se apareció despues de su muerte á su hermano en figura de paloma, pues toda su vida fue un continuado suspirar. No sabia mas idioma que el de gemir. Su llanto era su unico consuelo, y asi como su corazon estaba lleno de amor, su boca lo estaba de suspiros. Gemia por la ausencia de su querido Esposo; y asi, no podia referirle sus tristezas, sin acompañar con lagrimas y suspiros su relacion. Se quejaba de la dilacion de su destierro, y pedia con una santa impaciencia, se le abreviase, para abreviar asi su martyrio. Suspiraba, quejandose de su amor propio, y tambien de su corazon, porque este se dividia, y aquel injuriaba á su Esposo, á pesar de su resistencia, y contraria voluntad. Quejabase asimismo llena de lagrimas, de que la concupiscencia conspiraba contra los derechos de la caridad; y que Adán, que aun no havia muerto en su alma, exercia su tyranía en el imperio de Jesu-Christo. Murmuraba del demonio, porque reynaba aun en el mundo, teniendo mayor sequito que su legitimo Soberano, y de que recibia honores y sacrificios en todos los pueblos de la tierra. Lloraba algunas veces, quando veía que sus hijas no havian llegado á la perfeccion que las deseaba; porque aunque sus defectos fuesen ligeros, y sus virtudes eminentes, corriendo velozmente en el camino de la pie-

iedad, era tan superior el zelo que tenia por sus progresos que hacia gemir á esta paloma. En fin, el exceso de su amor no la permitia hablar de su amado sin suspirar, y creía que el gemido debía ser el idioma de todos los christianos en este país, donde á expensas suyas, experimentan que la ignorancia ciega sus espíritus, la concupiscencia divide su voluntad, la rebelion subleva sus pasiones, y la perfidia se ha hecho señora de todos sus sentidos.

Y si me preguntáis ¿dónde havia aprendido Escolastica este language? Os responderé con San Agustin, que lo havia aprendido del Espiritu Santo: porque él es el que en figura de paloma descendió sobre Jesu-Christo, para que entendiesemos que el idioma que él enseña á sus Discipulos es el gemido: *Nec parva res est quod Spiritus Sanctus docet nos gemere*. (a) El mismo Espiritu Santo nos insinúa, que somos desterrados; y por consiguiente, que debemos suspirar por el Cielo, que es nuestra patria: *Insinuat nobis quia peregrinamur, & docet nos in patriam suspirare*. Nos enseña, que nuestros gemidos son justos, quando nacen del amor ó del zelo de la gloria de Jesu-Christo: *Et quando propter hoc gemimus, bene gemimus*. Mas tambien nos dá á entender que los que suspiran por cosas de la tierra, y desean verse libres de sus enfermedades ó aflicciones, movidos unicamente del amor propio, no gimen como palomas, sino que graznan como cuervos: *Multi gemant in infelicitate, in fluctibus, in insidiis, in carceribus, sed*

(a) August. in Joann. cap. 1. *non*

non columbae gemitu, quia non amore Dei, non spiritu gemit. Finalmente, nos enseña, que debemos suspirar acordandonos de Jerusalem; y que nuestros gemidos jamás deben ser mas frecuentes, que quando Babylonia intente seducirnos, y quietra embriagarnos con sus falsos placeres, para hacernos olvidar de las verdaderas delicias de Sion: *Oportet ut fleas recordando Hierusalem. Et quando tibi bene est secundum Babyloniam, oportet ut fleas.*

Esto es, Señora, lo que V. M. ha aprendido insigne en la escuela del Espíritu Santo: pues aunque estais sentada sobre el mas bello trono de la tierra, y reynais en el Estado mas floreciente de la Europa, suspirais por el Cielo, y sabeis muy bien, que aunque Reyna, no dexais de ser desterrada. Estos gemidos, sin duda, causan la dicha del Estado. Estos suspiros han alcanzado el joven Monarca, cuyas virtudes exceden nuestras esperanzas. Estas lagrimas son las que consiguieron su salud en la ultima enfermedad, y estos suspiros los que serenaron la tempestad, bolviendo la paz à este Reyno.

Y vosotras, hermanas mias, acordaos que sois hijas de la paloma, pues lo sois de Santa Escolastica. Acordaos, que debéis ser sus imagenes sobre la tierra: y que si quereis que os proteja desde el Cielo, es preciso que vuestra vida sea una expresion de la suya, que el desierto sea vuestro retiro, que el trato que la caridad os permite con el mundo, no turbe vuestra soledad, que la sencillez sea toda vuestra politica, que con el socorro de esta virtud os defendais contra la pruden-

dencia de la carne en la Religion christiana, que la oracion sea vuestro continuo exercicio, sin que sea interrumpida por la multitud de acciones diferentes, que exigen de nosotros las miserias de esta vida. Y finalmente, que el gemido sea todo vuestro consuelo en vuestras penas, que suspireis como castas palomas por uniros eternamente con vuestro amante y dueño, que lloréis considerando vuestras imperfecciones, por ligeras que sean, que os aflijais por la dilacion de este destierro, que dupliqueis vuestros suspiros y vuestras lagrimas quando el mundo os lisongee, y trate por medio de sus vanidades de borrar en vosotras la memoria de la belleza de vuestro Esposo. Y creed, que si sois fieles en practicar estos consejos, vuestra suerte será semejante à la de vuestra madre, y que subireis con ella, à manera de palomas, à tomar posesion de la gloria, para reynar allí en calidad de Esposas de Jesu-Christo por los siglos de los siglos. Asi sea.

FIN DE EL PRIMER TOMO.

INDICE

DE LAS PRINCIPALES

materias que se contienen en
este primer Tomo.

A

- A**BEL, Sacerdote, Virgen y Martyr. Pag. 153.
Abraham, padeció mas que su hijo Isaac en
el sacrificio de éste. 164.
Abstinencia de San Nicolás. 95. y sig.
De Santa Genoveva. 229.
Adan, por qué fue vergonzosamente arroja-
do del Paraíso. 97.
Adopcion, su esencia y circunstancias. 169 y 170.
Afrentas, mas sensibles que la muerte. 144.
Alianza, estrechísima entre los Angeles y
las Virgenes. 132. y 133.
La de San Juan con la Virgen Maria. 167. y sig.
La de las Virgenes con los Martyres. 320.
Alegria, es el fin de las pasiones festivas. 338.
Alma, sufre mas en el cuerpo que ama, que
en el que anima. 164.
Almas santas, no están sujetas à todas nues-
tras flaquezas. 401.
Amistad, la cosa mas bella y util que hay en
el mundo. 159.
La de Alexandro con Efestion. 171.
Amor, convierte en sí mismo todas las pa-
sio-

- siones. 201.
Unico y verdadero exercicio del corazon. 202.
Amor propio, la mas natural, la mas obsti-
nada, y mas fecunda pasion de los
hombres. 208.
Los efectos mas peligrosos del amor propio. 209.
Su ruina. 218.
Amor de los enemigos, virtud noble, bella
y dificil. 74. 75. 144. y 145.
Amor, el que San Juan y San Pedro tuvie-
ron à Jesu Christo, en qué se iguala, y
en qué se diferencian. 173.
Fueron diferentemente recompensados. 181.
San Andrés, hizo de su cruz un sagrado le-
cho, donde parió à los fieles, à imita-
cion del Hijo de Dios. 67. 68. y sig.
Hizola tambien Pulpito ò Catedra, desde
donde les enseñó. 74. 75. y sig.
Altar, donde se sacrificó à Dios. 69. 70. y sig.
Tribunal desde donde condenó à los de-
linquentes. 80.
Angeles, las Virgenes del Cielo. 30.
San Antonio Abad, lo primero que hizo para
conseguir la gloria. 251.
Lo segundo. 256.
Lo tercero. 263.
Entró à poseer la abundancia de Dios por
la pobreza voluntaria. 253.
Imitó à Jesu-Christo en la soledad. 258. y sig.
Allí consumó su deificacion. 260.
Apostoles, los padres de los fieles por dos mo-
tivos, ò en dos maneras. 67. y 68.
Artificios, los que practica la culebra para
Tom. I. lii de-

- defenderse en tres ocasiones. 394.
 El que usó el demonio para impedir el sacrificio de la Cruz, en que estaba vinculada la redencion del mundo. 239.
 El que tambien práctico para triunfar de la paciencia de Job. 236.
 Del que se valió contra Santa Genoveva. 237.
 Augusto, renunció el titulo de *Señor*. 13.
 San Agustin, el Doctor mas sabio en el misterio de la gracia. 358.
 Disputó con Dios por espacio de diez años. 371.
 Vease *Gracia*.
 Ayuno, compañero fiel de la oracion. 91.
 Ejercicio penoso. 92.
 Magnífico en sus recompensas. Alli.

B

- Balaam, de qué artificio se valió para perder à los Judios. 347.
 Belleza, facil de perder, y difícil de conservar. 240.
 Enemiga de la humildad. 241.
 Sus ventajas quando está acompañada de la castidad y de la modestia. Alli.
 Belleza de Santa Genoveva. 242.
 Trocada en horrible fealdad por la lepra. 243.
 Bonete de Cardenal, grande recompensa de la virtud. 213.
 Con cuánta generosidad lo renunció San Francisco de Sales. Alli.

C

- Cabellos, los de Santa Ines defienden su casti-

- idad. 316.
 Ceguedad y miseria de los avaros. 255.
 Celibato, prohibido por los Romanos. 46.
 Castidad, la mas bella, la mas difícil, y la mas santa víctima que se puede ofrecer à Dios. 131. y 132.
 Cristiano delicado, animoso, perfecto, tres diferencias que notó en los Christianos. Hugo de San Victor. 287.
 Con cuánta sencillez, y con qué prudencia deben obedecer los mandamientos de Dios. 394.
 S. Chrysologo, el Panegyrista de la limosna. 99. y 100.
 Corazon, siempre está en movimiento. 203.
 No se nos ha dado sino para amar à Dios. Alli.
 Combate, el que los pecadores experimentan recien convertidos. 371.
 Comercio familiar entre los Angeles y las Virgenes. 134.
 Comunicacion santa entre Jesu-Christo y los Santos Inocentes. 190.
 Condiciones que constituyen à los verdaderos Martyres. 177. 180. y 189.
 Condicion de los Christianos, mas difícil y honrosa que la de los Soldados. 331.
 Cantico, el de la paloma consiste en gemir. 129. y 406.
 Conducta, la de Jesu-Christo y la del mundo opuestas. 397. y 398.
 Confesion, parte esencial del martyrio. 180.
 La del Apostol Santo Tomás comparada à la de San Pedro. 120.

- Contextacion entre San Benito y San Mauro. 285.
 Entre un Soldado y una Virgen, ambos
 christianos. 311.
 Conversion de San Pablo, se refiere cómo
 fue. 359.
 Sus diferencias de otras conversiones. 360.
 Qué difícil. 363. y 364.
 Fue la obra mayor de la Gracia. 365.
 Tuvo muchas causas. 367. y 368.
 Fue ruidosísima y pomposa. 372.
 Fue completa. 378. y sig.
 Fue rigorosa y severa. 381.
 Cuervo, pájaro carniboro. 381.
 Defendió el cadaver de San Vicente Mar-
 tyr. 381.
 Cuerpo, aunque es la menor parte del hom-
 bre le sirve de mucho para el ejercicio
 de la virtud. 131.
 Nos abate por baxo de los Angeles, y
 también nos eleva por cima de ellos. 132.
 Creación del Universo, el mayor de los pro-
 digios de Dios. 4.
 Criaturas, los siervos de Dios. 16.
 Crimen del hombre y del Angel. 24.
 Cruz, el lecho de Jesu-Christo. 67.
 Fue también altar donde fue sacrificado.
 Fue Catedra, desde donde enseñó a los
 hombres. 74.
 Fue Tribunal, donde exerció su misericor-
 dia y su justicia. 79.
 Crueldad de Daciano contra San Vicen-
 te. 339. 342. 350. y 354.
 S. Cypriano, el Panegyrista de la castidad. 227.
 Da-

- D
 Daciano, ministro del demonio. 332. y 333.
 Su artificio para sorprehender a San Vi-
 cente. 336. y 337.
 Su crueldad. 339. y 342.
 Persiguió a San Vicente un año despues de
 muerto. 349. y 350.
 Fue siempre vencido del Santo Mar-
 tyr. 352. y 355.
 David, consulta la Ley de Dios para su po-
 litica. 292.
 Demonio. 293.
 Tiene su placer en ver á los hombres en
 miseria. 237.
 Su furor no tiene terminos. 111.
 Desierto, vease Soledad.
 Deseo, el de gloria, qué difícil de vencer. 209.
 Deleyte, el mayor enemigo de la vir-
 tud. 345. y 346.
 Sus efectos. 111.
 El unico modo de vencerle. 111.
 Destierro, castigo rigorosísimo. 285. y 286.
 Divisa de San Francisco de Sales. 204.
 De Santa Teresa. 111.
 Dios, cuánto amó á los hombres. 2. 3. y sig.
 Solo Dios es nuestro legitimo Señor. 13.
 Su poder noblemente ensalzado en la San-
 ta Escritura. 7. y 8.
 Su justicia en la creación del Universo. 22. y 23.
 En todos sus designios busca su gloria y
 nuestro bien. 107.
 Se

Se complace en restablecer la perdida de los Justos con mayores ventajas, y los hace eminentes en aquellas mismas virtudes, de que cayeron alguna vez, ò de que se apartaron. Alli.

Se obliga à cumplir la voluntad de los que le temen. 294.

Su misericordia en la creacion y en la encarnacion. 376.

Es el principio, y fin de las criaturas. 225.

Diferencia principal entre el antiguo Adan y el nuevo. 142.

Dignidad de Apostol, quàn elevada. 158.

Discrecion religiosa, en què consiste. 279.

Division entre las virtudes morales. 45.

E

Escritura Santa, la regla de nuestra Fé. 21.

Electro, què cosa sea. 11.

Elementos fecundos. 47.

Elias, alimentado por un cuervo. 352 y 353.

Elogio de Platon. 130.

De San Simon Stelyta. 129.

Efestion, otro Alexandro. 171.

Esterilidad inseparable naturalmente de la virginidad. 48.

Esther, su desprecio en orden à reynar. 214 y 215.

San Estevan, fue Angel en la tierra por su castidad. 134 y 135.

Fue una imagen de Jesu-Christo. 136. y sig.

Fue un Martyr por su constancia. 141. y 142.

Un

Un Dios por su amor. 148. y 149.

Evangelistas, los Historiadores del Hijo de Dios. 154.

Por què se intitulan de este modo. Alli.

Ejercicio, el unico y verdadero del corazon. 203.

F

Festividad, la de la Anunciacion es la fiesta de la virginidad. 30.

Fuego, elemento esteril. 47. y 48.

Por què le guardaban y honraban las Virgenes entre los Romanos. Alli.

En el horno de Babilonia se hizo inteligente. 327.

Lo mismo sucedió en el martyrio de Santa Inés. Alli.

Fé, el fundamento y principio de todas las virtudes. 109.

La mas necesaria de todas. 117.

Sus maravillosos efectos en la persona de Santo Tomás. Alli.

Es obscura y luminosa. Alli.

Es inseparable de la caridad. Alli.

San Francisco de Sales, quàn lleno del divino amor. 203.

Era un Serafin en carne. Alli.

Artificio maravilloso de su amor. Alli.

Quàn despegado estaba de los honores. Alli.

Era insensible à las injurias. Alli.

Su resignacion en la voluntad divina. Alli.

Su muerte, un sacrificio del amor. Alli.

San-

G

- Santa Genoveva, famosa en la Iglesia por su pureza. 229.
 Aplaudida de los Santos. 231.
 Con cuánta paciencia sufrió las calumnias de sus enemigos. 231. y sig.
 Las enfermedades. 237. y 238.
 La lepra. 244. y 245.
 Por qué no hizo Dios algun milagro para curarla. 239. y 240.
 Gloria, la mayor del Christiano cuál es. 173.
 Gracia, la del hombre inocente fue muy diversa de la del hombre christiano. 192. y 193.
 Quán poderosamente obra en los Martyres. 194. y sig.
 Quántas maravillas produjo en el alma de San Pablo en el momento de su conversion. 367.
 Grandeza de Dios, magníficamente ensalzada en la Escritura. 7. y sig.

H

- Hambre, suplicio del cuerpo. 132.
 Enemigo domestico. 352.
 Hijo de Dios, fiador de los hombres. 63.
 Sufrió las penas, à que fueron condenados el hombre y la muger. 64. y sig.
 Hizo mayores milagros en su muerte, que en su vida. 70.
 Fue el interprete de su Padre, y el maestro de los hombres. 74.
 Nuestro Abogado y nuestro Juez. 78.

Quan-

- Quando ruega, ruega sin necesidad. 86.
 Fue inocente y penitente, dichoso como los Angeles, y miserable como los hombres. 136.
 Hombres, por qué son miserables. 280.
 Honor, la recompensa de la virtud. 209.
 Quando es para nosotros mas apreciable. 215.
 Humillaciones del Verbo encarnado. 3. y sig.
 Humildad de Maria Santisima. 41. y sig.

I

- Iglesia, por qué se intitula paloma en la Escritura. 129. y 408.
 Indiferencia, es la muerte de la voluntad, y la ruina del amor propio. 219.
 Infidelidad, el origen de todos los pecados. 109.
 Su causa, segun San Hilario. 110.
 Influencias, las de la Luna arreglan el curso del Mar. 373.
 Santos Inocentes, verdaderos Martyres. 177.
 180. y sig.
 Su conveniencia y disconveniencia con los demás Martyres. 178.
 Gozaron del uso de la razon en el momento del Martyrio. 181. y sig.
 Confesaron à Jesu-Christo. 185.
 Prestaron sus cuerpos al Señor para que padeciese en ellos, y su Magestad les prestó su voluntad para merecer. 190.
 La gracia suplió todos los defectos de la naturaleza. 196.
 Invencion cruel para probar la paciencia de un hombre. 164.

Tom. I.

Kkk

Isaias,

Isaias, el quinto Evangelista. 137.
Israelitas, no se atreven à presentarse delante de Dios sin hacerle ofertas. 225.

J

Jesu Christo, sufre y muere todos los dias en sus fieles. 206.
Cómo trató à San Pablo. 378.
Fue zeloso del honor de sus Esposas, como del suyo. 316. y sig.
S. Juan, el mas ilustrado de los Evangelistas. 155. y sig.
Todo quanto escribió es Mysterio. Alli.
El mas amado del Señor entre todos los Apostoles. Alli.
El mas affigido entré los Martyres. Alli.
El mas bien recompensado entre las Virgenes. Alli.
Justicia de Dios en la curacion del Universo. 22. y 23.

L

Lagrimas, hablan segun la Escritura. 183 y 184.
Lengua y manos son los fieles confidentes del corazon. 205.
Lepra, mas terrible que la muerte. 244.
Fue el tormento de Santa Genoveva. 245.
Limosna, el complemento de la oracion, y del ayuno. 100.
Es sacrificio. 101.
Su milagro comun. 102.

Mar,

M

Mar, tratado como esclavo. 7.
Martyrio, es un Bautismo. 163.
Es juntamente contrato. Alli.
Es combate. Alli.
Es efecto de la gracia. Alli.
Martyres del demonio. 34. y 177.
Martyres, hay tres clases de ellos, segun San Bernardo. 189.
Martyres del Antigo y Nuevo Testamento. 179. y 180.
San Mauro, con qué disposicion entró en la Religion. 278. y sig.
Fue inocente y bienaventurado. Alli.
Jamás emprendió cosa considerable, sino para la obediencia. Alli.
Su dominio sobre sus sentidos, y pasiones. Alli.
Sobre los endemoniados. Alli.
Su humildad. Alli.
No vivió, sino por la obediencia. Alli.
No mandó, sino obedeciendo. Alli.
Imitó en su conducta à David y à Salomon. Alli.
Murió por obediencia. Alli.
Su obediencia y su fé comparadas con las de San Pedro, quando caminó sobre las aguas. Alli.
Mentira, quanto se debe temer. 231.
Milagros, señales manifestas del poder de los Santos. 233.
Misericordia de Dios, cómo se hermana con

Kkk 2 su

- su justicia en todas sus obras. 375.
 Resplandecieron ambas prodigiosamente en
 la Conversion de San Pablo. 376. y sig.
 Muger, la primera fue criminal. 65.
 Fue sentenciada à padecer dos penas ma-
 yores que las de los hombres. Alli.
 Muger irritada, es peor que las fieras 351.
 Muger christiana, temian mas la prostitu-
 cion, que los suplicios. 309.
 Muger, su debilidad. 321.
 Mundo, un desierto para el christiano. 262.
 Se sirve de dos medios para pervertir à los
 Martyres. 345.
 Monstruos, esteriles. 209.
 Muerte, hija del pecado. 138.
 Hace tambien Martyres. 140.
 Muertes, no son igualmente horribles. 140. y 162.
 Muerte, es Ministro de la diuina Justi-
 cia. 296. y 297.
 La de los Santos es agradable à Dios y à
 ellos. 298.
 Muerte la mas santa y singular. 226.
 Muerte, abre los ojos del alma, quando cier-
 ra los del cuerpo. 211. y 212.
 Muertos, dignos de piedad y de respeto. 350.
 Mosquito, quàn maravilloso en su estructu-
 ra. 406.
 Misterio de la Encarnacion, origen secundo
 de todos los demàs. 1. y 30.
 Condiciones necesarias en los Predicadores
 para explicar sus grandezas. 1. y 2.
 Es superior à la creacion del Universo, y
 à la produccion del hombre. 4.

- Objeto de la admiracion de San Cypria-
 no. 9. y 10.
 Misterio de la predestinacion; origen de
 nuestra salvacion. 359.
 Naturaleza, por qué no ha dado palabras à los
 infantes. 187.
 San Nicolás, por qué medios se hizo agrada-
 ble à Dios. 87. y sig.
 Nombre de Dios, mas antiguo que el Señor, segun
 Tertuliano. 15.
 Obediencia, virtud general. 276.
 Sacrificio universal. 277.
 Obediencia de Jesu-Christo à su Eterno Pa-
 dre. 17. 18. 19. y 278.
 La que tambien dió à su santissima Madre. 279.
 Obligacion, la de los hombres en orden à pre-
 sentar dones à Dios. 225.
 Todos los Santos cumplieron con esta obli-
 gacion. 226.
 La que todos los hombres tienen de hacer
 la voluntad de Dios. 374.
 Ocupacion principal de la castidad. 227.
 Ocupacion principal, y unico empleo de los
 fieles mientras viven. 399. 404. y sig.
 Odio, el de dos hermanos; aun despues de
 muertos. 327.
 Oracion, sacrificio de toda el alma. 85.
 Es una prueba de nuestra flaqueza. 86. y 263.
 Es una especie de suplicio. 86.
 Es

- Es martyrio. *Alli.*
 En qué se distingue de la alabanza. *Alli.*
 Es la fuerza, la gloria y la santidad del christiano. 28. 263. 264.
 Es una obligación general à todos los christianos. 399.
 Es tambien cargo particular de los Reyes. *Alli.*
 Oracion del justo, llave del Cielo. 405.
 Orden, el que debe guardar la penitencia en sus mortificaciones. 380. y sig.
 Oracion, la ocupacion de Santa Escolastica. *Alli.*
 Su poder. *Alli.*
 Orgullo, el pecado mas pertináz y peligroso. 372.
 Quando es mas poderoso y temible. 38.
 Su origen, segun San Cypriano. *Alli.*
 Quanto desagradan à Dios las Virgenes orgullosas. *Alli.* y 370.
 Olvido de las injurias, virtud noble, hermosa y difícil. 174. y 75.
 Obra, la mayor que Dios hizo. 269.
 La de nuestra salvacion, es obra de mucho tiempo. 358.
 Sus diversos titulos. 359.
- P**
- Palacios de los Reyes, por qué se llaman Templos. 399.
 Paloma, es un prodigio en la naturaleza. 406.
 Fue Señora de Santa Escolastica. *Alli.*
 Es symbolo de las Virgenes y del Espiritu Santo.

- Santo, *Alli.*
 Es ave solitaria. 386.
 Por qué es agradable à todos. 393.
 Panegyrico de la fé. 118. y 125.
 Palabras de Santo Tomás, *Dominus Deus, Deus meus*, comprehenden los principales misterios de nuestra creencia. 119 y 120.
 Parto doloroso, el mayor suplicio de la muerte. 65.
 Pasiones, los movimientos del amor. 201.
 Precepto y obediencia, cómo se hermanan en un mismo sujeto. 291.
 Pobreza voluntaria, quán bien recompensada en San Antonio. 254.
 Pecador, es el enemigo de Dios. 360.
 Combate su gloria. 361.
 Usurpa su soberania. *Alli.*
 Conspira contra su vida. *Alli.*
 Pecador, verdaderamente convertido, qual es. 368.
 Pecador, quando se opone à la voluntad de Dios, cae bajo de la misma voluntad. 374.
 Pena inseparable de todo pecado. 380.
 Peregrinacion, penitencia de la Religion. 285.
 Penitencia, mezcla admirable de la misericordia y de la justicia de Dios. 375. 376.
 Perfecciones del divino Esposo. 384. y sig.
 Las de la Esposa amada. *Alli.*
 Peste, quán desoladora y terrible. 244.
 Filosofia de Platon seguida por los Santos Padres. 130.
 Filosofia profana, emula de la christiana Religion. 398.
 Pla-

- Platonicos, mas Teologos, que Filosofos. 269.
 Politica del christiano. 393.
 Poseos ò endemoniados, curados por San Mauro. 295.
 Poder maravilloso de las madres sobre los cuerpos de sus hijos en el momento de la concepcion. 19.
 Presentes, los que hizo à Dios Santa Genoveva. 226.
 Vease Santa Genoveva.
 Prision, su descripcion. 341.
 Prudencia, la unica virtud de los Politicos. 391.
 Por qué debe estar acompañada de la sencillez, y de la justicia. 391. y sig.
 Poder de Dios, no menos admirable en lo pequeño que en lo grande. 406.
 Pureza, mas apreciable para las mugeres christianas, que la vida. 309.
 Dispone à las Virgenes para el martyrio. 320.

Q

- Qualidad de Señor, solo pertenece à Dios 13 y 15.
 Lo mismo la de juez. 21. y sig.
 La mas natural à la criatura, es la de esclava. 16.
 Qualidad de Hijo de Maria, por qué se la concedió Jesu-Christo à San Juan. 172. y sig.
 Qualidad de Martyr, la mas noble que hay en la Iglesia. 162.
 Debida à los Santos Inocentes. 177. y sig.

R

- Reposo, el de los Santos siempre está en accion.

- Reputacion, quàn amable. 231. y sig.
 Resentimiento, el de las injurias es una passion muy viva y delicada. 215.
 Resurreccion de Jesu-Christo, el fundamento de nuestra esperanza. 121.
 Reyes, imagenes de Dios. 114.
 No tienen derecho por sí à ser intitulados Señores. 111. Alli.

S

- Sacrificio, la gloria de Dios, y la confusion del hombre. 184.
 Es el alma de la Religion. 146.
 Sacrificio de San Nicolás. 87. y sig.
 Sacrificio de Abel. 167.
 Los Santos rarisima vez emplean su intercession por los intereses propios. 239.
 Hacen por inclinacion, lo que el comun de los christianos hace por necesidad. 297.
 Los Santos no poseen todas las virtudes en un mismo grado. 234.
 Son imagenes de Dios. 248.
 Salomon, por qué pidió antes à Dios la docilidad, que la prudencia. 293.
 Sanson, un prodigio de fuerzas. 263.
 Por qué estaban estas adheridas à sus cabellos. 263. Alli.
 Sangre, habla segun la Escritura. 184.
 Salud, la mas dulce y apreciable de los bienes naturales. 236.
 Saulo, era reo de muchos pecados, quando perseguia à los christianos. 312. y sig.
 Tomo I. LII Es

- Es comparado con Herodes. Alli.
 Las particularidades de su conversión. 365. y sig.
 Santa Escolastica, semejante á la paloma, y
 à imitacion de esta ave halla en la soledad su descanso. 386. y sig.
 Su sencillez. Alli.
 Su ocupacion en el desierto. Alli.
 Su poder para con Dios. Alli.
 Su consuelo en los gemidos y suspiros. Alli.
 Secreto, jamás debe ser revelado. 160.
 Secretos, tres clases de ellos tuvo el Salvador del mundo. 161.
 Todos fueron comunicados à San Juan. Alli.
 Serpiente, por qué horroriza à los hombres. 392.
 Sus artificios para defenderse en tres ocasiones peligrosas. 393.
 Señal de que Dios está irritado contra nosotros. 381.
 Sagacidad la mas fina y segura. 393.
 Espiritu Santo, por qué descendió sobre Jesu-Christo en figura de paloma. 409.
 Sencillez, antídoto contra prudencia. 392.
 Sus ventajas. Alli.
 Sencillez de Santa Escolastica. Alli.
 Seguridad del christiano, en qué consiste. 337.
 Soledad, es una mezcla de grandeza, y de bajeza. 256.
 Necesaria para la salvacion. 261. y sig.
 Es el lugar, donde Dios dispensa sus gracias. 387.
 Es un paraíso, segun San Geronimo. Alli.
 Quán amada fue de Santa Escolastica. Alli.
 Sumision à la voluntad de Dios, es origen de nuestra salvacion. 368.

- Soberanía, la del hombre sobre qué se funda. 281.
 La de San Mauro sobre los aguas. 284.

T

- Temor de la ignominia, quán fuerte es. 209 y sig.
 Temor, perturba mucho la razon. 334.
 Sus efectos. Alli.
 Quán generoso es el de los christianos. Alli.
 Quán ingenioso fue en Daciano contra San Vicente. Alli.
 Ternuras ò caricias de una muger hermosa, quán temibles. 346.
 Tinieblas, por qué se esparcieron sobre el Calvario en la muerte de Jesu-Christo. 317.
 Tentacion, la mayor que padeció Jesu-Christo. 239.
 Santo Tomás cometió tres señaladas injusticias en su incredulidad. 110.
 Quiso en algun modo renovar su santissima pasion. Alli.
 Su fé fue esclarecida en gran manera. Alli.
 Fue fervorosisima. Alli.
 Santo Tomás, el primer Martyr del Evangelio. Alli.
 Tormentos, no hacen Martyres. 177.
 Triunfo del amor divino contra el amor propio en San Francisco de Sales. 203. y sig.
 Triunfo de San Vicente sobre Daciano. 354.
 Tyranos, quán ingeniosos para fatigar la fortaleza de los Martyres. 339.

- Ventajas de la virginidad. 44. 166. 228. 305.
 Las muchas que recibió de Maria. 34 y sig.
 Ventajas de la oracion. 88.
 Del ayuno. 91. y sig.
 De la limosna. 99. y sig.
 De las Virgenes sobre los Angeles. 132.
 De la soledad sobre las compañías. 387.
 Verbo Eterno, por qué ha tomado tantas formas diferentes para tratar con los hombres. 2. y 3.
 Sus diversos estados, en su eterno nacimiento y en su encarnacion. 6. y 8.
 Encarnó sin perder alguna de sus grandezas. 11. y 12.
 Sus humillaciones. Alli. y sig.
 Quando empezó à ser esclavo de su padre. Alli.
 De su madre. Alli.
 De los hombres. Alli.
 Quanto debemos temerle por esto mismo. Alli.
 Es juez de los hombres y de los Angeles. Alli.
 Virginitad, aunque tan bella, está expuesta à imperfecciones. 33.
 Cada virtud halla en nosotros alguna víctima con que aplacar la ira de Dios. 277.
 Virtudes, los movimientos de la caridad. 209.
 Vestidura de Dios. 316.
 Victoria, lo mas bello, y lo mas dificil del hombre. 283.
 Quán facil es para el que obedece. Alli.
 Virgen Maria, la primera que levantó el Estandarte de la pureza. 35. y sig.
 Una-

- Imagen del Padre Eterno. 48. y sig.
 Es una santa universal. 57.
 Virgenes, los Angeles de la tierra. 30. y sig.
 Con quánta prudencia deben ser tratadas. Alli.
 Virgenes del demonio. 34.
 Virgenes, qué ventajas tienen sobre los Angeles. 132. y sig.
 Virgenes, son las unicas y las palomas de Jesu-Christo. 383.
 San Vicente, por el socorro del temor de Dios triunfó de las amenazas de Daciano. 330. y sig.
 De sus tormentos. Alli.
 De sus lisonjas. Alli.
 Aun despues de muerto venció à Daciano. Alli.
 Virginidad, se hizo santa por Maria. 34.
 Humilde. Alli.
 Fecunda. Alli.
 Comun y facil. Alli.
 Virginidad, quánto mas excelente que la fecundidad. Alli.
 La mas hermosa y mas dificil de las virtudes christianas. Alli.
 Recibió mas honor de la Virgen Maria, que está Señora de ella. Alli.
 Virginidad, despreciada de los Judios. Alli.
 Virginidad, sin humildad es pecado ante los divinos ojos. Alli.
 Union del Verbo con nuestra carne, cosa ardua de parte de Dios, y dificil de comprender por parte del hombre. 4. y 5.
 Quándo pareció esta union mas admirable. Alli.
 Quán

Quán intima es y maravillosa.	Alli.
No tiene mezcla ni confusión alguna.	Alli.
Por qué motivo fue hecha.	Alli.
Union, entre las virtudes, qual es.	273. y sig.
Unidad, atributo de Dios.	249.
Voluntad propia, origen de todo mal.	369.
Voluntad necesaria para el martyrio.	189. y sig.
Voluntad de Dios, el origen de nuestra salvacion.	369.
La debemos consultar en todos nuestros proyectos.	372.
Voluntad, el mas peligroso enemigo de la virtud.	345.
Sus efectos.	Alli.
El unico medio de vencerla.	Alli.

FIN DE LA TABLA.

OBRAS IMPRESAS POR MANUEL GODOS,
Mercader de Libros en las Gradass de San Felpe el Real, donde se ballarán.

- I. Las obras predicables del Illmo. Flechier. 6. tomos en 4.
- II. Las del Padre Burdaloue. 16. tomos en 4.
- III. Las del Illmo. Bocanegra. 3. tomos en 8.
- IV. Varias Pastorales de este Señor Illmo.
- V. El Compendio del Padre Concina en castellano. 2. tomos en folio.
- VI. Historia del Probabilismo de dicho Padre, en castellano. 2. tomos en folio.
- VII. Arte de los Metales, de Alonso de Barba. 1. tomo en 4.
- VIII. Consejos de un padre à sus hijos. 1. tomo en 8.
- IX. Defensa de los Santos Padres, por el Ilustrisimo Bosuet, traducido en castellano. 2. tomos en 4.
- X. Ciencia de las Medallas, por Don Manuel Pingarron. 2. tomos en 4.
- XI. Obligaciones de Amos y Criados, por el Abad Fleury. 1. tomo en 8.
- XII. Práctica de los quatro Juicios. 1. tomo en 4.
- XIII. Compendio de la Etica de Aristoteles, por Don Francisco Garcia. 1. tomo en 8.
- XIV. Cartilla de Cirujanos. 1. tomo en 8. ®
- XV. Arte de instruir y mover las almas en el Tribunal de la Penitencia. 2. tomos en 4.
- XVI. Piezas de Eloquencia del Illmo. Flechier.

UAN

IDAD AUTÓNOMA DE NUEV
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC

